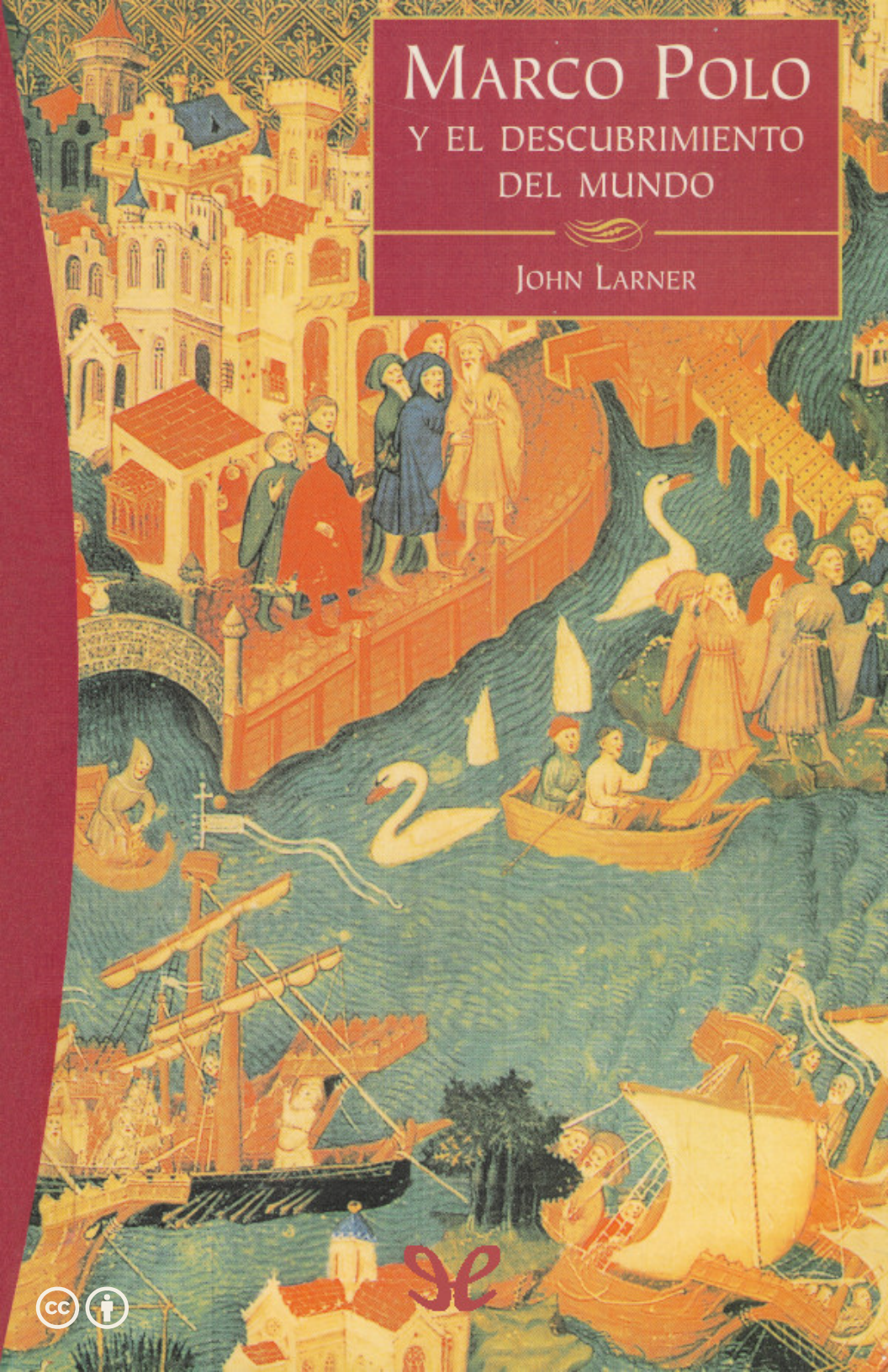
Marco Polo
y el descubrimiento del mundo

John Larner



«La originalidad del libro de Marco Polo en su época no admite discusión posible. Lo que ofreció a los lectores de aquellos días fue el retrato de un mundo totalmente nuevo que se encontraba al sur del Pamir y al este de Badakshán y de Karakorum. Por encima de todo habló del asombroso imperio del Gran Khan, de las provincias de China, de una civilización urbana de deslumbrante riqueza y prosperidad, y de los países ribereños del valiosas buscadas con tanta avidez en ese período por los océano índico, del origen de las «especias» y otras mercancías mercaderes occidentales. No resulta exagerado decir que nunca antes ni después, ningún hombre ha ofrecido a Occidente un cuerpo tan vasto de nuevos conocimientos geográficos. Sólo por eso podría considerársele como un precursor a la hora de crear el clima intelectual a partir del cual evolucionó la exploración europea del mundo no europeo».

epublibre
X ANIVERSARIO

John Larner

MARCO POLO Y EL DESCUBRIMIENTO DEL MUNDO

ePub r1.0
Titivillus 02.06.2023

Título original: *Marco Polo and the Discovery of the World*
John Larner, 1999
Traducción: Miguel Portillo Díez

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para Jane

Ilustraciones

1. Los Polo parten de Venecia

De *Li Livres du Graunt Caam*, por el artista Johannes, *ca*. 1400. Biblioteca Bodleian, Oxford.

2. El mapa TO, que aparece en la *Etimologiae* (Augsburgo, 1472) de Isidoro de Sevilla. Con permiso de la Biblioteca Británica, Londres (IB. 5438).

3. Oriente *ca*. 1290, mapamundi de la catedral de Hereford, detalle. El decano de la catedral de Hereford y el Hereford Mappa Mundi Trust.

4. Las razas monstruosas, del *Livre des merveilles* (*ca*. 1400).

5. Biblioteca Nacional de Francia, París.

6. Dificultades a la hora de ilustrar a partir de un manuscrito de Marco Polo (*ca*. 1400). Con permiso de la Biblioteca Británica, Londres (ROYAL. 19.D. l.folio 59v).

7. Mapamundi de Pietro Vesconte (*ca*. 1320). Con permiso de la Biblioteca Británica, Londres (Add.27376*sigs.l87v-188).

8. *El atlas catalán* (los cuatro paneles orientales), de *El atlas catalán de Abraham Cresques* (*ca*. 1380). Biblioteca Nacional de Francia, París.

9. *El atlas catalán* (Sudeste asiático), de *El atlas catalán de Abraham Cresques* (*ca*. 1380). Biblioteca Nacional de Francia, París.

10. La China de fray Mauro, detalle, *de Il Mappamondo di Era Mauro* (1459). Biblioteca Nacional Marciana, Venecia.

11. Martín Behaim. Globo terráqueo. Germanisches Nationalmuseum, Nuremberg.

12. Henricus Martellus Germanicus. Mapamundi (*ca*. 1489). Biblioteca Beinecke de libros raros y manuscritos, Biblioteca de la Universidad de Yale, New Haven.

13. Los cuatro héroes del conocimiento geográfico. Mapamundi de Matteo Pagano (*ca*. 1550). Con permiso de la Biblioteca Británica, Londres (Mapas C. 7.C. 17).

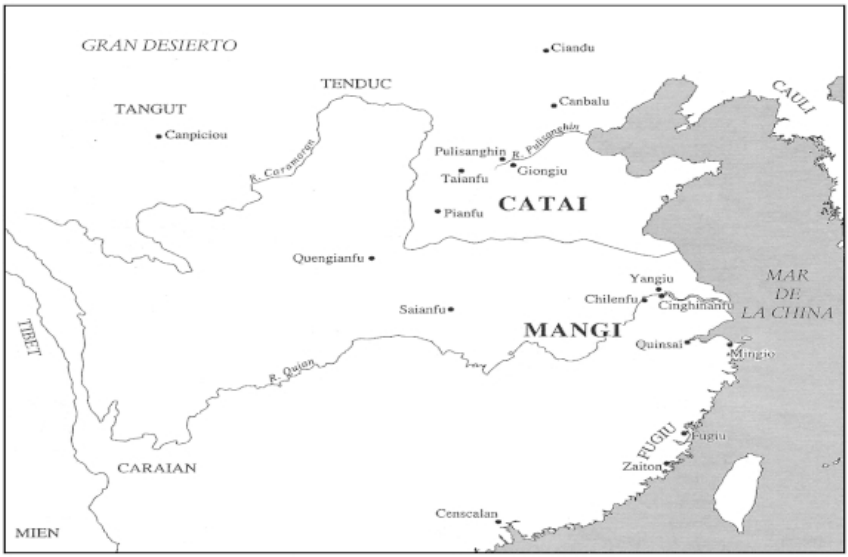
14. Ortelius. La Tartaria de Abraham Ortelius, *Theatrum orbis terrarum* (Amberes, 1587). Con permiso de la Biblioteca Huntington, San Marino, California.

15. Ortelius. Mitad oriental del mapamundi de Abraham Ortelius, *Theatrum orbis terrarum* (Amberes, 1587). Con permiso de la Biblioteca Huntington, San Marino, California.

Mapas

La China de Europa en los siglos XIII y XIV.

El Asia de Marco Polo.

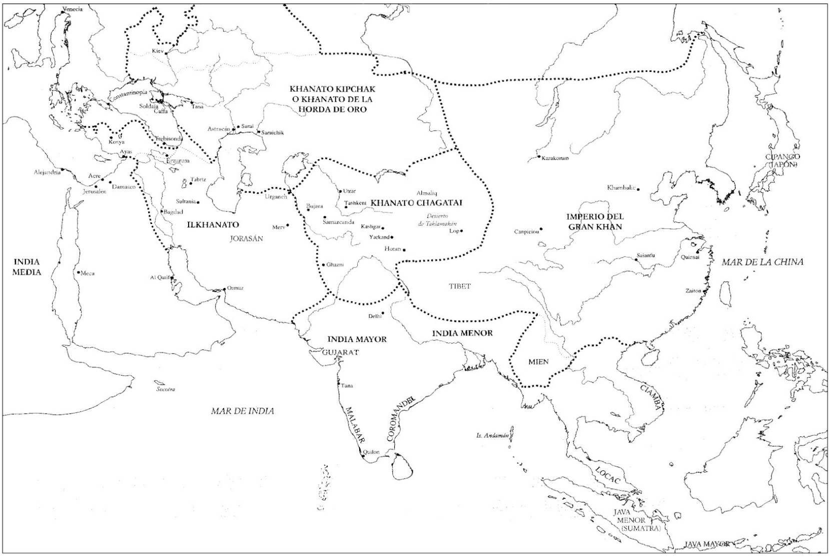


La China de Europa en los siglos XIII y XIV

(Todos los topónimos europeos, excepto Censcalan, provienen del texto F de Marco Polo)

topónimos europeos	*Topónimos chinos y otros*
Cambalu	Beijin, Pekín (mongol: Khanbalic)
Campiciou	Zhangye
Caraian	Provincia de Yunnan
Río Caramoran	Huang He, río Amarillo
Catai	Cathay, norte de China
Cauli	Corea
Censcalan	Guangzhou, Cantón
Chilenfu	Nanjing

Ciandu	Shandu, Xanadú
Cinghinanfu	Zhenjiang
Fugiu	Fujian (provincia), Fuzhou en Fujian (ciudad)
Giongiu	Shijiazhuang
Mangi	provincias del sur
Mien	Birmania (Myanmar)
Mingio	Ningbo
Pianfu	Linfen
Pulisanghin	Zhengdin
Río Pulisanghin	Hong He
Quengianfu	Xi'an
Río Quian	Jiang, Yanji, Yangtze
Quinsai	Hangzhou
Saianfu	Xiangyang
Taianfu	Taiyuan
Yangiu	Yangzhou
Zaiton	Quanzhou



El Asia de Marco Polo

Prefacio

Aunque no siempre he seguido sus recomendaciones y debería, claro está, eximirlos de toda responsabilidad acerca de cualquier error que aparezca en el texto, me siento especialmente en deuda por los consejos recibidos de dos eruditos de Oxford que han leído este texto mecanografiado: George Holmes, antiguo profesor de la cátedra Chichele de Historia, y John R. Woodhouse, profesor de italiano de la cátedra Fiat-Serena. Debo dar las gracias en particular a John Woodhouse que, haciendo gala de una gran generosidad respecto a su tiempo y energía, lo ha comentado en detalle, ofreciendo literalmente cientos de sugerencias.

También me siento agradecido a Adam Freudenheim, mi editor de la Yale University Press, por sus valiosas sugerencias, y a Tu Zheung Hua, que me transmitió la sustancia de algunos estudios chinos. Mi amigo y antiguo alumno, Aziz Boukenna, me ha introducido a muchas observaciones de geógrafos árabes de la Edad Media que he utilizado con propósitos comparativos. Michael Clanchy y John Davey me han dado buenos consejos: la señora Pam Nye, la más eficiente de las secretarias, ha sido un apoyo con el que siempre he podido contar.

Al transcribir topónimos asiáticos utilizo el pinyin para el chino; para otros idiomas utilizo, con la omisión de acentos y diacríticos, aquellas transcripciones más utilizadas en la actualidad por los especialistas de habla inglesa. Pero, a menudo, cuando una determinada forma ha sido aceptada al cabo del tiempo y

pudiera resultar confuso para el lector dejar de utilizarla, la he seguido utilizando.

Introducción

Marco Polo es uno de los pocos personajes de los siglos XIII y XIV de los que todo el mundo ha oído hablar. No obstante, esta fama popular refleja muy poco su auténtica importancia en la historia. Su nombre evoca sobre todo prósperos contactos entre Oriente y Occidente y viajes sofisticados, dando paso a fenómenos tan curiosos como «Clase Marco Polo» (para designar la clase de lujo) en unas líneas aéreas asiáticas, «Equipajes de ocio Marco Polo» (hechos en Taiwán) que en una ocasión vi en los almacenes Woolworths o bien el modelo de automóvil «Polo» comercializado por Volkswagen. No se trata sólo de que para cualquiera que haya echado un vistazo a las primeras páginas de su libro, las ideas de lujo, ocio o viaje fácil resulten incongruentes, sino más bien que esa imagen ignora significativamente su verdadera importancia porque lo más importante acerca de Marco Polo no es que visitara el Extremo Oriente —también lo hicieron muchos mercaderes y misioneros de la baja Edad Media—, sino que al escribir lo que allí vio, creó uno de los libros más influyentes de la Edad Media.

No es, pues, del todo sorprendente que eso tenga escasa importancia para la óptica desde la que se percibe comúnmente a su autor. La originalidad del libro en su época no está cuestión. Lo que ofreció a los lectores de aquellos días fue un retrato de un mundo que se encontraba al sur del Pamir, al este de Badakshán y de Karakorum, que era totalmente nuevo. Por encima de todo habló del asombroso imperio del Gran Khan, de las provincias

de China, de una civilización urbana de deslumbrante riqueza y prosperidad y de los países ribereños del océano índico, del origen de las «especias» y otras mercancías valiosas buscadas con tanta avidez en ese período por los mercaderes occidentales. No resulta exagerado decir que nunca antes ni después ningún hombre ha ofrecido a Occidente un cuerpo tan vasto de nuevos conocimientos geográficos. Sólo por eso podría considerársele como un precursor a la hora de crear el clima intelectual a partir del que evolucionó la exploración europea del mundo no europeo. No obstante son muchos los eruditos que no consideran que el libro tuviese ninguna importancia. Para ello se asegura, en términos de suposición, que en la Edad Media y en el Renacimiento no se le concedió credibilidad alguna, que se le consideró un romance o fábula y que nunca disfrutó de la credibilidad general. De forma típica, Leonardo Olschki, uno de los eruditos sobre Marco Polo más ilustrados y persuasivos del siglo XX, escribe acerca de «la escasa influencia de su libro en autores de obras de geografía y cosmografía de finales de la Edad Media», mientras que S. E. Morison, el gran historiador de Colón, de manera despectiva, asegura que «la mayoría de los hombres ilustrados de esa época consideraron el libro de Marco Polo como pura ficción». Abundan los veredictos similares: «El contenido parece increíble»; el material «estuvo largo tiempo congelado en el limbo de las fábulas»; fue una obra «degradada al género de maravilla literaria»; resultaba «quimérica a los ojos de los prudentes geógrafos de Lisboa»; «los lectores nunca se lo llegaron a creer». Ésos, es cierto, no sólo son juicios, sino que pertenecen a la gran mayoría de comentaristas del libro y podrían ser replicados hasta cierto punto. Tras citar varios ejemplos de escritores medievales y del siglo XVI que ignoraron a Marco, el historiador sueco A. E. Nordenskiöld, muy ilustrado en su campo, señaló que podría haber ofrecido «innumerables» ejemplos que testimonian el escaso valor que los eruditos conferían a esa obra. Sin

embargo, añade en un giro inesperado: «Pero entre el público no erudito era otra cuestión. Aceptaba las descripciones de Marco Polo y en la mayoría de los casos las tomaba justamente por revelaciones acerca de un nuevo mundo[1]».

Lo que me persuadió en primer lugar a creer que seguía existiendo espacio para profundizar en el estudio de Marco Polo y su obra fue una serie de dudas —que tomaron cuerpo a lo largo del tiempo— acerca de esa opinión generalizada y en particular las preguntas que me hice tras mis lecturas de historiadores y cartografía que no comulgaban con ella. El principal objeto de mis investigaciones es este tema: cuáles eran los conocimientos geográficos del mundo aceptados de manera general y cuáles fueron los cambios provocados por el libro de Marco. A fin de trazar la base mediante la cual evaluar la contribución de Marco, primero presento un boceto (un breve epítome de material que otros podrían fácilmente convertir en libro) de lo que se conocía o creía sobre Asia en la Europa occidental antes del nacimiento de Marco Polo. Junto a esto, añado un corto relato sobre la creación del Imperio mongol, el imperio que hizo posible el primer viaje de los Polo a China, y una estimación de la literatura de viajes europea a la que dio nacimiento. Los capítulos 3-5 tratan de Marco y de la composición del libro. A continuación, los capítulos 6-10 se ocupan de cómo fue recibido el libro. Se trata de dar un corto repaso a las formas manuscritas y a las traducciones en las que apareció, así como a las reacciones ilustradas y no ilustradas que provocó, que son examinadas, tal y como aparecieron, primero durante la vida del mismo Marco Polo y luego a lo largo del resto del siglo XIV, en una época en la que ya existía una extensa penetración de misioneros y mercaderes occidentales en Asia, y cómo otros europeos se sintieron atraídos a escribir sobre Oriente. La historia continúa en el siglo XV, cuando la penetración occidental cesó casi por completo, pero cuando la corriente intelectual en boga del Humanismo hizo aflorar un nuevo y particu-

larmente valioso estímulo por el estudio de la geografía y el trazado de mapas. Ahí he profundizado en el uso del libro en la época de Colón y finalmente en los siglos que siguieron, cuando empezó a ser considerado bajo un nuevo enfoque, como una curiosidad exótica o un objeto de erudición histórica en lugar de una fuente de inspiración para el viajero o el geógrafo.

En el transcurso de mis lecturas me sorprendió una y otra vez la manera en que los eruditos contemporáneos han tratado de mostrar a Marco y ello ha dado paso a toda una serie de preguntas: ¿quién era? ¿Qué es su libro? ¿Es ese libro *suyo*? ¿Cómo se titula? ¿De qué trata? ¿Cómo se escribió? ¿Se trata de un fraude? Recientemente han aparecido muchas e importantes publicaciones acerca de esos temas. Pienso especialmente en las de Li Tse-fen, Jacques Heers, Umberto Tucci, John Critchley, Christiane Deluz, Syed Manzurul Islam, Frances Wood, Barbara Wehr, Folker Reichert, John W. Haeger y Juan Gil. De todos esos autores, incluso en las ocasiones en las que presumo de no estar de acuerdo, he aprendido mucho. No obstante, muchos de sus escritos han sido publicados en monografías destinadas exclusivamente a especialistas, y por ello no estaban disponibles en inglés, y algunas de sus conclusiones (de vez en cuando entraban en abierto conflicto unos con otros) merecían cierta reconsideración. Por tanto, me pareció que seguía existiendo un hueco para un estudio que volviese a examinar esos temas que ellos habían tratado a fin de presentar una semblanza general de Marco Polo y de su libro.

El que se hayan realizado tantas preguntas básicas acerca del libro está en parte relacionado con ciertos aspectos clave que deben ser tenidos en cuenta en cualquier examen que se lleve a cabo. Aunque aparecen de vez en cuando en el transcurso de esta obra y las discuto de nuevo en el Apéndice I, puede ser de ayuda para el lector decir algo breve al respecto. Como casi todos los estudiosos del tema creen, al igual que creo yo mismo, el libro

fue compuesto en primer lugar en la prisión de Génova, fruto de la cooperación entre Marco y un compañero de celda, un hombre con experiencia en la escritura en prosa de historias de épica caballeresca, llamado Rustichello da Pisa. Resulta, pues, inevitable vernos enfrentados a especulaciones como: ¿cuál era la naturaleza de su asociación? ¿Qué compromisos habían alcanzado para llevar a cabo ese trabajo? ¿Cuánto de lo que nos ha llegado representa el pensamiento de Marco y cuánto es fruto de los intentos de Rustichello por adaptar lo que para el siglo XIII era un material muy extraño, en beneficio de los lectores europeos? Además de los problemas que plantea esa relación, existen otros, a menudo presentes cuando se estudia otro tipo de escritos medievales, pero que en este caso resultan muy destacados. En particular, que no siempre se tiene claro si hay que hablar sobre «el libro» o «los libros». El manuscrito original empezado en Génova no ha sobrevivido y de los textos de unos ciento cincuenta manuscritos que quedan se ha dicho que no hay dos que sean iguales. Aparte de los errores normales e involuntarios realizados al copiar, las diferencias existentes entre ellos pueden ser explicadas por el privilegio del que de vez en cuando se revisten los escribanos en una cultura manuscrita para «mejorar» (añadidos y omisiones) lo que transcriben. Esta necesidad de corregir y mejorar el texto, a menudo, claro esta, acaba provocando grandes errores, es fácil de apreciar y refleja diferencias las muy notables entre las diversas versiones traducidas. En el caso del libro de Marco, existen dos notables ejemplos: cuando un fraile traduce de una lengua de origen latino al latín para beneficio de una audiencia principalmente compuesta por clérigos cultivados y cuando un irlandés decide que su traducción al gaélico del mismo texto latino requiere permitirse más de una alegría si quiere interesar a una amplia audiencia[2].

Pero las diferencias van más allá porque, además de cualquier disparidad que pudiera aparecer por esas causas, los manuscritos

sobrevivientes pueden catalogarse en dos grupos principales. Los del primero (A) parecen remontarse a un texto conocido como «F» que a su vez da la impresión de ser el más antiguo y cercano al que fue compuesto en la prisión. El segundo (B) incluye unos pocos ejemplos, aunque entre ellos suele encontrarse un material más denso que en los del grupo A. Algunos eruditos tratan de reconstruir la sustancia del manuscrito original perdido de Marco y Rustichello simplemente imitando el material de ambos grupos. Para otros se trata virtualmente de dos versiones del libro. La primera, «A», es la que se inició en la prisión en 1298. La segunda, «B», es una reescritura del texto A que incluye muchos añadidos, clarificaciones, a veces omisiones y que fue compuesto al cabo de un tiempo después del regreso de Marco de Génova a Venecia. Según este punto de vista, «B» es una reafirmación dirigida tal vez a un número de lectores más privado y restringido. Sea cual sea la conclusión a la que se quiera llegar, al hablar del libro se hace bastante necesario saber a qué manuscrito nos estamos refiriendo. En este trabajo suelo hacer referencia al texto F, el más cercano al original de la prisión (lo que en términos modernos pudiera denominarse como primera edición). Lo he transcrito utilizando una traducción muy literal en un intento de ofrecer el auténtico aroma del original. Pero también suelo aludir a otros manuscritos; he utilizado las ediciones más comunes de ellos, que aparecen en las notas cortas al final de esta introducción.

Mi intención principal es (en los capítulos 2-3) revisar lo que se sabe sobre Marco y su familia, visto en el contexto de la cultura mercantil veneciana, para luego pasar a examinar las controversias que rodean su vida en Oriente, sobre todo el alegato, aparecido por primera vez en el siglo XVIII, pero reavivado recientemente, de que el libro es un engaño y que su autor es un mentiroso y que ni Marco ni sus familiares viajaron nunca a China. A continuación examino las circunstancias en las que fue compues-

to el libro y la naturaleza de la cooperación entre Marco y Rustichello. Me intereso, en particular, por el argumento aparecido últimamente de que toda la historia sobre el encarcelamiento de Marco en Génova y su cooperación con Rustichello es un mito. Después de lo cual, los capítulos 4-5 están dedicados a considerar interpretaciones sobre la naturaleza del libro. ¿Se trata básicamente de un manual para mercaderes? ¿O tiene un propósito religioso? ¿O es un libro de maravillas (y aquí debemos examinar qué creó esa sensación de maravilla en la Edad Media)? ¿O se trata simplemente de una obra de geografía? ¿En qué tradición fue escrito y contando con qué fuentes, aparte de la experiencia personal? ¿Se trata de un ejemplo temprano de un «orientalismo» occidental profundamente hostil y distorsionador en su tratamiento de los pueblos orientales y de las religiones no cristianas?

Este estudio, como podrá apreciarse, no es una obra específica sobre Asia. No estoy cualificado para escribir —a la manera, por ejemplo, de brillantes eruditos como Henry Yule y Leonardo Olschki— ningún comentario que pudiera ofrecer conocimientos especializados sobre la historia, flora, fauna, costumbres locales o etnografía de las tierras sobre las que habla el libro de Marco. Mis principales objetivos son simplemente mostrar el modo en que se creó el libro, el propósito del autor al escribirlo y su devenir en años posteriores. Al mismo tiempo, la personalidad de Marco Polo siempre ha estado en algún lugar de mi mente y quisiera ser capaz de transmitir también algo sobre ello, aunque sea indirectamente. Lo escribo consciente de las dudas a las que dará paso. Originario de una ciudad que, al menos en sus primeros tiempos, desalentó notablemente cualquier culto hacia la personalidad, da la casualidad de que Marco halló como cómplice a un autor especializado en literatura épica en prosa, también caracterizada por una profunda ausencia de cualquier individualización. No obstante, los marcados silencios de Marco acerca de él mismo resultan elocuentes y entre esos silencios y lo que sí di-

ce asoma, me parece a mí, algo de su carácter, sus simpatías, integridad y generosidad.

Nota sobre las citas de textos

Para una introducción a los textos, véase el Apéndice I, «Nota sobre los manuscritos del libro». A menos que se afirme lo contrario, cito pasajes del libro de Marco por capítulos y, cuando resulta apropiado, haciendo referencia a la línea de los capítulos del texto F, tal y como fue publicado en *Milione. Le Divisament dou monde*, G. Ronchi (comp.), Milán, 1982. Ese texto realiza algunas correcciones del texto *Il Milione*, L. Foscolo Benedetto (comp.), Florencia, 1928, cuya valiosa introducción (reeditada como *la tradiziones manoscritta del «Milione» di Marco Polo*, Turín, 1962), cito como «Foscolo Benedetto». El texto F forma parte del grupo A de manuscritos. Las otras ediciones principales a las que he hecho referencia son:

En el grupo A

Bertolucci Pizzorusso	*Milione. Versione toscana del Trecento*, N. Bertolucci Pizzorusso (comp.), Milán, 1975.
Pauthier	*Le Livre de Marco Polo citoyen de Venise, conseiller privé et commissaire impérial de Khoubilai-Khaân*, M. G. Pauthier (comp.), París, 1865, una edición de un manuscrito en francés septentrional, B4. Notas valiosas por su uso de fuentes chinas.
Pipino	Me refiero a la temprana versión —siglo XIV — en latín, de fray Pipino, por libro y capítulo. Se publicó un manuscrito de esta versión titulado *Marka Pavlova z Benátek, Milion*, J. V. Prásek (comp.), Praga, 1902.
Yule-Cordier	*The Book of Ser Marco Polo the Venetian*, H. Yule (comp.), 3.ª ed., revisada por H. Cordier, Londres, 1903. Reimpresa en dos volúmenes (Nueva York, 1993). Se trata de una traducción al inglés del texto de Pauthier, con algunos añadidos de Ramusio (véase más abajo). Todavía sigue siendo vital por sus comentarios.

En el grupo B

Moule-Pelliot, vol. 2	*The Description of the World*, A. C. Moule y P. Pelliot (comps.), Londres, 1938, vol. 2. Una

edición del texto Z.

Ramusio

G. B. Ramusio, *Navigazioni e viaggi*, M. Milanesi (comp.), Turín, 1980, vol. 3. Contiene una traducción al italiano del siglo XVI, basada en el texto Z o en algún manuscrito parecido, junto con otros materiales. La primera edición de Venecia, de 1559, ha sido reimpresa en facsímil (Ámsterdam, 1968). Hago mi propia traducción.

UNIENDO LOS GRUPOS A Y B

Moule-Pelliot, vol. I

The Description of the World, A. C. Moule y P. Pelliot (comps.), Londres, 1938, vol. 1, una traducción inglesa del texto F y de fragmentos que no pertenecen al texto F, pero que se pueden encontrar en uno o más de otros diecisiete textos.

Capítulo 1

Imágenes de Asia y la llegada de los mongoles

I

En el siglo en que nació Marco Polo, los pueblos de la Europa occidental tenían una visión de Oriente formada a partir del aprendizaje teológico, de memorias clásicas y de sus propios e intensos sueños[1]. A fin de evaluar los cambios en el conocimiento que su libro iba a provocar, debemos empezar por resumir los elementos que conformaban esa imagen de Oriente: la curiosa miscelánea en la que el saber bíblico y las historias de la misión en India del apóstol santo Tomás se entremezclaban con leyendas de las conquistas de Alejandro e historias sobre el asombrosamente poderoso Preste Juan. A continuación debemos orientar nuestra atención a la primera transformación de esos elementos provocada por la creación del Imperio mongol. Debemos tener en cuenta las historias explicadas por los enviados y misioneros europeos que visitaron por primera vez a los mongoles en su territorio y el posterior desarrollo de relaciones entre los mongoles y Occidente, que creó las condiciones para que los Polo pudieran viajar hacia el Extremo Oriente.

En su forma más elemental, la comprensión medieval de la geografía de la tierra se puede hallar en los llamados mapas TO **(véase la ilustración 2)**. En la O o círculo que representa el mundo, Asia, el mayor de los tres continentes, llena el semicírculo superior. Por debajo hay una T cuyos brazos están formados por las representaciones esquemáticas del Don y el Nilo, y

cuyo tronco es el Mediterráneo, que divide a África (a la derecha) de Europa (a la izquierda). En los *mappaemundi* o mapamundi de la época se amplía dicha pauta básica. En el centro de la O (siguiendo el Libro de Ezequiel 5, 5: «La había puesto en medio de las gentes y de las tierras que están en derredor suyo») está Jerusalén (como en el mapamundi de Pietro Vesconte; **véase la ilustración 6**). En la parte superior, en el Extremo Oriente (**véase la ilustración 3**), está el Paraíso Terrenal, rodeado de fuego, en cuyo interior Adán y Eva comen la manzana. Según el Génesis (2, 10-14), ése era el origen de cuatro grandes ríos, a veces visibles, pero en ocasiones discurriendo subterráneos durante muchos cientos de kilómetros antes de volver a aparecer: el Pisón (identificado con el Indo, el Ganges y en ocasiones incluso con el Danubio), el Guijón o Nilo, el Tigris y finalmente el Eufrates. Tal y como aparece en el mapa de la catedral de Hereford, la imagen de Oriente también podía hacer referencia a Abraham en la Ur de los caldeos, al lugar donde descansaba el arca de Noé, la torre de Babel, la esposa de Lot, el granero del faraón José y el largo viaje de los israelitas desde Egipto a la Tierra Prometida. En esta imagen también se incluyen los Tres Magos, que siguieron la estrella que les condujo hasta el Niño Jesús (la Iglesia occidental los transformaría con el tiempo en tres reyes, representando los tres continentes conocidos).

Asia, muy a menudo llamada simplemente «India», era subdividida en tres partes, a veces «Inferior», «Media» y «Gran India» y a veces «India menor», «primera» o «gran» y de otras maneras. Esos términos significaban cosas diferentes para autores distintos, pero normalmente comprendían primero Egipto, con el reino de Etiopía; en segundo lugar las tierras al este de las anteriores en las que se incluiría el actual subcontinente indio, raramente imaginado entonces proyectándose hacia el océano Indico, sino con la vasta isla de «Taprabona» extendiéndose hacia el sur, y finalmente «las tierras más allá del Ganges» (en las que se incluyó a

China a partir del siglo XIV)[2]. Cada una de estas tierras contaba con un apóstol: san Mateo en Etiopía, san Bartolomé en «la tercera India[3]» y, el más festejado, santo Tomas, en la propia India. Hacia finales del siglo IX, el rey Alfredo de la distante Inglaterra había enviado ofrendas a los supuestos santuarios de Bartolomé y Tomás[4], mientras que las versiones latinas apócrifas de los *Actos* y *Pasión* de Tomás, en las que se explicaba cómo, antes de su martirio, el santo arquitecto había construido un palacio para el rey indio Gundofer, gozaron de gran popularidad (sobreviviendo en más de cien manuscritos anteriores a 1200)[5].

La literatura secular también desempeñó su papel en esta geografía. En los clásicos, los chinos aparecían confeccionando prendas de seda y también eran importantes las leyendas que proliferaban acerca de la conquista de la India por parte de Alejandro en el siglo IV a. C[6]. Esas historias hablaban sobre sus guerras contra Darío de Persia y Poro de India y sobre «las montanas más enormes de la tierra» que allí se encontraban. Describen cómo encerró a Gog y Magog tras las Puertas de Hierro situadas en una gran muralla de bronce que atravesaba el Cáucaso. Esta pareja era en ocasiones retratada como dos grandes gigantes, a veces identificados con las Diez Tribus Perdidas de Israel y que, tal y como se decía, en el Juicio Final se liberarían de su cautiverio para provocar la destrucción en el mundo[7]. Otras historias hablaban de la visita de Alejandro a las fronteras del Paraíso Terrenal, de su correspondencia con Dídimo el brahmán[8], en la que el hindú conquistado pone de manifiesto el contraste entre, por un lado, las riquezas y el poder y, por el otro, el ascetismo, el reparto de los bienes y el pacifismo. Muy populares eran las historias que circulaban sobre las amazonas y toda la progenie de razas monstruosas vistas por Alejandro: *cinocephali* u hombres con cabeza de perro; *blemmyae*, con rostros en el pecho; *sciopods*, con una sola pierna y que, sin embargo, corrían con inusitada rapidez y que, cuando descansaban, utilizaban su enorme pie como

parasol; «los antropófagos y hombres cuyas cabezas crecen bajo sus hombros» y demás[9]. Junto con las razas monstruosas también se encontraron extrañas bestias: camellos y elefantes (que ocasionalmente se los podía hallar en las casas de fieras de la realeza occidental), unicornios, grifos, rinocerontes, manticoras con cuerpo de león y rostro humano, cocodrilos, dragones, serpientes con dos pies.

Este material fue copiado en cientos de manuscritos en los idiomas de toda Europa (y de fuera de ella). En el siglo XII, la visión occidental de Asia como una tierra de gloriosa otredad se vio ampliada por la «visita del patriarca Juan y luego por la leyenda del Preste Juan. En 1122 llegó a Roma un hombre que afirmaba ser el patriarca Juan de la India, buscando la confirmación papal para su cargo. Nos encontramos aquí nada menos que frente a un embaucador, que aprovecha hábilmente las esperanzas papales mediante una impostura imaginativa y resuelta. Tanto Odo, abate de San Remigio de Reims, como un relato anónimo independiente (que sobrevive en once manuscritos) describen con pasmo reverencial la disertación acerca de la India que el susodicho impostor ofreció ante la curia papal en la que describía la enorme ciudad de Hulna, construida junto al río Pisón y habitada por devotos cristianos, y cómo fuera de la ciudad se erigieron once monasterios en honor de los doce apóstoles, así como la Gran Iglesia de santo Tomás, visitada por todos los cristianos de Asia en el día en que supuestamente se le conmemoraba[10]. Esta historia acerca de grandes comunidades cristianas en Oriente se repitió y reforzó veintitrés años después. En 1145 Otto von Freising escribió que en la corte del papa Eugenio III había conocido a un obispo de Siria que le contó que hacía poco Juan, rey y sacerdote, un cristiano nestoriano, descendiente del linaje de los Magos y que reinaba más allá de Persia, había derrotado a los medos y persas en una batalla. Había evitado avanzar más para ayudar a los cristianos de Tierra Santa sólo a causa de las difi-

cultades halladas a la hora de atravesar el Tigris con su ejército[11]. Tomando como base historias de ese tipo, junto con los románticos relatos acerca de Alejandro y santo Tomás, un escritor anónimo de talento compuso, algo antes de 1180, la imaginativa *Carta del Preste Juan*[12]. Dirigida claramente al emperador Manuel Comneno, es una obra que ha sobrevivido en más de ciento veinte manuscritos en muchas lenguas y que disfrutó de un enorme éxito a finales de la Edad Media.

En la carta, Juan anuncia que es un rey y sacerdote cristiano que se propone visitar el Santo Sepulcro de Cristo. Reina sobre las tres Indias y bajo su autoridad se encuentran sesenta y dos reyes cristianos y otros muchos de otras religiones, junto con un patriarca arzobispo y muchos obispos. Describe la magnificencia de su palacio, «construido en el estilo de uno que santo Tomás diseñó para el rey Gundofer», y las solemnes celebraciones con las que agasaja a su pueblo. Escribe acerca de la prosperidad de su reino, donde manan leche y miel, del río Pisón en el que, como fluye del Paraíso, se encuentran todo tipo de piedras preciosas. Habla de sus salamandras, de las abundantes fuentes de la eterna juventud y de que en sus territorios no hay serpientes o reptiles. En su ciudad no viven perjuros, falsificadores, fornicadores ni adúlteros. En la corte se alimenta y concede alojamiento a miles de personas, junto a todos los peregrinos, todo a su cargo. Puede reunir en el campo de batalla a 10.000 caballeros, el mismo número de sargentos y a 1.000 arqueros. La tierra es abundante en oro y plata, maíz, vino, mirra, incienso y seda. No son necesarios los médicos, pues las piedras preciosas, fuentes y árboles de la región poseen todas las virtudes curativas necesarias para hacer frente a heridas y venenos. Y sigue diciendo: «No hay ningún rey en este mundo tan poderoso como yo». El texto original fue progresivamente aumentado por copistas ansiosos por animar todavía más ese contenido.

Los manuscritos en inglés hablan de que en su corte había 11.000 ingleses, todos armados caballeros por él nada más llegar, mientras que las versiones francesas hablan de la presencia de 11.000 caballeros franceses. Otras añaden todo el material tradicional de las leyendas sobre Asia: amazonas, brahmanes, Gog y Magog, las Diez Tribus Perdidas y demás.

Sin llegar a conclusiones que hayan sido aceptadas de manera general, los historiadores se preguntan cómo se debe leer la carta. Leonardo Olschki la ha interpretado como la representación de una utopía teocrática ideal[13]. Bernard Hamilton la considera una invención producida en la corte del emperador Federico I, destinada a mostrar los esplendores de un mundo en el que los clérigos están subordinados a gobernantes justos[14]. Puede que así sea; o tal vez se trate únicamente de un sueño poético que sedujese a sus contemporáneos mediante sus ricos matices exóticos, producto de algún bufón erudito divirtiendo a sus amigos con una visión de la Tierra de la Abundancia. Sea cual fuere la respuesta —más allá de todos los detalles de los que pueda dudarse— la popularidad de la carta dejó en la mente de la mayoría la falsa convicción de que en algún lugar de Oriente existía realmente un poderosísimo gobernante cristiano que podía ser considerado como un aliado en la lucha contra el mundo musulmán. Las historias acerca del Preste Juan, de «muchos reyes cristianos viviendo en Oriente», del hijo de Juan, el rey David, seguirían avivando falsas esperanzas en la época de Colón y después.

II

Aunque en el siglo XII la comprensión occidental de Asia se expresaba mediante esas fantasías, la religión y el comercio del Islam florecían como realidades en todo ese continente. Por todo lo cual, podríamos preguntarnos brevemente, en primer lugar, qué conocimientos geográficos de ese continente podían encontrarse en esa época en los escritos de los eruditos árabes de tierras

cercanas a los reinos cristianos, es decir, en el Oriente Medio, el Magreb y España. En segundo lugar, hasta que punto cualquiera de esas informaciones transmitidas a Occidente modifico o revisó las creencias en boga. No hay respuestas muy positivas para ambas preguntas. Entre los geógrafos árabes del siglo IX se hallan algunas noticias acerca de India, de las Indias Orientales e incluso de China (fue una época en la que tuvieron lugar, aunque durante un breve lapso de tiempo, travesías marítimas regulares entre el golfo Pérsico y Cantón[15]). En especial, en su *Divertimento para aquel que desea viajar por el mundo*, Al-Idrisi, el celebrado erudito norteafricano, ofrece cierta información sobre India y el Sudeste asiático[16]. No obstante, lo que escribe es confuso y desconcertante porque la obra no está estructurada según países, sino a partir de los diversos *climas* de la teoría tolemaica. Más adelante, a finales del siglo XIII y principios del XIV, la obra de Abulfeda contiene material procedente de cartógrafos anteriores, junto con una más bien pequeña cantidad de conocimientos contemporáneos. Ésa era la época en la que los llamados mercaderes karimi de El Cairo mantenían un intenso comercio con, particularmente, la India y las islas de las especias[17]. No obstante, no parece que en su relato se apoye mucho en dichos conocimientos. Y acerca de China, donde se podían encontrar comerciantes egipcios, aunque no en gran número, Abulfeda ofrece bien poco:

> Los escritores sobre las costumbres y los reinos del mundo mencionan en sus obras muchas provincias y ríos existentes en China en climas diferentes, pero cuyos nombres no nos han llegado con exactitud, como tampoco lo ha hecho alguna información acerca de sus circunstancias. Es como si no los conociésemos; como son escasos los viajeros que llegan de esos lugares y que podrían suministrarnos informaciones, nos abstenemos de detallarlos[18].

Abulfeda continúa ofreciendo doce nombres de lugares, incluyendo una referencia a regañadientes, tal vez a causa del escepticismo, acerca de su fuente como «los relatos de mercaderes que han viajado por dichos lugares». Uno se siente tentado a lle-

gar a la conclusión de que se trata de una de esas obras eruditas —de las que más tarde hallaremos ejemplos en Occidente— que extraían su material confiando en los libros en lugar de la experiencia.

Fuera como fuese, Europa estaba al margen de todo este conocimiento árabe. Durante el siglo XII, los eruditos occidentales adquirieron una gran cantidad de conocimientos científicos árabes, pero, por razones que no han sido totalmente aclaradas, ignoraron casi todo lo concerniente a la geografía. De las obras de Tolomeo traducidas al árabe, pasaron al latín el *Almagesto*, sobre la forma de los cielos, y el *Quatripartitum*, sobre astrología. Pero aunque se trataba de una obra que se leía en el mundo islámico desde el siglo VIII, no mostraron ningún interés por la *Geografía* o por cualquier otra obra griega o árabe sobre estudios geográficos. De manera excepcional, Al-Sharif Al-Idrisi escribió su *Divertimento* en la corte de Ruggero II, rey de Sicilia. Pero lo más probable es que hubiera sido llamado a Palermo más por causa de la importancia política de su sangre noble (*Al-Sharif*) que por su sapiencia[19]. Lo cierto es que su libro permanecería sin traducir hasta el siglo XVII e incluso entonces fue publicado de forma abreviada y anónima. Nunca tendría ninguna influencia en la geografía europea de la Edad Media. Del mismo modo, aunque los judíos europeos eran en ocasiones conscientes de que sus correligionarios en las tierras islámicas comerciaban ocasionalmente con India y más allá[20], sus informaciones no pasaron al dominio público. En particular, la Europa cristiana ignoró la obra del judío español Benjamín de Tudela. Entre 1166 y 1171, Benjamín viajó desde Tudela —a orillas del Ebro, en Aragón— a través de Italia, Grecia y Palestina, hasta Damasco, Bagdad y Egipto. Desde la isla de Kish (Jazireh-ye-Qeys), en el golfo Pérsico, en esa época uno de los principales escenarios del comercio en el océano índico —y probablemente lo más hacia el este que llegó —, Benjamín navegó hasta Al Qatif, en Bahrein. Desde allí, le

dijeron, se tardaba siete días en alcanzar el puerto de Quilon, en la costa Malabar —en la Edad Media era un importante puerto de encuentro entre el mar Arábigo y la bahía de Bengala—; desde Quilon había veintitrés días de viaje hasta «Ibrig» (¿Ceilán, tal vez…? Si así fuera serían demasiados días) y desde Ibrig a Zin (China) se tardaba cuarenta días. Esas observaciones no son fáciles de interpretar, pero otorgan al libro que escribió sobre sus viajes la distinción de ser la primera obra de la Edad Media, escrita en Europa, que menciona tanto China como una ruta a través de la que se pudiera visitar[21].

III

Sin embargo, no fue un libro leído por los cristianos. Por el momento, todo lo que se conocía de manera general en Occidente acerca de Oriente eran los mitos y esperanzas avivadas por el Preste Juan. Tras esas esperanzas subyace, a pesar de lo borrosa y groseramente magnificadas que pudiera aparecer, una realidad. En los primeros siglos cristianos unas sutiles disquisiciones sobre la naturaleza de la divinidad habían producido en Oriente dos particulares interpretaciones sobre la persona de Cristo que fueron condenadas como heréticas por las Iglesias griega y romana. La primera de ellas era la doctrina de los monofisitas, que sostenían que en Cristo había una persona, una hipóstasis (una palabra interpretada de varias maneras pero que tal vez signifique «realidad») y —en eso radicaba la diferencia con el catolicismo— con una naturaleza totalmente divina. Los seguidores de esta formulación se reunieron en tres iglesias «jacobitas»; la Iglesia copta, la abisinia y la armenia.

Los nestorianos o teofisitas eran mucho más numerosos. En el siglo V, Nestorio, el Patriarca griego de Constantinopla, fue anatematizado y condenado porque predicó la doctrina de que en Cristo había una sola persona, dos naturalezas, pero *dos* hipóstasis. Los teólogos actuales todavía debaten si ello implica una

insistencia «herética» de las dos naturalezas de la divinidad en lugar de en su única persona. Para nuestro propósito es suficiente advertir que en la Edad Media los irredentos seguidores de san Nestorio —como era conocido por entonces— siguieron doctrinas en desacuerdo con las de las Iglesias griega y romana y empleaban una liturgia en siriaco[22]. Con el patriarcado establecido en Bagdad, las iglesias nestorianas proliferaron en Siria, Asia Menor, Irak y Persia. Llevaron a cabo una intensa actividad proselitista en Asia durante los primeros siglos de la Edad Media en competencia con maniqueos, budistas y más tarde también con musulmanes. En realidad, fueron los nestorianos, y no santo Tomás, quienes primero llevaron el cristianismo a la India. En el siglo VIII había cristianos nestorianos en Turkestán y China a la vez que keraítas y ongutos —pertenecientes a tribus nómadas de Mongolia— podían, si así lo hubiesen deseado, disfrutar de debates cristológicos con los uigures jacobitas, denunciándose entre sí como herejes condenados a ser excluidos de la salvación[23]. No hay duda de que, a través de las rutas caravaneras de Asia, las iglesias nestorianas del Oriente Medio recibían noticias acerca del destino de sus hermanos en Cristo. Tal vez fueron las victorias en 1141 de un tal Yeh-la Tashih, monarca de los parcialmente cristianizados kitanes, sobre el soberano musulmán de Jorezm y del sultán seléucida Sanjar, las que dieron lugar a esos rumores acerca de «Juan, rey y sacerdote», que Otto von Freising escuchó en la corte romana cinco años después.

Sea como fuere, en el transcurso del siguiente siglo, la existencia de la nestoriana y otras Iglesias cristianas en Oriente, provocaría grandes e ilusorias expectativas[24]. Todo ello debe ser tomado en cuenta en el contexto de un período en el que los papas de Roma se habían lanzado a una política de búsqueda activa de algún tipo de jefatura suprema del mundo conocido. En el norte se llevaban a cabo cruzadas que mediante el fuego, la espada y el bautismo obligatorio conseguirían finalmente poner bajo su au-

toridad espiritual a lituanos, letones, estonios, prusianos y fineses. En el Mediterráneo, la Cruzada de 1202-1204, originalmente destinada a atacar al Egipto musulmán, fue desviada contra el Imperio bizantino que profesaba la fe ortodoxa griega. Aunque el papado no fue directamente responsable del ataque, acogió de buena gana el resultado: el establecimiento de un imperio católico que controlaba la mayor parte de las provincias europeas anteriormente bajo la autoridad ortodoxa griega. La causa sólo sufrió un contratiempo en Tierra Santa. Aquí, desde el fracaso de la Tercera Cruzada en 1192, se había perdido Jerusalén (salvo durante el breve período 1229-1244) y el control católico estaba confinado al principado de Antioquía, al condado de Trípoli y a una estrecha franja costera del antiguo reino de Jerusalén. No obstante, incluso aquí, los efectos de los triunfos musulmanes provocarían que los colonos católicos dependiesen cada vez más del papado, incluso en mayor medida que en el pasado.

En el mismo período el clima espiritual que había fomentado y alentado la expansión del papado provocó la fundación de nuevas órdenes religiosas que, bajo la influencia de santo Domingo de Guzmán (fallecido en 1221) y san francisco de Asís (fallecido en 1226), buscaron la promulgación de la cristiandad católica a través de una implicación más estrecha con la vida cotidiana. Entre sus seguidores ardía el espíritu misionero. La ocupación católica de Constantinopla permitió que tanto los mercaderes como los misioneros católicos penetrasen en el mar Muerto, hasta Crimea en el norte y Trebisonda al sur. En las inmediaciones del «Gran Mar», como se le conocía, y entre Siria y Jorasán, descubrieron más cristianos, sobre todo seguidores de la Iglesia ortodoxa: rusos, georgianos, los godos de Crimea, los alanos del Cáucaso. Al mismo tiempo, misioneros dominicos del reino cristiano católico de Hungría empezaron a hacer proselitismo entre los nómadas paganos comanos o «poloustsis» de las estepas de Rusia meridional. En la década de 1230, en su búsqueda de la

«Gran Hungría», la patria de la que, hacía muchos siglos, habían llegado los pueblos que crearon el reino húngaro, los frailes llegaron a 1.200 kilómetros al norte del Caspio[25].

Sin embargo, lo que atrajo la atención de Occidente no fueron tanto los paganos como los cristianos orientales. Su número, se aseguraba, era enorme. Sólo los nestorianos y jacobitas, aseguraba Jacques de Citry, obispo de Tiro, excedía el número de católicos y ortodoxos juntos y en las tierras musulmanas, aparte de Egipto y Siria, excedía con mucho el de creyentes islámicos[26]. De ahí la aparición de una gran esperanza: si esos pueblos reconociesen la supremacía de la Sede romana, no habría nada que pudiera interponerse en el avance católico, con todas las ganancias espirituales y mundanas que ello entrañaba. No obstante, lo que sucedió fue que para la década de 1240 esas esperanzas sobre nuevos triunfos darían paso a nuevos miedos y a la primera tentativa cristiana católica de penetrar en Asia más allá de Palestina se adelantaría la creación del Imperio mongol y el descubrimiento de Europa por parte de los mongoles. Es necesario detenerse a considerar ese descubrimiento —que como la mayoría de los descubrimientos en la historia resultó extremadamente doloroso para los descubiertos— antes de adentrarnos en el libro de Marco Polo porque fue ese descubrimiento el que hizo posible la primera visita a China del padre y el tío de Marco y la ulterior carrera de Marco al servicio del Gran Khan.

IV

A finales del siglo XII, los mongoles eran meramente una de las variantes de las tribus nómadas turcomongolas que vivían en la meseta elevada existente más allá de los montes Altai[27]. En los años anteriores a 1209, esos grupos, hasta entonces continuamente enfrentados entre sí, fueron unidos por Timuyin, un principillo de poca monta, a partir de entonces conocido como Gengis Khan («Muy poderoso señor»). Una vez asentado como

líder, dirigió a sus seguidores a la conquista del mundo exterior: hacia el este sobre los tangutos de Gansu y luego los territorios al norte del río Amarillo, entonces súbditos del Imperio meridional chino de Chin. Tras lo cual, volvió hacia el oeste, alcanzó el reino de Karakhitai en el Turkestán oriental y, con un ímpetu sorprendente, el vasto imperio Jorezm, que incluía Persia, Jorasán, Transoxania, Samarcanda y gran parte de Afganistán.

Gengis murió en 1227. Su sucesor Ogodei completó la conquista del Imperio Chin y de Corea y en el oeste estableció protectorados sobre Georgia y el sultanato turco de Anatolia. En 1240 su ejército obligó a los principados rusos a someterse a su jefatura suprema y ocupó las llanuras esteparias que bordeaban el mar Negro. Otras fuerzas se lanzaron sobre la Europa oriental, avanzando a través de Polonia y Silesia y derrotando al rey de Hungría. Destacamentos aislados alcanzaron Dubrovnik y el Adriático. Llegados a este punto y a consecuencia de varias razones, pero en particular como resultado de la muerte de Ogodei en la primavera de 1241, los líderes de la invasión se retiraron a la estepa Kipchak. Tanto la muerte de Ogodei como luego la de su sucesor Guyuk provocaron fuertes conflictos internos y harían falta otros diez años, hasta la aparición de Mongke como cuarto Gran Khan en 1251, para que los mongoles iniciasen otro movimiento de expansión. Mientras tanto, los turcos uigures (a menudo influidos por las creencias budistas y nestorianas y, por tanto, instruidos) y los kitanes (entre los que podía apreciarse cierta influencia china), que habían formado parte del imperio, establecieron un rudimentario sistema administrativo, así como un sistema imperial de comunicaciones —el *yam*— cuyos puestos de relevos permitían a los mensajeros de los khanes viajar a gran velocidad desde el río Amarillo al mar Negro.

En Occidente, las primeras noticias acerca de los mongoles volvieron a despertar esperanzadas fantasías. En noviembre de 1219, Jacques de Vitry, obispo de Acre, predicó que David,

«rey de las dos Indias», encabezaba a feroces pueblos dirigiéndose a ayudar a los guerreros cristianos para «acabar» con los pueblos sarracenos[28]. Cuando, en 1237, los mongoles invadieron Europa, esas ilusiones se disolvieron de inmediato[29]. Gracias al nombre de la tribu «tártara» que se encontraba entre ellos (que de hecho había sido virtualmente destruida por Gengis Khan), se les dio, casi desde el principio, el nombre de «tártaros», como si hubiesen aparecido provenientes del *Tártaro*, las regiones infernales. Sea cual fuere su origen, advirtió fray Julián, un fraile dominico de Hungría, esos pueblos buscaban nada menos que la conquista de Roma y el dominio del mundo[30].

Matthew Paris, monje de Saint Albans, en Inglaterra, ofreció su propio relato. En él aparecían hombres con cabezas enormes y desproporcionadas respecto a sus cuerpos, alimentándose de carne —incluso humana— cruda, impíos e inexorables[31]. A través de su crónica nos podemos hacer una idea de las cartas que se despachaban por toda Europa, que eran analizadas, copiadas y pasadas, con las espantosas noticias que llevaban. Al convocar una cruzada contra ellos, el emperador Federico II expresaba su esperanza de que no estuviesen destinados a destruir la cristiandad. Pero otras cartas decían que era el propio Federico el que los había hecho venir a Europa. ¿Dónde habían estado ocultos esos pueblos durante tanto tiempo? ¿Les están ayudando los judíos, que consideran que son de su misma raza? ¿Son descendientes de los Reyes Magos, que intentan recuperar los restos de sus antepasados enterrados en Colonia[32]? El jefe tártaro pidió al príncipe de Antioquía un tributo que incluía 3.000 vírgenes. En el arzobispado de París se recibió una carta que afirmaba que son las tribus de Gog y Magog, antaño encerrados por Alejandro Magno tras las montañas del Caspio, y que ahora, en el Juicio Final, han llegado para devastar la humanidad[33]. Entre tanto, en Palestrina, al sur de Roma, Ruggiero delle Puglie, que recientemente sirvió como archidiácono en el capítulo catedralicio de

Nagy-Várad, estaba dando forma literaria a sus experiencias mediante un *Carmen miserabile* o *Carta sobre la destrucción del reino de Hungría efectuada por los tártaros*[34].

Los intentos del papa Gregorio IX por auspiciar una cruzada contra los mongoles en 1241 fracasaron nada más iniciarse[35]. Dos años antes se había embarcado en una guerra contra el emperador y las divisiones en la cristiandad paralizaron cualquier intento de formar un frente unido ante los invasores. Sin embargo, poco antes de la reunión del Primer Concilio General de Lyon, el papado llevó a cabo un decidido intento por descubrir algo acerca de los peligros que acechaban[36]. En marzo de 1245, el papa Inocencio IV escribió dos cartas «al rey y al pueblo de los tártaros». La primera contenía un resumen de la doctrina cristiana y la segunda, una expresión de asombro por el ataque llevado a cabo contra los pueblos cristianos. Se entregaron copias de ambas para que fuesen entregadas por grupos de frailes, junto con (en cumplimiento del viejo sueño) una bula papal (*Cum simus super*) aseverando la primacía de la Iglesia de Roma, que debía ser presentada a cualquier prelado cristiano no católico con el que pudieran encontrarse. Se planeó que dos grupos de frailes deberían buscar a los mandatarios mongoles en el Oriente Próximo, a los que debían entregar las misivas. Otro de los grupos debería dirigirse al oeste a través de Polonia y Rusia y entregar los mensajes papales al este de esos territorios.

Todos los enviados alcanzaron el éxito en cierta medida. Tras cruzar Tierra Santa, el dominico André de Longjumeau alcanzó Tabriz, desde donde el líder mongol Baichu gobernaba Armenia Mayor, el noroeste de Persia y el antiguo sultanato seléucida de Konya. La segunda misión, compuesta por los dominicos Ascelino da Cremona, Simón de San Quintín y otros dos frailes de la orden, llegó al campamento de verano de Baichu situado en las tierras altas armenias de Sisian. De naturaleza poco discreta, incluso tal vez buscando la gloria del martirio, fray Ascelino alcan-

zó un gran éxito, al menos, contrariando a sus anfitriones. Pero se aseguró de que las misivas papales, traducidas al persa, fueran despachadas a través de las postas mongolas, hasta Karakorum, la capital del Gran Khan en el Asia central. Cuando llegó la respuesta, regresó a Lyon acompañado de dos enviados mongoles con los que el Papa mantuvo una serie de infructuosas conversaciones[37]. Estas embajadas dominicas, como veremos, iban a originar relatos escritos sobre los mongoles que en muchos sentidos serían bastante originales y destinados a tener una considerable influencia en Europa occidental.

La tercera legación fue encabezada por el franciscano italiano Giovanni di Pian di Carpine. Nacido cerca de Perugia, ahora en el último trecho de la cincuentena o principios de la sesentena y con exceso de peso, Giovanni había desarrollado una importante carrera como administrador de su orden y era un hombre al que le resultaba fácil hablar con reyes y príncipes. Su grupo partió de Lyon el domingo de Pascua de 1245 y en Silesia se le unió un franciscano polaco, el hermano Benedicto, que actuó como interprete en tierras eslavas, y, tras un emocionante viaje que describe con gran intensidad, alcanzó el Volga y el campamento de Batu, khan de la Horda de Oro, a principios de abril de 1246[38]. Entregó las cartas y creyó que su misión estaba cumplida. Pero Batu pidió a los dos frailes que necesitaba que asistiesen a la asamblea que iba a tener lugar en Mongolia Exterior y en la que se elegiría al nuevo Gran Khan Guyuk. Partieron forzosamente, el domingo de Pascua, con dos guías mongoles, cabalgando sin descanso, cambiando de caballos de cinco a siete veces al día, a través de las estepas cumanas, el antiguo imperio de Jorezm, con sus «muchas y devastadas ciudades, castillos destruidos y poblaciones desiertas», Otrar, Karakhitai, la tierra de los naimanos donde, a pesar de la estación, «la nieve caía profusamente y donde sufrimos de un frío intenso». Finalmente, el 22 de julio, llegaron a la Horda Syra de Guyuk o «Campamento Amarillo», a me-

dio día de viaje de Karakorum. A las ceremonias acudieron representantes de muchas tierras. Tras la elección y entronización, fueron llamados a la presencia del Gran Khan. El «emperador», escribe Giovanni, era muy inteligente y los cristianos de su casa estaban convencidos de que estaba a punto de convertirse al cristianismo. Pero las negociaciones no fueron bien. Los frailes entregaron verbalmente el sentido de las cartas papales que Batu ya había enviado por adelantado y con la ayuda de un intérprete y de uno de los príncipes rusos escribieron una réplica en latín de la respuesta de Guyuk: un inflexible rechazo de los argumentos de Inocencio IV y una demanda para que apareciese personalmente y se sometiese. Regresaron en invierno, llegando a Kiev el 9 de junio de 1247. Su viaje de más de 5.000 kilómetros hasta Karakorum les había llevado cinco meses y medio, habían permanecido cuatro meses en la corte del Gran Khan y tardado seis meses en regresar a Kiev.

Aunque poco satisfactoria en términos diplomáticos, la misión de fray Giovanni originó relatos sobrios e informativos sobre los pueblos que había conocido. Su compañero Benedicto dejó una narración muy breve que sobrevive en dos manuscritos y una versión algo más larga dictada por él a «fray C. de Bridia» (*sic*, la ausencia poco usual del nombre de pila ha provocado la sospecha de que se trate de una falsificación[39]). La obra de Giovanni, la llamada *Historia Mongolorum*, de gran extensión y escrita con mucha más pericia, utiliza el mismo cuerpo de notas sobre el que se basa el relato de Benedicto. Estas también se pueden encontrar en una recopilación más corta y en otra más larga (de unas 20.000 palabras)[40]. La obra revela un intenso sentido práctico, un genuino interés intelectual por los pueblos entre los que pasó y una sorprendente capacidad de observación. Escrita en un típico estilo franciscano temprano, es decir, que evitaba toda retórica y cultivaba la simplicidad y la franqueza, evita casi toda referencia erudita (aparece de pasada una mención a Isidoro) e

incluso (lo que por otra parte es práctica común en el estilo franciscano) toda cita bíblica. No obstante, esta aparente simplicidad resulta en ocasiones engañosa, ya que al principio de la obra fray Giovanni traza el plano de lo que seguirá, que por su forma esquemática está evidentemente influido por el escolasticismo, por los métodos utilizados en la enseñanza en las escuelas catedralicias[41] y por el cuidadoso estilo de las estructuradas notas de los sermones:

> En la esperanza de escribir un relato sobre los tártaros que pueda ser de interés para los lectores, lo dividiremos en capítulos de la siguiente manera. En el primero hablaremos del país, en el segundo de sus pueblos, en el tercero de su religión, en el cuarto de sus costumbres, en el quinto de su imperio, en el sexto de sus guerras, en el séptimo de las tierras que han sometido a su gobierno, en el octavo de cómo debe hacérseles la guerra y en último del viaje que realizamos, de la corte del emperador y de los testimonios que encontramos en la tierra de los tártaros[42].

Cada capítulo cuenta con un prefacio en el que se pasa revista de manera similar a las cuestiones que serán tratadas. Así en el primero, sobre «el país», se dice:

> Nos proponemos tratar sobre el país de la siguiente manera: primero hablaremos de su situación, en segundo lugar de su carácter y en tercero de su clima.

Utilizando esta estructura, Giovanni ofrece una notable descripción de un mundo extraño. En los ocho primeros capítulos describe los métodos guerreros de los mongoles (organización de los ejércitos, armas, armaduras, cruce de ríos, disposición de líneas en la batalla, tácticas de sitio). A continuación vuelve a ofrecer lo que cree es la historia de los mongoles, realizando un interesante resumen acerca del abundante folclore que se ha desarrollado alrededor de Gengis Khan. Las historias acerca del gran héroe ya se habían fundido con las tradicionales historias orientales sobre Alejandro (de quien era una versión contemporánea mongola)[43] y las razas monstruosas (*sciopodes*, el país de las mujeres monstruo y los perros masculinos y aquellos que se alimentan del olor de los alimentos) ofreciendo ese material a sus lectores sin expresar ninguna duda acerca de su veracidad. Al mismo

tiempo intenta desarrollar una útil genealogía de los príncipes mongoles y ofrece un buen relato acerca del poder del Gran Khan.

Además, Giovanni siente mucho interés por la etnografía: las creencias mongolas, las costumbres matrimoniales, la gastronomía y las bebidas, la indumentaria, las prácticas funerarias y las purificaciones mediante el fuego. Su esquematismo se nota mucho cuando trata de distinguir sus buenas cualidades: obediencia, ausencia de altercados, honradez (al menos entre ellos), vigor, castidad; y las malas: arrogancia, impaciencia, hábitos alimentarios inmundos y ebriedad. Se trata de bastante más que un simple informe diplomático sobre los peligros que plantean esos pueblos. Revela un genuino interés en detalles que probablemente él mismo consideraba bastante alejados de lo que requería su misión. Por ejemplo, al describir la apariencia física de los mongoles, Giovanni se excusa a sí mismo en un capítulo posterior, diciendo que eso permitirá a los comandantes cristianos distinguir entre cautivos que son auténticos mongoles y los que fueron apresados para servir en sus ejércitos.

Sin embargo, y al mismo tiempo, aunque en los ocho primeros capítulos aparece escaso material que pueda ser traducido en un mapa, la descripción del paisaje de Giovanni acerca de la patria mongola es inmediatamente reconocible. Aparecen montañas y llanuras estériles, llenas de gravilla arenosa y carentes de arbolado (las hogueras arden a base de excrementos de animales). También está la irregular climatología: la nieve que llega en verano, cuando existen alteraciones repentinas entre un gran calor y un frío extremo. También está la tierra de los rebaños de ovejas, ganado, cabras; las tiendas de fieltro que son transportadas en carretas tiradas por entre uno y cuatro bueyes; todo el territorio «es amplio, pero aparte de eso… es mucho más miserable de lo que podemos explicar». Pero su intento por situarla en el interior de sus fronteras resulta vago y demasiado sucinto: «Al este

está situada la tierra de los kitayoi y también los solangi; al sur, la tierra de los sarracenos; al sudeste, la de los huyrii; al oeste, la provincia de Naimana; al norte limita con el océano[44]». Con los kitayoi quiere decir los chinos. Sus vecinos, al menos eso puede pensarse, son los solangkas, que habitan en Manchuria y Corea Los huyrii puede que sean los uigures y la provincia al oeste es verdaderamente la de los naimanos. No obstante, los sarracenos, que deben ser los musulmanes del Asia central, también son (tal y como se puede desprender de otras referencias en el texto) los persas, que habitaban un largo trecho hacia el sudoeste en lugar de al sur. Lo mismo ocurre con la narración de Giovanni (la primera descripción europea) de los kitayoi/cataicos/chinos («amistosos y muy humanos… carecen de barba y la forma de su rostro es muy parecida a la de los mongoles, aunque no tan ancha… su tierra es muy rica en maíz, vino, oro, plata y seda»), que echa a perder al identificarlos como cristianos, tal vez a resultas de unas muy optimistas informaciones de nestorianos[45]. Y, aparte de la lista de pueblos conquistados por los mongoles que puede resultar un tanto confusa para el lector contemporáneo[46], eso es todo lo que nos ofrece sobre los pueblos que conoce hasta que llegamos al capítulo final.

Este capítulo final describe el itinerario seguido por los frailes, ofrece un relato sobre sus negociaciones con los líderes mongoles y enumera los testigos que pueden dar fe de la veracidad de su visita a Oriente. Aparte de ser nuestra principal fuente para dilucidar el asunto de la embajada, esta sección ofrece mucho material de carácter geográfico sobre el mundo mongol. Aunque no se ofrecen distancias, el lector de la época podía muy bien deducir que a Giovanni le costó dos meses ir desde Kiev al Volga y, cabalgando a gran velocidad, otros tres meses y medio en ir desde el Volga a la *horda* del Gran Khan, cerca de Karakorum. También podría obtener detalles acerca del tiempo empleado por Giovanni desde el Volga, atravesando «Cumania», hasta el reino

de los kangutos (los turcos kanglis), los reinos de Jorezm, de Karakhitai, la tierra de los naimanos y demás hasta alcanzar la *horda* del Gran Khan. De nuevo, en el viaje de regreso, un geógrafo contemporáneo podría haberse fijado en que, al desplazarse en invierno, Giovanni alcanzó las riberas del Volga casi cinco meses después de dejar al Gran Khan y le costó otro mes llegar desde el Volga a Kiev. La obra también podría haber respaldado el error europeo de creer que tanto el Volga como el Ural fluían hacia el mar Negro en lugar de al Caspio.

No obstante, dichos conocimientos nunca fueron del dominio general. Este capítulo final fue escrito, se podría decir, sólo como una ocurrencia tardía, debido a la aparición de dudas acerca de la veracidad del informe (ya en el prólogo Giovanni señala lo duro que resulta ser considerado un mentiroso). Fue un intento de refrendar la veracidad de lo que había sido explicado, profundizando en las circunstancias del viaje y proporcionando nombres de testigos. No obstante, sólo existen tres manuscritos que contengan dicha sección. En otras palabras, a pesar de la brillantez y del asombroso viaje que explica, los elementos estrictamente geográficos del libro tuvieron una circulación muy limitada. Y probablemente fueron difundidos de manera más amplia a través de las disertaciones ofrecidas por Giovanni acerca de sus experiencias cuando regresó. Su compañero franciscano, fray Salimbene, ha descrito esas sesiones, en las que se leía en voz alta el libro de Giovanni, tras lo cual él respondía a cualquier pregunta de su auditorio[47].

V

El mensaje central que Giovanni di Pian di Carpine entregó al Papa fue su consejo de no entrar en negociaciones con los khanes y una llamada a la resistencia. El Gran Khan Guyuk y sus príncipes habían izado su estandarte contra Occidente: en tres o cuatro años, afirmaba Giovanni, sus ejércitos volverían a atacar Hungría

y Polonia. Pero se les debía hacer frente: «a causa del penoso —y realmente intolerable para nosotros por nunca visto— estado de esclavitud al que reducen a los pueblos que se les han sometido». La resistencia es además posible: «Son menos numerosos que los pueblos cristianos y de constitución más endeble» y muchos de los integrantes de sus ejércitos se sentirían felices de poder luchar contra ellos en lugar de por ellos. Algunos de sus consejos parecían corroborar la carta de Guyuk al Papa:

> Ésta es una orden enviada al Gran Papa que deberá reconocer y entender. Habéis dicho: «Haceros cristianos, será lo mejor». Habéis sido presuntuosos: habéis enviado una petición. Esta petición vuestra no la hemos entendido. ¿Cómo sabéis a quién perdona Dios, a quién muestra Su misericordia?, porque mediante su poder, desde donde nace el sol a donde se pone, Él nos ha concedido todas esas tierras a nosotros; son nuestras. Excepto si no es por voluntad de Dios, ¿cómo puede nadie hacer algo? Ahora debéis decir con un corazón sincero: «Nos convertiremos en vuestros súbditos; os ofreceremos nuestra fuerza». Vos en persona, a la cabeza de los reyes, debéis venir de inmediato para rendirnos pleitesía. Entonces reconoceremos vuestro sometimiento. Y si no aceptáis la voluntad de Dios o actuáis contra nuestra voluntad, os consideraremos como enemigos[48].

Al igual que los papas, los mongoles también afirmaban una «plenitud de poder» («Te he colocado sobre las naciones y los reinos») de origen divino. No obstante, persistía la idea de que era posible negociar. En diciembre de 1248, menos de un año después del regreso de Giovanni di Pian di Carpine, dos cristianos nestorianos, representantes de Eljigitei, el comandante del ejército mongol en el occidente de Asia, llegaron a Chipre, donde el rey Luis IX de Francia reunía a su ejército para emprender una cruzada contra Egipto. Esos enviados afirmaron que tanto Eljigitei como el Gran Khan Guyuk se habían convertido al cristianismo. A esas buenas noticias añadieron que la madre de Guyuk era la hija del Preste Juan. Dadas las circunstancias proponían una alianza contra el Islam. Esas noticias parecían corroboradas por una carta escrita en Samarcanda por Sempad, condestable de Armenia, en la que explicaba al rey de Chipre la conversión del Gran Khan[49]. Luis respondió enviando una embajada encabezada por André de Longjumeau, el dominico que ya se adentrara

anteriormente en Armenia Mayor en nombre de Inocencio IV, provista de ricos presentes, incluyendo una elaborada capilla portátil. No obstante, al llegar a Tabriz, el grupo de Longjumeau se enteró de la muerte de Guyuk, de que su viuda era la nueva regente y que la cuestión de la sucesión hacía que todo fuese incierto. Eljigitei envió a los emisarios de Luis a Karakorum. Una vez allí y mientras planeaba la sucesión de su hijo al gran khanato, a la regente le pareció oportuno recibir los obsequios del rey como una muestra de sumisión formal, no sólo del rey de Francia, sino de todos «los francos», es decir, de toda la Europa católica. La regente envió una carta que le llegó a Luis en el verano de 1251, en la que le ordenaba que se personase en su corte con un tributo de oro y plata. No aparecía ninguna mención acerca de conversiones al cristianismo o alianzas[50].

Llegados a ese punto, Luis decidió no tener más relaciones con los mongoles. No obstante, un franciscano de su séquito, el flamenco Guillaume de Rubruck, al enterarse del rumor de que Sartak, hijo de Batu, se había hecho cristiano, obtuvo el permiso del rey para partir, no como su enviado, sino simplemente como misionero, para encontrarse con los mongoles de la Horda de Oro[51]. Guillaume tenía por entonces entre treinta y cinco y cuarenta y cinco años, «un hombre muy fuerte», que conocía bien París y que ya había visitado Egipto. Le acompañó un italiano de su orden, Bartolomeo da Cremona. Tras partir en mayo de 1253, zarparon desde Constantinopla hasta el puerto de Soldaia (la actual Sudak), en aquellos tiempos un gran emporio comercial de la península de Crimea. Los oficiales del puerto, tal vez percibiendo la ventaja de poder relacionarse con los enviados, les dieron cuatro carretas de bueyes cubiertas y dos descubiertas. Los frailes, que montaban a caballo, iban acompañados por «el escribano» Gosset, un intérprete homodei, un esclavo llamado Nicolás traído de Constantinopla y dos carreteros. Partiendo de Soldaia, «al tercer día nos encontramos con los tárta-

ros; cuando estuve entre ellos me pareció como si penetrase en otro mundo». Dos meses después llegaron al campamento de Sartak, a tres días a caballo al oeste del Volga. Éste, que de ninguna manera era el cristiano que se rumoreaba y creyendo que los frailes, a pesar de sus protestas, eran embajadores del rey Luis, los envió al campamento de su padre, Batu, más allá del Volga. A su vez, alrededor de mediados de septiembre, Batu ordenó que ambos frailes, junto con el intérprete, fuesen escoltados por una tropa mongol de unos treinta jinetes para entrevistarse con el nuevo Gran Khan Mongke, en Karakorum. Hacía mucho frío, pero el oficial designado para escoltarlos los envolvió en pieles de la cabeza a los pies y colocó su equipaje en otros dos caballos. Al igual que Giovanni di Pian di Carpine antes que ellos, tardaron tres meses y medio en recorrer los más de 5.000 kilómetros entre Sarai y Karakorum. Allí se entrevistaron con Mongke, quien, aunque disgustado porque no fuesen embajadores, permitió que Rubruck y Bartolomeo se quedasen seis meses.

Durante ese tiempo Guillaume descubrió muchas cosas y ofrece una vivida descripción de la capital bárbara, de los mongoles y de los grupos cosmopolitas de aventureros, fanáticos, oficiales, embaucadores y embajadores que conocieron allí. Había muchos europeos, así como todo tipo de pueblos orientales. Nos habla del papel moneda de Catai, de los escribas que trazan caracteres chinos con un pincel («con un sólo carácter obtienen varias letras que forman una palabra») y de los monjes budistas con hábitos de color azafrán que repiten su mantra (aunque lo oye mal) «Om mani padme hum». Habla de cómo cenó el Domingo de Ramos con Guillaume Boucher, maestro orfebre de París (cuyo hermano Roger vivió en el Grand Pont), de su esposa, hija de un húngaro nacido en Lorena, y de un tal Basil nacido de padre inglés en Hungría[52]. En el palacio del khan, maese Guillaume ha levantado un ingenioso árbol de plata, con cuatro leones de plata a su pie que dispensan leche de yegua y un ángel mecánico

tras cuyo toque de trompeta manan cuatro tipos de vino diferentes.

Había doce templos paganos, dos mezquitas y una iglesia nestoriana. Por Pascua había húngaros, alanos, rusos, georgianos y armenios que recibían la comunión en la iglesia de los nestorianos, donde Rubruck dudó en tomar el sacramento de sus manos. Algunos de los miembros de la familia del khan y de los administradores principales del imperio eran nestorianos, pero el disgusto del fraile ante sus «herejías» impidió cualquier cooperación de utilidad. Cuando el Gran Khan solicitó un debate público, Rubruck se halló discutiendo con nestorianos así como con musulmanes y «tuinos» (¿taoístas?). Pretende haber ganado; afirma que los «sarracenos» admitieron que él tenía los mejores argumentos: «Y confesaron que en todas sus plegarias piden que Dios les permita morir como mueren los cristianos». Esta cuestión aparece una y otra vez en los relatos de misioneros, dando a entender que a fin de sustentar la moral de los fieles de regreso a casa, las órdenes se obligaron a incluir ese tipo de frases en relatos acerca de debates. No obstante, desilusionado, Guillaume decidió regresar. En su última entrevista, el Gran Khan le habló de su propia creencia: «Al igual que Dios ha dado dedos diferentes a la mano, también ha concedido caminos diferentes al hombre». Rubruck nos habla con franqueza acerca de su frustrada reacción, una mirada sobria en el interior del instinto misionero: «Si tuviese poder para obrar milagros como Moisés, le hubiese hecho postrarse».

Su compañero, Bartolomeo, agotado, según nos explica, por el viaje hasta Mongolia e incapaz de resistir el viaje de regreso, se quedó. Rubruck abandonó Karakorum en julio de 1254, llegando al campamento de Batu en poco más de dos meses, y luego, a un ritmo más pausado, atravesó el Cáucaso, adentrándose en Asia Menor hasta Tierra Santa. Desde Acre envió un informe sobre lo que había visto a Luis IX, entonces ya de nuevo en Fran-

cia, que podría, sin riesgo a exagerar, ser clasificado como una de las mejores obras de la literatura de viajes. Está escrita por un hombre erudito, educado en dialéctica, probablemente en París[53], y que más tarde sería profesor de teología. Antes de partir, leyó los relatos del hermano Julián, de Giovanni di Pian di Carpine, de André de Longjumeau, así como de viejas autoridades en el tema, como Solino e Isidoro. Pero nunca permitió que eso, ni que un conocimiento previo, ocupe el lugar de su aguda observación personal. Al contrario que Pian di Carpine, estructuró su relato como una narración, acerca de la historia de su ida y regreso de la corte del Gran Khan, y en ella ofrece una clara descripción de la situación de las tierras por las que pasó. Así, por ejemplo, la mención de su partida desde Constantinopla a Soldaia hace que describa la zona del mar Negro y los territorios adyacentes, su comercio y sus soberanos. A partir de entonces, trata de ofrecer una visión similar de cada etapa del viaje. De nuevo, al alcanzar el Volga, «un río enorme, cuatro veces más ancho que el Sena y muy profundo», es el primer autor de la Edad Media en señalar que Isidoro de Sevilla estaba equivocado cuando consideró que el Caspio (en donde desemboca el Volga) era un golfo del océano y que en realidad es un vasto mar interior. En cuanto a las razas monstruosas, los pueblos que conoció le dijeron que nunca las habían visto, «lo cual nos lleva a preguntarnos si lo que dijeron Isidoro y Solino es cierto».

Pero además de este tipo de comentarios, ofrece una extraordinaria descripción de los mongoles en sus territorios, mucho más larga y detallada que la de Pian di Carpine. Nos habla de las *gers* o tiendas, que son transportadas en carromatos por —tal como contó en una ocasión— incluso veintidós bueyes, de los cofres en los que guardan sus posesiones transportadas en carromatos tirados por camellos, del interior de sus tiendas, de sus bailes, de los tocados femeninos, de la comida y la bebida, de cómo elaboran *kumis* a partir de la leche de yegua fermentada. En muchos

fragmentos se observa la ausencia de intención de ofrecer información útil para los misioneros o guerreros occidentales, sino una auténtica fascinación por lo nuevo y visualmente extraño: «Me hubiera gustado poder pintar todo para vos si hubiera sabido pintar». Al mismo tiempo la gente le repele. Las considerables privaciones, hambre y sed («Me parece a mí que nunca he tenido nada para comer», señala fray Bartolomeo en un momento) del viaje a través de desiertos vacíos le resultaron aceptables, «pero no la penuria que soporté cuando llegue a lugares habitados. No puedo hallar palabras para hablaros de la miseria que sufrimos cuando llegamos a los campamentos». Aquí aparecen salvajes innobles, groseros, arrogantes, intimidatorios, de hábitos inmundos. Para Rubruck no representan ninguna amenaza militar. Si el Papa declarase una cruzada en su contra, serían barridos: a un ejército cristiano le sería «muy fácil» conquistar todos sus territorios.

VI

A mediados de la década de 1250 eran muchos los que, al igual que el emisario del rey Luis, Balduino de Hainault, habían visitado los territorios mongoles sin escribir acerca de ellos, aunque en manuscritos que circulaban en Europa occidental se podía encontrar una sustancial cantidad de información acerca de los mongoles[54]. Tomado en su conjunto, eso representa un gran aumento en el conocimiento comparado con el existente sólo treinta años antes, cuando Gengis Khan fue tomado por el Preste Juan y Oriente como el mundo de las razas monstruosas. Sin embargo, resulta aparente que los relatos escritos no eran especialmente conocidos o estudiados. La *Chronicle* de Mateo Paris, con sus interesantes informes acerca de la invasión de Europa y su material tomado de André de Longjumeau, nunca fue leída durante la Edad Media fuera del monasterio en el que fue escrita[55]. Sobre la obra que trata del ataque de Hungría, la carta del

dominico Julián de Hungría sobrevive sólo en cuatro manuscritos y el *Carmen miserabile* de Ruggiero delle Puglie, únicamente en uno. De los frailes enviados a los mongoles por el papa Inocencio IV, el relato de Giovanni di Pian di Carpine puede hallarse en dieciséis manuscritos y el de Benedetto en tres, aunque no obstante, tal y como ya hemos visto, el capítulo más valioso de la obra de Giovanni sólo se encontró en tres manuscritos y es improbable que haya sido leído de manera general[56].

El informe de la legación de Ascelino a Baichu fue escrito por Simón de San Quintín, que le acompañó a Armenia Mayor, en una obra titulada (al igual que la de Giovanni di Pian di Carpine) *Historia Mongolorum*. Contiene valiosas informaciones sobre las costumbres y la manera de guerrear de los mongoles y sobre la situación general, en particular la que afecta a georgianos, armenios y seléucidas del Próximo Oriente. Se ha perdido el original, aunque muchos de sus contenidos aparecen en los últimos libros de Vincent de Beauvais, *Speculum Historiale*, la sección histórica de su vasta enciclopedia, *Speculum Maius*. Fue ésta una obra que gozó de gran popularidad a finales de la Edad Media, sobreviviendo en más de cincuenta manuscritos completos y con traducciones al francés, catalán, español, holandés y alemán. En el *Speculum*, Vincent también recopila partes del informe de Giovanni di Pian di Carpine. No obstante, allí donde podemos comparar lo que incluye con la obra original, se puede apreciar que de hecho era bastante indiferente a la ciencia de la geografía, que subordinaba o suprimía en favor de la cronología. De hecho, no toma ningún fragmento del capítulo 1, que es donde se encuentra el relato de Giovanni acerca de «la posición, carácter y clima» de Mongolia, ni del capítulo 9, donde describe su itinerario[57]. Sin embargo, la obra de Vincent, que en la Edad Media se convirtió en la obra de consulta básica en cuanto a información sobre los primeros mongoles y como tal fue toma como como referencia por muchas otras y populares enciclopedias y cróni-

cas[58]. Uno de lo efectos que provocó esta situación fue que eliminó cualquier demanda que pudiera existir por las obras más breves, y menos sustanciales en cuanto a tamaño, en las que está basada. Finalizada en 1253, su documentada masa de información puede muy bien haber contribuido en particular a la escasa difusión del propio tratado de Guillaume de Rubruck, escrito dos años después. Guillaume regresó a París algo más tarde, conociendo allí al franciscano inglés Roger Bacon, que menciona unos cuantos detalles, aunque de escasa importancia, acerca de ella en su *Opus Maius*[59]. Puede que este encuentro explicase el hecho de que, aparte de los cinco manuscritos de la obra de Guillaume que poseemos, cuatro provengan de fuentes inglesas[60].

VII

A través de los profundos cambios que afectarían al imperio de los grandes khanes a partir de la década de 1250, llegaría a Europa un conocimiento más amplio de Asia. Sus conquistas continuaron durante un tiempo. Con la aparición de Mongke como cuarto Gran Khan, los mongoles volvieron a lanzarse a un movimiento de expansión. El mismo Mongke, con su hermano Kubilai, se hizo cargo de la conquista de China. En el oeste, a su hermano pequeño, Hulegu, le fue asignada Persia y sus vecinos. Tras destruir a los *asesinos*, la orden militar de la secta ismaelí que durante tanto tiempo había aterrorizado el Oriente Medio, Hulegu invadió Irak, conquistó Bagdad y se arrogó el poder político del califato abasida. En 1260 avanzó sobre Siria, conquistó Alepo y Damasco y recibió la soberanía de los Estados cruzados cristianos de Antioquía y Trípoli. No obstante, cuando llegaron noticias de la muerte de Mongke, Hulegu retiró la mayoría de sus tropas a Azerbaiján, dejando tras de sí sólo unas pocas guarniciones. En ese momento y aprovechando la ventaja, el ejército de Aybak, el sultán mameluco de Egipto, infligió una decisiva derrota al remanente de las fuerzas de Hulegu en la batalla de

Ain Jalut, en Galilea (3 de septiembre de 1260). Ese hecho ha sido considerado un momento decisivo; ciertamente el mito de la invencibilidad de los mongoles saltó hecho pedazos y, aunque los observadores contemporáneos no se dieron cuenta de ello de inmediato, también significaba el límite de sus conquistas en Occidente.

Esos límites seguían siendo enormemente amplios. Como resultado de unos cincuenta años de conflictos, cuatro khanatos mongoles dominaban extensas zonas de Asia. El Gran Khan contaba con el corazón de Mongolia y de China al norte del río Amarillo. A partir de 1279 se haría con el resto del país. Asia central estaba en manos del khanato Chagatai, cuyo centro era Balasaghun y que se extendía hacia el sur hasta el Hindukush. Al oeste, el khanato Kipchak, o «khanato de la Horda de Oro», con capital en Sarai, en el bajo Volga, que controlaba las estepas y ejercía su soberanía sobre los principados rusos. Al sudoeste estaba el Ilkhanato (es decir, el khanato «súbdito», subordinado en nombre al menos al Gran Khan) que reinaba sobre Persia, Mosul y Bagdad. Tras años de guerras y una inmensa destrucción, una depredadora clase alta bárbara se fue convirtiendo en una clase más sedentaria de explotadores de los pueblos a los que habían conquistado y en todas partes se puso en marcha no tanto un sistema de impuestos como una sistemática explotación. Al mismo tiempo, si alguna vez existiera algo que pudiera denominarse *Pax Mongólica*, cesó en la década de 1260. La muerte de Mongke fue seguida de cuatro años de guerra entre Kubilai y su hermano Ariq-boke. A partir de entonces, el khanato Chagatai, sobre todo bajo Qaidu (fallecido en 1301) estuvo en constante conflicto con Kubilai, mientras que a partir de 1261 estallaron muchos conflictos entre la Horda de Oro y el Ilkhanato de Persia.

Al intensificarse dichas divisiones, aparecieron líderes mongoles que empezaron a establecer *ententes* genuinas con los cristianos católicos, alianzas que ampliarían enormemente el alcance

del conocimiento geográfico en Occidente. Ya hacía algún tiempo que mercaderes católicos habían empezado a buscar fortuna en tierras mongolas. Giovanni di Pian di Carpine menciona a cinco de «los mercaderes más importantes» que conoció en Kiev en 1247: «Miguel el genovés y Bartolomé, Manuel el veneciano, James Reverius de Acre, Niccolò Pisani». En mayo de 1253, Rubruck conoció a «ciertos mercaderes de Constantinopla» en Soldaia. Especialmente impresionante era el crecimiento del comercio con la Persia mongola, parte del cual fluía hacia el sur vía Sinope, desde el puerto de Trebisonda, en el mar Negro. Hubo otros que pasaron por el reino de la Armenia Menor, que dominaba la franja costera de Cilicia, a la sombra de los montes Taurus. En 1246 su rey, Hetoum I, reconoció la soberanía de los mongoles y sus territorios sirvieron a partir de entonces como puente natural entre Occidente y el Ilkhanato de Persia. Desde su puerto de Layas (también Ayas o Lajazzo) en el golfo de Alexandretta, las rutas de caravanas discurrían hacia Bagdad y, a través de Erzurum, hasta Tabriz[61]. En 1263 ya había mercaderes católicos establecidos en Tabriz, que por entonces era el principal centro comercial de Persia. En ese año, Pietro Vilione (también Vioni) de Venecia, que comerciaba en lino, tejidos del norte de Europa y con cristal veneciano, redactó su testamento en la ciudad, utilizando como testigos a dos pisanos y un francés[62]. Tres años más tarde nos enteramos de que Arnaud Marinier de Marsella se ha procurado un salvoconducto del príncipe Carlos de Anjou para viajar hasta el puerto de Trebisonda, en el mar Negro, «y hasta la tierra de los tártaros[63]».

Si el comercio propició la cooperación entre Occidente y el Ilkanato de Persia, también fomentó las políticas externas. Desde 1260, Aybak, el sultán mameluco de Egipto, forjó lo que sería una prolongada alianza con la Horda de Oro o khanato Kipchak, contra sus primos, los mongoles de Persia[64]. A fin de contrarrestar esta amenaza, los Ilkhanes se vieron obligados a se-

llar una alianza con las potencias católicas. Entusiasta al respecto se mostró el hijo y sucesor del Ilkhan Hulegu, Abaqa (1265-1282). Aunque parecía ser budista, su madre era cristiana y una de sus esposas, Mina, era la hija natural del emperador bizantino Miguel VIII Paleólogo. De aquí la importancia de los diplomáticos y misioneros cristianos en Persia en la década de 1260. Una de las figuras sobresalientes de esta situación fue el dominico inglés David Ashby, que, habiendo pasado diez años en la corte de Hulegu y Abaqa, fue enviado como embajador de este último al Segundo Concilio de Lyon en 1274 y que escribió un relato, ahora perdido, sobre los mongoles[65]. Hay que reconocer que no salió gran cosa de esos frenesís diplomáticos. El fracaso en el intento de coordinar una acción militar entre Abaqa y la cruzada del príncipe Eduardo de Inglaterra entre 1270 y 1272 fue sólo un ejemplo de las enormes dificultades que entrañaba una cooperación exitosa. No es menos cierto que a pesar de ello continuó existiendo cierta amistad generalizada entre Occidente y los mongoles de Persia.

Algo que puede ilustrar la nueva situación es la sorprendente historia de los monjes nestorianos Rabban Sauma y Rabban Marco. Rabban Sauma había nacido en Beijing; Rabban Marco era hijo de un archidiácono de la provincia de Shanxi[66]. Ambos eran de raza turca, uigur u onguta. En la década de 1270, sin duda como agentes de la política religiosa del Gran Khan —ya que dos gobernadores de Tungchuan, que da la casualidad de que eran hijos de Guyuk y Kubilai Khan respectivamente, les proveyeron de dinero para realizar el viaje—, iniciaron una peregrinación hacia Jerusalén. Su ruta puede seguirse a lo largo de la Ruta de la Seda: Hotan, Kashgar, Tus (capital de Jorasán) y luego los territorios del Ilkhanato hasta Azerbaiján, Marageh y, en 1280, Bagdad. Aquí, aunque encontraron la carretera a Jerusalén cerrada a causa de la guerra, el patriarca nestoriano metropolitano consagró a Marco como metropolitano de Catai y Ong (Shanxi)

y a Sauma como su vicario general. El patriarca moriría al año siguiente y Marco (que, aunque desconocía el siriaco, era el único metropolitano que podía hablar mongol) fue elegido —posiblemente por inducción del khan— en su lugar. En cuanto a Rabban Sauma, su viaje todavía no finalizó. En 1287, el cuarto Ilkhan, Arghun (1284-1291), le envió como emisario a Europa. Estuvo acompañado por dos italianos, Tommaso, de la familia de los Anfossi, banqueros genoveses, y de un tal Ughetto «el intérprete». Al llegar a Roma se vieron incapaces de poder negociar a causa de la muerte del Papa. Por ello se trasladaron a Génova, para mantener una entrevista con el rey Felipe IV en París, y luego a Burdeos, donde, en un extraordinario encuentro transcontinental, Eduardo I de Inglaterra recibió la comunión de las manos de Rabban Sauma. En febrero de 1288 Sauma regresó a Roma para ser recibido por el recién elegido Nicolás IV. Regresó a la presencia de Arghun con ofertas de ayuda y también, tal y como creyó, con una concesión de autoridad patriarcal otorgada por la Sede romana sobre todos los pueblos de Oriente. Mientras tanto, en Roma, el relato que había hecho sobre las fortunas de la cristiandad en China propiciaron que Nicolás despachase a los primeros misioneros católicos[67].

Más tarde, Arghun envió a los mercaderes genoveses Buscarello, Percivalle y Corrado Ghisulfi, como sus enviados a París y Londres. Desde Londres trajeron de regreso a sir Geoffrey de Langley, representante de Eduardo I, que —como Arghun había muerto en el intervalo— negoció con su sucesor a finales de 1292[68]. Aunque desde el reinado de Ghazan (1295-1304) los Ilkhanes se habían convertido formalmente al Islam, eso no obstó para que continuasen desarrollando su rivalidad con los mamelucos de Egipto y los mongoles siguieron buscando la alianza con las potencias europeas contra la amenaza que para ellos significaban. La breve invasión de Ghazan de Siria en 1300 persuadió a Bonifacio VIII y al mundo católico de que el papado estaba

a punto de recibir Jerusalén de sus manos como regalo[69]. Aunque esas vanas esperanzas se quedaron en eso, los imperativos de la política exterior persa obligaban a que, hasta el final del Ilkhanato en 1335, se permitiese residir en su territorio a mercaderes y misioneros cristianos. Mientras tanto, los tártaros kipchak, dueños de las estepas en Sarai, también se abrían a los mercaderes. Justamente en este período las ciudades italianas empiezan a colonizar y desarrollar lo que sería el gran centro comercial de Tana, donde el Don desemboca en la cabecera del mar de Azov. En el contexto de estos acontecimientos tiene lugar el primero de los viajes de los Polo.

Capítulo 2

Los Polo

I

Tal y como hemos visto, en 1260, misioneros católicos y mercaderes italianos ya habían penetrado en Asia occidental. El padre y el tío de Marco Polo fueron pioneros en el viaje a China. En fuentes chinas no se ha encontrado ninguna alusión de esos hombres (ni referente al propio Marco)[1]. Existen unos pocos documentos venecianos que hablan de ellos, pero en lo que respecta a sus viajes dependemos casi por completo de los escasos capítulos introductorios que conforman el prólogo del libro de Marco Polo. Esos capítulos fueron escritos siguiendo una tradición biográfica medieval y renacentista ajena a las formulaciones modernas respecto a lo que constituye información biográfica[2], pues en este caso estaban destinados a justificar el texto que los seguía, antes que a presentar un relato literal de los hechos de la familia. Su propósito era persuadir al lector de que los testigos del libro, el padre y el tío de Marco, eran «indefectiblemente nobles, sabios y próvidos» y que el mismo Marco era «sabio y próvido sin medida» y admirado por el Gran Khan. Otras informaciones son ignoradas y así ocurre a lo largo de todo el libro, incluso en ocasiones de manera ostentosa. En el capítulo LXII, por ejemplo, se nos toma el pelo con la información de que los Polo estuvieron en «Campiciou», la principal ciudad de Tangut, «durante un año tratando asuntos propios que no vale la pena mencionar». El propósito de cualquier aseveración biográfica era simplemente tratar de autentificar, aunque de forma artificial, la verdad del conjunto de la obra[3]. Paradójicamente, ésta es la ra-

zón por la que tienen que ser leídas con una buena dosis de cautela. Nuestra prevención aumentará al reconocer que esos capítulos están redactados en la forma literaria de la prosa romance caballeresca del siglo XIII. La única información biográfica adicional con la que contamos es la proporcionada por el prefacio al libro del compilador Ramusio, del siglo XVI, que tiene todo el aspecto de tratarse de conjeturas y de habladurías populares sin verificar[4].

Podemos llevar a cabo el siguiente relato partiendo de dichas limitaciones, aunque parte de él resulta controvertido y habrá que repasarlo más adelante. En la década de 1250 vivían tres hermanos, mercaderes venecianos: Marco, el mayor, Niccolò (padre del autor del libro) y Maffeo (el manuscrito francoitaliano más antiguo le llama «Mafeu», mientras que en la versión toscana aparece como «Matteo»). Su casa familiar pertenecía a la parroquia de San Severo, entre la parte de atrás de San Marco y el Campo de San Lorenzo, un distrito de calles estrechas y caminos sin pavimentar, con zanjas que en ocasiones se ampliaban convirtiéndose en canales y que en otras creaban cenagales. Hacia el sur, los callejones conducían a la basílica de San Marco, cuyas aguas se abrían dando paso al puerto de san Niccolò del Lido, santo patrón de los marinos, en cuyo honor fue bautizado el padre de Marco. Al oeste estaba la plaza del Dogo y la basílica de San Marco con su botín fruto de las guerras y el comercio, los cuatro caballos de Constantinopla, las estatuas pórfiras y el cuerpo del santo.

Estos hermanos se hallaban unidos en una *fraterna compagnia*, una asociación familiar. Mercaderes, habían nacido en un período en que el comercio veneciano se expandía a un ritmo que nunca más podría ser igualado. Esos años culminarían en la primera acuñación del ducado de oro veneciano, la divisa internacional de la Edad Media. Gran parte del comercio de la ciudad tenía lugar con Oriente, con Alejandría y con Acre («san Juan de

Acre»), que desde 1187, tras la caída de Jerusalén en manos de los musulmanes, se había convertido en la capital de los reinos cristianos de Tierra Santa. Acre contaba con su propio barrio veneciano, con iglesias (san Marco y santa María) y con un *fonduk* o *fondaco*, una combinación de almacén, albergue y club de expatriados, dispuesto alrededor de un patio interior. A este centro llegaban las caravanas procedentes de Damasco con vasijas, paños, alfombras, frutas y dulces[5].

Pero aparte de todo eso, los venecianos de la época eran dignos hijos de sus padres, que habían luchado en la cruzada de 1204, una «cruzada» *sui generis*, que había finalizado con la conquista católica del Imperio bizantino. En la división de los restos, el Dogo había sido reconocido como «Señor de una cuarta parte y media de una cuarta parte del Imperio de Romanía (es decir, del Imperio bizantino)». Venecia, que ya contaba con su propio barrio en la orilla occidental del Cuerno de Oro, fue ahora confirmada como poseedora de tres octavas partes de la ciudad de Constantinopla, incluyendo las instalaciones portuarias. En esta zona se alzaban sus seis embarcaderos, sus dos grandes *fondachi* y las iglesias para su uso: san Akyndinos (con su molino, su horno, sus albergues y sus pesos y medidas), ahora consagrada a san Marco, así como san Niccolò y santa María Latina[6]. A esta nueva colonia llegaron miles de venecianos, entre ellos los Polo (en 1280, Marco, el mayor, regresó a Venecia, describiéndose a sí mismo en su testamento como «anteriormente de Constantinopla»).

Desde Constantinopla, dos convoyes anuales llevaban sedas, pigmentos, pieles, pimienta, jengibre, algodón, plumas de pavo real, esclavos y madera a Venecia para que desde allí todas esas mercancías fuesen reexportadas al resto de Europa. Otros colonos venecianos de la ciudad hicieron fortuna mediante la importación y exportación con Egipto y todavía los hubo que lo consiguieron comerciando con el mar Negro[7]. Entre estos últimos

estaban los Polo, que poseían una casa en el puerto crimeo de Soldaia, que en esa época era el emporio principal de todos los comerciantes italianos de la región. Recordemos que aquí, en mayo de 1253, fray Guillaume de Rubruck había conocido a «ciertos mercaderes (entre ellos, sin duda, italianos) de Constantinopla» que le aconsejaron que se adentrase en el «otro mundo» de las estepas mongolas. Para algunos de ellos existía la posibilidad de forjar grandes fortunas. Aquí traían los rusos ámbar del Báltico, miel, cera y pieles, martas, cibelinas, armiños y zorros negros. Y desde aquí los venecianos exportaban esclavos tártaros, búlgaros y caucasianos para los soberanos musulmanes de Alejandría. Sin embargo, la gran época comercial del mar Negro todavía no había llegado. La mayoría de los mercaderes del puerto —griegos, armenios, turcos, judíos, genoveses, venecianos— estaban dedicados a un comercio minorista a lo largo de la costa, dirigido a aprovisionar a Trebisonda y Constantinopla de sal, pescado (barriles de esturión y caviar salado o ahumado) y maíz. Todavía faltaba algo de tiempo para que empezase el comercio a gran escala. En la década de 1260, cuando la hambruna se cebó en Italia, la propia Venecia dependía del maíz de esas regiones. El grueso de los intercambios lo constituían los *bocharame* (bucaranes, llamados por Marco *bougrans*), piezas de tejido muy fino realizadas en la ciudad centro-asiática de Bujara.

En un momento dado —todos los textos importantes del libro dicen que en 1250, aunque la fecha más probable es hacia 1260[8]— Niccolò y Maffeo Polo dejaron su base de Soldaia y partieron para comerciar en joyas con el khanato mongol de la Horda de Oro. En Sarai, cerca de la actual Volgogrado, al otro lado del Volga inferior, conocieron al khan Berke. Según el libro, le hicieron un presente con sus joyas y a cambio recibieron varios regalos «de al menos el doble de su valor». Se ha dicho que esas palabras dan la impresión de ser un intento de minimizar el hecho de que estaban «comerciando» (¡como si para un vene-

ciano eso fuese un estigma!). La verdad es que ése era el modo normal de hacer negocios con los potentados orientales: en 1338, seis mercaderes, también de Venecia, que viajaron a Delhi vía Astracán, comerciaron con el sultán —muy provechosamente— de la misma manera[9]. Los hermanos habían conseguido cerrar un buen trato. Pero este triunfo —aunque el libro no lo mencione— debe haberse visto empañado por las terribles noticias provenientes de Occidente. En julio de 1261, el enemigo más poderoso de los venecianos, Miguel Paleólogo, el soberano griego de Nicea, en alianza con los genoveses, reconquistó Constantinopla y restauró el Imperio bizantino. Y desencadenó una orgía de venganza contra los mercaderes venecianos que cayeron en sus manos; cincuenta de ellos fueron capturados y cegados o mutilados.

Probablemente fueron estas noticias las que persuadieron a los Polo a buscar otra forma de regresar al Mediterráneo que no fuese a través de las restauradas tierras bizantinas. Puede que en primer lugar pensasen dirigirse hacia el sur, a través de Georgia y Armenia, hasta la colonia comercial veneciana de Tabriz, en el Ilkhanato de Persia —a través de las tierras de los que Marco denomina «los tártaros de Levante»— y desde allí buscar una salida hacia el Mediterráneo[10]. Pero, precisamente entonces, en el invierno de 1261-1262[11], estalló la guerra entre Berke khan, de la Horda de Oro y Hulegu, Ilkhan de Persia. Como su ruta de escape se hallaba bloqueada, tuvieron que resignarse a permanecer más tiempo en territorio mongol. Tras residir en la corte de Berke durante doce meses, se dirigieron hacia el norte, en dirección a Ukek, una población situada en el margen derecho del Volga. Una vez allí siguieron hacia el este, «a través de un desierto que se extiende durante diecisiete días de viaje, sin encontrar poblaciones ni aldeas, sino sólo muchos tártaros con sus tiendas, que vivían con sus animales». Ésta puede haber sido sólo la primera etapa de un viaje que debe haber durado al menos sesenta días, a

través del khanato Chagatai de Asia central hasta la gran ciudad comercial de Bujara, en Transoxania[12]. Una vez llegados allí, se enteraron de que la guerra seguía impidiéndoles regresar.

Tras residir tres años en Bujara, pasó por la ciudad una embajada del Ilkhan Hulegu con destino a la corte del Gran Khan. Al reconocer a los dos hermanos, los enviados les sugirieron que les acompañasen en su misión ante el Gran Khan, quien, dijeron, nunca había visto a ningún latino y que tal vez le agradase hablar con ellos (la verdad es que esta afirmación puede ser impugnada basándose en los anales chinos que registran la visita de *falang* [extranjeros] a la corte del Gran Khan en 1260-1261[13]. No obstante, como se dice que esos extranjeros eran rubios y blancos y que habían llegado atravesando dos mares para realizar su visita, parece algo temerario insistir en que eran «latinos» que, tal y como me parece a mí, aquí se utiliza en el sentido de «europeos meridionales»). Los hermanos aceptaron —era una invitación difícil de rechazar— y, según el libro, viajaron «durante todo un año (parece demasiado) hacia el norte y el nordeste antes de llegar a la corte del príncipe» (aunque no se dice dónde se encontraba). La primera traducción en latín explica que en esos momentos se hallaban acompañados por «sirvientes cristianos que habían traído de Venecia[14]».

El Gran Khan Kubilai (reinó entre 1260 y 1294), «Señor de los tártaros de toda la tierra y de todos los reinos, provincias y territorios de esa vasta zona del mundo», los recibió bien. Es posible que a esas alturas, y después de vivir tres años en Bujara, hubieran aprendido a hablar mongol (en 1323 los franciscanos de Caffa creían que húngaros, alemanes e ingleses podían llegar a aprender mongol, algo que consideraban harto imposible para franceses e italianos, aunque ésa parece ser una generalización que admite bastantes dudas[15]). Si no, siempre con la ayuda de intérpretes, el Gran Khan les había preguntado acerca de la situación política europea y sobre el papado y la religión católica.

Finalmente les pidió que regresasen a Europa con uno de sus «barones» para llevar una embajada al Papa. Les dio cartas en mongol en las que pedía al Papa que le enviase a cien hombres hábiles en las siete artes liberales (el plan de estudios general de la gente instruida en Europa en esa época) capaces de actuar como misioneros en sus dominios junto con algo de aceite de la lámpara que ardía en la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén. Esta petición da la impresión de tener poco que ver con las capacidades de los Polo para realizar apología cristiana. Se ha sugerido de manera más convincente que, al gobernar sobre el pueblo del norte de China, resentido a causa de la autoridad de un gobierno extranjero, Kubilai albergaba la esperanza de poder contar con extranjeros educados para emplearlos como sus administradores tanto allí como en el sur de China, que esperaba conquistar pronto. O tal vez lo que quería era hábiles magos occidentales que pudieran conquistar la magia de sus enemigos. La petición del aceite sagrado seguramente es debida a las esposas cristianas de Kubilai o a la esperanza de poder utilizarlo, tal y como Rubruck cuenta que son utilizadas otras reliquias cristianas, con propósitos mágicos[16].

A los Polo se les dio una *paiza*, una de las tabletas de oro que servían como salvoconductos y que facultaban a su poseedor para utilizar los *yam* o puestos de aprovisionamiento de escoltas y suministros en todos los dominios mongoles. Tras iniciar la marcha, el «barón» mongol que les acompañaba cayó enfermo y no pudo continuar, pero los dos hermanos siguieron adelante durante tres años hasta que llegaron a Layas, el puerto mediterráneo del reino de Armenia Menor. En este caso, la extensión del tiempo que se proporciona parece extraordinaria, sobre todo pudiendo utilizar el sistema de postas mongol, y la explicación que se ofrece no parece nada convincente: «Les llevó tanto tiempo porque no siempre podían avanzar, siendo a veces detenidos por la nieve o las intensas lluvias o por los grandes torrentes que ha-

llaron y que resultaban imposibles de cruzar». En la introducción del libro, los autores parecen exagerar el tiempo que les llevó ir y volver de China, posiblemente a fin de subrayar las inmensas distancias que atravesaron[17].

En Layas se enterarían de que el Papa había muerto y de que todavía no se había elegido sucesor. Siguieron hacia el puerto de Acre, en Tierra Santa. Aquí el libro nos ofrece una de las pocas fechas de que hace gala —abril de 1260—, aunque es errónea. El papa Clemente IV murió en noviembre de 1268, por lo que debía de ser el año de 1269. Además, el libro afirma que en Acre se entrevistaron con el archidiácono Tedaldo Visconti. No obstante, Tedaldo llegó por primera vez a Tierra Santa en 1271 (y nunca ocupó, como se dice en el texto, el título de «legado para todo el reino de Egipto[18]»). Sin embargo, parece probable que, tal y como afirma el libro, los hermanos decidieran regresar a Venecia para esperar a que se eligiese nuevo Papa. En Venecia, Niccolò se reunió con su hijo, Marco, que, también según el libro, tenía quince años de edad (por lo que nació en 1254). De hecho, el interregno papal sería el más largo jamás registrado y para los Polo debe haber sido una época de creciente frustración. Al cabo de dos años, seguía sin haberse elegido nuevo Papa. Podemos suponer que a fin de mantener el contacto decidieron regresar e informar de la situación al Gran Khan. Con ellos se llevaron a Marco, el hijo de Niccolò, entonces ya de diecisiete años.

II

¿Se puede saber alguna cosa acerca de la cultura en la que creció el joven Marco? ¿Se sabe algo acerca de cómo se formó su mente? Pueden deducirse algunas influencias. En primer lugar Venecia, cuya singularidad era ya un tópico en aquellos tiempos. Pocos años antes del nacimiento de Marco, un italiano del centro de la península la había descrito como «incomparable… su suelo es el mar, su techo son los cielos y sus paredes el fluir de sus

aguas; esta ciudad singular deja sin habla porque ni se puede ni nunca se podrá encontrar ningún otro reino como éste[19]». No obstante, para los hombres de aquellos tiempos la «belleza» era inseparable del poder. Por encima de todo aquí radicaban los grandes símbolos centrales del estado veneciano, en la plaza de San Marco. En este escenario, el muchacho debió de absorber todo el espíritu de esas grandes ceremonias y procesiones casi religiosas que su *Serenissima* utilizaba para atraer la reverencia de sus súbditos, los grandes rituales de Estado. Cada año, la víspera de la Candelaria, el Dogo acudía solemnemente a las vísperas en la iglesia parroquial de Santa María Formosa, vecina de la propia parroquia de Marco, la de San Severo, para regresar y asistir a misa a la mañana siguiente. Al día siguiente, seis enormes embarcaciones, drapeadas con telas de oro y tapices, navegaban a través de la ciudad desde el palacio a la catedral, en el distrito de Castello, donde el Dogo recibía la bendición del obispo, para regresar a través de las «aguas cubiertas de naves abarrotadas de hombres y mujeres» y «de gran número de damas y damiselas espléndidamente ataviadas, que se asomaban a las ventanas de los palacios y a ambas orillas». A continuación venían las coronaciones, en las que se rendía pleitesía al Dogo y a la Doguesa; el 25 de marzo, las celebraciones de la Anunciación, cuando —así se afirmaba— fue fundada Venecia; los fastos de la festividad de san Marco; el matrimonio con el mar el domingo de la Ascensión; los carnavales y la pompa caballeresca, los caballeros con sus torneos en la Piazza di San Marco, que tenían lugar gracias al patronazgo del gobierno. Y el gran grito, que se lanzaba a los cuatro vientos en el momento central de todas las ceremonias:

> ¡Cristo conquista! ¡Cristo reina! ¡Cristo soberano! ¡A nuestro noble señor, Lorenzo Tiepolo, por la gracia de Dios, Dogo de Venecia, Dalmacia y Croacia y soberano de una cuarta parte y media de todo el Imperio de Romania, salud, honor, larga vida y victoria! ¡Ayúdale, san Marco[20]!

Si Cristo conquistaba, reinaba y gobernaba, también lo haría Venecia.

Todo eso habría permitido al joven Marco desarrollar un cierto gusto por los rituales de poder que más tarde hallaría en la corte de Kubilai Khan. No obstante, aunque dichas ceremonias tuvieron un importante papel en la vida de la ciudad, la esencia de su existencia eran los negocios. La zona de San Marco era famosa no sólo por los desfiles sino por sus cambistas y vendedores de alimentos. Y en el Rialto, donde los comerciantes armenios, eslavos, albaneses, alemanes e italianos se reunían para comprar y vender, incluso se trascendía de forma temporal cualquier preocupación acerca del gobierno. «Las mercaderías —escribió un cronista de la época— fluyen por esta ciudad como el agua de las fuentes[21]». Y fue este comercio el que dictó el carácter de la formación de Marco. En Venecia, los hijos de los mercaderes, destinados a seguir los pasos de sus padres, solían tener sólo un contacto superficial con el aprendizaje del latín o de las escuelas de gramática. Su educación estaba casi dedicada por completo a su futura vocación.

Una de las principales pruebas de ello es la recopilación miscelánea conocida como *Zibaldone da Canal*[22]. Se trata de un compendio de tópicos mercantiles, que fue elaborado a partir de un cuaderno de ejercicios estudiantil sobre problemas matemáticos. Está claro que gran parte del material que aquí aparece tiene un papel didáctico y a partir de ello nos podemos hacer una idea bastante buena de la educación de los Polo, así como de todo el resto de los mercaderes de la ciudad, excepto unos pocos, antes del advenimiento del humanismo. En primer lugar, el *Zibaldone* (que significa «Miscelánea») pone el énfasis en la aritmética práctica, que se inculca mediante la presentación de numerosos problemas y su solución. Esa parte ocupa la mayor extensión de la obra y está orientada claramente a la futura carrera del estudiante. Un ejemplo de ello (aquí cito la admirable traducción de J. E. Dotson):

> Realice el siguiente cálculo: 2 mercaderes tienen su lana en un navío. Uno de ellos ha colocado 13 balas y el otro 17 (a bordo). Y cuando llegan a Venecia, el capitán les pide el precio de los fletes y ellos le contestan: «Tome una bala de cada uno de nosotros y véndala para pagar nuestros fletes y devuélvanos el resto». Y el capitán tomó 2 de las balas y las vendió, devolviendo 10 s. de las ganancias al que tenía 13 balas después de cobrar el flete. Y devolvió 3 s. al hombre que tenía 17 balas y con ello pagó el flete. Y los mercaderes dijeron al capitán: «Queremos saber por cuánto vendió las balas y cómo ha calculado lo que se quedó por los fletes». (A todo ello le sigue la explicación acerca de la operación[23]).

También aparecen consejos para hacer negocios, sobre impuestos y emolumentos y sobre asegurar el valor de las mercancías: «Las características del jengibre son que debe tener un aspecto alargado, nada áspero y debe ser firme y grande. Y hay que abrirlo para ver que sea firme y blanco; y blanco es mejor que oscuro».

También se encuentran extensas notas acerca de la conversión de pesos, medidas y monedas extranjeras, el tipo de información que se puede hallar en los manuales de los mercaderes de la época, que, junto con los problemas matemáticos, ocupan unas tres cuartas partes del libro. Las explicaciones sobre la conversión de los pesos y medidas y la moneda veneciana parecen servir como introducción a la geografía del comercio de todos los futuros puertos de escala mercantiles del Mediterráneo y el mar Negro, por ejemplo, la ruta de Soldaia o Sudak, desde la que Niccolò y Maffeo partieron en su memorable viaje para encontrarse con Berke Khan:

> Una *soma* de plata de Sudak pesa 45 *pesi*; esa soma equivale a 120 ásperes, y un ásper vale 2 s. de *piccoli*. La *soma* viene a ser 7½ *solidi grossi* de Venecia. Y el *peso* vale 2 *grossi* y eso es plata esterlina.
>
> Un marco de Venecia son 53 *pesi* en Sudak.
>
> 100 marcos de Venecia se convierten en 117 *some* y 35 *pesi* en Sudak.
>
> Una libra de Sudak son 24 libras y 3 onzas de peso ligero de Venecia y una *occhia* son 2 libras ligeras.
>
> Una gruesa de mil de Venecia se convierte en 68 libras en Sudak.
>
> 4 *bracchia* de Venecia son 3 *picchi* en Sudak.

Uno tiene la impresión de que estas conversiones de monedas, pesos y medidas no aparecen aquí simplemente como referencias, sino que, como las largas tablas de divisiones («1/40 de una £ son 6 ducados. 1/48 de una £ son 5 ducados», etc.), su objeto es preparar la mente y el espíritu del muchacho que las lee para toda una vida de aritmética mental. Así es como se cuenta el dinero; así es como se hace.

A todo este material el *Zibaldone* añade informaciones astrológicas simples («sabed que en la primera hora del viernes reina Venus y que la segunda es de Mercurio»), a la vez que sugiere algo en materia de pronosticar el tiempo («sabed que si el sol estuviese pálido por la mañana, es decir, falto de color, como desteñido, o amarillento, significa que ese día habrá tormenta u otro tipo de tiempo adverso»). También hay una miscelánea de cuestiones religiosas: en primer lugar hechizos, como «cuando quieras embarcar, encomiéndate a San Oriele y Tobías + Cristo conquista + Cristo reina + Cristo gobierna + Cristo conquista + Cristo reina + Cristo en el cielo + Cristo en la tierra» (una interesante adaptación de las aclamaciones al Dogo). Sigue una lista de los Diez Mandamientos; los llamados Preceptos de Salomón («No golpees a tu esposa sin razón…», etc.); los días en que, cuando se sangre, no hay que tener miedo de las brujerías y otras cosas por el estilo. También hay una crónica de cuatro páginas: desde «Adán vivió 2.857 años antes de la venida de Cristo», al 8 de agosto de 1303, «un gran terremoto en la isla de Creta». A continuación hay dichos de sabiduría mundana («la cortesía en el habla es muy apreciada y cuesta poco») y de vez en cuando algunos extractos que pudieran (cuando no son demasiado toscos) ser considerados como literatura veneciana: algunos poemas de la tradición de los trovadores provenzales o del norte de Francia y una historia proveniente de una épica oral francesa y otra acerca del rey «Milliadus», padre de Tristán (como más tarde veremos, fue a un autor que escribió acerca de este mismo «Milliadus» o

Méliadus, a quien Marco Polo se dirigiría para que escribiese sus conocimientos sobre Oriente a su regreso).

En definitiva, el *Zibaldone* se puede considerar como un ejemplo bastante aproximado de la mentalidad de la clase comerciante veneciana y del propio Marco, mientras se preparaba para seguir a su padre y su tío a la corte del Gran Khan. Conviene señalar que no hay nada en su interior que se pudiera llamar de «cultura elevada». La ciudad de la laguna se encontraba adyacente a la tierra firme de la «Marca de Treviso», la *Marca Amorosa*, la *Marca Gioiosa*, celebrada en Italia por sus cortes caballerescas, trovadores y por el cultivo del verso, sobre todo en provenzal (un 90% de la poesía medieval provenzal, tanto la escrita en Italia como en Francia, ha llegado hasta nosotros a través de la tradición manuscrita originaria de Treviso). No obstante, bien poco de todo ello parece haber condicionado a Venecia. Y lo cierto es que ningún veneciano —en esa época o en el futuro inmediato — que quisiera conseguir reconocimiento literario escribiría en su propia lengua. Uno de ellos, Bartolomeo Zorzi, escribió verso en provenzal. Pero era una figura aislada que probablemente se dedicó a la literatura sólo durante los siete años que pasó en una prisión genovesa (1266-1273). En Génova, que era tan mercantilista y tan poco literaria como la misma Venecia, existían, no obstante, algunos círculos en los que se cultivaba la poesía provenzal. Un tal Martin da Canal (puede que de la misma familia que el autor del *Zibaldone*) escribió una deslumbrante crónica, casi caballeresca, detallando *Les estoires de Venise*. Pero tal y como indica su título, escogió hacerlo en francés. También se escribían crónicas en un latín de baja calidad, aunque fuera de las filas de los sacerdotes y escribanos que trabajaban al servicio del Dogo son escasas las evidencias de que existiese algo más que un conocimiento básico del latín (es por ello significativo que en Venecia, un caso casi único en Italia, el arte de la notaría, redactar documentos en latín, se llevase a cabo por eclesiásticos y no laicos;

puede que fuese a causa del escaso número de laicos que tenían buenos conocimientos de latín). Y cuando en el siglo *XIV* algunos patricios, como Zanin y Niccolò Querini (*ca*. 1310), intentaron tomarse en serio la composición versificada, lo hicieron partiendo de la asunción de lo inadecuado de su propia lengua y escribieron en toscano[24]. Pero en el siglo XIII apenas ningún veneciano hacía esfuerzos para escribir creando un efecto literario en ningún idioma; se tiene la impresión de que intentarlo era una actividad nada veneciana. Todo ello se pondrá de manifiesto cuando estudiemos la composición del libro de Marco.

III

Ésta era la especie de bagaje cultural que a sus diecisiete años se llevó Marco consigo, cuando su padre y su tío partieron de Venecia hacia la corte del Gran Khan. Los Polo iniciaron su viaje regresando a Acre, donde consultaron con un importante político eclesiástico, el archidiácono Tedaldo Visconti. No está claro qué hacía Visconti en Asia en esos momentos. Pero la fuerza expedicionaria de lord Eduardo de Inglaterra (el futuro rey Eduardo I) había llegado allí en cruzada hacia finales de abril de 1271[25] y posiblemente el archidiácono actuaba como una especie de autoridad de enlace con las fuerzas de Eduardo. Tras dialogar con él, los Polo se dirigieron a Jerusalén y obtuvieron algo de aceite de la lámpara del Santo Sepulcro (puede que esta operación fuese un tanto peligrosa, ya que los musulmanes que controlaban la población deben de haberse sentido amenazados por los cruzados y, en consecuencia, mostrado especialmente hostiles frente a los infieles). A continuación, fortalecidos por las cartas de Visconti en las que les informaba que intentaría explicar la situación en la curia papal, partieron hacia el reino de Armenia Menor, en la primera etapa del viaje de regreso a la corte de Kubilai. Desde el puerto de Layas, que hacía poco se había convertido en el más importante punto de acceso desde el Mediterrá-

neo a las tierras del Oriente Medio, planearon seguir por tierra, siguiendo rutas que ya eran familiares para los mercaderes italianos que viajaban tanto al norte hacia Trebisonda como al este hacia Tabriz.

No obstante, poco después de su llegada a Layas, se enteraron de que finalmente se había elegido Papa y que la elección había recaído nada menos que en el archidiácono Tedaldo Visconti. Se trataba de una asombrosa coincidencia, unas noticias «con las que ambos hermanos experimentaron gran gozo[26]». Al cabo de poco tiempo recibieron un mensaje que les ordenaba regresar para realizar consultas con él. El rey de Armenia Menor (que debía ser León III) puso una galera a su disposición para llevarlos de regreso a Acre. Aquí, Visconti —que decidió adoptar el nombre de papa Gregorio X— les dio nuevas credenciales y designó —como sustitutos, por así decirlo, de los cien hombres instruidos en las artes liberales— a dos dominicos para que les acompañasen, fray Niccolò de Vicenza y fray Guillaume de Trípoli[27]. Tras recibir la bendición papal, el grupo probablemente abandonó Acre en noviembre de 1271, pero en el transcurso del viaje hacia el norte los frailes perdieron las ganas. El libro dice que «Bendoquedar», es decir, Aybak, el sultán de Egipto, invadió Armenia y la arrasó: «De manera que nuestros enviados corren un gran peligro de ser tomados prisioneros o asesinados» y que, aterrorizados por ello, abandonaron la expedición. De hecho, aquí existe cierta confusión, porque Armenia no fue arrasada en esa época. Lo que parece haber existido son escaramuzas entre mongoles y mamelucos en noviembre y a principios de diciembre de 1271, aunque sus efectos no dan la impresión de ser tan alarmantes como aparentemente se rumoreaba en esos tiempos y puede que fuesen las noticias acerca de esos choques lo que condujo a la deserción de los frailes[28]. Sin embargo, al mismo tiempo uno no puede resistirse a la reflexión de Bertolucci Pizzorusso acerca de que en el libro la debilidad de los frailes —al igual que el anterior fracaso

del «barón» mongol en su intento de continuar hacia Europa—puede no ser más que un recurso del autor destinado a marcar un claro contraste con la firmeza de los Polo[29]. Aunque fuera ése el caso, los Polo, claro está, continuaron y el libro nos cuenta que, tras tres años y medio de viaje, llegaron a «Clemeinfu» (Shangdu, Xanadú), el palacio de verano del Gran Khan en el norte de China.

Si es cierto que a los Polo les costó tres años y medio (aunque incluso aceptando la explicación del libro —«debido al mal tiempo y al frío extremo que encontraron»— parece demasiado), deben de haber llegado en 1275. Pasarían los siguientes diecisiete años en China. En agosto de 1280, cuando el tío de Marco, el Marco mayor, escribió su testamento en Venecia, pareció dar por hecho que sus hermanos seguían vivos, ya que designó a otros dos familiares (Giordano Trevisano y Fiodelige Trevisano, la madrastra de *nuestro* Marco, esposa de Niccolò) como sus albaceas «hasta que mis hermanos, Niccolò y Maffeo regresen a Venecia». Tal vez le llegase alguna carta, llevada por algún olvidado viajero de China, explicándole lo que hacían en Oriente. Pero nosotros no somos tan afortunados. No se puede utilizar ninguna fuente China que aporte evidencias acerca de su estancia (claro que puede que adoptasen nombres mongoles cuando viviesen entre los mongoles de China). No existe evidencia alguna, excepto lo que podamos deducir del libro. En términos generales nos dice que Kubilai, que en esos momentos parece haber abandonado la idea de llevar adelante conversaciones con Occidente al menos utilizando a los Polo como negociadores—, empleó a Marco para desempeñar algún tipo de cargo administrativo. En 1273, Kubilai había conquistado el último baluarte del sur de China; era la primera vez en tres siglos que el norte y el sur de China estaban reunificados. Al tratar de afirmar su autoridad en este imperio pretendió liberar a su administración de la dependencia en la clase nativa de mandarines y asegurarse de la presen-

cia del máximo número de extranjeros —cuyas lealtades residían únicamente en su persona— como oficiales de su gobierno. Es cierto que se ha sugerido que el uso de extranjeros, tanto musulmanes, kitanos, uigures o europeos, sobre lodo para la recaudación de impuestos, tenía como objetivo proporcionar una presencia no mongol sobre la que pudiera dirigirse el resentimiento que sentían los chinos contra el gobierno mongol[30].

Con este trasfondo, el libro muestra a Marco como uno de los principales consejeros del Gran Khan. Fue, se nos dice, muy rápido a la hora de aprender las costumbres de los mongoles, su lengua y sus tácticas de guerra, y llegó a hablar varios idiomas y a dominar cuatro alfabetos escritos. Cuáles fueron esas lenguas es algo que permanece abierto al debate. Tomando el texto como base, Cordier aseguró que, de hecho, Marco sólo conocía el persa. Puede que así fuera, pero lo que es cierto es que —y aquí coinciden todos los comentaristas— el chino no estaba entre ellas[31]. Sin embargo, se nos dice, fue un buen enviado especial y le fueron encomendadas numerosas misiones (XVI), llegando al menos en una ocasión tan lejos como a India. Se nos explica que de los emisarios de Kubilai —al igual que los embajadores venecianos con su *Relazione* — se esperaba que compusieran un relato general de lo que habían visto:

> [Marco] había oído decir repetidas veces que, cuando el Gran Khan enviaba mensajeros por las diversas partes del mundo y éstos no sabían referirle más que el objeto de la misión por la cual habían sido enviados, los trataba de necios e ignorantes, pues más le placía oír las costumbres y curiosidades de las cortes extranjeras que lo que se refiriera al pretexto que tomaba para enviarles. Y Marco, que sabía esto, se esmeró en contarle al Gran Khan cuantas novedades y cosas extrañas y curiosidades había visto en su embajada[32].

Marco, continúa el libro (XVII), sobresalió especialmente a la hora de proporcionar este tipo de información al khan, por lo que alcanzó éxito en la corte: «Y el Gran Khan estuvo tan satisfecho de la compostura de micer Marco, que le tuvo en gran estimación, le colmó de honores, no queriendo separarse de él, por cuya razón los otros barones empezaron a envidiarle». Todo eso,

claro está, debe caer bajo la sospecha de haber sido escrito únicamente para proporcionar una explicación y un aire de autoridad a lo que nos explica el libro acerca de Oriente. En realidad, dado que la corte de Kubilai era «rica en recursos humanos», con muchos servidores de Asia central que hablaban chino —pertenecientes a los kitanos y a los políglotas turcos uigures— entre sus filas[33], el relato del libro sobre el importante papel desempeñado por Marco se puede considerar con cierto escepticismo.

Tras permanecer en China durante algún tiempo, se nos dice que los tres hombres pidieron permiso en varias ocasiones para regresar a Europa, pero que sus rogativas fueron siempre rechazadas. Su oportunidad llegó cuando el Gran Khan decidió enviar a una princesa mongola como desposada al Ilkhan Arghun de Persia (gobernó entre 1284 y 1291). Tres nobles mongoles, designados para escoltar a la dama hasta el novio, pidieron, se dice, que los Polo los acompañasen y el Gran Khan accedió de mala gana. Según una de las versiones de la obra (el texto Ramusio), partieron por tierra, pero al cabo de ocho meses hallaron los caminos cortados a causa de la guerra entre los khanatos mongoles y regresaron para realizar el viaje por mar. Otra versión (el texto F) declara que desde el principio se decidió que la princesa debería ir por mar porque era menos cansado que la ruta terrestre. Antes de zarpar, Kubilai les dio «dos tablillas con el mandamiento de que podían circular libremente por todas sus tierras y que allí donde fuesen deberían obtener provisiones para ellos y su séquito», junto con mensajes para ser entregados al rey de Francia, al (tal y como aparece en un texto posterior) rey de Inglaterra, al rey de España (como no existía ningún rey de España en ese período, tal vez se trate del rey de Castilla) «y los demás reinos de la cristiandad». Se proporcionaron trece navíos de cuatro mástiles a la expedición, con provisiones suficientes para dos años de viaje. Al cabo de tres meses llegaron a Sumatra; tras otros dieciocho meses de navegación por «el mar de la India» alcanzaron Per-

sia. Según el libro, el viaje estuvo transido de desastres. Según un texto, de las seiscientas personas embarcadas originalmente, eso sin contar las tripulaciones, habían muerto todas menos ocho. Fuentes chinas y persas mencionan el matrimonio y la embajada, aunque sin hacer referencia alguna a los Polo o a los supuestos desastres padecidos durante el viaje[34].

Al llegar a Persia los embajadores se enteraron de que Arghun había muerto (12 de marzo de 1291) y que su hermano Geikhatu (gobernó entre 1291 y 1295) era ahora el Ilkhan. Geikhatu pidió a los Polo que escoltaran a la dama hasta el hijo de Arghun, Ghazan, quien (según la versión Ramusio) estaba en esa época en la provincia de Jorasán, de manera que, siguiendo la costumbre mongol en esas circunstancias, pudiera desposarla. Tras hacer lo pedido (siguiendo todavía el texto Ramusio), regresaron a reunirse con Geikhatu y permanecieron en su corte durante nueve meses (eso sería en 1294). Al partir les daría cuatro *petiza* de oro. Desde allí viajaron a Trebisonda, en el mar Negro, desde donde, aunque el libro no habla de ello, volverían a encontrarse en dificultades. El emperador Comneno, que gobernaba desde esta capital sobre un territorio desgajado del antiguo estado bizantino, se hallaba, en esos momentos, en disputa con Venecia. A causa de ello fueron des pojados de valiosas mercaderías que los Polo tasarían en 4.000 *hyperpera* (que podrían ser unos 2.000 ducados de oro venecianos)[35]. Desde allí llegaron a Constantinopla y luego, vía Negroponte, a Venecia, que alcanzarían en 1295. Habían permanecido ausentes durante veinticuatro años; Marco tenía unos cuarenta y uno o cuarenta y dos años.

La cuestión de si entregaron los mensajes que, tal y como dice el libro, les fueron confiados por el Gran Khan para el rey de Francia «y los demás reyes de la cristiandad» es algo que se omite. No ha sobrevivido ninguna evidencia de su entrega. Tal vez «el mensaje» sea el propio libro. Lo siguiente que se nos explica —aunque, tal como veremos, ha sido puesto en causa— proviene

del principio del libro, cuando Marco está «en la prisión de Génova» en el año 1298 contando su historia a un tal «Rusticiaus» de Pisa. Se desconoce cómo llegó Marco hasta allí. En su *Imago Mundi seu Chronica*, escrita, parece ser, en la primera mitad del siglo XIV, el dominico Jacopo d'Acqui menciona una batalla naval entre mercaderes genoveses y venecianos en Layas, en 1296, durante el pontificado de Bonifacio VI (*sic* para Bonifacio VIII), en la que Marco fue capturado y por lo que, una vez en prisión, escribió su libro acerca de las maravillas del mundo. Esas informaciones no pueden ser ciertas, ya que la batalla de Layas tuvo lugar en 1294, el año anterior al regreso de Marco a Venecia. El compilador del siglo XVI Ramusio, cuyo relato de Marco parece depender en gran parte tanto del dudoso testimonio de la historia oral o de su propia imaginación, afirmó que, sirviendo en una galera como *sopracomito* (comandante), Marco fue capturado por los genoveses en la batalla marítima de Curzola. Esa fue la derrota veneciana más importante del siglo XIII y tuvo lugar en el «golfo de Venecia» o en el mismo Adriático, en septiembre de 1298. No obstante, como eso sólo deja escasos días de ese año de 1298 para que Marco conozca a Rusticiaus y se pongan a escribir el libro, Moule-Pelliot, que duda de todo ello, ofrece la fórmula de que Marco fue «hecho prisionero en algún encuentro oscuro y por otra parte no registrado entre mercaderes armados en 1296[36]».

Marco fue liberado probablemente en julio de 1299, cuando se ratificó el tratado de paz genovés-veneciano[37], y regresó a Venecia. Allí su familia había adquirido un palacio llamado *Il Milione* en el barrio de san Juan Crisóstomo. Roberto Gallo argumenta que el nombre «Milione» es una corrupción de «Vilione» y que era el palacio de la familia Vilione (de la que ya hemos conocido a Pietro Vilione en Tabriz en 1264)[38] el comprado por los Polo. Aunque no muy grande, se hallaba construido alrededor de un patio interior y contaba con una torre[39]. El tío de

Marco, el Marco viejo, y sus descendientes tomaron el nombre «Milion» como apellido y en el transcurso del tiempo esa palabra llegó a aplicarse al mismo Marco como un apodo. Jacopo d'Acqui escribe sobre él como «Marco, que es llamado "Milono" [*sic*] que es como los venecianos dicen "riquezas de mil millares de libras[40]"». Con el tiempo, la palabra «Milione» sería utilizada en algunos manuscritos como título del libro. Pero, de hecho, no hay ninguna evidencia de grandes riquezas. Marco acabó sus días como un modesto patricio. Se casó con Donata Badoer, con la que tuvo tres hijas que a su vez se casaron con miembros de familias patricias humildes.

Marco disfrutó de una considerable fama en su tiempo. Durante los siguientes veinticinco años, su libro apareció en francés, francoitaliano, toscano, veneciano, latín y, probablemente, en alemán; un éxito sin precedentes en la Edad Media en cuanto a traducciones realizadas en vida del autor. Los eruditos le consultaban, tal y como sabemos a través de Pietro d'Abano, el brillante y poco ortodoxo profesor de la Universidad de Padua, que requirió su opinión acerca de una vieja cuestión de geografía académica: si las regiones ecuatoriales estaban habitadas. En su *Conciliator differentiarum philosophorum*, publicado en 1310, d'Abano comentó: «Estas y otras cuestiones me han sido explicadas por Marco el veneciano, la persona más viajada y el investigador más diligente que nunca he conocido[41]». Esta reputación también atrajo la atención de al menos un potencial cruzado. En 1307, Thibaud de Chépoix, vicario general del emperador católico Carlos de Valois, obtuvo una copia de manos del propio Marco en Venecia[42].

A pesar de momentos como ésos, su vida desprende un aire de monotonía. Pasa el tiempo prestando dinero (a su tío Maffeo y a otros familiares) y en otros tratos de negocios igualmente modestos, incluso llegando a trabajar como agente comisionista en la venta de almizcle. Se le puede encontrar litigando contra sus

familiares y otras personas (algunos comentaristas, que presumiblemente cuentan con sentimientos familiares más intensos que los que existían en el siglo XIV, se han escandalizado ante el hecho de que haya llevado a juicio y obtenido una sentencia contra un primo que no le había devuelto un dinero que le debía). Sólo en sus posesiones hace gala de lo exótico. Tal y como fue inventariado tras su muerte, entre ellas había ropa de cama con bordados tártaros, cendal de Catai, brocados de Tenduc, un rosario budista, el fajín de un caballero tártaro, el tocado, adornado de oro y perlas, de una dama tártara y una *paiza*, una tablilla de oro «di comandamento» del Gran Khan[43]. Redactó su testamento en enero de 1324, haciendo donación de unas 2.000 *lire dei piccoli* (una cantidad respetable, unos 45 ducados, el sueldo anual de un buen artesano) a sacerdotes y para propósitos piadosos y el resto, incluyendo su parte del palacio familiar, a su esposa e hijas (que Marco excluyese a sus primos de su última voluntad fue atribuido por Moule, no sin ciertas expresiones de indignación, a las probables vilezas y maquinaciones que pergueñaron mientras él yacía *in extremis*[44]). Al mismo tiempo liberó a su esclavo mongol, Pietro. Murió, a los sesenta y nueve años, el domingo 8 de enero de 1324, entre la puesta de sol y la medianoche y fue enterrado, al igual que su padre, en San Lorenzo. Fue el dominico Jacopo d'Acqui quien, algún tiempo después, nos ofreció la famosa historia acerca de que «a causa de las muchas y extrañas cosas que hay en su libro, que están más allá de toda credulidad, sus amigos le rogaron en su lecho de muerte que corrigiese y eliminase todo lo que estuviese más allá de la verdad. A lo que él contestó ¡que no había contado ni la mitad de lo que verdaderamente había visto[45]!».

Capítulo 3

Marco Polo y Rustichello

I

Nos queda el libro. Y éste a su vez no carece de una cierta opacidad y, para poder entenderlo más extensamente, debemos profundizar en la cooperación entre Marco Polo y su coautor, Rustichello da Pisa, en el estilo que éste le confirió y si este estilo ha colmado o traicionado el propósito original de Marco. Además, hemos de evaluar la pretensión (que yo considero equivocada) recientemente aparecida acerca de que esta supuesta cooperación es un mito y que ambos hombres nunca estuvieron juntos en la prisión de Génova, que Rustichello lo utilizó para sus propios fines y que tradujo en su propio lenguaje, un manuscrito original (ahora perdido) escrito por Marco. Y habiendo considerado la posibilidad de ese fiasco, debemos seguir y revisar la posibilidad de un fraude aún más radical, para examinar el argumento, aparecido por primera vez en el siglo XVIII, de que ni Marco, ni su padre o su tío estuvieron nunca en China, una tesis que les estigmatiza como mentirosos y charlatanes. Ese punto de vista también lo considero falso y, por ello, finalmente tendremos que pasar revista a lo que se conoce acerca de dónde residió Marco en China durante los diecisiete años de su estancia allí y a qué se dedicó.

El manuscrito original no ha sobrevivido. La mayoría de los eruditos creen que fue escrito o en francés o en una variante del francés, en una lengua literaria artificial muy popular en Italia en esa época, llamada francoitaliano o francoveneciano[1]. El manuscrito más antiguo que sobrevive está escrito en francoita-

liano, aunque para complicar las cosas, su lenguaje está lo suficientemente impregnado de toscano y veneciano como para diferenciarlo de cualquier otra obra en esa lengua[2]. Todos los textos sobrevivientes en francés y francoitaliano empiezan con una declaración de que se trata de una obra de cooperación, escrita en prisión: «El (Marco), estando encarcelado en Génova, hizo exponer todas estas cosas a maese Rustichello da Pisa, que se hallaba también en la misma prisión en el año 1298 del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo[3]». Aquí no es necesario pensar en términos de una celda de prisión. Parece que en Génova los prisioneros de guerra a menudo eran confiados a familias que los tenían en su propia casa, tal vez manteniéndolos como rehenes a cambio de miembros de su propia familia en manos enemigas. Se ha sugerido que fue en estas condiciones, menos rigurosas que las del confinamiento de una prisión[4], en las que ambos hombres podían haberse conocido para escribir.

¿Quién era este «Rusticiaus» da Pisa? Su nombre en italiano era tanto Rusticiano (aunque ningún da Pisa de esa época tenía ese nombre) o Rusticello, o —tal y como le llamaremos aquí, pues es la forma utilizada por la mayoría de los italianos en esa época— Rustichello[5]. Las dudas acerca del nombre reflejan lo poco que se conoce del hombre que lo llevaba. La mayoría de los estudiosos dan por sentado que fue capturado por los genoveses tras la devastadora derrota naval sufrida por Pisa en Meloria en 1284 y que no sería puesto en libertad hasta la liberación general de los prisioneros pisanos en 1299. Si así fuese, dispuso de mucho tiempo en sus manos para desarrollar sus habilidades literarias y no es necesario creer, como a menudo sucede, que fue «un escritor profesional», en lugar de alguien para quien escribir significaba sobre todo tina manera de pasar el tiempo. En cuanto a la posibilidad de identificarlo más de cerca, han aparecido varias sugerencias, por ejemplo, que era —aunque en su obra no aparece ningún rastro de cultura legal académica— el Rustiche-

llo hijo de Guido Rustichelli, juez y notario de Pisa en enero de 1277; u otro juez con el mismo nombre también de Pisa de principios del siglo XIV; o también un tal «Rustik» que formaba parte del servicio imperial como escribano en la época de la expedición a Italia del emperador Enrique VII (entre diciembre de 1310 y mayo de 1313). Pero que un nombre aparezca bajo varias formas es algo bastante común en esa época en Pisa y en todas partes; en ese período se puede encontrar, por ejemplo, a un tal Rustighello, fraile dominico, dictando su última voluntad en Venecia[6].

Lo único de lo que podemos estar seguros respecto a él es que fue el autor de *Méliadus*, un compendio de historias en prosa escritas en francés o en francoitaliano acerca del padre del rey Arturo y de otros héroes artúricos. Eso se puede establecer por los numerosos paralelismos verbales existentes entre ambas obras. Se ha señalado en numerosas ocasiones la manera en que las primeras palabras del *Méliadus* evocan, a veces palabra por palabra, el principio del libro de Marco, utilizando un comienzo por otra parte desconocido en la literatura de la época. El *Méliadus* empieza con las siguientes palabras:

> Señores emperadores y príncipes, duques y condes y barones y caballeros y vasallos y gentes de bien de este mundo que estáis acostumbrados a placeros con romances, si tomáis este libro y lo leéis de principio a fin, escucharéis todas las grandes aventuras que les acontecieron a los caballeros errantes de la época del rey Uther Pendragon…

Comparemos el inicio del libro de Marco Polo:

> Señores emperadores y reyes, duques y marqueses, condes, caballeros y gentes que deseáis saber de las diferentes generaciones humanas y de las diversidades de las regiones del mundo, tomad este libro y mandad que os lo lean. Y aquí encontraréis todas las grandes maravillas y curiosidades de [las provincias de Oriente]…

En otras palabras, el autor del *Méliadus* es también el coautor del libro de Marco[7]. Este *Méliadus* forma parte de un genero de literatura de caballerías especialmente popular en la Italia de aquellos días. A lo largo de los siglos XIII y XIV Italia produjo

muchas historias tanto en prosa como en verso que toman como tema principal a los paladines, los grandes héroes que sirvieron a Carlomagno, o a los caballeros y damas de la corte del rey Arturo. El *cantastorie* canta esas historias en el mercado y muchas bibliotecas señoriales contenían versiones que a menudo estaban hermosamente encuadernadas e ilustradas. En ocasiones estaban escritas en italiano, a veces en francoitaliano y otras en francés. En las décadas de 1280 y 1290 —los años en los que Dante, por mandato y ejemplo, preparaba su ataque contra «esos bellacos de Italia que prefieren las lenguas de los demás que la suya propia»— muchos autores italianos escribían en francés y estaban dispuestos a proclamar que el francés era «*la plus delitable a lire et a oire que nule autre*» («la más deliciosa de leer y escuchar que cualquier otra»)[8]. En el marco de esta tradición es donde escribió Rustichello.

En el *Méliadus* afirmaba haber recibido el material sobre el que se basaban las historias de «un libro de mi señor Lord Eduardo, el rey de Inglaterra, en una época que pasó en el mar al servicio de Dios Nuestro Señor para conquistar el Santo Sepulcro». Si fuera cierto, eso habría sucedido unos veinticinco años antes de conocer a Marco, entre 1271 y 1273. En esa época puede que fuera cierto que Rustichello hubiera conocido al rey, tal vez en Palestina, o tal vez más tarde, tanto en la corte de Carlos d'Anjou en Nápoles, o al regreso de Eduardo a Inglaterra pasando por Italia. Pero ¿hasta que punto es eso posible? ¿Se trata sólo de otro ejemplo de esa ficción a la que echaban mano los autores de la época para aumentar el interés por una obra asociándola con un gran hombre? Si estamos dispuestos a creer en las falsificaciones de los monjes de Glastonbury, el rey había sido descrito en el pasado como de «entusiasmo artúrico». No obstante, dado que no apadrinó a ningún escritor (aparte de ese detalle con Rustichello, que podemos deducir más que afirmar) y dado que esencialmente era alguien con poco entusiasmo por otra cosa que la guerra y

las conquistas, sospecho que Eduardo no desempeñó ningún papel en esta historia[9]. Si estuviese en lo cierto no tendría ninguna validez la asunción de que el *Méliadus* fue escrito en 1272, en cuyo caso podría pensarse que fue otro trabajo de recopilación realizado para mantener a raya el aburrimiento de la prisión genovesa.

Sea como fuere, está claro que el *Méliadus* y la tradición a la que pertenece desempeñaron un importante papel en la creación del estilo del libro de Marco. En la introducción de la versión de Rustichello se tiene la sensación recurrente de que se está leyendo una historia de caballeros errantes. La mayor parte de esa impresión se pierde en muchas de las traducciones porque se ha eliminado todo el estilo verbal épico. Y esto sucede porque los traductores modernos se sienten incómodos con dos de sus principales características: la primera, el uso harto frecuente del tiempo presente histórico y en segundo lugar por el vocabulario simple y repetitivo cuya monotonía tratan de evitar mediante variaciones elegantes. El resultado es que destruyen la pátina del original. Pero si traducimos sin paráfrasis aparece el tono. Así pues, en el capítulo III, leemos, acerca de los hermanos:

> Y cuando hubieron residido un tiempo en Soldaia, decidieron irse aún más lejos. ¿Y qué debo deciros acerca de ello? (*Et que voç en diroie*?) Partieron de Soldaia y pusiéronse en camino y tanto cabalgaron que no hubo aventura que les detuviese hasta que llegaron al reino de Berke Khan.

Al igual que héroes artúricos en una *queste*. De nuevo, cuando regresaron con Marco a la corte de Kubilai Khan (capítulo XV):

> *Et que voç en diroie*? Cuando maese Niccolò y maese Maffeo y Marco llegaron a esa gran ciudad se dirigieron al palacio principal donde se hallaba el Gran Khan rodeado de gran cantidad de barones. Se arrodillaron y postraron ante él todo lo posible. El Gran Khan les hizo levantar, les colmó de honores y les recibió con grandísimo júbilo, interrogándoles de cuanto habían hecho desde que se separaron. Los dos hermanos le aseguraron que todo había ido a pedir de boca, puesto que volvían sanos y salvos. Entonces le presentaron las credenciales y las cartas que enviaba el Papa, que le causaron gran felicidad. Y luego le presentaron el aceite del Sepulcro, que tiene en alta estima y que le causó gran júbilo. Cuando el Gran Khan vio a Marco, que entonces era un joven gallardo, le preguntó quién era. «Señor —dijo maese Niccolò—, es mi hijo y hombre de vos». «Sea bienveni-

do», dijo el Gran Khan. Mas, ¿por qué extenderme en referiros más tiempo las grandes manifestaciones de cariño y los honores con que fueron recibidos por el Gran Khan y toda su corte? Fueron servidos y honrados por todos. Permanecieron en la corte con honores por encima del resto de los barones.

Incluso en este intento por mantener el estilo del original, existen varios elementos de parafraseo. La palabra que he traducido por «gallardo» es «bachiller». En realidad esta palabra tiene el mismo sentido que le confiere Chaucer cuando, al escribir del escudero en *Los cuentos de Canterbury*, le describe como «un bachiller amoroso y lleno de vida», queriendo decir que es «un aprendiz». En este caso un aprendiz con la esperanza de ser armado caballero. También he parafraseado de la misma manera la palabra «*apostoille*», que literalmente significa «apostólico» o «apóstol», al igual que «Papa», siendo la palabra que Rustichello, como era costumbre en el estilo épico en prosa, utiliza constantemente para ese dignatario. De nuevo, el lector moderno puede no comprender que, cuando Niccolò presenta a su hijo como «*vestre home*» («hombre de vos»), quiere decir el *home* que le rinde *homenaje*, reconocimiento como su señor feudal.

Todo el fragmento podría ser utilizado como ejemplo del estilo de prosa de épicas cortesanas francesas. Las dos primeras frases ilustran las dos maneras más comunes en las que ese estilo desarrolla el argumento. En primer lugar la pregunta omnipresente: *Et que voç en diroie*?-, en segundo lugar, una preposición temporal (normalmente *quant*. Y este *quant* vuelve a aparecer poco después: «*Cuando* el Gran Khan ve…»). Más tarde aparece una tercera manera: la frase en que nos pide *saber* algo: *sachiés tout voirement*… Al mismo tiempo observamos otra característica que a los filólogos les encanta llamar «ditología de sinónimo» (es decir, repetirse virtualmente mediante palabras diferentes), como sucede por ejemplo cuando el khan pregunta a los hermanos «de cuanto habían hecho desde que se separaron» y recibe «las credenciales y las cartas», que le causaron felicidad. Pero los Polo no son recibidos simplemente en esos términos, sino que, de acuer-

do con la expresión hiperbólica acostumbrada en la retórica caballeresca, con «*grant* alegría», una hipérbole que se mantendrá a lo largo de todo el fragmento. Los Polo encuentran al khan rodeado de *mout gran* compañía de barones. Se postran ante él *tant como il plus puent* y son *mout* preguntados por él; a lo que responden que han *moult bien fait*… Entonces el khan tiene *grant* alegría y los Polo fueron *molt serví et honorés* por todos. Todo ello en un tiempo narrativo presente[10]. Hay también que fijarse en esas tres palabras, *mout, moult* y *molt*, a lo largo de las siete frases. La ortografía del manuscrito resulta extremadamente variable.

Et por coi voç firoie lonc cont? Los maestros de escuela de hoy en día podrían hacer suyo este párrafo para ilustrar cómo no hay que escribir. No obstante, a pesar de la audiencia actual, ese estilo, con sus repeticiones, estaba destinado a producir un ritmo sereno, poco exigente, casi hipnótico, que les hiciese avanzar por el relato sin esfuerzo. Ciertamente, toda la escena, como ha sido señalado con frecuencia, por su lenguaje y por la ejemplar *courtoisie* de que hacen gala los hermanos en su respuesta al khan, refleja, casi palabra por palabra, la descripción que pinta Rustichello en el *Méliadus* sobre la recepción de Tristán en la corte de Camelot. Es como si Catai fuese simplemente material de la leyenda artúrica. Después de los capítulos introductorios, al adentrarse en las descripciones geográficas, este tono caballeresco se hace menos aparente. Pero vuelve a resurgir con fuerza en la última parte del libro, donde se describen las grandes batallas de los khanes. Aquí, los embajadores mongoles guardan un parecido asombroso y hablan de la misma manera que los heraldos del mundo artúrico. Las mismas batallas, las seis, aparecen descritas de forma muy parecida al combate entre los caballeros de Irlanda y Cornualles que aparece en *Méliadus*[11].

En el texto, la obra es a veces denominada como «nuestro libro» o como «mi libro». El protagonista es en ocasiones «yo» y a veces «él[12]». Para algunos eruditos, la cooperación implícita aquí

es una cuestión de simple dictado, que Rustichello traduce al mismo tiempo en retórica de caballerías; para otros se trata de una cooperación de ámbito más general basada en la consideración conjunta de las memorias de Marco y de sus notas. En muchas ocasiones el libro da la impresión de haber sido dictado. Hay saltos hacia atrás y hacia adelante, temas que se inician y se abandonan súbitamente, la decisión de no desarrollar un tema que ya ha sido comenzado, frases como «pero me olvidé de decir que…» y otras. Un notable ejemplo de ello se encuentra en los capítulos CCXIX-CCXX:

> CCXIX. Y no hay cosa ya digna de mencionar y por eso nos iremos de Rusia para hablaros del Gran Mar y de las provincias y naciones que le rodean y en primer lugar de Constantinopla. Pero antes dejad que os cuente de una provincia entre tramontana y maestral… una provincia llamada Lac… No hay nada más que valga la pena mencionar, así que hablaré de otras cosas; mas antes os diré algo sobre Rusia que había olvidado… Ahora hablemos del Gran Mar, como estaba a punto de hacer. Pues hay muchos mercaderes y otros que lo conocen, pero otros no, y por eso es necesario dejarlo escrito en nuestro libro. Así lo haremos y empezaremos primero con el estrecho de Constantinopla.
>
> CCXX. En los estrechos que conducen al Gran Mar, hacia poniente, hay una montaña llamada el Faro. Pero como al empezar con este tema he cambiado de parecer, porque son muchos los que conocen este mar, no es necesario escribirlo en nuestra descripción, pero seguiremos con otra cosa. Y así es preferible que os hable acerca de los tártaros de poniente…

A pesar de la convención, del deliberado artificio destinado a dar la impresión de que se está leyendo un libro que ha sido dictado (con declaraciones de olvido, sugiriendo espontaneidad y frescura) es algo tan común y engañoso en la prosa épica medieval como la eterna convención de que un poeta *cante* su verso. Forma parte de la misma tradición oral por la que en el pasaje del inicio de la obra el autor urge a la audiencia —de manera bastante anacrónica, como si fuésemos a tomarnos todo al pie de la letra— «que os lo lean» («*le feites lire*»). Sospecho que esa retórica aparece con más fuerza cuando Rustichello se siente avergonzado, como por ejemplo en los capítulos CCXIX-CCXX, que hemos citado: en ese preciso momento, Rustichello, que había prometido en el prólogo que hablaría a sus lectores «de las diver-

sidades de las regiones del mundo», les confiesa que, de hecho, gran parte del mundo va a ser dejado de lado.

El texto de Rustichello, me da la impresión, no fue simplemente dictado a partir de los recuerdos de Marco, sino que también se apoya en sus notas. La inmensa cantidad de información detallada y precisa que aparece en el libro no puede ofrecerse sin la ayuda de unas extensas notas escritas tomadas por Marco en Oriente. En la versión Ramusio (de la que hablaremos más tarde), Marco, en su descripción de la ciudad de Quinsai, hace referencia a dichas notas[13]. De hecho, cualquier opinión de que la obra haya sido simplemente dictada de memoria implica creer que la gente de (generalizando de manera generosa) las «sociedades anteriores a la imprenta» contaban con una capacidad prodigiosa de retener en sus mentes una impresionante masa de información detallada. Algunas personas lo creen realmente. No obstante, existen muchos puntos en los que, cuando Marco confía en su memoria, se equivoca, como por ejemplo cuando hace referencia a su propia familia y a sí mismo en los primeros capítulos del libro (hemos visto, por ejemplo, cómo en el capítulo X Marco se equivoca en nueve años al calcular la fecha del regreso de su padre y su tío a Acre en 1269 y cómo les confiere una misión papal dos años antes de que ese hombre hubiese llegado a Siria). Lo que está claro es que, siempre que habla con precisión y utilizando gran lujo de detalles acerca de lugares y distritos, lo hace no basándose en su memoria sino en documentos; más tarde examinaremos de qué tipo de documentos se trataba.

II

Hasta ahora he escrito como si diese por sentado que el libro es producto de la cooperación entre Marco Polo y Rustichello ocurrida en la prisión de Génova. Esa cooperación, después de todo, está claramente demostrada al principio del texto F y en la mayoría de los manuscritos del grupo A, que derivan de aquél.

No obstante, recientemente, la ilustrada erudita doctora Barbara Wehr, en unas conferencias ofrecidas en Italia e Inglaterra y mediante un artículo que le ha reportado considerable fama[14], ha puesto sobre la mesa argumentos de cierto peso contra esa postura tradicional. La suya es, me parece a mí, una postura minoritaria. No obstante, las implicaciones de su tesis resultan tan revolucionarias que a estas alturas merecen que consideremos la esencia de sus argumentos. Bajo el punto de vista de la doctora Wehr, Marco nunca estuvo en ninguna prisión genovesa. El texto de Rustichello, afirma, es una traducción al francés empleando una retórica de literatura caballeresca de un texto ya existente escrito en veneciano, lo más probable por el mismo Marco Polo. El texto más cercano a éste sería (por razones que no explica) no algún predecesor del grupo de manuscritos sobreviviente en veneciano (VA), sino la extremadamente bien ordenada traducción al latín de fray Francesco Pipino, realizada a partir de un original veneciano entre 1310 y 1317. Este texto —precisamente porque carece de los elementos de Rustichello, de incoherencias, de retórica caballeresca— es el que hay considerar más cercano al original de Marco. Rustichello, mantiene la doctora Wehr, ha afirmado que Marco le dictó la obra, ha insertado fragmentos para dar la impresión de ser un dictado porque eso es algo que conferiría visos de autenticidad a su propio texto. Rustichello ha dicho que eso tuvo lugar en la prisión de Génova porque ése fue un lugar en el que era posible que se encontrasen un pisano y un veneciano. Ha escrito en francés porque estaba destinado a una audiencia en el mundo septentrional, tal vez y en particular por el patronazgo del rey Eduardo de Inglaterra. Como la doctora Wehr cree que Eduardo I era el mecenas del *Méliadus* de Rustichello, considera que éste pudiera haber creído que el rey desearía otra obra escrita por él. Por ser alguien interesado en las cruzadas —negoció con los Ilkhanes en la década de 1290—, Eduardo I, señala, habría estado especialmente interesado en sa-

ber acerca de Oriente (la doctora Wehr puede estar refiriéndose al emisario de Eduardo, sir Geoffrey of Langley, que regresó a través de Génova en enero de 1293 con el leopardo que el Ilkhan le regalaba a su rey, algo que debe haber causado una considerable agitación[15]). De acuerdo con todo eso, continúa Wehr, Rustichello produjo, teniendo a Eduardo en mente, una versión distorsionada del auténtico texto de Marco, añadiendo los últimos capítulos (CXCIX-CCXXIII), donde se detallan las guerras de los mongoles, tan fuera de contexto con respecto al resto del libro.

Si tenemos en cuenta esas alegaciones, lo primero que habría que preguntar es si Rustichello habría añadido incoherencia de manera deliberada a un texto de por sí coherente o si Pipino, con la educación en lógica de un dominico ilustrado, no habría transformado una obra en principio desordenada para convertirla en un tipo de libro que pudiera ser leído por las personas instruidas sin menosprecio, el tipo de libro escrito por Giovanni di Pian di Carpine. Después de todo, no existe razón alguna para pensar que el propio Marco, que carecía de educación o experiencia en las artes liberales, tan específicas de Occidente, pudiera haber sido capaz de crear un texto que se pareciese al de Pipino. Pero es que, además, Rustichello no dice, como afirma la doctora Wehr, que el libro fuese «dictado», sino que Marco «*fist retraire*», provocando que Rustichello lo «recontase», cooperando con él para crear el libro. Es cierto, tal y como ya hemos visto, que su retórica hace que el libro parezca un dictado. El estilo épico-oral, el uso muy frecuente de frases como «pero me he olvidado de decir que…» etc. hacen pensar en esa posibilidad. Dicho todo lo anterior, la única impostura a la que nos enfrentamos es la impostura de una forma de retórica. Me parece evidente que la cooperación literaria resultaba casi esencial. Por una parte tenemos a un escritor con práctica. Por otra a un hombre que había vivido en Oriente a partir de los diecisiete años y que con frecuencia se de-

be de haber sentido desconcertado por lo que allí encontró. Durante su ausencia debió de permanecer ignorante respecto a toda la tradición literaria occidental. Al no saber latín, puede que le resultase difícil expresarse con facilidad incluso en veneciano (que no estaba considerado como una lengua literaria en Italia), y puede que tuviese muchas dudas acerca de cómo presentar su material a una audiencia extraña y en gran parte desconocida. En esas circunstancias, nada sería más normal que recibir de buena gana la oportunidad de ser ayudado a dar forma literaria a sus notas.

Todavía habría que preguntarse si todo eso tuvo lugar en una prisión genovesa. Si el libro no fue dictado, observa la doctora Wehr, debe haber sido creado a partir de notas y ¿cómo podría Marco haber tenido acceso a ellas estando en prisión? E insiste en que, si Marco hubiese estado preso, ¿no habría quedado constancia de ello en las crónicas contemporáneas? (lo cierto es que es mencionado por Jacopo d'Acqui, pero su relato, como ya hemos visto, es confuso en un par de puntos). Y continúa diciendo que, si hubiera estado en prisión, ¿no sería lo más normal explicar en su libro cómo había llegado a esa situación? Y lo que es más, ¿hubiera escrito en Génova, el principal enemigo de Venecia, un libro que ofreciese «indicaciones precisas» acerca de cómo llegar a las riquezas de distantes regiones? Para mí, estos argumentos carecen de sustancia. En cuanto a las notas, Ramusio, en el siglo XVI, imaginó que Marco escribió a su padre pidiéndole que le enviase sus «escritos y materiales». Esta aseveración descansa sin duda en nada más que en una intuición del compilador; pero al menos demuestra lo que tanto él como sus lectores creían posible. El hecho de que el encarcelamiento de Marco no aparezca mencionado con exactitud por ningún cronista le parecería lo más natural del mundo a cualquier historiador medieval: la cantidad de cosas interesantes que sucedían en su tiempo que fueron ignoradas por los cronistas medievales llenaría libros que

doblarían el tamaño de las bibliotecas nacionales del mundo. Y siguiendo en esa línea —de importancia para comprender el libro— habría que añadir que el silencio de Marco acerca de cómo llegó a estar en prisión refleja una de sus características más sobresalientes, es decir, su extraordinaria impersonalidad. Supongamos que, después de dieciséis años en la China pagana, donde los Polo habían, según parece, prosperado —aunque de nuevo Marco se muestra muy discreto al respecto—, habían pasado de regreso a casa, en lo que era el último tramo de sus viajes, por la cristiana Trebisonda, donde el gobierno les había robado mercancías por valor de 4.000 *hyperpyra*. ¿No habría escrito Marco acerca de este irónico e interesante tema? Pero claro está —como ya sabemos por un documento que ha sobrevivido datado quince años después del suceso—, eso fue algo que sucedió y, sin embargo, tampoco se dice palabra alguna al respecto en el libro. Y en cuanto al último argumento, ¿es que acaso el libro proporciona cualquier «indicación precisa» sobre cómo llegar a las riquezas de regiones distantes? Si la publicación del libro hubiese proporcionado realmente informaciones valiosas mediante las cuales los genoveses pudieran dañar a los venecianos y si éste hubiese tenido amplia difusión, habría causado el mismo daño tanto si hubiese sido escrito en Venecia como en Génova.

Además, la doctora Wehr argumenta que hay cosas en el libro que carecen de interés para Marco y que deben haber sido escritas por Rustichello. Afirma, por ejemplo, que, una vez que Marco regresó a Venecia, las noticias acerca de la entronización de Ghazan como Ilkhan no tendrían el mínimo interés para él. Llegados a este punto y dado que los Polo escoltaron a la futura esposa de Ghazan desde China, entregándosela en Persia, sólo me resta reflexionar sobre la diferencia de comprensión existente entre la doctora Wehr y yo acerca de la naturaleza humana. A su vez, Wehr señala que en el texto Z, que en muchos sentidos es independiente de Rustichello, se habla de la muerte del príncipe

Nogai en Asia central en el otoño de 1299. Ésta es una clara evidencia de que Marco mantuvo el interés por Oriente y por el destino de sus soberanos tras ser liberado de la prisión. ¿Cómo podría ser de otra manera[16]? De hecho, existen evidencias que demuestran la total aprobación del texto de Rustichello por parte de Marco. Los tres manuscritos, B3, B4 y B5, que son básicamente copias de una traducción que circuló por el norte de Francia, finalizan con la afirmación de que Thibaud de Chépoix, vicario general del emperador católico, Carlos de Valois, se procuró una copia del libro de manos del propio Marco en Venecia en 1307 y que esa copia fue regalada por su hijo Jean a Carlos. Los tres manuscritos añaden que Marco ofreció a Thibaud «la primera copia» del original, lo cual no puede ser cierto. No obstante, y dado que se sabe por otras fuentes que Chépoix estuvo en Venecia en 1307, se hace difícil pensar que la historia del regalo de Marco pueda no ser cierta[17].

Sin embargo, dejando de lado los argumentos examinados, ¿podría ser que Marco estuviese simplemente de acuerdo en tomar parte en una ficción retórica, de que la idea de la prisión sólo fuese un recurso literario? De la misma manera que *La consolación de la filosofía* de Boecio, otra obra escrita en prisión, gana resonancia a través del contraste entre el cuerpo encarcelado y el alma que es libre, ¿podría tal vez Rustichello buscar crear una intensa carga literaria situando la historia sobre distancias ilimitadas de Marco siendo dictada en el confinamiento forzado? Al reflexionar sobre ello está claro que esa idea debe ser descartada —al igual que en general debemos rechazar el principal argumento de la doctora Wehr— porque habría resultado imposible tanto para Marco como para Rustichello poner en peligro su credibilidad empezando una narración que se ofrece como verídica con una mentira que cientos de testigos podrían contradecir sin dificultad. Esas ciudades-Estados eran pequeños mundos en los que todo el mundo se metía en los asuntos ajenos; si se tratase

de una farsa se sabría y, dada la rápida difusión del libro en sus comienzos, rápidamente se habría conocido en el extranjero. Eso no significa que todo el texto tuviera necesariamente que ser escrito en prisión. No es improbable que la colaboración con Rustichello continuase tras la liberación de Marco. Puede que de haber sido así, por ejemplo, los últimos capítulos en los que se trata la batalla de Aqsai entre Nogai y Toctai en el khanato de Kipchak —que tuvo lugar en 1298, mientras Marco estuvo en prisión— fuesen añadidos[18]. A pesar de que demos esa situación por buena, mi propia conclusión es que la primera versión de la obra no podía empezar de otra manera que como una cooperación literaria entre Marco y Rustichello en Génova en el año 1298.

III

También llego a la conclusión de que Rustichello escribió en francés o en francoitaliano, no porque buscase el patrocinio de Eduardo I (cuyo nombre pudiera por otra parte haber figurado prominentemente en el prefacio y no ser omitido), sino porque eso era lo normal en un escritor del norte de Italia, sobre todo cuando buscaba seguir la tradición de la prosa narrativa artúrica del siglo XIII. Esta tradición no ha sido muy admirada en el pasado. Solo en los últimos tiempos los críticos literarios han llegado a acomodarse a sus remotas convenciones y estética[19]. Por ejemplo, algo que sorprende a los lectores contemporáneos de la extrañeza del libro es que Rustichello le ha dado un principio y una mitad, pero ningún final. De repente se detiene. Esta falta de terminación contrasta con nuestro sentido contemporáneo de la forma. Pero era algo bastante normal en las épicas en prosa de ese período. Tal vez la intención era sugerir que la historia no finalizaba porque el escritor hubiese dejado de escribir, sino porque las aventuras continuaban. De hecho, cuando se lee el libro en sus traducciones modernas, siempre se encuentra un final. Eso

sucede a causa de uno de los primeros traductores toscanos del original, que había sido formado en una tradición diferente y que sintió que necesitaba uno[20]. Y las versiones modernas siempre han echado mano de este final. Pero está claro que en el texto original de Rustichello no había final.

El género en sí mismo no ha sido muy admirado y dentro del género Rustichello siempre ha sido considerado como un autor inferior. Ello se debe, en parte, al carácter del *Méliadus*, que es la única obra, aparte del libro de Marco Polo, que sobrevive fruto de su pluma. En la forma en que nos ha llegado, se trata ciertamente de una obra deficiente. No obstante, por muy irritante que pueda resultar el texto para los lectores de hoy en día —prolijo, repetitivo, estereotipado—, también cuenta con sus admiradores. Gozó del favor de los lectores hasta mediados del siglo XVI, cuando fue impreso por primera vez, y disfruta de la distinción de ser la única obra romance, de la que una parte fue —alrededor de 1300— traducida a tetrámetros yámbicos griegos[21]. No obstante, aparte de eso, una causa más profunda de la condescendencia con que se ha tratado a Rustichello puede radicar en las innumerables ocasiones en que su versión de Marco Poco no nos ofrece lo que nos gustaría saber: ¿por qué habla tan poco de lo que Marco dijo, pensó o hizo? En lugar de ello, nos dice mucho de lo que no nos interesa. Lo que el lector moderno obtiene, que no busca, es una obra de geografía que Rustichello trató de buena gana de situar en el interior de las transiciones, fórmulas, diálogos y tradiciones retóricas en general de la literatura caballeresca. Tal y como ya hemos visto, el *Méliadus* y el libro ele Marco Polo tienen mucho en común, como, por ejemplo, batallas libradas en todo su esplendor caballeresco. La paciencia de los lectores se evapora al llegar a las batallas. Con ellas, el coronel Yule, el más devoto de los editores del libro, estalla lleno de irritación: «Esta sección cuenta con un considerable número de capítulos pseudohistóricos… que son una mera verbo-

rrea de incansables repeticiones y fórmulas narrativas repetidas una y otra vez. No debemos castigar al lector con esas repeticiones[22]». Dado que esas mismas batallas, como ya se ha dicho, se parecen a los combates singulares que se encuentran en el *Méliadus*, es fácil suponer que esas «incansables repeticiones» son debidas a la defectuosa maña de Rustichello y, por extensión, que todo lo que queremos leer es producto de Marco y todo lo que no, de Rustichello. Todo ello ha hecho que Rustichello fuese anulado en términos nada ambivalentes: «un hombre trabajador y simple —escribe Yule, por ejemplo—, sin demasiado método ni juicio[23]». Esa conclusión resulta demasiado apresurada. Dada la audiencia de que gozó, que no sólo consistió en historiadores de los siglos XIX y XX, sino de lectores de literatura caballeresca, podría afirmarse que Rustichello consiguió un trabajo bastante bueno a partir de los difíciles materiales que le ofreció Marco.

Dicho lo cual, el encuentro con Rustichello y la experiencia de la prisión no fueron, diría yo, el principal estímulo que provocó la creación del libro. Es algo normal leer que, si no hubiera sido por ese cambio, por esa feliz desventura, por ese tiempo de ocio forzado, Marco nunca hubiera pensado en compartir la historia de sus viajes con el mundo o como otros han dicho, que Marco, al cabo de tres años de su regreso no se había puesto a escribir nada; tampoco habría acabado haciéndolo si no se hubiera encontrado, no sólo en prisión, sino en prisión con Rustichello[24]. Esto, me parece a mí, no es cierto. Entra en contradicción con las palabras que aparecen en el capítulo inicial:

> Ningún hombre… conoce tanto o ha experimentado tanto las diversas partes del mundo y sus grandes maravillas como este maese Marco. Y por esta razón sería gran desventura si no dejara por escrito todas las grandes maravillas que vio y oyó como verdaderas, de manera que las gentes que no las vieron ni conocieron tengan de ellas razón en este libro.

Y todavía aparece más en contradicción con los materiales que Marco, tal y como veremos más adelante, se trajo de China a fin

de poder contar su historia. La intervención de Rustichello tuvo lugar a causa de su encuentro fortuito en prisión.

Aunque es cierto que en 1307 Marco ofreció a Thibaud de Chépoix una versión del texto de Rustichello y dio la impresión de que estaba totalmente de acuerdo con lo hecho por Rustichello, eso no significa que el texto de 1307 contuviese todo lo que tenía que decir. Entre los 150 manuscritos medievales que sobreviven, existen dos tradiciones claramente diferenciadas (**véase Apéndice I**). La primera (A) deriva de una temprana versión francoitaliana, probablemente una copia del texto original escrito en francés o en francoitaliano mientras Marco estaba en prisión. La segunda (B), que, a pesar de la poca densidad de su tradición manuscrita es incuestionablemente auténtica, se encuentra, aparte de dos fragmentos, sólo en la versión latina escrita alrededor de 1470 —ahora en la Biblioteca Capitular de Toledo—, en una copia del siglo XVIII, y en la traducción italiana de otros manuscritos, realizada por el humanista veneciano Giambattista Ramusio, publicada en 1559. La edición moderna de Moule-Pelliot asume que tanto las tradiciones A como B derivan de una copia perdida de un original autógrafo[25]. Aunque es algo concebible, me parece más probable que existieran dos versiones originales. La primera (A), la versión de Rustichello comenzada en la prisión de Génova, estaba destinada al consumo público. La segunda (B), que contenía expresiones de apertura a religiones no cristianas y sobre las actitudes mongolas de tolerancia religiosa —pasajes que pudieran haber resultado peligrosos de haberlos hechos públicos en una época en que florecía la Inquisición católica[26]—, representa una afirmación personal del creador y por esa razón disfrutó de una circulación más limitada. O tal vez existieron diversas versiones, todas ellas igualmente «auténticas», resultado de sucesivas tentativas, abandonadas y vueltas a tomar de vez en cuando, en un intento de abarcar la totalidad de las experiencias de Marco y sus recuerdos cambiantes así como sus

reacciones frente a ellos. A este respecto, John Critchley ha sugerido de manera muy convincente que el manuscrito Z, el más importante del grupo B, apareció como resultado del cuestionamiento inteligente de Marco realizado por los lectores que ya habían leído un texto del grupo A[27].

IV

No obstante, hablar de la «autenticidad» de los diversos textos sólo puede conducirnos a cuestionarnos la autenticidad del material de que están compuestos. A partir del siglo XVIII, y sobre todo como resultado del silencio de Marco acerca de tantas cosas en la China de su tiempo, algunos lectores albergaron la sospecha de que toda la historia de que Marco había estado en China era mentira. ¿Por qué nunca menciona la Gran Muralla? ¿Por qué no dice nada acerca de lo que Odorico da Pordenone observaría en el siglo XIV sobre la pesca con cormoranes o de la costumbre de vendar los pies a las niñas? ¿Por qué no habla de las impresiones, de la escritura china, la acupuntura, el té o las teterías? ¿Por qué no aparece ninguna mención del confucionismo o el taoísmo? ¿Vio realmente la China, con sus grandes templos confucianos y sus espléndidas ceremonias[28]? No es demasiado difícil ofrecer respuestas para la mayoría de esas cuestiones. El mito de la Gran Muralla, por ejemplo, oscurece (entre otras muchas cosas) el hecho de que gran parte de ella se había venido abajo en el siglo XIII. Casi todo lo que ven los turistas actualmente fue construido en el siglo XVI[29]. Ni Odorico ni Giovanni Marignoli, que pasaron entre China y Mongolia en el siglo XIV, la mencionan. Referidos como «sensi» o «sensin», los monjes taoístas aparecen brevemente mencionados en el capítulo LXXV. El vendar los pies de las niñas durante esa época era una costumbre reservada a las damas de la clase alta, que se hallaban confinadas en sus hogares y que raramente podían ser vistas por alguien ajeno a la familia. La cultura del té todavía no había llegado al

norte y centro de China en esa época, la zona en la que residió Marco durante gran parte de su estancia[30]. Aparte de esos argumentos, también podría pensarse que Marco se identificó tan profundamente con los gobernantes mongoles que era indiferente a la masa de población sobre la que tenían poder (de la misma manera que los escritores de la Italia del siglo XIII tenían poco que decir acerca de los campesinos). Siempre es difícil lidiar con la evidencia negativa del silencio.

Menos negativo pudiera parecer el argumento acerca de la fuerte presencia de nombres y formas persas en el libro. Los nombres de los lugares aparecen, si no en mongol, en persa[31] —como en Quengianfu, Pianfu, Taianfu, Sainfu, Ciorcia, Çardandan—. En una ocasión Marco utiliza el término «facfur», una antigua palabra persa para designar al emperador de la China, que significa «Hijo del Cielo[32]». Se refiere al sur de China como a «Mangi», la derivación persa del chino Man-tseu, y nunca utiliza el nombre mongol para las provincias sureñas, «Nangias». En su relato (en el texto Ramusio) acerca del calendario chino y mongol, Marco escribe «león» en lugar de «tigre», claramente utilizando una palabra persa usada en Asia central que tiene ambos sentidos[33].

En el siglo XX, especialistas en historia china han sacado a relucir estas cuestiones de vez en cuando. Herbert Franke, por ejemplo, señala que la cuestión de si los Polo estuvieron en China en alguna ocasión «no está todavía aclarada», pero concluye, con una notable falta de entusiasmo, que hasta que no se aporten pruebas definitivas para aducirse que el material del libro no ha sido tomado «tal vez de alguna fuente persa, debemos concederle el beneficio de la duda y asumir que después de todo estuvieron allí». Más recientemente, la sinóloga doctora Francés Wood ha descartado su presencia en esa parte del mundo[34]. Si ése fuese el caso, la gran cantidad de información exacta y verificable que contiene el libro acerca del Imperio mongol y de China debe ser

considerada como proveniente de otro lugar, tal la vez la Persia mongol o, como también ha sido sugerido, del khanato Chagatai, o incluso del khanato de la Horda de Oro, como afirma la doctora Wood, en cualquier caso, «no más lejos de lo que se encontraban los puestos comerciales de la familia en el mar Negro y en Constantinopla».

No es, por supuesto, imposible imaginar a los Polo metidos en un agujero durante veinticuatro años en algún lugar de Asia central o del Próximo Oriente, preguntando a los viajeros, escuchando todos los chismes de los bazares y leyendo y tomando elaboradísimas notas (ahora perdidas) sobre relatos persas, a fin de acumular una enorme cantidad de información detallada sobre la geografía de los países que no habían visitado. Al mismo tiempo, hay que reconocer lo muy inusual que resultaría ese tipo de comportamiento de su parte, ya que, como veremos más tarde, no existen precedentes de ningún europeo haciendo algo semejante. Y una de las mayores objeciones en este punto es que la gente a la que se supone que extrajeron toda esa información también obvió las numerosas cosas por las que se estigmatiza a Marco y Rustichello. También es necesario criticar a los autores de esas fuentes por no haber estado en China, por no preguntar en qué fuentes se basaban y continuar así en una progresión infinita. También puede argüirse de manera muy razonable, como hicieron Yule y Cordier, que las formas persas son algo común en el libro porque el persa era la *lingua franca* en la corte del Gran Khan[35]. Y también podría sugerirse —tal y como a mí me parece— que Marco extrae la forma para los nombres de las poblaciones que aparecen en su libro de un mapa de Oriente que se había traído consigo, ejecutado por uno de esos cosmólogos persas, como Nasir ud-Din[36], que trabajaron para los soberanos mongoles.

En definitiva, la pretensión de que Marco Polo nunca estuvo en China provoca tres cuestiones iniciales. ¿Existe algo que hace

que sea intrínsecamente improbable que tres europeos llegasen a China a finales del siglo XIII? ¿Qué ventajas obtendrían los Polo al ausentarse de Venecia durante veinticuatro años para regresar explicando maravillosas historias acerca de lugares en los que nunca habrían estado y de los que sus contemporáneos no habían oído hablar? Y, si los Polo nunca estuvieron en China durante ese período, ¿dónde estaban? A la primera pregunta, la respuesta debería ser con toda probabilidad que, mientras que la narración Marco-Rustichello pueda provocar dudas acerca de sus silencios por lo que actualmente nos parece a nosotros interesante de China, no existe evidencia alguna que sugiera que la historia de esos primeros capítulos en los que aparecen los Polo llegando a China, al igual que harían poco después otros muchos occidentales, sea en sí misma imposible o improbable.

En cuanto a la segunda pregunta, la propia experiencia de Marco a su regreso a Venecia demuestra que —aparte de cualquier esperanza de fama póstuma (de lo que no habla el libro)— no esperaba ningún beneficio. La tercera pregunta es la que bajo mi punto de vista remata la cuestión. Ante todo, la idea de que los Polo permanecieron escondidos en algún otro sitio se topa frente a un obstáculo que resulta obvio. Si no estuvieron diecisiete años en China (lejos de Venecia durante veinticuatro), ¿dónde estaban? Creer que tres venecianos pasarían veinticuatro años en Bujara, sin intervalos en los que regresar a Venecia para visitar a sus familiares, para poder escuchar su lengua nativa y para recibir los sacramentos en su parroquia, no tiene ningún sentido. Y si efectivamente pasaron el tiempo mercadeando en alguno de los khanatos mongoles occidentales —el Ukhanato de Persia habría sido el mejor lugar para enterarse de cosas sobre China—, en la década de 1280 ya había muchos mercaderes venecianos que residirían allí con ellos y que podrían haber denunciado el que no hubieran estado donde afirmaron haber estado.

A todo ello deben añadirse las dificultades a las que nos enfrentamos a la hora de explicar cómo adquirió Marco la *paiza* del Gran Khan, la tablilla de oro «di comandamento» que apareció entre sus posesiones. La doctora Woods lo soluciona sugiriendo que la robó a su tío Maffeo. Ella cree que el testamento de Maffeo redactado en 1310 demuestra que Marco le pidió una prestada y que ello revela «ciertas maniobras poco claras acerca de una de esas tablillas de oro» (mi propia lectura del documento no me ha sugerido nada al respecto). De nuevo, Woods afirma que todo ello demuestra la «considerable división familiar» existente entre ellos; una división, nos dice, que deriva del hecho de que Marco haya escrito acerca de lo que, de hecho, era la historia de Maffeo y Niccolò (eso no es así. La verdad es que en el testamento Maffeo nombra a Marco como uno de sus dos albaceas y luego le deja, junto a sus hijas, el bocado de león de sus pertenencias)[37]. Lo que sí es cierto es que en el curso del documento Maffeo enumera, como era lo normal en los testamentos de los mercaderes de la época (esas personas vivieron a base de extensiones crediticias), las deudas que ha satisfecho y las que quedaban sin pagar. Entre ésas habla de que ha pagado un crédito prestado por Marco de 500 libras venecianas, en parte descontando dinero que Marco le debía en compensación por la pérdida de mercancías en Trebisonda, en parte entregándole algunas joyas y en parte con «tres tablillas de oro que eran del majestuoso khan de los tártaros». Así que es posible que esa *paiza* en particular que aparece inventariada entre las posesiones de Marco pudiera provenir (aunque de ninguna manera como resultado de «maniobras poco claras») de Maffeo. ¿Cómo, podríamos preguntarnos, la había obtenido Maffeo, junto con las otras dos mencionadas en el testamento? La doctora Wood nos dice que, aunque la historia del segundo viaje en compañía de Marco es pura ficción, Maffeo y el padre de Marco realmente fueron a Asia en un primer viaje que les condujo hasta Karakorum (pero no más allá), donde «uno de

los líderes mongoles, aunque no necesariamente Kubilai en persona», les habría dado una o más tablillas. Mi propia reacción ante esto, aparte de preguntarme cómo puede saberlo, es reflexionar acerca de que en el testamento dichas tablillas son descritas como propiedad del *magnifici chati tartarorum* y que este «majestuoso khan de los tártaros» no puede, al menos para mí, hacer referencia a uno de los khanes menores, sino al propio Gran Khan Kubilai.

¿Cómo, entonces, podría haber obtenido Maffeo esas tablillas del Gran Khan? ¿Tal vez las robó o las compró? ¿O tal vez persuadió a un habilidoso orfebre para que las falsificase? ¿Y quién podría ser ese orfebre y dónde trabajaba? Pero si seguimos en esa dirección llegaremos a la conclusión de que Maffeo las adquirió mediante el contacto personal con el Gran Khan (y no en Karakorum sino en China, donde desde 1261 Kubilai se encontraba inmerso en una guerra continua contra los Song). Y si la verdad del libro de Marco está validada por el contacto de Maffeo con China, ¿por qué habría que poner en entredicho la asociación de Marco con el khan? La evidencia ofrecida por fray Pipino, contemporáneo de Marco y primer traductor del libro al latín, está muy relacionada con todo ello. Como veremos en el capítulo 6[38], Pipino no realizó esa traducción como resultado de ninguna curiosidad abstracta o por afición a las *belles lettres*, sino por orden de sus superiores eclesiásticos, creando una obra práctica mortalmente seria diseñada para servir a la causa de las misiones cristianas. En tales circunstancias, dadas las «numerosas cosas extrañas y hasta entonces desconocidas que se relatan en diversos pasajes de este libro», la confianza que se deposita en la palabra de Marco, Niccolò y Maffeo era de importancia capital. Y aquí Pipino, tras considerar la fiabilidad de Marco y Niccolò, señala expresamente que el tío Maffeo, «un hombre de amplia sabiduría y piedad», «mantuvo con resolución» en su lecho de muerte, poco antes, como él creía, de llegar frente a su Creador, que la his-

toria explicada en el libro era cierta. A la luz de esa declaración, ¿de qué manera se puede seguir considerando cualquier alegación respecto tanto a que Maffeo y Marco estaban enfrentados porque Marco le había robado «su oportunidad de alcanzar la gloria» como que la descripción de Marco acerca de sus viajes con su padre y su tío por China es mentira?

Pero aparte de eso, ¿podría ser cierto, tal y como asume la doctora Wood, que de hecho los Polo podían haber obtenido en Asia occidental los conocimientos acerca del Extremo Oriente que se presentan en el libro? ¿Es posible, por ejemplo, que cualquiera pudiera tropezarse con esas largas listas de nombres de ciudades chinas (sin el carácter que tienen las historias de viajeros y los chismes que se cuentan en los bazares), aparentemente extraídas, como veremos, de documentos administrativos mongoles, en Tabriz o «en el mar Muerto y en Constantinopla»? Esas inexorables enumeraciones burocráticas son de unas características bastante diferentes del tipo de información sobre China presentada por el historiador persa Rashid al-Din, a principios del siglo XIV[39]. También es de capital importancia en el relato de Marco, por absurdo y confuso que pueda resultar, la descripción de Japón, Cipango (Jih-pên kuo). Por lo que yo sé, aparte del libro de Marco, no apareció antes del siglo XVI ningún registro acerca de la existencia de Japón, ni en Asia central, ni en Asia occidental ni en Europa. ¿Cómo es, pues, posible que la existencia de esa «Tierra del sol naciente» pudiera recogerse en el mar Negro?

V

La verdad es que, si los Polo tenían que regresar a la vida con un mandato judicial por libelo en sus manos, no existe ni un indicio de evidencia, nada aparte de fantasías acerca de «maniobras poco claras» y de una hostilidad totalmente imaginaria entre Maffeo y Marco, sintetizada en una masa de conjeturas insosteni-

bles, que pueda justificar las acusaciones tan alegremente vertidas en su contra. Dicho lo cual, también hay que admitir que en dos de las raras ocasiones en las que Marco habla en el cuerpo principal del libro no se dice la verdad. En el capítulo CXLIV se nos dice que Marco gobernó la ciudad de Yangzhou, en la confluencia de Gran Canal y el Yangtze, durante tres años. Si fuese cierto, Marco tendría que haber sido una persona realmente importante porque, tal y como él nos dice, esta ciudad contaba con veintisiete ricas y poderosas ciudades bajo su férula y era administrada por uno de los doce barones del Gran Khan, sus principales consejeros. Pero en los anales locales de la ciudad que contienen una lista de todos los administradores de la época de la dinastía Yuan, es imposible encontrar cualquier gobernador que pueda identificarse con él o que desempeñase el cargo durante tres años[40]. Dos capítulos después se nos dice que la ciudad que él llama Saianfu (Xiangyang, en Hubei, a orillas del río Han), la última ciudad del imperio Song del sur de China, se rindió a Kubilai Khan después de que Niccolò, Maffeo y Marco supervisaran la construcción de tres catapultas para el sitio. De hecho, tanto a través de la *Historia de los mongoles*, del persa Rashid al-Din, como de los anales chinos, los *Yuan shih*, se sabe que el sitio finalizó en 1273, es decir, por lo que da a entender el libro, dos años antes de que Marco llegase a China. Tanto los historiadores persas como los chinos están de acuerdo en que la construcción de catapultas resultó decisiva y ambas fuentes dan los nombres de los extranjeros, un pequeño grupo familiar del remoto oeste, que las construyeron. En palabras de Rashid al-Din, fueron «Talib, el constructor de catapultas de Baalbek y Damasco, junto con sus hijos, Abu Bakr, Ibrahim y Mohammed[41]».

Puede que el responsable de esas historias sea el propio Marco, que desease exagerar su importancia en Oriente, tal vez porque, tal y como se ha sugerido, quisiera ocupar algún puesto importante en Occidente[42]. ¿Pero qué puesto? Como pronto com-

prendería, veinticuatro años en Oriente no le cualificaban para ningún puesto en Venecia ni en el resto de Europa (ciertamente no, como se ha adelantado, en el reino de Francia, cuyos habitantes odiaban y despreciaban tanto a los arribistas como a los italianos y a los extranjeros de todo tipo). En esas circunstancias lo más seguro es que dichas pretensiones se deban a Rustichello. Él sería quien, deprimido a causa de la acusada impersonalidad del grueso del material de Marco y enfrentado con la tarea de describir las ciudades de «Mangi» (CXXXI-CLI), con su formularia enunciación de ciudad tras ciudad (Cayu, Pauchin, Tigiu, Cingiu, Yan-giu, etc.), buscase una ruptura e introdujese algún interés personal en el texto. Marco, indiferente, se encogería de hombros ante un recurso literario (resulta significativo que ambas historias sean omitidas en la versión Z del texto, que parece ser la más cercana al propio relato de Marco). Esa impersonalidad, la pronunciada falta de interés de Marco por explicarnos algo acerca de sí mismo, es una de las características más obvias y notorias de su libro. Al mismo tiempo deberíamos añadir que presenta un poderoso argumento contra la tendencia a considerarle como un hombre que sentía la necesidad de jactarse falsamente de que había estado en China. Pero tanto si es así como si no, ambas falsedades no afectan para nada a la cuestión de si Marco llegó en alguna ocasión a China. Todo lo que demuestran es la cuestión de que tal vez sintiese la necesidad de exagerar su estatus en Oriente. Y tal como lo dice John Critchley: «Incluso las mentiras demostradas de Polo son de un tipo que sólo podría haber relatado alguien que supiese de lo que hablaba[43]».

Acerca de la cuestión del supuesto estatus de Marco (como opuesto a su presencia) en China, Li Tse-fen, autor de un estudio muy documentado en cinco volúmenes sobre la dinastía Yuan, ofrece un rechazo determinante de las alegaciones que aparecen en el libro[44]. Aunque admite que Marco sabía cuatro idiomas y dominaba varios alfabetos, ignoraba el chino (algo sobre lo que

están de acuerdo todos los comentaristas). El profesor Li Tse-fen nos dice al respecto que los pueblos atrasados cuentan con lenguas simples que son fáciles de dominar, pero que aprender los idiomas de una sociedad avanzada como la China es una tarea más difícil. No obstante y según el libro, Marco también ignoraba las costumbres más básicas de China y su cultura: las Cinco Relaciones Fundamentales, las Batallas del Dragón el quinto día del quinto mes lunar, trepar montañas el noveno día del noveno mes lunar y otras. Por ello, argumenta el profesor Li Tse-fen, Marco no estaría capacitado para desempeñar ningún cargo público o realizar ningún tipo de informes útiles sobre los dominios chinos del Gran Khan. El libro debe ser considerado como poco más que un cúmulo de informaciones a medio hacer basadas en conversaciones de taberna con extranjeros de un rango inferior parecido.

Al considerar dichos argumentos, hay que tener en cuenta que en esos días China era una colonia sujeta al dominio mongol. Uno puede preguntarse, por analogía, cuántos funcionarios británicos de Hong Kong durante la era colonial sabían algo de chino o sintieron interés por el pueblo sobre el que gobernaban. Lo cierto es que las fuentes chinas señalan que el propio Kubilai necesitaba intérpretes cuando le dirigían la palabra eruditos chinos[45] y que en su reino había varios cristianos nestorianos, budistas tibetanos y sobre todo musulmanes, que ocupaban cargos muy importantes, como era el caso de Saiyid Ajall Shams al-Din, que fue gobernador de la provincia de Yunnan, y Nasir al-Din, que mandó la expedición contra el reino de Pagan, en Birmania[46]. El más notable en el propio libro de Marco (aunque sólo en la versión de Ramusio) es Achmad, el alto funcionario que es castigado por su mal gobierno[47]. Aunque el libro parece exagerar la importancia de Marco, precisamente porque era un extraño en ese mundo, puede que sí hubiese sido un útil emisario a cierto nivel. A causa del interés manifiesto que aparece en el li-

bro por la cuestión de la sal, Paul Pelliot sugirió que trabajó en la administración de la sal. No obstante, dado que ese puesto requería de un conocimiento básico de caracteres chinos, parece improbable[48]. Como una de las características más sobresalientes del dominio veneciano del norte de Italia y del Adriático era un riguroso monopolio de la sal[49], no sería sorprendente que, aunque no estuviesen personalmente implicados en él, los Polo hubieran sentido cierto interés por la cuestión. Li Tse-fen sugiere que puede haber desempeñado algún tipo de función comercial en el estado mongol. Puede aventurarse que tal vez fuese algo al nivel del «compañero de nombre (purificar, un turco» sobre quien escribe (LX, 7) diciendo que fue administrador durante tres años de la explotación minera estatal del amianto en una provincia desértica del norte. Lo cierto es que me resulta difícil imaginar a Marco, que no sabe chino, actuando como observador del Gran Khan en regiones de China y aventuraría que su afirmación tiene como objeto dar la sensación de autoridad respecto a lo que tiene que decir acerca de los reinos del khan.

Volviendo a la necesidad de explicar, por un lado, la masa de información detallada y veraz que aparece en el libro, junto con todo lo que es ignorado o mal explicado, la solución más satisfactoria me parece que es la propuesta por John W. Haeger[50]. Éste señala la particular debilidad del libro al tratar del sur y del centro de China, cuyos fragmentos se caracterizan por su «carácter formulista, su escasez de informaciones y su carencia de detalles descriptivos», dando la impresión de ser información de segunda mano. Podemos tomar como ejemplo ilustrativo un pasaje del capítulo CLIV:

> Sabed que, cuando se deja la ciudad de Quinsai, a una jornada de viaje al sudeste se encuentran primorosas alquerías y huertos y todo tipo de alimentos en gran abundancia. Al final del día se llega a la ciudad que ya he nombrado antes, llamada Tampigiu, que es muy grande y hermosa y que está bajo el señorío de Quinsai. Son súbditos del Gran Khan y tienen papel moneda y son idólatras y queman a sus muertos de la manera que he descrito antes. Viven del comercio y la industria y cuentan con gran abundancia de todo tipo de alimentos. Y no hay

nada más que decir al respecto y con esto partimos de aquí para hablaros de Vuigiu.

Y cuando uno parte de esta ciudad de Tampigiu, dirigiéndose durante tres días hacia el sudeste, se van encontrando continuamente muchas poblaciones y aldeas, la mayoría hermosas y grandes, donde uno halla todo tipo de bienes en gran cantidad y muy baratos.

Las gentes son idólatras y obedecen al Gran Khan y viven del comercio y la industria y también se encuentra bajo el señorío de Quinsai. No hay nada aquí que queramos añadir a nuestro libro, así que seguimos adelante y os hablaremos de la ciudad de Ghiugiu.

Tomando pasajes de ese tipo, Haeder compara las descripciones de la estepa mongola y de la llanura septentrional de China, los relatos sobre el propio Kubilai, sus palacios de Shangdu y Khanbalic, el intenso relato sobre las grandes partidas de caza y las solemnes festividades en la corte del Gran Khan, como la que tiene lugar por ano nuevo. Resumiendo el capítulo LXXXIX, Haeger escribe:

El Gran Khan y todos sus súbditos se visten de blanco, se intercambian presentes entre ellos y el khan, consistentes en plata y perlas y lienzo blanco; los barones y caballeros del khan se abrazan y felicitan unos a otros mientras intercambian regalos, presentando al khan en obsequio camellos y caballos blancos («si no son del todo blancos, al menos en gran parte, y son muchos los caballos blancos que pueden hallarse en esos países»); y ese día tiene lugar un desfile de los elefantes y caballos del khan «cubiertos de magníficas gualdrapas blancas bordadas ricamente en oro y seda, con muchos otros animales y con pájaros y leones bordados». Y la mañana del festival «todos los reyes y príncipes y todos los duques y marqueses y todos los condes y barones y caballeros y astrólogos y filósofos y doctores y cetreros y muchos otros oficiales del rey, capitanes y soberanos de tierras y de ejércitos llegan a la gran sala delante del señor y aquellos que por razón de la multitud no pueden entrar permanecen fuera de palacio, en los pabellones laterales, de manera que el gran señor, que se sienta en un trono, pueda verlos a ellos también». Y luego

el texto describe el protocolo de tomar asiento y cómo «un anciano sabio muy sabio, como podría decirse, un gran prelado, se pone en pie en el centro» y entona la liturgia de la celebración. Y la ceremonia es descrita paso a paso, desde la celebración propiamente dicha hasta los «músicos y juglares y bufones» que llegan para divertir a la corte cuando finaliza el banquete[51].

Por una parte, hay descripciones acerca del norte de China —como por ejemplo, el relato de la nueva ciudad construida en Pekín, donde «las calles principales de un lado a otro de la ciudad están trazadas rectas como un hilo y son tan rectas y tan anchas que si alguien se subiese a la muralla en una de las puertas y mirase en línea recta, vería de un lado a otro»— en las que puede sentirse un esfuerzo genuino por reproducir una imagen[52]. Contrasta con ese esfuerzo el esquemático recital de lugares a lo largo de imaginarios itinerarios que pueden encontrarse en la parte del libro en la que se habla del sur de China. La forma de los topónimos de esos lugares, que deriva del persa o turcomongol, sugiere un conocimiento del sur de la China obtenido mediante conversaciones con —o leyendo los informes de— emisarios de la corte, que escribiesen o hablasen en esas lenguas (justamente el tipo de emisarios en cuyas filas, según el libro, el mismo Marco habría servido al Gran Khan). El resultado son las impresiones de un europeo acerca de lo que se ha enterado gracias a los servidores persas y mongoles de los khanes, no obstante, mucho más detalladas y entendidas que cualquier otra que hubiese oído de boca de alguien que tratara de imaginar el mismo panorama desde, digamos, la distante Persia[53]. Siguiendo esta teoría, Marco, su padre y su tío, son hombres que vivieron en la corte del Gran Khan, trasladándose con éste entre sus cuarteles de invierno en la nueva población de Daidu, cercana a Pekín y la capital de verano de Shangdu, en el norte. Pero, hasta su paso por Zaiton (Quanzhou) a fin de zarpar por mar con destino a Persia, sólo conocían el sur de China a través de rumores.

La conclusión que Haeger ofrece es una convincente solución al problema asociado con el conocimiento de China por parte de Marco. No obstante, en cierto sentido, para el historiador de la geografía nada de eso tiene demasiada importancia. De cara a sus intereses, la idea de que el autor fuese una ficción, una mera función del discurso, no era lo importante; lo importante era el libro.

Capítulo 4

La realización del libro

I

El libro fue una obra de colaboración y, al igual que cualquier obra de ese tipo, nació fruto de una serie de compromisos, sobre todo a causa de la dificultad de traducir la lejanía y rareza de su material en términos aceptables para una audiencia occidental. Esta es la auténtica razón que ha dado paso a tantas interpretaciones diferentes. Y al examen de esas interpretaciones es a lo que dedicaremos el presente capítulo. La primera de ellas es que se trata de una historia de aventuras y que su título es *Los viajes de Marco Polo*. Esta lectura pudiera derivar en última instancia de un equívoco del texto preparado por Ramusio en el siglo XVI, quien para adaptar la obra a su colección, que constaba básicamente de narrativas de viajes (*Navigazioni e viaggi*), la llamó *I viaggi di Marco Polo*. No obstante, cualquiera que trate de leer la obra en busca de una historia de exploraciones heroicas se verá decepcionado. Nada resulta más sorprendente que el silencio de Marco acerca de las dificultades y peligros a los que debe haberse enfrentado o acerca del carácter de los viajes que realizó. Eso salta a la vista cuando se compara el libro con los relatos de Giovanni di Pian di Carpineo o de Guillaume de Rubruck, que contienen, entre otras cosas, auténticas historias de aventura. Podemos recordar cómo Pian di Carpine habla acerca de cómo pasó «por un continuo peligro de muerte» en las tierras mongolas; de cómo: «El primer viernes después del miércoles de ceniza estábamos preparándonos para acampar a la puesta de sol cuando se abalanzaron amenazadoramente sobre nosotros varios tártaros armados, pre-

guntándonos quiénes éramos; replicamos que éramos enviados del Papa, tras lo cual se fueron inmediatamente, llevándose parte de nuestros alimentos»; o de cómo en Karakorum se vio forzado a tomar, al igual que sus compañeros, «jarra tras jarra» de leche de yegua fermentada. O puede pensarse en Rubruck cuando dice: «Marchábamos durante dos días, y en ocasiones tres, sin más alimento que leche de yegua. A veces pasábamos grandes peligros, al no hallar ni un alma, escasos de provisiones y con las cabalgaduras extenuadas». Y otros ejemplos más nos ofrecen claras imágenes de momentos excitantes, peligrosos y afanosos. En el libro de Marco no aparece nada de eso, ni súbitos avistamientos de individuos o bandas amistosas u hostiles, ni ningún relato acerca de caballos cojeando, escoltas, dificultades o peligros, ninguna fecha específica, ninguna crisis, ni hambre ni sed. Cualquier sentimiento de sobrecogimiento que pudiéramos sentir acerca de su viaje no proviene de nada que Marco nos explique, sino de nuestras propias reflexiones acerca de lo que debe de haber sido estar allí, si bien sobre ello él no dice nada.

Una de las principales dificultades para Rustichello debe de haber estribado en la poca acción y aventura que le refiriera Marco. Pero ¿es que al menos no estaban los viajes de ida y vuelta de China? De hecho, es asombroso lo silencioso que se muestra Marco respecto a incidentes durante esos viajes y a sus rutas específicas. En todos los atlas históricos pueden encontrarse mapas en los que aparecen trazados «Los viajes de los Polo». Estos supuestos itinerarios no son más que fantasías. Tras los primeros diecinueve capítulos, el libro está escrito como si describiese una serie de rutas. Aparecen pasajes intercalados como (XLIX): «Ahora dejaremos esas provincias y esas zonas y no seguiremos adelante porque, si lo hiciéramos, entraríamos en la India y no quiero entrar ahí llegados a este punto, pues en nuestro viaje de regreso se referirá todo acerca de la India, en orden. Volvamos

por lo tanto a Badakshán porque no nos es posible ir por otra ruta».

No obstante, está claro que ésa no es la ruta de los Polo para atravesar Asia; es un subterfugio de organización, una ruta por la que Marco y Rustichello llevan a sus lectores de oeste a este y luego de vuelta del este al oeste. una ruta que sigue el libro: «*pour aler avant de nostre livre*[1]» De hecho, el libro no dice nada, excepto en términos bastante vagos, acerca de cómo fueron los Polo hasta China y cómo regresaron de ella. Las rutas marcadas con tanta seguridad en los atlas históricos han sido reconstruidas simplemente siguiendo el orden en el que Marco habla de las diferentes regiones. Sin embargo, una gran parte de los estudios sobre los Polo ha sido dedicada a intentar definir las rutas con mayor detalle. Ello ha conducido a las conclusiones más improbables; por ejemplo, que en su viaje de ida los Polo viajaron a unos 650 kilómetros al sur de la Ruta de la Seda principal (que podría trazarse a través de Bujara, Samarcanda, Kashgar, Hotan y el borde meridional del desierto de Taklamakán) y de manera un tanto perversa, si es que trataban conscientemente de entregar tan rápidamente como fuera posible las cartas del Papa a Kubilai, decidieron ascender el remoto Pamir y el montañoso Hindukush: «tan alto —dice el libro— que se dice que es el lugar más elevado del mundo[2]».

El libro, pues, no es una historia de aventuras ni tampoco una descripción de viajes. Esos breves capítulos introductorios (II-XIX), que ofrecen un muy resumido relato de cómo los Polo llegaron a conocer Oriente, no son para nada el motivo del libro. Son meramente una introducción destinada (aunque de manera poco satisfactoria, ya que provocan más problemas que los que intentan resolver) a validar la verdad del material que sigue a continuación (son comparables al último capítulo de la obra de Pian di Carpine, que tienen el mismo propósito). Está claro que el libro no describe viajes ni aventuras. Otra interpretación sería

que es una obra, escrita por un mercader veneciano, cuyo título es *Il Milione*, que significa «montañas de dinero», y cuya característica esencial es la de ser un manual de mercaderes. Para Ugo Tucci, por ejemplo: «El libro es el más asombroso que conocemos acerca de la mentalidad de un mercader veneciano del siglo XIII[3]». Para Franco Borlandi, Rustichello ha construido el libro partiendo de un manual de mercaderes que Marco compuso durante su estancia en Oriente[4]. En un manuscrito florentino del libro, datado en 1431, hay una nota que afirma que en Venecia la obra de Marco está disponible para que todo el mundo pueda consultarla: «Marco Polo es un libro que trata de partes del mar y de la tierra y de las grandes y milagrosas cosas que hay en el mundo. Y ese libro está en el Rialto de Venecia, sujeto mediante cadenas, para que todo hombre pueda leerlo[5]». Este libro encadenado, cree Borlandi, no era la versión de Rustichello, sino el manual de mercaderes original pergeñado por Marco.

Los argumentos de esta tesis derivan de las frecuentes referencias que hace Marco a las mercancías, su descripción del papel moneda, de mercados y demás. Es cierto que todo ello está omnipresente. Podemos pensar en la atención que presta el libro a las gemas, perlas y corales: «Rubíes, zafiros, amatistas y muchas otras piedras preciosas» (justamente las mercaderías por las que su padre y su tío se aventuraron por primera vez en Oriente), sus observaciones acerca de la seda, el algodón, la sal, el arroz y otros muchos artículos. Pero sobre todo sorprende su concentración en las «especias» —ese término que en la Edad Media incluía, además de los aderezos, perfumes y sustancias utilizadas en medicina—, sobre todo cuando los Polo viajan por el mar de la China, las Indias Orientales y el océano índico. Se nos dice que a través de Zaiton llegan a la provincia de Mangi valiosas mercaderías, piedras preciosas y perlas. Por cada cargamento de pimienta que se dirige a tierras cristianas a través de Alejandría, en Egipto, se pueden encontrar cien en este puerto. El Gran Khan

se queda con un décimo de todos los importes; las empresas navieras cobran como fletes el 30% en mercancías pequeñas, el 44% sobre la pimienta, el 40% sobre la madera de áloe, la de sándalo y las mercancías voluminosas. Por todo ello, los mercaderes deben gastar la mitad de su inversión y, no obstante, obtienen beneficio. A continuación sigue una notable descripción de los juncos que transportan las mercancías: de tingladillo (con planchas superpuestas), con clavos de hierro, con cuatro mástiles permanentes y dos desmontables, con una sola cubierta pero con entre cincuenta y sesenta cabinas, una para cada mercader a bordo, y con compartimentos estancos en la quilla. Tripulados por entre 200 y 300 marineros, cada navío era capaz de cargar entre 5.000 y 6.000 cestas de pimienta e iban acompañados por su propia flotilla. Primero iban dos o tres grandes falúas o barcazas «lo suficientemente grandes como para llevar 1.000 cestas de pimienta» con su propia dotación de cincuenta u ochenta marineros; luego diez pequeñas embarcaciones para pescar, fondear y traer suministros (los barcos son una de las pocas cosas que estimulan la elocuencia de Marco, tanto aquí como en su descripción de los daus árabes en Ormuz o de los miles de los empavesados bajeles de un solo mástil del Yangtze).

A continuación, Marco vira hacia el mar de la China, donde describe la pauta seguida por los monzones para luego pasar a las islas más grandes de las Indias Orientales. Nos enteramos de que Java (CLXIII):

> Es una isla de muy gran riqueza. Tienen pimienta, nuez moscada, almizcle y espicanardo y juncia (una raíz aromática) y cubeba (un tipo de pimienta) y clavos y todo el resto de especias que pueden hallarse en el mundo. A la isla llegan un sinnúmero de naves y mercaderes que compran toda clase de mercancías y obtienen grandes provechos y ganancias… Y desde esta isla los mercaderes de Zaiton y de Mangi han sacado grandes tesoros y siguen sacándolos a diario.

De Sumatra («Java Menor») escribe (CLXVI) acerca de «especias caras: madera de áloe y espicanardo y muchas otras nunca

vistas en nuestra parte» y del reino de Lambri, al noroeste de la isla (CLXIV), de «mucho alcanfor y otras especias».

A continuación, en la India comenta sobre «pimienta y canela y jengibre», «jengibre y pimienta e índigo de gran calidad» e «incienso marrón» cerca de Bombay. En el entonces próspero puerto de Quilon, en la costa Malabar, donde los mercaderes chinos se reúnen con los de Arabia, menciona la producción local de tanino, índigo y pimienta y explica cómo se cultivan los árboles de la pimienta y se prepara el índigo. En el reino de Malabar (CLXXXIII):

> Hay gran cantidad de pimienta y de jengibre y también mucha canela y otras especias en gran cantidad, así como alquitrán [utilizado antaño en medicina] y nueces de la India, también bucaranes, muy finos y de los mejores. Cuentan con mercancías de gran valor. Y otra vez quisiera contaros lo que los mercaderes de otras partes traen a este país cuando llegan en sus navíos para comprar sus mercancías. Debéis saber que los mercaderes traen cobre en sus navíos; también tejidos de oro y seda, cendal, oro, plata, clavo y espicanardo y otras especias que no se encuentran aquí y esas cosas las cambian por las mercancías de este país. Y debéis saber que los navíos llegan de muchas partes, pero especialmente de la gran provincia de Mangi. Sus propios bienes van a Adén y desde allí son llevados a Alejandría.

No obstante, desde Malabar y el reino adyacente de Gujarat, la piratería amenaza continuamente el comercio. Marco describe cómo veinte o treinta naves piratas navegaban en línea a intervalos, llegando a cubrir hasta mil millas de océano a fin de hacerse con su presa. Más al oeste, en el océano, en Socotra, y de nuevo en Madagascar y Zanzíbar, se refiere al ámbar gris, utilizado en perfumes y que se extrae del vientre de la ballena, «porque ballenas hay muchas», mientras que en la costa de Arabia y en Dhofar hay «incienso blanco» (olíbano) y un gran comercio entre Adén e India.

Todo ello parece demostrar que a partir de su educación (en la tradición, tal y como ya hemos visto, del *Zibaldone da Canal*) y presumiblemente a instancias de su tío y de su padre, Marco adquirió un conocimiento profesional de los artículos más precia-

dos del comercio oriental. Lo que tenemos aquí es el primer relato detallado de Occidente acerca de la procedencia de las principales especias y una gran cantidad de información correcta acerca del comercio de mercancías. ¿Significa eso que el libro es una ampliación de un manual de mercaderes realizada por Rustichello? Otro de los argumentos proferidos para sustentar esta tesis proviene de algunos de los silencios de Marco que ya hemos considerado. ¿Por qué no escribe nunca sobre la Gran Muralla china, el confucianismo, el vendaje de los pies de las mujeres, las técnicas de impresión, etc.? La respuesta es que esas cosas no son de interés para alguien que escribe un manual de mercaderes. ¿Por qué no mencionar el té? La respuesta: en Italia, con sus excelentes vinos, el té hubiera sido invendible. Pero precisamente al llegar a este punto surgen las primeras dudas, por lo que resulta necesario explicar la presencia en el libro de todas esas cosas que no hacen referencia al comercio. ¿Cuántos manuales de mercaderes italianos se pueden nombrar que ofrezcan un relato acerca del Buda Sakyamuni? Lo improbable de esa noción se hace obvio cuando se echa un vistazo a una descripción de China que aparece en un auténtico manual de mercaderes. En la *Pratica della mercatura*, creado por el mercader florentino Francesco di Balduccio Pegolotti, aparece una sección presuntamente basada en información sobre el período 1310-1330, dedicada a «Aconsejar acerca del viaje a Catai por la ruta a través de Tana para aquellos que van y vienen con mercaderías». Pegolotti explica paso a paso cómo viajar desde el puerto de Tana, situado en el mar Negro, a Khanbalic: qué indumentaria llevar, cuántos sirvientes se necesitan, qué provisiones soji necesarias, cuáles son los precios exactos, qué seguridad ofrecen las diversas etapas del viaje, qué bienes hay que llevar para vender, qué traer, cuáles son los posibles problemas de transporte y demás[6]. Por el contrario, Marco no ofrece nada acerca de esas cuestiones; es decir, nada de nada de lo que un mercader necesitaría saber. El libro carece de

notas específicas sobre organización de viajes, volumen de negocios, condiciones y problemas de los mercados[7]. En lugar de eso nos encontramos con lo que puede hallarse en las guías del *Touring Club Italiano*, referencias a mercancías, que no están incluidas en una sección de comercio, sino como indicaciones de la riqueza, las actividades y las ocupaciones de los habitantes locales, y en el caso de Marco, con una marcada preferencia por lo espectacular en lugar de lo mundano (no hay nada, como señala Olschki, sobre ajebe, las minas de hierro de la India, el bronce o la minería del plomo).

Un comentarista ha indicado que el interés de Marco por el comercio es más propio de un oficial recaudador que de un comerciante[8] y esa reflexión armoniza con la idea de que ése pudiera haber sido el puesto ocupado por los Polo bajo el Gran Khan. Echemos un vistazo a otra sección del imaginario itinerario por Mangi (CLI, 11-18):

> Ahora partiremos de Suigiu e iremos a una ciudad llamada Viugiu y debéis saber que esta Viugiu está a un día de Sugiu [*sic*, nombre incorrecto]. Es ciudad muy grande y buen sitio y de gran comercio y muy industriosa. Pero no hay nada nuevo que mencionar, así que partiremos y contaremos de otra ciudad llamada Vughin.
>
> Y esta Vughin es también ciudad muy grande y noble. Sus habitantes son idólatras y súbditos del Gran Khan y usan papel moneda; hay seda en cantidad y muchas otras preciosas materias que suelen mercadear. Son mercaderes hábiles e industriosos.
>
> Dejemos a esta ciudad y describamos la ciudad de Ciangan. Sabed que esta ciudad de Ciangan es muy grande y rica. Sus habitantes son idólatras y vasallos del Gran Khan y también emplean papel moneda. Viven del comercio y de la industria. Tejen cendales de todo tipo y en gran número. Aquí se encuentra mucha caza. No queda nada que mencionar, así que continuaremos…

En estas frases cortantes y repetitivas hay información económica; no obstante —hasta el día de hoy ha sido imposible identificar, a partir de la información de Marco, dónde pudieran estar Viugiu, Vughin o Ciangan—,[9] no aparece nada que pudiera persuadir a un mercader veneciano para que las visitase, a menos, tal vez, que ese mercader buscase cendales, un tipo de tejido es-

pecialmente valioso que Marco pudiera haber visto en la sombrilla que se colocaba por encima de la cabeza del Dogo.

También podría añadirse que en el libro está ausente cualquier información acerca de las *ortoghi* o asociaciones de mercaderes y asociaciones provechosas mantenidas entre los príncipes mongoles y los mercaderes del Asia central[10]. Tampoco aparece nada suficientemente detallado como para provocar taquicardia en un inspector de impuestos. No hay ningún interés profesional en la economía; el propósito de Marco parece estar más allá de eso. El efecto acumulativo de esas, para nosotros, tediosas repeticiones, ofrecería al lector medieval una extraordinaria visión de todo un mundo hasta entonces desconocido compuesto por ciudades volcadas en el comercio y sobre ese mismo comercio en el interior de Oriente. La sensación de asombro con la que esas páginas debieron ser examinadas por los contemporáneos de Marco es incomparablemente mayor que la que pueda experimentar cualquier lector actual, reforzada, como está hoy en día su obra, en gran parte por notas, mapas y comentarios a cargo de eruditos orientalistas. Y es esa sensación de asombro, y no consejos profesionales, lo que Marco trata aquí de ofrecer. Por no mencionar que la idea de que un mercader veneciano quisiera *publicar* un *Libro di mercatura* es bastante improbable. Cuando esos hombres bosquejaban un manual, estaba únicamente destinado al beneficio de su propia firma. No era algo que debiera exhibirse al público en general, encadenado o desencadenado en el Rialto, para beneficio de los competidores[11].

II

Podemos concluir diciendo que el libro no es la obra de un mercader veneciano acerca del comercio en Oriente. Hay otra interpretación latente, aunque no totalmente avalada, en una de las obras más valiosas sobre el tema. *L'Asia de Marco Polo*, de Leonardo Olschki. Para Olschki, los Polo se consideraron a sí mis-

mos (entre otras cosas) como apóstoles laicos de la fe, sustitutos, podría decirse, de los 100 cristianos instruidos en las artes liberales que Kubilai le había pedido al Papa; Marco intenta dar a su libro «el carácter de una misión religiosa[12]». Su título es el de la versión francoitaliana: *Le divisament dou monde* (La descripción del mundo). Tiene un doble propósito religioso: primero, como guía de los misioneros occidentales; segundo, para revelar la magnificencia de la creación de Dios. A favor de este punto de vista está el hecho de que es cierto que la partida de los tres Polo fue bendecida por el papa Gregorio X en persona y que como emisarios de la Iglesia regresaron ante el Gran Khan. Y también y desde el principio el libro fue adaptado a propósitos religiosos, para servir como una contribución en la estela de la tradición de la literatura hexaemérica (reflexiones sobre el *Hexaemeron* o los seis días de la creación), que fue considerada como una de las principales fuentes de conocimientos al iniciarse el interés por la geografía en la Edad Media. Poco antes de 1314, al menos nueve años antes, es decir, antes de la muerte de Marco, un dominico boloñés, Francesco Pipino, fue comisionado por su orden para traducir la obra al latín, para que sirviese como acicate para la evangelización y como manual para las misiones mendicantes. Y en su prefacio, Pipino presenta a Marco como alguien que ha ofrecido al mundo un conocimiento acerca de «la variedad, belleza e inmensidad de la creación[13]».

Sin embargo, imaginarse a Marco de misionero parece algo imposible de sostener. Aunque define a los pueblos por su religión, es simplemente a causa de un espíritu sectario. Sus comentarios sobre las distintas fes se refieren a elementos externos y parece indiferente o ignorante frente al contenido esencial de esas creencias. Si llegó a conocer las escrituras cristianas es algo que no sabemos porque nunca las cita. A lo largo de todo el libro hace frecuentes referencias a las diversas sectas cristianas de Oriente sin ninguna explicación acerca de lo que diferencia a sus creen-

cias de las de Roma o entre ellas. Sólo hace tres referencias extremadamente apresuradas sobre las numerosas comunidades judías existentes en Oriente[14]. No menciona el confucianismo para nada y sólo realiza una breve referencia (LXXV) del taoísmo o, mejor dicho, de los monjes taoístas, «hombres de gran abstinencia y vida ejemplar». Sobre el budismo, al que califica de «idolatría», tiene más que decir. Se equivoca (aunque comprensiblemente) al atribuir sus orígenes a Cachemira, pero apunta correctamente que «la forma de vida de los eremitas» (es decir, su forma de vida no cristiana) era muy reverenciada por su ascetismo (XLIX). En Tangut (LVIII) y sobre todo en la ciudad de Campiciou (Zhangye, en la provincia de Gansu), contaban con muchas abadías y monasterios. Estos eran (LXXV) inmensos, a veces tan grandes como una pequeña población, con más de dos mil monjes en una abadía. Estas se hallaban repletas de ídolos de muchos tipos, «algunos de madera, otros de yeso, otros de piedra y todos ellos recubiertos de oro y muy pulidos». Se refiere en particular a colosos recostados con figuras arrodilladas en reverencia frente a ellos, pero no da muestras de comprender que son representaciones del Buda Sakyamuni en su Parinirvana. Está muy interesado (LXXV) en los bacsis, en los brujos llamados «Tebet» y «Quesmur» (Cashmiri), «que son los nombres de dos naciones de idólatras», cuyos encantamientos hacen desaparecer las nubes y las tormentas del palacio del Gran Khan y que en los banquetes le llenan las copas de bebida sin tocarlas.

No obstante, incluso en sus aspectos externos, la verdad está mezclada con el error («Y sabed lo siguiente, que todos los idólatras del mundo cuando mueren son quemados» es algo falso). Y cuando habla de otros credos diferenciados del budismo, éstos también son tachados de idolatrías: en el capítulo LXXV los sacerdotes que esparcen leche de yegua para los espíritus y en el capítulo CLXXVII los brahmanes (confundidos con mercaderes) de la provincia de Lar y los ciugui o ascetas hinduistas. Sospecho

que el confucianismo ha desaparecido de la misma manera; que para Marco una vez que se ha visto un templo, tanto si es budista como confuciano, se han visto todos. Eso no quiere decir que no haya interés por el tema, sino que está tratado con incertidumbre y desde fuera. El relato de Marco acerca de los ciugui hinduistas —de su desnudez, el que beban sulfuro y mercurio, su prohibición de matar ni una mosca o un piojo, la prueba de su voluntad mediante la abstinencia sexual— es reconocible de inmediato. Y al llegar a Ceilán y a la montaña del Pico de Adán, donde el Buda Sakyamuni o Gautama tenía su sepulcro (CLXXVIII), Marco ofrece un vivo retrato de cómo el joven, rico y poderoso príncipe percibe la vacuidad de su felicidad después de sus encuentros con un anciano y luego con un cadáver:

> Y cuando el hijo del rey hubo entendido completamente la muerte y la vejez, regresó a su palacio y se dijo a sí mismo que no moraría por más tiempo en este triste mundo y que quería ir en busca de aquello que nunca muere y así lo hizo. Y dejó el palacio y a su padre; y se fue por las montañas empinadas, salvajes y solitarias y allí vivió toda su vida honesta y castamente, practicando grandes abstinencias. Y lo cierto es que de haber sido cristiano hubiera sido un gran santo como nuestro Señor Jesucristo.

El celoso dominico fray Pipino omitió esta observación en su traducción (Pipino III, 22), mientras que, en contraste, Marco ha sido alabado por la supuesta tolerancia que demuestra el pasaje. No obstante, aunque Pipino fuese un hombre de muchas y excelentes cualidades, ser considerado más tolerante que él no es, como veremos, un cumplido que sorprenda. Y un examen más de cerca del pasaje revela lo obvio, es decir, que el Buda no ha sido ensalzado como un exponente de las doctrinas del budismo, sino por su supuesta adhesión a un ideal o virtud cristianos. Podemos recordar la manera asombrosa en la que durante la Edad Media y el Renacimiento —como resultado de la difundida historia de Barlaam y Josafat— el Buda llegó a ser canonizado como un santo de la Iglesia católica, transmutado en san Josafat[15]. Aunque anteriormente, en un punto de los textos de Ramusio y Z, el Renacimiento se menciona brevemente[16], aquí el lector no se

entera de nada. La superficialidad del interés de Marco (desde la perspectiva del siglo XX) contrasta ampliamente con el del fraile Guillaume de Rubruck, que rápidamente repara en el mantra «Om mani padme hum[17]», algo que, por muchas veces que pudiera haberlo oído, no significa nada para Marco.

De las actitudes de Marco hacia el Islam trataremos en el siguiente capítulo en el que examinaremos sus críticas. Por el momento me gustaría señalar que, aunque, al igual que un hincha de fútbol, dé la impresión de esperar que siempre gane su equipo y se muestra bastante feliz al tratar de alegrar a sus lectores occidentales asegurando en un momento dado que Kubilai era cristiano en secreto[18], resulta curioso cómo su propia lealtad hacia el cristianismo no aparece recalcada. Cuando el nestoriano, pero todavía cristiano, Nayan, tío de Kubilai, se rebela contra el Gran Khan, las simpatías de Marco (LXXVII-LXXX) se inclinan apasionadamente por Kubilai en lugar de hacia su correligionario. De nuevo, en otra ocasión, en esos comentarios sobre las creencias mongolas que se encuentran en la más privada y menos distribuida versión Z, Marco deja entrever sentimientos que casi pudiera sugerir que ha adquirido esa tolerante indiferencia hacia todas las religiones que los propios mongoles profesaban:

> Estos tártaros no se preocupan por el dios que se venera en sus tierras. Sólo les importa que se sea fiel al Señor Khan y lo bastante obedientes y que ofrezcan los tributos de rigor y que se administre la justicia, aunque no les importa lo que hagan con su alma. Y no obstante no hablarán mal de sus almas ni interferirán en sus quehaceres. Y podrás hacer lo que te plazca con Dios y tu alma tanto si eres judío o pagano o sarraceno o cristiano y morar entre los tártaros. En Tartaria confiesan que Cristo es el Señor, pero dicen que es un Señor orgulloso porque no quiere estar con otros dioses, sino ser Dios por encima de los demás del mundo. Y en algunos lugares cuentan con Cristos de oro o plata y los tienen guardados en algún baúl y dicen que es el Señor supremo de los cristianos[19].

El tono despreocupado del pasaje, en ningún momento con visos de parcialidad mediante el empleo de fervientes protestas de cristiana devoción, me da la impresión de que no implica ningún apego a expectativas misioneras.

III

Si rechazásemos esas interpretaciones del libro, nos quedaríamos con que es simple y esencialmente una obra de geografía. No es, claro está, geografía tal y como es definida por Ptolomeo. Uno de los escasos comentarios que Marco realiza sobre la cuestión sugiere una sorprendente falta de conocimientos acerca de cosmografía básica. La isla de la que nos habla (LXXI, 9), situada en el océano del norte, donde se crían los halcones árticos del Gran Khan, está tan al norte que, cuando estás allí, tienes a la estrella Polar por detrás de ti, hacia el sur. El interés de Marco se circunscribe a la geografía corográfica y antropológica[20]. Si esto es así, ¿en qué tradición encaja la obra de Marco y Rustichello? Una respuesta sería la que da el elocuente e ilustrado Jacques Heers, que señala que el libro es «un tratado enciclopédico que forma parte de una larga tradición viva. Esta tradición, sólidamente establecida, en su descripción del mundo otorga gran espacio a las leyendas fabulosas[21]». Para dar peso a su argumento señala obras de carácter casi enciclopédico como el *Tresor*, de Brunetto Latini, maestro de Dante, y *Composiciones del mondo*, de Ristoro d'Arezzo, escrita en 1282. No obstante, al compararlas, esas obras parecen lejanas con respecto al libro de Marco. En el *Tresor* de Brunetto existen, ciertamente, entre discusiones de filosofía, teología, hechos históricos, los libros del Nuevo y el Antiguo Testamento, la naturaleza de los animales y muchas otras cosas, un capítulo en el que se elabora una lacónica descripción de los tres continentes conocidos. En el libro de Ristoro d'Arezzo, que trata sobre todo de astronomía, también hay un capítulo de unas tres páginas y media, en donde se ofrecen topónimos[22]. Todo ello da la impresión de ser bastante diferente de la amplitud y el detalle de que hace gala el libro de Marco Polo. La verdad es que en la cultura geográfica de la Edad Media, des-

de Solino a Gossuin, pasando por Isidoro, no hay nada que se parezca al libro de Marco Polo.

¿Pisamos, pues, terreno firme al sustentar las «fabulosas leyendas» de Heers? ¿Debería ser su título *Il Milione*, que en esta ocasión significa «mil veces mil maravillas» o, como suele ser llamado en los primeros manuscritos, el *Livre des merveilles du monde*? (O también «A continuación empieza el Libro de Marco Polo sobre *las Maravillas* de la Gran Asia e India la Mayor y la Menor y de las diversas regiones del mundo» o «Aquí empieza el Libro sobre el Gran Khan que habla de Armenia Mayor, de Persia y de los tártaros y de India y de *las grandes Maravillas* que hay en el mundo[23]»). En la Edad Media existía, como en la actualidad, una especial obsesión por «las maravillas» (se dice que miles de personas en Estados Unidos siguen creyendo en la actualidad que algunos de sus conciudadanos han sido raptados por alienígenas en platillos volantes y sometidos allí a degradantes experiencias sexuales o que al menos cientos de miles de europeos, también en busca de lo asombroso, creen que eso es lo que miles de norteamericanos creen). En el siglo V, san Agustín, en su *Ciudad de Dios* (libro XXI, capítulo 4), echa mano de lo portentoso para defender las creencias de los cristianos. Así, por ejemplo, al justificar la realidad del fuego eterno que no consume a los malvados, sino que los asa en perpetuidad, san Agustín hace referencia a una *mirabilia* como la salamandra, que quemada sobrevivió entre las llamas, o también a los volcanes de Sicilia, que arden incesantemente sin consumirse. En el siguiente capítulo, san Agustín urge a los no creyentes, que se burlan de «nuestros» milagros, a que expliquen cosas igualmente extrañas del mundo natural, como, por ejemplo, «el hecho» de que en Ceilán «los árboles nunca se queden sin hojas». ¿Indican esos fragmentos que en la Edad Media la gente estaba fascinada con la idea de lo portentoso porque las maravillas podían servir como un elemento utilizado en la *apología* del cristianismo? Resultaría difícil señalar mu-

chos fragmentos de la literatura medieval que justificasen esos argumentos. Más bien, el entusiasmo por las maravillas parece ser una persistente necesidad, tanto entonces como ahora, humana.

Ya hemos visto muchas de ellas en nuestro primer capítulo. Podría pensarse en las historias acerca de «las razas monstruosas»: *cynocephali, blemmyae, sciopods* y demás, que continuaron a lo largo de la Edad Media. Proliferan en la *Historia de los Reyes Magos*, de Johannes de Hildesheim, escrita en la segunda mitad del siglo XIV y que ha sobrevivido en más de quinientos manuscritos[24], en las numerosas versiones sobre las leyendas de Alejandro y en los cientos de manuscritos existentes, en varios idiomas, que contienen la *Carta del Preste Juan*. También aparecen en libros de coplas, como *Los viajes del príncipe Pedro*, impreso unos diez años después del viaje de Vasco da Gama, que marcaría una época[25]. Normalmente, este tipo de material se asociaba con Oriente, pero no de manera exclusiva. En la dedicatoria de su *History and Topography of Ireland* (*ca*. 1188), Gerald de Gales señala que entre las materias que serán discutidas están «las cosas nuevas y secretas que no se desarrollan de acuerdo con el curso normal de la naturaleza y que se esconden en las lejanas tierras occidentales[26]». Y sigue explicando:

> Al igual que los países de Oriente son dignos de mención y se distinguen por ciertos prodigios peculiares y nativos, las fronteras de Occidente también cuentan con sus propias maravillas de la naturaleza. Porque, como si en ocasiones estuviese cansada de lo cierto y serio, se aparta de ese curso y en esas zonas remotas se entrega a secretas y distantes monstruosidades.

En el libro II, dedicado a «Las maravillas y milagros de Irlanda», Gerald —que cita al salmista: «Venid y ved la obra del Señor, las maravillas que ha obrado en la tierra»— expresa la esperanza de ser considerado como quien ha revelado las maravillas de Occidente al igual que otros los son por revelar las de Oriente[27].

Unos veinte años después, el inglés Gervase de Tilbury dedicó al emperador Otto IV su *Otia Imperialia* u *Ocios imperiales*. El libro I trata de «la creación de cielos y tierra» y el libro II de «las tres partes del mundo en sus regiones y provincias». Estas partes eran meramente consideradas como preliminares del libro III, «las maravillas». Aunque Gervase puede que sea el autor del mapa Ebstorf, en el que, siguiendo la formulación de Gerald, las maravillas se encuentran en «lugares remotos», las de *Otia* están más cercanas; la mayoría de las que aparecen en el libro provienen de Francia, Inglaterra e Italia. Al mismo tiempo, se las distingue con respecto a los milagros —cosas que no obedecen a la naturaleza, obras de la omnipotencia divina— con las que la había comparado san Agustín. «Por maravillas entendemos que, aunque naturales, escapan a nuestro entendimiento: lo que las convierte en maravillas es nuestra incapacidad para comprender su causa». Tomando el ejemplo de san Agustín acerca de la salamandra que vive en el fuego, Gervase dice que en Roma ha visto una cincha de salamandra tan ancha como un tahalí, que cuando se arrojaba al fuego no se consumía. Tendemos, dice, a ignorar los *mirabilia* familiares:

> Si nos contasen algo acerca de una piedra de la India sin poder verificarlo, pensaríamos ciertamente que era una mentira o bien nos sorprendería y maravillaría. Pero esas maravillas que están al alcance de nuestra vista, aunque no menos sorprendentes, pierden su valor porque estamos acostumbrados a verlas, hasta tal punto que algunas maravillas de la propia India [como menciona más tarde a propósito del imán, que cree, proviene de Oriente], que es una distante parte del mundo, han dejado de interesar a nuestro asombro una vez que su llegada las ha convertido en menos asombrosas[28].

Su libro, explica, ayudará a sus lectores a distinguir entre las maravillas auténticas y las falsas de los impostores. Aunque todavía muy alejado del moderno método científico, el libro de Gervase es interesante por su intento de pensar acerca del significado de lo maravilloso y por su testimonio acerca de la existencia de un escepticismo medieval que corría parejo a lo maravilloso, al asombro.

Sin embargo, lo asombroso, se ha dicho con justicia, era un elemento esencial de la geografía medieval[29]. Desde los tiempos de Plinio y Solino, la propia geografía podría muy bien haber sido considerada como una disciplina que proporcionaba un contexto para historias asombrosas (como es el caso en la obra de Gervase de Tilbury). Y en un capítulo posterior veremos los *Mirabilia descripta*, de fray Jourdain, obra escrita en 1328, que describe «las muchas y abundantes maravillas» de la India y el camino hacia ellas. Escribiendo dos años después de Jourdain, el franciscano Odorico da Pordenone habla de las «muchas y grandes maravillas de las que escuché hablar y vi» en China. Volviendo al libro de Marco, no resulta nada sorprendente que una cierta idea acerca de lo asombroso asomase con cierta prominencia. Tomad este libro, nos urge Rustichello en el prefacio, y mandad que os lo lean y aquí aprenderéis «de las diferentes generaciones humanas y de las diversidades de las regiones del mundo». Y continúa: «Y aquí hallaréis *toutes les grandisone mervoilles* y las grandes diversidades de Armenia Mayor y de Persia y de los tártaros de muchas otras provincias…». En el prefacio de Pipino también se lee: «Que todos sepan que maese Marco Polo, *horum mirabilium relatorem*, es persona de lo más respetable».

¿Qué «cosas maravillosas» son las que están aquí en juego[30]? Trataré de señalar seis tipos:

1. Las que podríamos llamar —al menos en retrospectiva—, pensando en la definición de Gervase de Tilbury, maravillas «racionales». Ejemplos de ellas serían: «una fuente que lanza a chorro aceite en gran abundancia, no siendo adecuado para comer, pero bueno para quemar» (XXII) de la península de Bakú; o «una especie de piedra negra que quema como si fuese madera» (algo que asombraría a Eneas Silvio Piccolomini cuando llegó a Escocia).

2. Descripciones de poblaciones de tamaño y extensión exagerado, como la ciudad de Quinsai y sus cien millas de circunferencia y sus 12.000 puentes de piedra (en el siglo XIV, Odorico da Pordenone ofrece las mismas cifras acerca de la circunvalación de la ciudad y sus puentes; se ha sugerido que él y Marco repitieron algún dicho popular[31]).

3. Milagros cristianos: la «*grant mervoie*» del califa y el zapatero, datada en 1275 (XXVI-XXIX); la piedra sarracena en la iglesia de San Juan de Samar-

canda (LII); la provisión de pescado en Cuaresma en un monasterio georgiano (XXIII); los milagros en la tumba de santo Tomás en India, en particular el de 1288 (CLXXVI); y la faja de san Barsamo (en la edición Ramusio).

4. Historias de hombres ya conocidos en la Europa medieval. Entre ellos las de Alejandro, a veces provenientes de una fuente occidental (*El libro de Alejandro*), como ocurre con la Puerta de Hierro (XXIII); a veces aparentemente de fuentes orientales, como el *Arbre sec* (XL), el matrimonio en Balkh (XLV); las noticias acerca de sus descendientes (XLVII) y de los descendientes de su caballo Bucéfalo (en Ramusio), a las que deben añadirse las tradiciones orientales sobre los Magos (XXXI-XXXII) y acerca del Viejo de la montaña (XLI-XLIV)[32].

5. Historias sobre conjuros o sobre milagros llevados a cabo por aquellos que no son de religión cristiana, como «los sabios astrónomos y sabios brujos», los bacsis, que en el capítulo LXXV protegen el palacio del Gran Khan del mal tiempo y que (esta historia será también explicada por Odorico da Pordenone[33]), sin tocarlas pero mediante sus encantamientos, transportaban las copas por el aire desde el centro de la sala a su mesa.

6. Después está lo que pudiéramos llamar historias de viajeros. Aquí, a veces las maravillas consisten en la abundancia de riquezas, a veces en las rarezas de cosas más allá del control de la naturaleza. Ambos tipos pueden hallarse principalmente en **Cipango**, que Marco nunca visitó pero del que tal vez oyó a través de la propaganda de reclutamiento de Kubilai para su invasión. En el libro cuenta con algo del mismo carácter que Oriente en general tenía para Occidente; todo lo que escribe a propósito de ello (CLIX, CLX) es muy colorista. Se trata de una isla, a 1.500 (*sic*) millas al este, con inconmensurables cantidades de oro, donde el soberano cuenta con un palacio techado en oro fino, con habitaciones cuyo suelo también es de oro fino, de dos dedos de espesor, con salas y ventanas decoradas con oro[34]. Su valor «traspasa las fronteras de lo asombroso». Dispone de incontables riquezas, de perlas y piedras preciosas en abundancia y es una isla de «una gran maravilla». Las fuerzas de invasión de Kubilai Khan trataron de decapitar a ocho prisioneros. Pero no pudieron hacerlo porque cada uno de ellos tenía una piedra incrustada bajo la piel del brazo cuyas propiedades convertían a su poseedor en invulnerable al acero. Sólo podían ser muertos a palos; las piedras, que fueron a continuación llevadas a India, tenían una gran demanda.

Esas historias de lo irracionalmente maravilloso pueden encontrarse sobre todo en esa zona del mundo que Marco define como «India» (Asia oriental menos China). Muchas de esas historias ya existían, a menudo desde hacía siglos, antes de que viviese Marco. Como, por ejemplo, la de dos islas llamadas *Varón* y *Mujer* (CLXXXIX) y la del grifo, el gran pájaro de Madagascar que se llevaba a los elefantes en volandas, soltándolos desde las altu-

ras para que reventasen al llegar al suelo (CXCI), o la descripción de las cacerías de diamantes en el reino de Mutfili (CLXXV). Los diamantes se encuentran en valles guardados por serpientes venenosas. Desde los riscos de por encima, los cazadores les tiran carne; luego echan águilas blancas para que recojan la carne, que una vez regresan a las alturas son asustadas por los cazadores, que a su vez recogen los diamantes que se han pegado a la carne. Todas esas historias y otras que circulaban en esa época pueden hallarse en numerosas fuentes orientales así como chinas[35].

Lo mismo vale para las historias sobre hombres con cabeza de perro. J. Needham ha señalado que la mayoría de las razas monstruosas de la geografía griega y de las leyendas medievales —hombres con cabeza de perro, pigmeos que luchan con grullas, gigantes, *sciopods*, hombres con cola, centauros, cíclopes, *blemmyae*, etc.— también aparecen en el *Shan Hat Ching* o *Clásico de montaña y mares*, una obra cuyos contenidos pueden fecharse entre finales del siglo IV y II a. C., destinada a ser leída ávidamente en China durante dos mil años[36]. Pero la verdad es que, aunque se suele afirmar lo contrario, los hombres con cabeza de perro no aparecen en el libro de Marco. En el capítulo CLXXII, Marco habla no de *cinocephali*, sino de hombres de rostros *como* perros; está simplemente señalando una reacción común frente a las fisonomías de las islas Andamán[37]. De hecho, en el libro no aparece ninguna de las razas monstruosas.

Es una omisión asombrosa. A finales del siglo XIV y principios del XV, se encargó a unos miniaturistas que ilustrasen la obra de Marco y, aunque no las encontraron en el texto, decidieron nada menos que incluir imágenes de ellas (**véase ilustración 4**); ¡una obra acerca de Oriente *debía* contar con ellas! No obstante, ésta fue una traición al texto del autor y a sus intenciones[38] porque Marco siempre que puede se muestra dispuesto a disipar la verdad de las leyendas tan queridas de los lectores occidentales. Tomemos por ejemplo la historia de la salamandra inmune al fue-

go, un personaje, según ya hemos visto, gratamente familiar desde los tiempos de san Agustín. La salamandra señala Marco enfáticamente en el capítulo LX, no es un animal, «tal y como se dice». «Y ésta es la verdad de la salamandra y todo lo demás son cuentos y fábulas.» De nuevo en el capítulo CLXVI, observa que el unicornio (que identifica con el rinoceronte) no es para nada la criatura que se dice es atrapada por los cazadores con ayuda de una doncella virgen y sigue diciendo que aquello que se llevaron a casa «pigmeos de la India» ha sido en realidad los cuerpos de monos depilados. También revisa otras maravillas tradicionales. Como, por ejemplo, la del Preste Juan. En lugar de un potentado infinitamente poderoso que gobierna sobre las tres Indias en incomparable esplendor, nos encontramos frente a un principillo centroasiático que halla una muerte ignominiosa a manos de Gengis Khan y cuya estirpe, por tanto, continúa rindiendo vasallaje al Gran Khan Kubilai (LXXIV-LXVIII). Al mismo tiempo, Gog y Magog, los temidos y todopoderosos precursores del apocalipsis final, son despachados con dos frases (LXXIV): «Este es el lugar que en nuestro país llamamos Gog y Magog; pero ellos lo llaman Ung y Mungul. Y en cada una de esas provincias había un tipo de gente; en Ung estaban los gog, y en Mungul moran los tártaros».

Eso fue escrito como si Marco estuviese simplemente suministrando nuevas maravillas para sustituir las viejas. La verdad es que todos estos relatos de maravillas legendarias son algo secundario y subsidiario respecto al propósito fundamental del libro. Comparadas con cualquier descripción occidental anterior de Oriente, las que se encuentran en el libro de Marco, aunque ciertamente presentes, son en comparación pocas y muy separadas entre sí. Esto demuestra que las «maravillas» del libro están por encima de todas las maravillas de la geografía y la antropología ordinarias de —tal y como ha señalado Caroline Bynum— «un mundo que incluye tan asombrosa diversidad[39]». El título del

capítulo CLVIII dice: «Aquí empieza el libro de India y en él se describen *toutes les mervoilles* que hay allí y las costumbres de sus gentes». E inmediatamente empieza con ese tema: «Ya que hablamos de tantas provincias del continente como habéis oído, dejaremos esta materia y entraremos en la India para contar todas las *merveios couses* que hay allí; y empezaremos primero con todas las naves en las que los mercaderes van y vienen a la India». A continuación sigue una nada legendaria descripción de los juncos chinos. Lo que aquí resulta maravilloso para Occidente, siguiendo el razonamiento de Gervase de Tilbury, es una parte de la vida normal y cotidiana en Asia. Y son esas cosas cotidianas las que conforman el grueso de las maravillas de Marco. Para algunos lectores puede sugerir un rechazo de Marco de la sabiduría recibida, en lugar de una aceptación completa de ella, que pudiera haber inducido al escepticismo. No obstante, para sus primeros lectores, su confianza pudiera haber zozobrado no ante la ausencia o presencia de maravillas aceptadas, sino ante la clase de maravillas tan diferentes que Marco ofrecía. Lo que se decía de India no resultaba difícil de creer. Las conquistas de Alejandro y el comercio en la época del Imperio romano habían ofrecido —a través de las obras de Solino y Pomponio Mela, entre otros— diversas informaciones, aunque pequeñas, acerca del subcontinente. El escepticismo aparecería respecto a lo que había más allá, en la región conocida como «India lejana» o «la India más allá del Ganges», con su descripción de China, Indochina y el archipiélago indonesio. ¿Era posible que tan lejos —cuán lejos no estaba claro pero parecía ser un viaje de tres años y medio, bajo circunstancias inciertas— existiese todo un nuevo mundo de poblaciones y ciudades, que parecía —y esto era lo más difícil de creer— más floreciente y rico en mercancías que Occidente?

IV

Así pues, el libro de Marco está escrito siguiendo la tradición de los libros de maravillas. Si nos fijamos en escritos menos generales, volveremos a obtener un vacío. Existían descripciones de Tierra Santa, pero en el siglo XIV todavía se circunscribían a la enumeración de los lugares santos, sus leyendas y las indulgencias que se obtenían en ellos[40]. Existían, desde fecha tan temprana como el siglo VIII, descripciones muy ocasionales acerca de los «elogios» de ciudades[41]. Pero sólo dos autores habían intentado con anterioridad realizar una obra de corografía. Alrededor de 1080, Adam de Bremen, en el cuarto libro (titulado «Una descripción de islas del norte») de su *Historia de los arzobispos de Hamburgo-Bremen*, trató de definir los límites de la iglesia metropolitana de Hamburgo y ofreció un completo relato acerca del Báltico, del mar del Norte y (con algunas referencias a Islandia, Groenlandia y «Vinland») del Atlántico Norte[42]. Más o menos un siglo después, Gerald de Gales, tal vez en respuesta a la misma curiosidad provocada por regiones fronterizas —lo que denomina «los últimos rincones de la tierra[43]»— escribió interesantes descripciones de Gales e Irlanda. La obra de Adam de Bremen sobrevive en veinticuatro manuscritos medievales; la *Description of Wales*, de Gerald, en seis; su *Itinerary of Wales* en siete y su *Irish Topography* en unos veintinueve (incluyendo traducciones en provenzal[44]). Por supuesto, también están esos intensos relatos del mundo mongol redactados por los frailes: Giovanni di Pian di Carpine (existente en dieciséis manuscritos medievales e incluido en la enciclopedia de Vincent de Beauvois) y (aunque muy poco difundido) en el de Guillaume de Rubruck[45]. No obstante, me atrevería a afirmar que es bastante improbable que Rustichello tuviese noticia de cualquiera de ellos, por no hablar de Marco. Para escribir el libro tenía que crearse un nuevo tipo de literatura occidental.

Por el contrario, en China ya había florecido una fuerte tradición corográfica. En la literatura china abundan los relatos de

viajes, las topografías locales, las enciclopedias geográficas y las descripciones antropológico-geográficas[46]. A mediados del siglo XIII, por ejemplo, Chau Ju Kuan, inspector de Comercio Exterior en la provincia de Fu Kien, escribió una *Descripción de pueblos bárbaros*, ofreciendo información sobre Birmania, Java, Sumatra, India, Bagdad e incluso unas cuantas notas aisladas sobre el Mediterráneo (aparece incluso el monte Etna: «Este país cuenta con una montaña que tiene en su interior una caverna de gran profundidad: cuando es vista desde lo lejos, hay humo por la mañana y fuego por la noche y, cuando se ve de cerca, es un fuego que ruge sin control[47]»). También en el siglo XIII, aparecen tres descripciones urbanas de Hagzhou (la Quinsai de Marco Polo) bajo la dinastía Song[48]. Una de ellas era *La maravilla de la capital*, escrita alrededor de 1235 por Chao, «el anciano gentilhombre del jardín acuático que alcanzó el éxito a través de la templanza[49]»; otra es *Soñando esplendores en medio de la privación*, de Wu Tzu-mu (cuyo prefacio data de septiembre de 1274) y las *Anédcotas* (anterior a 1299), de Chou Mi[50].

Estas obras no tienen nada en común con el libro de Marco Polo. Las descripciones de Hangzhou, que incluyen detalles acerca de festivales, edificios públicos, administración, policía, bomberos, carteros, templos, pagodas, monasterios, tiendas, jardines, terrenos de esparcimiento, clubes, desempleados, prostitutas, teatros, cuentacuentos profesionales, restaurantes y tabernas, cuentan con una inmediatez y viveza de la que carece el libro de Marco. Por otra parte, es posible que la civilización china tuviese, hasta cierto grado, alguna influencia sobre el libro. Como ya hemos visto, Marco nunca aprendió a hablar o leer chino. Como la mayoría de sus señores mongoles en los primeros años de la dinastía Yuan, permaneció ajeno o fue incapaz de penetrar en la civilización china. Sin embargo, también está claro que a la nueva clase alta mongola se le pegó parte de la cultura geográfica local. Por ejemplo, se sabe que Kubilai, que enviaba muchas misio-

nes en busca de aves y animales extraños, en 1280 despachó una expedición para descubrir las fuentes del río Amarillo y que los resultados fueron registrados[51]. También, bajo los mongoles, continuaron enviándose embajadores a las potencias extranjeras, como se había hecho desde hacía siglos, para que redactasen informes sobre los lugares visitados[52], igual que afirma haber hecho Marco en su libro.

Además de dichos informes, existían guías de caminos e itinerarios a lo largo de toda la Ruta de la Seda hasta Constantinopla. La más antigua que ha sobrevivido data de la dinastía Ming, pero lo más probable es que ya existiesen durante la Yuan. Finalmente, desde tiempo inmemorial, los chinos habían trazado mapas, requerido que los países tributarios les enviasen mapas y ellos mismos se habían visto forzados en ocasiones a enviar mapas como tributo a los enemigos que les habían derrotado[53]. En ocasiones realizaron mapas basados en un sofisticado sistema reticular de forma rectangular; de este tipo sobrevive, por ejemplo, un mapa de principios del siglo XIV, de un libro perdido llamado *Institutos de la dinastía mongol*, que representa alrededor de cien poblaciones al norte y al oeste de la propia China, llegando a incluir Constantinopla, Damasco y Damieta. De este libro perdido también sobrevive un capítulo, una enumeración de postas de caminos en China y parte de Mongolia[54].

Algo de todo esto es lo que tal vez se encuentra en el libro de Marco Polo. Su auténtico título es alguna variante del que aparece en la traducción latina de Pipino: *De condicionibus et consuetudinibus orientalium regionum* (Sobre las condiciones y costumbres de la regiones orientales). Se trata esencialmente de una aportación a Occidente de esa cultura geográfica china tal y como fue absorbida por sus soberanos mongoles. Y si es así, ¿quién es Marco Polo? No es un aventurero, un mercader ni un misionero cristiano; más bien es un funcionario de rango menor prestando servicio en la administración mongola, que durante sus años en

Oriente ha observado o estudiado la topografía y la geografía humana de Asia, sus costumbres y folclore y, sobre todo, la autoridad y la corte del Gran Khan; todo ello visto desde un punto de vista mongol. Y que luego, tras haberse jubilado prematuramente, buscó un público para sus memorias.

Marco partió de Venecia en 1271 a los diecisiete años. Regresó en 1295, veinticuatro años más tarde, con cuarenta y uno. Tomemos esos hechos, junto con una de las características más sobresalientes del libro, que al describir el mundo oriental no hay evidencias de choque cultural. En una famosa frase, fray Rubruck declaró que al adentrarse en las tierras de los tártaros era «como si penetrase en otro mundo[55]». Esta respuesta, por supuesto, es la más natural del mundo; es el tema de gran parte de la literatura de viajes, que goza de buena salud aun en la era del turismo de masas. Tomemos al fraile francés, Jourdain de Séverac, que regresó de India en la década de 1330. El mensaje final de su informe es: «En ningún sitio como en casa». «Quisiera destacar una cosa para concluir: no hay mejor tierra ni más hermosa, ninguna gente más honesta, ni viandas más buenas ni sabrosas, ropajes más elegantes o modales más nobles que en nuestra cristiandad[56]». Estas actitudes son las opuestas a las de Marco Polo. El esplendor de la corte de Kubilai, la magnificencia de su gobierno autocrático (tan diferente del republicanismo veneciano), las grandes ciudades de Khanbalic y «el paraíso[57]» de Quinsai, parecen, según leemos, superar cualquier cosa existente en el mundo occidental. Eso no se debe sólo a que las ciudades chinas del siglo XIII eclipsasen a Venecia y Pisa, sino a que, para Marco, China era su casa. Es él un funcionario de la corte mongola que ha regresado al Occidente cristiano y que a menudo debe desconcertarle el extraño mundo que allí encuentra. En la Venecia del siglo XVI corría una leyenda acerca del regreso de los Polo a Venecia: «A lo largo de lo prolongado de sus viajes y pruebas y de sus muchas fatigas y demandas realizadas a su es-

píritu, estos caballeros estaban muy cambiados de aspecto y contaban con un cierto e indescriptible toque tártaro tanto en su aire como en la manera de hablar, habiendo casi olvidado su lengua veneciana[58]». En esas circunstancias, continúa la historia, sus parientes se negaron a creer que fuesen quienes decían que eran. Se trata de una leyenda, pero seguramente debía responder a algún tipo de verdad: esos hombres regresados a Venecia tras más de dos décadas no sólo vestían ropajes tártaros, sino que también eran hombres que pensarían como tártaros en muchas cuestiones y observarían las cosas con ojos tártaros.

¿Por qué querría Marco regresar a Venecia, dejando detrás de sí a tantos amigos y puede que incluso una familia? Tal vez por lealtad a su padre y a su tío, tal vez a causa del vínculo que se forjó con respecto a su lugar de nacimiento durante los primeros años de su vida o incluso porque temía lo que sucedería a la muerte de Kubilai. El libro habla acerca de las facciones cortesanas: «Y el Gran Khan estuvo tan satisfecho de la compostura de maese Marco, que le tuvo en gran estimación, le colmó de honores, no queriendo separarse de él, por cuya razón) los otros barones empezaron a envidiarle». Es posible que se trate meramente de una baladronada propia o de Rustichello, pero, no obstante, Pegolotti, en su manual de mercaderes, ya avisaba de los peligros a los que se expondrían los extranjeros a la muerte del soberano[59]. Al envejecer Kubilai puede que los Polo sintiesen que debían marcharse si querían sobrevivir. Uno de los grandes temas de la literatura italiana de este período es el destierro[60]. Para Marco, el dolor de verse virtualmente forzado a exilarse de la China mongola fue tal vez compensado por el pensamiento de que, cuando regresase a Occidente, llevaría consigo, no simplemente la *paiza* del majestuoso Khan de los tártaros, el rosario budista, el cinturón de plata de los caballeros tártaros, el tocado femenino dorado e incrustado con piedras preciosas y perlas, que sabemos que estaban entre sus pertenencias, tampoco simple-

mente al esclavo mongol, Pietro, al que libera en su testamento[61], sino todo Oriente, en el que había pasado la mayor parte de su vida y que ahora intentaría recrear en palabras.

Capítulo 5

La descripción del mundo

I

En esta recreación de Oriente y aparte de los recuerdos, ¿de qué materiales tendría que echar mano Marco? ¿Qué temas cubre en su descripción, y con qué relativa intensidad y profundidad son considerados? ¿Y con qué espíritu trata este occidental los diversos lugares y pueblos de Oriente? ¿Trata —mediante un énfasis distorsionador sobre cosas como su dieta, sexualidad y religiones— de representarlos como «el otro» o ha logrado una cierta armonía con ellos? En este capítulo examinaremos esas cuestiones a fin de observar más de cerca el carácter de «La descripción del mundo».

Concentrándonos primero en los materiales que puso frente a Rustichello, parece cierto que, siempre que Marco habla con precisión y detalle, lo hace no basándose en los recuerdos sino en documentos. Es la evidencia de la existencia de esos documentos lo que muestra que la obra fue planeada antes de abandonar China y que el libro no se escribió por un encarcelamiento fortuito. Cuando, por ejemplo, Marco llega a su gran episodio central, su descripción de Quinsai, la Ciudad del Cielo, la actual Hangzhou, dice lo siguiente (CLII):

Y os expondremos sus cualidades tal y como la reina de esta región se las puso por escrito a Bayan cuando conquistó la provincia, quien a su vez se lo transmitió al Gran Khan para que respetaran a esta ciudad y no la destruyeran y la echaran a perder. Según el contenido del escrito os lo he de contar y puedo dar fe

de su veracidad según la vi yo mismo, Marco Polo, con mis propios ojos.

Una versión añade que Marco realizó varias visitas a la ciudad y que tomó notas sobre lo que observó[1]. De nuevo, en el capítulo CLIII, dice que conoce las rentas de la ciudad porque fue enviado por el Gran Khan a inspeccionarlas en varias ocasiones. Y eso sugiere otras fuentes que probablemente son las que utiliza, es decir, informes sobre esas misiones (en las que, tal vez inciertamente, afirma haber participado).

También me atrevería a pensar que es probable que Marco tuviese ante sí itinerarios del tipo que se utilizaban en las postas del servicio de mensajería de los mongoles. Eso explicaría la manera en la que está estructurada la descripción de China, como un itinerario. Tomemos los siguientes ejemplos (CVI y CVII):

Al salir de esta ciudad [Giongiu] y a una milla de ella hay dos caminos, uno hacia poniente y otro hacia el sudeste; el de poniente llega hasta Catai y el del sudeste a la gran provincia de Mangi. Y sabed que en verdad, galopando hacia poniente a través de la provincia de Catai durante diez jornadas, siempre se encuentran allí tierras cuajadas de ciudades, castillos…

Al salir de Giongiu, después de diez jornadas de marcha, se halla un reino llamado Taianfu. La capital de esta provincia a la que hemos llegado también se llama Taianfu y es muy grande y hermosa.

[…] Y cuando desde Taianfu se cabalgan siete jornadas hacia poniente a través de muy hermosos parajes… entonces se encuentra una ciudad llamada Pianfu, que es muy grande y digna de mención…

Según el libro (CV, 1-2), esta ruta fue en realidad seguida por Marco durante el transcurso de una misión para el Gran Khan. No obstante, lo más probable es que esas fórmulas (que varían entre «*Quant l'en s'en part…*» y «*Et quant ila ales…*»} sean un re-

curso retórico destinado a compensar lo que de otra manera sería una todavía más aburrida enumeración de poblaciones[2].

Al escribir sobre China esa concisión resulta normal. Christiane Deluz ha señalado que de las setenta poblaciones chinas que aparecen en el libro, sólo dos —Quinsai y Khanbalic— son merecedoras de una descripción completa. El resto se relata mediante estereotipos. Primero a la ciudad se le adjudica un estatus: «noble», «muy noble», «grande», «muy grande», «enorme». Luego, si resulta apropiado, se la relaciona con las tierras que controla, como sucede arriba con Taianfu. En tercer lugar, hay frecuentes referencias a la religión de los pobladores («idólatras», «sarracenos», etc.) y a su vasallaje respecto al Gran Khan, como demuestra el uso de papel moneda. Finalmente llegan las referencias a la actividad económica y, si es apropiado, a cualquier edificio o puente de interés. La doctora Deluz sigue a Pauthier en su intento de demostrar que la enumeración de esas ciudades sigue las divisiones administrativas de la China de la dinastía Yuan en lugar de un itinerario[3]. En cualquier caso me parece probable que este tipo de contenido se base en un documento utilizado en el servicio administrativo mongol.

Lejos de China, en su descripción del océano Indico, Marco utiliza lo que denomina (CLXXIII, 2) «el *mapamondi* de los marinos de esos mares» y (CXCII, 25) «las cartas de navegación (*conpas*) y escritos de experimentados marinos». En la versión de Ramusio, Marco lo deja bien claro al decir que describirá las tres Indias (es decir, las tres partes de Asia) a partir de lo que ha visto personalmente, de lo que ha escuchado de buenas fuentes «y cosas que fueron vistas en los mapas de los marinos de las Indias[4]». Pero aparte de eso, la estructura de conjunto del libro, que va primero de poniente a levante, luego describe China, para luego volver a Occidente a través del océano índico, parece venir impuesta por un mapa de Asia con el que contaba que podría ser obra de los mongoles o de algunos de sus cosmólogos persas o,

también pudiera tratarse de un mapa chino, traducido al persa, que llevase un título parecido a «China y los pueblos bárbaros» (que podría aventurarse como el auténtico título del libro de Marco).

Aparte de los contenidos geográficos y de los mitos (como ya hemos visto, el libro es importante para la transmisión de la mitografía oriental[5]), están las secciones históricas (sobre todo los capítulos LXV-LXIX, CXCIX-CCX-VI y CCXXII-CCXX-XIII), que explican la historia de los soberanos mongoles. Cuando se las compara con fuentes orientales, se observa que están llenas de errores e imperfecciones. Lo que me parece a mí que representan es el cuerpo de la memoria popular, el respeto por el soberano y la dinastía tan corrientes en la corte mongola. Al discutir un incidente que tiene lugar en este contenido, el libro dice: «Las historias dicen» (or *dit le contes que*…)[6], que es la fórmula normal. Pero ¿se refiere en este contexto a un cuerpo de materiales específicos? Olschki ha respondido que detrás de todo ello están los recuerdos de Marco acerca de las canciones épicas en verso de los trovadores mongoles[7]. Si fuera cierto, podríamos revisar las repetitivas batallas llenas de tópicos redactadas en esta sección del libro por Rustichello con una nueva mirada porque en ellas Marco y Rustichello han hallado una fórmula occidental similar a la poesía épica mongol, que, como toda literatura oral, dependía de un contenido formulado en esos términos para su alumbramiento.

Puede que a su regreso Marco empezase a traducir todo este material al veneciano de su infancia. Al hacerlo se daría cuenta de la dificultad inherente al tratar de conferirle una formulación literaria aceptable. Entonces, en prisión, toparía casualmente con Rustichello. Ese encuentro fue crucial no como muchos suponen para persuadir a Marco a que se decidiese a escribir el libro, sino al posibilitar que lo escribiese. Porque lo que se le debe a Rustichello es la familiaridad con las tradiciones literarias fran-

coitalianas de su época, que permitieron la publicación de la obra. Gran parte del contenido en bruto traído por Marco debía de resultar increíblemente tedioso para cualquiera excepto para el geógrafo académico y en esa época en Occidente no existían los geógrafos académicos. La información de los itinerarios y mapas, esos registros de población tras población, caracterizados simplemente por lacónicas frases, habría conseguido que el libro fracasase. Lo que le insufló vida fue la habilidad de Rustichello al añadir a toda aquella información en estado bruto otras historias que Marco también traía consigo: historias de maravillas que en ocasiones eran ciertas, a veces falsas y otras deliberadamente falsificadas por Rustichello a fin de asegurarse una audiencia para su colaborador. Los lectores occidentales se ensimismarían con las descripciones de Marco (LXXXTV) sobre el aspecto del palacio de Kubilai en Pekín —una descripción cuya exactitud se puede verificar a través de fuentes chinas— porque Rustichello había adornado sus paredes de oro y plata —algo que no aparece en ninguna fuente china y que, por lo tanto, es ficticio—, que eran un tópico de los palacios de fantasía en los romances occidentales[8].

II

¿Qué conocimientos geográficos reales ofrece Marco en su libro? Su profundidad y extensión se puede medir mejor al esquematizar su contenido. A fin de dar una idea del espacio dedicado a cada apartado haré referencia al número de páginas de la edición de Gabriella Ronchi del texto F más antiguo que sobrevive. Hay que tener en cuenta que, al contrario que los lectores modernos, los del siglo XIII no disponían de mapas para guiarse aparte de los *mappaemundi* convencionales y, por lo tanto, carecían de toda posibilidad de identificar lugares y distancias cuyas indicaciones no se ofrecen. En conjunto, el libro puede dividirse en diez partes:

Parte I (capítulos I-XIX), 19 páginas. En esta parte, la que a modo de introducción explica el viaje de los Polo y su supuesta relación con el Gran Khan, nos proporciona una impresión de distancias recorridas, aunque muy exageradas[9]: tres años desde la corte de Kubilai hasta Layas; tres años y medio de regreso desde Acre a «Kemenfu». Aunque inexactas, al menos corregían las impresiones que pudieran haber dado los *mappaemundi*, en los que se colocaba a Jerusalén en el centro del mundo, sugiriendo que existía la misma distancia hacia el oeste y hacia el este desde Jerusalén al «mar Océano» (es decir, por un lado el Atlántico y por el otro el mar del Japón).

Parte II (capítulos XX-XLV), 35 páginas. Estos capítulos tratan de Oriente Medio y las tierras de los Ilkhanes de Persia: Armenia Menor, «Turcomania» (la mayoría del Asia Menor), Armenia Mayor, Georgia, el Caspio, Mosul, la ciudad de Tabriz «donde los mercaderes obtienen grandes beneficios», de Kerman a Ormuz, el desierto del Árbol seco, y Balkh, «el fin del imperio del Señor de Levante (es decir, del Ilkhan)». El contenido geográfico está muy diluido a causa de otra cuestión: anécdotas acerca del milagroso lago del convento de San Leonardo de Georgia, el oro del Califa, el milagro del zapatero (XXVI-XXIX), los Magos (XXXI, XXXII, en lugar de una descripción de Persia), historias de Alejandro, historias de Viejo de la montaña y sus asesinos (XLLXLIV). De nuevo, sin mapa, no debía ser fácil para el lector relacionar unas partes con otras.

Parte III (capítulos XLVI-LXIII), 21 páginas. Al oeste, por un itinerario nada usual hacia Catai, el libro nos lleva a través de Badakshán, el Pamir, Cachemira, luego al nordeste hacia Kashgar, Samarcanda (otro milagro cristiano, con sólo una pequeña referencia de la ciudad), Hotan con sus ríos de jade, Lop y el Gran desierto y las ciudades de Tangut. Casi toda esta zona sería un territorio totalmente nuevo para cualquier lector occidental.

Parte IV (capítulos LXIV-LXXIV), 21 páginas. Karakorum y la patria de los mongoles. De esta zona ya existían los relatos de Giovanni di Pian di Carpine y de Guillaume de Rubruck que, en lo que a la cuestión respecta, son más interesantes e intensos que los del libro de Marco. Pero en comparación, disfrutaron de una menor difusión en la Edad Media, mientras que Vincent de Beauvais omitía casi todo lo referente a geografía en la selección que hizo de ese material. Para la mayoría de los lectores, el contenido del libro de Marco trataría acerca de cosas nuevas, aunque, no obstante, para los que hubiesen leído esos otros relatos también aportaba novedades. Hay algunas interesantes (si bien, como hoy en día se sabe, a veces resultan muy inexactas) acerca de la historia tártara: de Gengis Khan y de su derrota del «Preste Juan» y sobre los sucesores de Gengis. Hay capítulos sobre costumbres, trashumancia, dioses, artes de guerra y justicia de los mongoles. El libro sigue hablando de la provincia de Tenduc, gobernada por los descendientes del Preste Juan.

Parte V (capítulos LXXV-CIV), 50 páginas. El mundo del Gran Khan y las provincias de Catai[10]. En esta sección, Marco escribe haciendo gala de un particular conocimiento y entusiasmo, acerca del palacio de verano de Shangdu; de la revuelta de Nayan contra Kubilai, de su derrota y ejecución; de la persona del Khan, de sus esposas, concubinas y familia; de sus guardias, de cómo recompensa

a sus capitanes mediante «las tablillas de autoridad». A continuación sigue describiendo la ciudad de Khanbalic, el palacio que tiene allí el Gran Khan y a su hijo; las espléndidas celebraciones por su cumpleaños y el Año Nuevo y sus grandes partidas de caza. Aunque en general habla poco de las instituciones administrativas, Marco ofrece buenos informes sobre el papel moneda, los impuestos, las ayudas, las exenciones tributarias y los subsidios de maíz otorgados en tiempos de hambruna y la asistencia a los pobres. Para Occidente se trataba de un material totalmente original, a veces muy parcial, pero fundamentalmente auténtico y a menudo corroborado en su esencia por estudios modernos[11]. Por otra parte, entre los vecinos septentrionales y los súbditos del Gran Khan, Corea sólo aparece mencionada de paso, con muy poca importancia.

Parte VI (capítulos CV-CXXX), 40 páginas. De Khanbalic a Birmania. Esta sección está estructurada siguiendo un imaginario viaje que Marco Polo declara haber realizado, hacia «las provincias occidentales», tomando la ruta desde Pekín hasta la población que llama Giongiu (Cho-Chiu o Cho-Chau), para luego seguir hacia el oeste hasta Shijiazhuang, atravesando el río Amarillo hasta Zhenghzou, y llegando —presumiblemente a través de Shanxi, Shaanxi y Sichuan— hasta el sudoeste. Siguen relatos sobre el Tíbet, la provincia de Yunnan y sus ciudades, Mien —Birmania— (una batalla con elefantes entre el rey de Mien y los mongoles), una breve mención de Bengala (aparentemente como si fuese una parte de Vietnam). Todo lo que aquí aparece era completamente nuevo para Occidente. Por otra parte, es una mezcla de material formulario y etnográfico, con muchas evidencias que señalan que es de segunda mano y cuyos topónimos deben de haber sido muy difíciles de identificar para los lectores, al igual que para los comentaristas expertos en el tema de hoy en día.

Parte VII (capítulos CXXXI-CLVII), 39 páginas. Mangi o la China meridional (el libro utiliza palabras derivadas del persa para distinguir China septentrional —Catai— de la China meridional o Mangi). El lector regresa ahora a «Giongiu» y se inicia una marcha hacia el sur, en dirección al río Amarillo, y tras cruzarlo se entra en «la gran provincia de Mangi». Uno de los capítulos trata de la conquista de Mangi por el Gran Khan; luego el libro hace referencia a Yangzhou (una descripción de lo más lacónica de una ciudad en la que se supone que Marco ha desempeñado las funciones de gobernador durante tres años); luego (muy lejos de la ruta) Saianfu, la actual Xiangyang (cuya captura se debe, supuestamente, a las catapultas construidas por los tres Polo); «el mayor río del mundo, llamado Quian» (hoy en día los chinos siguen llamando al Yangtze simplemente «*Jian*», «el Río»); el Gran Canal; Sugiu, Viugiu, Vughin, Ciangan y otras que ya conocemos; Quinsai o Hangzhou (con una descripción de ocho páginas); Fugiu (Fuzhou, en Fujian); Zaiton (Quanzhou), «uno de los dos puertos más grandes del mundo en cuanto a comercio» (aunque ya, se ha sugerido, en decadencia[12]). Aparte de la descripción de Quinsai, la mayor parte de estas informaciones se basa en fórmulas y tópicos, lo que sugiere que es de oídas. Rustichello debe haber pasado grandes dificultades en esta sección al tratar, por ejemplo, de ofrecer momentos de descanso en todo aquel recital de topónimos que en aquellos tiempos (al igual que hoy en día) no significaban nada para el lector occidental, mediante

la inclusión de historias falsas acerca de los Polo para añadir color a una descripción más bien gris. Al final parece existir una claudicación, como si reconociesen que todo el material de que disponía Marco, precisamente porque sonaba igual por todas partes, no podía ser presentado. El capítulo CLVII anuncia que se ha hablado de tres «reinos» de Mangi: Yangiu (Yangzhou), Quinszi (Hangzhou) y Fugiu (Fujian). «Podríamos hablar de los otros seis, pero, como sería muy extenso, guardaremos silencio sobre ellos…» (de hecho es difícil entender a qué se refiere Marco con esos «nueve reinos» y a menudo se equivoca en el número de ciudades dependientes que adscribe a las grandes ciudades que menciona[13]).

En la China de Marco no hay, aparte de Xiangyang, referencias a ciudades del interior y ni siquiera aparece mencionada Cantón (Kuanchou o Guangzhou en Pinyin). Lo que el lector occidental habría obtenido de esas secciones no sería tanto un conocimiento preciso de las ciudades en particular como un panorama más completo de un mundo totalmente desconocido, hirviendo de ricas ciudades comerciales, grandes ríos y comercio. El autor está, como veremos, muy poco interesado en los chinos. Tampoco parece tener interés en la vida del campo ni en el trabajo de los campesinos. Al describir China, como cualquier otra zona, no ofrece a sus lectores nada acerca de la apariencia física de hombres y mujeres o sobre cómo visten. Su interés principal es el gobierno mongol (aunque tampoco se insiste mucho en que los mongoles eran unos soberanos extranjeros). Desde la republicana Venecia, Marco es por encima de todo un defensor de las glorias de Kubilai Khan y confiere una gran importancia a la historia de su gobierno: a la conquista del sur de China, a las campañas contra Champa (1282-1285), a la proyectada conquista de Japón, a la revuelta de Qaidu (a partir de 1286) y (aunque no en la versión F)[14] a la conjura contra Achmad. El Gran Khan, el más sabio y poderoso de los soberanos, tiene un aire a lo «Preste Juan» y, con su «rostro blanco y rojo como una rosa, los ojos negros y hermosos, la nariz bien formada», parece ajustarse más a las características estilizadas de un rey de la iconografía occidental que a las del hombre de barba rala y mostacho mongol que se asoma desde los retratos chinos de la época (aunque hay que imaginar que ésos tampoco son naturalistas[15]). No obstante y después de tener en cuenta todas las reservas de los eruditos chinos, las descripciones de Marco todavía pueden ser consideradas como «una insuperable descripción del reinado de Kubilai en su apogeo[16]».

Parte VIII (capítulos CLVIII-CLXXII), 20 páginas. «Aquí empieza el libro sobre la India.» Los capítulos siguientes ejercerían una influencia muy importante sobre la cartografía medieval tardía y la renacentista. Tras la famosa descripción de los juncos chinos, Marco nos habla de «Cipango» (del chino «Jin-pön-kuo», «Tierra del Sol Naciente» o Japón). Sus dos breves capítulos sobre el país (véase **[xx]** historias de viajeros, tipo 6 en el capítulo 4) pueden, sin temor a exagerar, ser considerados de absurdos; no obstante, sería un absurdo enormemente fructífero porque siguieron siendo las únicas referencias occidentales acerca del Japón hasta el siglo XVI. Aquí, Marco, que desde luego nunca lo visitó, estuvo probablemente influenciado —tal y como sugiere Olschki— por la propaganda de reclutamiento de Kubilai Khan en su intento de conquista (aunque Marco toma por una única invasión las dos de 1274 y 1281[17]).

Esta sección continúa con relatos sobre Champa (Vietnam central), una referencia a las 7.448 islas del «mar de la China», Java, «Java Menor» o Sumatra, con sus ocho reinos, valiosas especias y caníbales, las islas Andamán, las descripciones de los ídolos de Catai, Mangi y Cipango y el relato sobre el Buda Sakyamuni. Aquí hay capítulos en los que los equívocos de Marco iban, al menos indirectamente, a estimular a Colón y donde los equívocos acerca de lo que escribió permitirían a los cartógrafos del siglo XVI postular la existencia de un vasto continente meridional por debajo de las Indias Orientales.

Parte IX (capítulos CLXXIII-CXCVIII), 61 páginas. India, parte II: Ceilán, «India Mayor», el océano índico occidental. Aquí aparece la descripción de un mundo que previamente era conocido sólo como una fábula. Las fábulas siguen estando presentes, pero entremezcladas con información interesante, en parte de oídas, pero también en parte fruto del conocimiento directo: «Maabar» (en la costa de Coromandel), el santuario de santo Tomás, Quilon, Malabar, Tana, Gujarat y Cambay, la caza de diamantes con águilas. A continuación el libro nos lleva por el océano Indico, aunque la información es en gran parte de oídas y poco de fiar, a las islas de Varón y Mujer, Socotra, el grifo, Abisinia, Zanzíbar y la isla de Madagascar (que parece confundir con Mogadiscio, en el continente[18]).

Parte X (capítulos CCIX-CCXXXIII), 52 páginas. El Ilkhanato y la Horda de Oro. Aquí, aparte de algunas páginas sobre el mundo septentrional, el tema principal es la historia reciente y contemporánea de los khanatos mongoles: las guerras de Qaidu con Kubilai, la del khanato de la Horda de Oro con el Ilkhan Abaqa. Sigue un relato de la sucesión en el Ilkhanato entre 1282-1295. Tras algunos comentarios sobre las estepas del norte, hogar de «los propios tártaros», donde hay trineos de perros y las valiosas pieles de zorro negro, el libro habla de la «tierra de oscuridad» y de Rusia, donde se da «el mayor frío que pueda encontrarse en parte alguna».

En este punto, Rustichello inicia la descripción del mar Negro, pero rechaza su importancia (CCXVII) basándose en que «lo conoce mucha gente», un subterfugio retórico tal vez destinado a enfatizar la profunda originalidad de lo que se había escrito hasta el momento. A continuación el libro se vuelca por completo en la historia del khanato de la Horda de Oro o khanato Kipchak, en la guerra de Berke contra el Ilkhan Hulegu y en la sucesión de los khanes de la Horda de Oro. John Critchley ha interpretado esta sección de manera muy convincente, separándola del cuerpo principal de la obra, tal vez añadida más tarde como «un apéndice anexado inconvenientemente al final», que debe ser leído en el contexto de un renovado interés entre las potencias cristianas occidentales a finales del siglo XIV en forjar una alianza contra el Islam con los mongoles de Persia[19].

Por encima de todo, lo que más sorprende es la gran amplitud de la obra, en el sentido de sus esfuerzos por abarcar la totalidad de Oriente. Ya hemos visto que no es un libro de «viajes» en el sentido convencional. A riesgo de exponer lo que resulta obvio, no es —como en ocasiones se ha dicho— un libro sobre China.

La edición de Gabriella Ronchi del texto F cuenta con 358 páginas. De éstas, 19 conforman el prefacio. De las otras 337 páginas, 129 tratan de China dentro de sus fronteras y 208 de otras partes de Asia. Lo que lo convirtió en una empresa tan ambiciosa fue, en primer lugar, el alcance geográfico de las indagaciones de Marco y, luego, la variedad de las materias consideradas en esa cobertura geográfica. Al final de la Parte VII («Aquí empieza el libro sobre la India») nos ofrece una versión acerca de lo que trata su libro (CLVII, 17-18):

De Mangi, de Catai y de otras provincias, de gente, animales, pájaros, oro, plata y piedras preciosas y perlas y mercaderías y tantas otras cosas, que ya habéis oído. Pero como en nuestro libro no reza aún todo lo que deseamos deciros, pues nos quedan todas aquellas descripciones de las cosas de la India, que son dignas de conocerse y que posee maravillas de las cuales adolecen otras regiones, es bueno y saludable que lo dejemos escrito en este libro. Y aquí será expuesto como lo cuenta maese Marco Polo.

Las «mercaderías» están ahí, como ya hemos visto, y la producción artesanal. También están (cosa que los frailes Guillaume de Rubruck y Giovanni di Pian di Carpine ignoraron) los pájaros, peces, vegetación exótica y animales: leones, tigres, elefantes, asnos salvajes, las gacelas de Gansu, carneros —de cola plana,' con cuatro cuernos y las cuernilargas «ovejas salvajes de gran tamaño» (*ovis poli*) del Pamir—, los cinco tipos de grullas exóticas, los halcones sacre, gerifaltes, peregrinos, junto con los pollos lampiños de Fu-jian, y también muchos topónimos de provincias y ciudades, gobiernos, religiones, cultivos y costumbres.

Las quejas acerca del bajo nivel de implicación cultural que se achaca a la obra o sobre lo que no se menciona a menudo no tienen en cuenta acerca de qué se podía escribir en la Europa medieval. Por ejemplo, en el libro no hay descripciones de paisajes porque el gótico siglo XIII había descubierto la naturaleza pero

todavía no el concepto de paisaje. Debe añadirse que son precisamente tanto las omisiones de Marco, junto con su frecuente mirada superficial acerca de lo que escribe, lo que le permitieron abarcar toda Asia. En ese sentido, una historia moderna acerca de los principios de la antropología que aborda a Marco en términos de «oportunidad perdida» está equivocada[20]. Si Marco se hubiese pasado sus veinticuatro años fuera realizando una actividad equivalente a participar en una observación de los nuer o azande, el libro nunca habría sido escrito y, si lo hubiera sido, nunca lo habrían leído en la Edad Media. Este libro tiene que ser considerado como una obra geográfica y no como un tratado de antropología o un relato de viajes. A este respecto, el hecho de que Marco tuviese una visión de «gran angular», que sus «primeros planos» carezcan de la intensidad que puede hallarse en los relatos de los frailes, eran ventajas positivas (no hay duda de que reflejan sus respectivas habilidades a la hora de describir, pero también ofrece una imagen de la intensidad de las experiencias de los frailes en sus «seis meses» o un año en Oriente comparados con sus veinticuatro años). El punto fuerte por excelencia del libro radica en su organización, en su progreso regular, pueblo a pueblo, provincia a provincia, población a población, con sus disposiciones políticas, religión, productos naturales y manufacturados y otras peculiaridades, sobre todo individuales. Nunca antes ha habido otro hombre que haya proporcionado una cantidad tan inmensa de conocimientos geográficos a Occidente.

III

Por todo ello, el interés principal radica en que él, nacido en Venecia, escribe de los pueblos de Oriente entre los que vivió tantos años. En nuestros días, los influyentes estudios de Edward W. Said sobre la cultura literaria y erudita imperial y colonial (y por encima de todos su *Orientalism*, publicado por primera vez en 1978) han atraído nuestra atención hacia la figura del «orientalista» occidental. En los estudios del doctor Said, el «orientalis-

ta» es descrito como alguien que trata consciente o inconscientemente de despojar de todo poder al objeto de su estudio, incluso de su propia identidad, otorgándole el papel de «el otro» y como alguien que, al exotizar lo que examina, lo representa más débil, menospreciable y, por tanto, maduro para ser dominado o conquistado. Con la difusión de dichas nociones (aunque en el caso de Said sus tesis están dirigidas a escritos del siglo XVIII), no resulta tal vez sorprendente que al libro de Marco Polo se le haya atribuido recientemente ese papel, como hace Syed Manzul Islam en su libro *The Ethics of Travel from Marco Polo to Kafka*: «Un ejemplo claro del discurso occidental acerca de la otredad» y como «singularmente obsesionado con proyectar un discurso de otredad».

Para el doctor Islam —resumiendo muy brevemente sus complejos argumentos— Marco es culpable de postular una total «otredad entre cristianismo y no cristianismo» y de ser «una de las figuras clásicas del discurso colonialista», es decir, de la «desterritorialización» de los pueblos de Asia (con esa palabra, tal y como yo la entiendo, se quiere designar la manera de mostrar a otros pueblos que implica que no son dignos del territorio que poseen, que, por tanto, les puede ser arrebatado). El doctor Islam afirma que es algo que Marco hace al mostrar los «desórdenes» de Oriente, para que puedan ser examinados: cosas como sus supuestos monstruos —unicornios, hombres con cabeza de perro, el grifo— y las diferencias dietéticas (en especial el canibalismo) y las prácticas sexuales que ofenden tabúes occidentales:

La elaboración de diferencias relativas, utilizando la «unidad común» de las prácticas dietéticas y sexuales no sólo dramatiza la otredad de los otros sino que somete esa otredad a un enjuiciamiento evaluativo. Marco Polo ofrece a sus lectores un panorama de tópicos, con su grosero caos y abominación, que desterritorializa otras costumbres… La manera en que Marco Polo presenta otras costumbres, a pesar de estar conformadas tomando

como referencia lo inferior de lo que es normal en su propio mundo, es mostrada como autóctona, como si su apariencia como abominables tópicos se debiese por completo a su propia resonancia orgánica[21].

Todo eso me resulta difícil de comprender. Ya hemos visto que los «monstruos» no son comunes en el libro y que todos los que aparecen eran conocidos por el folclore oriental. Si existen fuentes tanto chinas como árabes que hablan de grifos (y ciertamente el gran viajero árabe Ibn Batuta describe un desagradable encuentro con uno de ellos —y su difícil huida— a su regreso a la India, proveniente de China, en la década de 1340[22]),¿debería Marco permanecer silencioso acerca de ellos? Los monstruos por sí mismos no pueden «desterritorializar» porque, como también hemos visto anteriormente, Gervase de Tilbury los localiza casi exclusivamente en Francia, Italia y en la propia Inglaterra[23]. En cuanto a los hábitos alimentarios, es cierto que Marco relata de manera poco amable lo que se comía en Quinsai (CLII, 20): «Comen carne de perro, de caballo y de otros animales extraños que ningún cristiano comería ni por todo el oro del mundo». No obstante, ¿quién al leer ese capítulo pondría en duda que Marco siente la admiración más profunda por la ciudad y, en muchos aspectos, por sus habitantes? El comentario de Marco es del orden de los de esos ingleses (que hace tiempo que han abandonado cualquier esperanza de «desterritorializar» a los franceses) que expresan su desagrado ante el gusto de los parisinos por las ancas de rana y los caracoles, que no son sino declaraciones específicamente insulares por su carácter, pero que difícilmente están hechas con malevolencia. En cuanto a la antropofagia, Marco realiza cinco alusiones a ella, todas acerca de lugares distantes. En una de ellas (CLXI, 8) da la impresión de derivar de la propaganda imperialista. Que los japoneses piensen que «no hay carne más suculenta» que la humana es una historia que es probable que fuese fraguada en los tiempos de las invasiones de Kubilai Khan.

Acerca de las demás, ¿quién sabe? Marco escribe (CLXVI, 8) que el canibalismo es algo corriente en la región montañosa de Sumatra. En el siglo XIX, Yule hacía referencia, en este punto, a los comentarios del antropólogo alemán Junghuhn, que vivió entre los batak de Sumatra (y «que no soportaba a los ingleses, pero que era un gran admirador de los batak»), explicando las «leyes precisas» bajo las que se practicaba[24]. ¿No existen ejemplos auténticos de canibalismo? y, si así fuera, ¿la sola mención del tema debe ser condenada?

Nadie que, inspirado por las palabras del doctor Islam, realizase un estudio en profundidad del texto hallaría mucho acerca de prácticas sexuales o maritales poco convencionales. El doctor Islam da demasiada importancia a las referencias sobre la prostitución. De hecho, sólo existen dos. En Khanbalic (XCV, 6-8) no se deja entrar a ninguna mujer pública, pero en los suburbios, a unas veinte mil, lo que nos da una idea, señala Marco, del tamaño de la población total. Dudo que haya una actitud crítica en todo ello. Después de todo, en la Italia de aquellos días, los gobiernos de las poblaciones trataban de la misma manera de localizar y controlar este comercio de manera que pudieran aprovecharse de él, algo que Marco no dice que hagan los amos mongoles. Y en la segunda contribución (en Ramusio) existe un entusiasmo positivo por las maravillosas criaturas cortesanas de Hangzhou, esas *dome* o damas (no mujeres), magníficamente ataviadas y perfumadas, con sus casas amuebladas de forma espléndida, sus atractivos y caricias, su capacidad de adaptar la charla a todo tipo de personas: «De manera que forasteros que han estado en su compañía en una sola ocasión parecen encantados y tan emocionados por su dulzura y encanto que nunca pueden olvidarlas. Y así, cuando regresan a sus hogares, dicen que han estado en Quinsai, que es la Ciudad del Cielo, y no pueden esperar a regresar[25]». No son precisamente, diría yo, palabras propias de un astuto colonialista, sino más bien sentimientos cálidos.

En cuanto a la excentricidad en las prácticas sexuales o maritales, hay una ocasión en la que son descritas junto con su condenación y otra en la que se nombran con desdén. En el capítulo LXII (10-13), en Campiciou (Zhangye, en Gansu), los sacerdotes de «los idólatras» se mantienen apartados de la concupiscencia, aunque sus fieles puedan llegar a tener hasta treinta esposas y puedan rechazar a una para tomar otra. «Toman a sus primas en matrimonio y a la esposa [la presunta viuda] de su padre. No consideran pecaminoso lo que para nosotros son grandes pecados, pues viven como las bestias» (este «viven como las bestias» es una frase de Marco o de Rustichello para romper un tabú, como los caníbales de Sumatra en el capítulo CLXVI, 8: «*sunt tiel como bestes*».). En la provincia de Gaindu (Tíbet oriental, CLXVI, 5), el marido (descrito en términos de dar pena como «*le chetif*») permitirá que su esposa se acueste con los visitantes. En otras ocasiones estas cosas se describen en tono neutro. Está la *couvade* en la frontera tibetochina (CXX, 6-8). A lo largo de las rutas caravaneras del extremo noroeste de China, maridos y esposas que permanecen separados durante más de veinte días son libres para casarse de nuevo (LV, 7-9). Las costumbres de los tártaros incluyen casarse con la viuda del padre (en esta ocasión no hay condena, LXIX, 18) y la *merveliose usançe* de que los padres de hijos que mueren antes del matrimonio los «casen» con hijas que mueran antes del matrimonio (LXX, 33). En la provincia de Caraian (CXVII, 9) es indiferente si un hombre yace con la esposa de otro, siempre que ella consienta. Da la casualidad de que el escritor musulmán Rashid al-Din comenta, poco después, que los hombres de esa región «no sienten vergüenza respecto a sus esposas[26]». Dudo mucho de que esas anécdotas, ciertas en muchos casos, en otros falsas, puedas ser consideradas como un intento consciente o inconsciente de «desterritorializar» a nadie. Lo que representan es un interés humano natural —además de un divertimento— acerca de la fuerza y la variedad de la sexualidad hu-

mana. El frecuente y alegre sentido implícito de dichas historias queda al descubierto al final de la descripción de cómo en el Tíbet (CXV, 12-19) se esperaba que las chicas, aunque totalmente fieles tras su matrimonio, durmiesen con cualquier extraño antes de casarse: «Os contaré cómo casan a las mujeres, que es una buena historia [*che bien fait a dir*]; y ese país es un buen lugar para un mozo de dieciséis a veinte años» (ésta es una de las dos únicas bromas que aparecen en el libro; debe concederse que ni Marco ni Rustichello demuestran tener un gran sentido del humor).

Aparte de eso, las representaciones de gratificación sexual pueden utilizarse —y son utilizadas por Marco— en sentidos totalmente opuestos en contextos diferentes. Así ocurre en su descripción del palacio y los jardines del «rey Facfur», es decir, del último emperador Song en Quinsai, y de las dos mil jóvenes a su servicio. Marco escribe de los maravillosos jardines, de los cotos de caza y de los placeres de los que el rey disfruta allí:

> Corren con los mastines y persiguen a esos animales y, cuando están fatigadas, van a los sotos que crecen junto a las orillas de los lagos, donde se desprenden de la ropa, aparecen desnudas, se echan al agua y nadan de aquí para allá y el rey las observa con el mayor de los gozos y luego regresan a casa. A veces disfrutará de una comida campestre servida por esas damiselas en los sotos espesos de árboles muy altos.

Una encantadora y extravagante variación de *déjeuner sur l'herbe*; pero como los Song estaban destinados a perder, era algo por lo que tendrían que pagar: «Y con todo ese continuo retozar con las damas no dispuso de tiempo para instruirse en las armas y eso fue lo que finalmente provocó que a través de su cobardía y estupidez el Gran Khan le arrebatase su estado para su vergüenza y escarnio como ya habéis escuchado antes[27]».

Lo que no quiere decir que el Gran Khan viviese como un monje. Además de sus cuatro esposas contaba con un gran número de concubinas de la tribu qungrat, famosa por la belleza de sus mujeres. Se enviaban comisionados para reclutar a las más hermosas de ellas según un sistema acordado (tantos puntos por

el cabello, labios, cejas y demás. Yule comparó el proceso al de —en su época acabado de introducir— los competitivos exámenes para entrar en la administración británica). Las candidatas triunfadoras son llevadas a la corte y entregadas al cuidado de damas mayores que duermen con ellas para asegurarse de que no roncan o tienen mal aliento u otros defectos corporales. Las que reciben el aprobado final atienden al emperador por turnos, seis (en Ramusio cinco) damiselas le sirven durante tres días y tres noches, para luego ser relevadas por otras seis y así a lo largo de todo el año[28]. Todo esto, claro está, es visto desde una perspectiva diferente al *continuo trastullo delle donne* del pobre rey Facfur. Esta inagotable, aunque un tanto burocratizada, sexualidad es un símbolo de majestad y poder y los hombres de Qungrat, se nos dice, entristecen si sus hijas no pueden pasar el examen y atribuyen su desgracia a la maligna influencia de los astros. Es, como el propio doctor Islam reconoce, uno de los símbolos del absolutismo del Gran Khan.

Por otra parte, esas dos anécdotas apuntan a un tema en el que estoy tentado de congeniar con el doctor Islam y me refiero a que al menos en un sentido el libro de Marco pudiera muy bien ser considerado como una obra «colonialista». Aquí deberíamos contraponer la imagen que Marco ofrece de, por una parte, los mongoles y, por la otra, sus súbditos. Por una parte existe una constante idealización del Gran Khan, de su gloria y su poder e incluso de los primitivos mongoles por los que en un momento dado (LXX, 28) siente un cierto pesar nostálgico; dice que ahora se han *mout enbatardi* —bastardizado, degenerado— al haber tomado en el este las costumbres de los budistas y en el oeste las de los sarracenos. Por otra parte están los pueblos de China conquistados, esas poblaciones entre las que Marco viviría durante diecisiete años sin aprender sus lenguas o nada de su cultura (en un sorprendente pasaje demuestra que comprende que existe una forma común escrita en su lengua, pero al mismo tiempo da la

engañosa impresión de que las diversas formas habladas no son más que dialectos que son inteligibles entre sí para aquellos que los hablan[29]). De hecho, se dice muy poco de ellos y lo que se dice está casi confinado en el grupo B de manuscritos, que parecen representar las réplicas de Marco a preguntas que se le hicieron acerca del texto original.

Aquí Marco distingue entre los cataicos del norte de China y los hombres de Mangi, en el sur, que hasta 1275 vivieron bajo los emperadores Song. Los cataicos, que no tenían barba (en su revuelta contra el malvado gobierno del ministro Achmad planearon asesinar a «los barbados»: tártaros, sarracenos y cristianos) odiaban el gobierno del Gran Khan, que por esa razón empleaba extranjeros en la administración de su gobierno[30]. Existen en el libro muy pocos comentarios acerca de sus religiones (sin referencias al confucianismo), modales, respeto de los hijos por sus mayores y su afición al juego[31], al menos en el texto Ramusio. En la versión F (CLIII) encontramos a los antiguos súbditos de los Song sólo en su elaborada descripción de Quinsai. Las esposas de sus grandes hombres son «deliciosas y angelicales»; la gente come perros (que, como ya hemos visto, Islam considera «desterritorializador»), acuden mucho a los baños, contando con «los más hermosos y más grandes baños que existen en el mundo», y sienten gran inclinación por la astrología, siendo muy cuidadosos en registrar las horas precisas del nacimiento de sus hijos (no es fácil de comprender el énfasis de Marco en ese tema, ya que la astrología también desempeñaba un papel muy importante en Occidente a finales del siglo XIII, pero tal vez sea ésa la razón). En la versión Ramusio aparecen comentarios más extensos sobre el tema. También hemos observado la alabanza de las *donne di partito*, que las gentes en general son «blancas [*sic*] y agradables» y las mujeres *bellissime*. Los ciudadanos nativos son pacíficos, pues han sido criados para serlo y siguiendo la usanza de sus reyes, que tienen el mismo carácter. Lo desconocen todo acerca de las armas y

no las tienen en sus casas. Nunca se oye de conflictos o disputas entre ellos. Son excelentes artesanos y sus tratos y negocios comerciales se realizan con gran honradez y están muy dispuestos a aconsejar y ayudar a los mercaderes extranjeros. No son celosos con sus esposas, a las que demuestran un gran respeto[32]. Los elementos de idealización generalizada muestran un estilo clásico en el que los soberanos representan a sus súbditos, con el énfasis puesto en su carácter pacífico (considerado como una virtud ambigua), con una particular sensación de satisfacción. Pero lo que resulta más contundente es la brevedad de todo ello, comparado con lo que se dice de los mongoles. Como no se ha molestado en aprender su lengua, al igual que sus amos, Marco no les ha dedicado más que una mirada superficial. La descripción de Asia que Marco trae consigo de regreso a Occidente es innegablemente la existente entre sus soberanos.

Eso no significa que Marco, como la mayoría de nosotros, no tenga ocasionales estallidos de prejuicios y desdén[33]. No obstante, no puedo dejar pasar los argumentos provocativos del doctor Islam sin realizar algunos comentarios acerca de sus afirmaciones sobre la tolerancia religiosa de Marco y su supuesto postulado de una total «otredad» entre el cristianismo y el no cristianismo. Ya he comentado las actitudes de Marco hacia el budismo, en las que no aprecio nada de ello, y ahora dirigiré mi atención a la descripción del doctor Islam sobre el libro, en la que cree que la «paranoia antiislámica alcanza las cotas de un tafur sobre una cruzada apocalíptica[34]». Los tafures eran, según algunos poemas épicos de las cruzadas, unos fanáticos descendientes del campesinado de la primera cruzada que practicaron el canibalismo sobre sus enemigos musulmanes. Esta formulación extremista, aunque de alguna manera refleja el juicio previo expuesto por Leonardo Olschki[35], me parece del todo injusta. Hay que admitir que en el libro existen varios comentarios hostiles hacia los musulmanes. Hay, por ejemplo, tres historias que hablan de musulmanes

que se dice que maltratan a cristianos. La primera (XXVLXXIX) nos habla de un califa de Bagdad que planea asesinar a todos los cristianos de su territorio —«porque es verdad que todos los sarracenos del mundo desean gran mal para todos los cristianos del mundo»—, pero que ve frustrados sus sueños por un zapatero remendón cuya fe es capaz de mover montañas[36]. La segunda (LII) es también un cuento milagroso y se desarrolla entre las rivalidades de las dos fes existentes en Samarcanda. La tercera (CXCIII), que se dice ocurre en 1288 (aunque no existen evidencias de que sea histórica), habla en fuertes tonos caballeresco-retóricos sobre cómo un rey cristiano de Abisinia se venga del sultán de Adén por circuncidar a la fuerza a un obispo abisinio. Arrasa las tierras del sultán y mata a muchos sarracenos: «No hay nada maravilloso en ello porque es indigno que los perros sarracenos gobiernen sobre los cristianos». De nuevo se nos habla de los sarracenos de Tabriz (XXX, 8-9): «Son malos y desleales, pues la ley que les dio el profeta Mahoma les manda hacer todo el daño que puedan a los cristianos y a los que no participen de su fe y que si los despojan no será pecado. Y por esta razón harían cosas perversas si no fuera por el gobierno [de los paganos mongoles]». En el capítulo XXXIII (7-9), Marco extiende esos juicios a todos los súbditos de los «tártaros de Levante». En el texto Ramusio, el relato sobre el malvado ministro del Gran Khan, Achmad el Bailo, se propasa para sugerir que es malvado precisamente porque es musulmán.

Y todo esto, claro está, evidencia una gran hostilidad generalizada. No obstante, tiene que ser considerado en el marco de las actitudes creadas tanto por los siglos de guerra entre las dos fes, como por el hecho de que el héroe de Marco, el propio Kubilai Khan, haya malentendido la Sura 91 del Corán (que a primera vista puede parecer que urge a los musulmanes a matar a todos los politeístas), iniciando por ello en China una persecución de siete años de las creencias y prácticas musulmanas. Si tenemos

eso en cuenta y consideramos la ignorancia y el fanatismo evocados por la religión y los pueblos islámicos en los escritos incluso de los propagandista más educados de la cristiandad medieval[37], podría argüirse que a veces Marco se muestra especialmente abierto hacia los «sarracenos». No se trata sólo de que en ocasiones alabe a algunos musulmanes en particular: los de Tonocain «son una raza hermosa; las mujeres son bellas más allá de toda medida», mientras que los de Badakshán son «valientes [*prodhommes*] con las armas». En ambas ocasiones se muestra a sí mismo resistiendo la influencia de la cultura en la que fue educado. En el capítulo LX (7) escribe sobre cómo «tenía un compañero [*un conpagnons*] llamado Çurificar, un turco que era muy sabio», un sirviente del Gran Khan que le habla sobre la salamandra. Este *compagnons* (una palabra que, aunque no significa «amigo», no puede significar «enemigo»), que es nombrado por su nombre (Zulfikar, el nombre del filo de la espada de Alí[38]), era con toda seguridad musulmán. Pero todavía hay otro pasaje en el que Marco rinde tributo conscientemente a la fuerza civilizadora de la religión islámica. En el capítulo CLXVI, 8, señala que en el reino de Ferlec, en la isla de Sumatra, los mercaderes musulmanes «han convertido a la gente a la ley de Mahoma, a los de la ciudad, que los de los montes son como animales, pues en verdad os digo que comen carne humana y todas clases de carnes, buenas y malas». Al traducir ese pasaje al latín, el fraile dominico Pipino, más hijo de la cultura occidental que Marco, muestra su desazón en su traducción: «Aquellos habitantes de este reino que viven cerca del mar aceptan la ley del *abominable* Mahoma». Y Pipino siente, además, una preocupación constante por añadir insultos a cualquier referencia a musulmanes que aparezca en el texto de Marco[39]. Considerado con relación a que se trataba de hombres del siglo XIII y no según los estándares de la sensibilidad internacional existentes en el siglo XX, seguramente da la justa medida según la que pudiera juzgarse a Marco.

Capítulo 6

Diversidad del libro

I

Resulta difícil creer que Marco y Rustichello puedan haber considerado la conclusión de su obra con algo más que una profunda sensación de triunfo. Fruto de un azar del destino, el padre y el tío de Marco viajaron más hacia Oriente que ningún otro occidental antes que ellos. El mismo Marco se vio también exilado, primero de la Venecia de su infancia y adolescencia y luego, de nuevo, al cabo de todos esos años, de cualquier mundo de relaciones que pudiera haber creado en los reinos del Gran Khan. No obstante, de esa experiencia había rescatado algo que le garantizaría la fama: podía ofrecer a Europa un regalo asombroso, un tratado geográfico de vasta extensión y complejidad, una apertura de horizontes sin paralelo. Por su parte, Rustichello se había hecho cargo de un material de lo más diverso y nada prometedor y lo había transformado en una obra que podía leerse. Durante ese proceso transformó un *Divisament dou monde*, una austera corografía de un vasto continente, con una amedrentadora cantidad de información y masas de detalle, en un *Livre des merveilles du monde*, que habla de lo extraño, de lo maravilloso y que ofrece toda una variedad de historias divertidas y edificantes sobre lugares extraños: en pocas palabras, un texto que podía hallar una audiencia. Al hacerlo, ambos presentaron a Occidente —podríamos decir que crearon— un nuevo mundo, una miríada incomparable de nuevos nombres, lugares, pueblos, así como sobre sus recursos, costumbres y religiones.

Pero ¿cuánto se leyó y cuánto de él se creyó? El libro de Marco empieza con una enfática aseveración de su verdad: un sabio y noble ciudadano de Venecia, que extrae su información a partir de sus veintiséis años de experiencia (*sic*, por veinticuatro), que distingue cuidadosamente entre lo que ha visto con sus propios ojos y lo que le han contado y que ofrece un relato en el que todos pueden confiar. Una cosa es ofrecer una visión del mundo a los propios lectores y otra es que la acepten, o parte de ella, como auténtica. Desde la época de Ramusio, los eruditos han afirmado frecuentemente que en la Edad Media no se le otorgó ninguna credibilidad, que fue considerado un romance o una fábula. Este punto de vista se ve confirmado por unas cuantas preguntas. ¿Por qué Dante nunca menciona a Marco Polo? ¿Por qué es ignorado en el tratado de estrategia y táctica de las cruzadas escrito por su conciudadano Marín Sañudo, cuando éste hace referencia a la descripción de Oriente del príncipe Hetoum? A veces se dice que el libro de Marco inspiró a Colón a llegar a Oriente navegando hacia el oeste, pero es más corriente afirmar que no tuvo ninguna influencia en ello, que sus contenidos fueron considerados increíbles, que fue tratado como una colección de fábulas[1]. ¿Hasta qué punto podemos aceptar esos veredictos?

Los argumentos *ex silentio*, me parece a mí, merecen poca atención o bien pueden ser contrarrestados adecuadamente. En el caso de Dante, por ejemplo, se ha dicho que la apasionada búsqueda de éste en pos de la posibilidad de salvación para los inocentes paganos nacidos a orillas del Indo fue desencadenada por la lectura del libro de Marco[2]. También podría decirse que Sañudo consultaría a Hetoum —de quien hablaremos más tarde — como alguien cuyo libro ofrecía un conocimiento más amplio del Oriente Medio que el de Marco, cuya información sobre el tema resulta, en comparación, más escasa. Y ciertamente, el libro tuvo una amplia difusión tras publicarse. La versión de Rustichello se escribió, hemos visto, en francés o en francoitaliano.

Durante los primeros veinte años de su existencia apareció en francoitaliano, toscano, veneciano, alemán, latín y en un francés remodelado. Eran pocos los libros medievales anteriores a éste que —en una etapa tan temprana de su existencia— pudieran encontrarse en tantos idiomas. Más tarde, a partir de la década de 1370, su popularidad declinó y fue superada por la historia mucho más legible de sir John Mandeville. El libro de Marco sobrevive en tan sólo unos ciento cincuenta manuscritos medievales[3],mientras que el de Mandeville, escrito unos setenta años después, puede hallarse en más de trescientos[4]. Con todo, dado que no se trata de una gran obra de literatura ni de una historia de aventuras, sino, esencialmente, de una compilación bastante plana de geografía etnográfica, es posible estar de acuerdo con Foscolo Benedetto, uno de sus tres principales compiladores y escribir acerca de su «rápida, vasta e ininterrumpida difusión[5]».

Sin embargo, si fue o no fue popular no quiere decir nada, claro está, respecto a si su texto fue ó no fue creído. En 1312, Mahaut, condesa de Borgoña, paga por la copia, ilustración y encuadernación del texto, que es simplemente descrito como *le romant du grant kan*[6]. ¿Está adquiriendo una geografía acerca de Oriente o, en realidad, un libro de maravillas: *El romance del Gran Khan*? Para los lectores de la época, la declaración de veracidad del prefacio puede no haber tenido importancia. Porque los escritores de romances artúricos o carolingios acostumbraban a empezar sus historias ficticias con la misma aseveración[7]. Los diferentes títulos que aparecen en manuscritos distintos sugieren que se podría responder de ambas formas. Por una parte: «Aquí empieza la rúbrica de este libro denominado: *La descripción del mundo*, que yo, Grégoire, interpreto del libro de maese Marco Polo, el mejor ciudadano de Venecia, creyente en Cristo [es decir, un hombre honrado[8]]».También está la alternativa, como ya hemos visto: «A continuación empieza el libro de Marco Polo sobre las Maravillas de la Gran Asia y la India Mayor y la India

Menor y de las diversas regiones del mundo» o «Aquí empieza el libro del Gran Khan que habla de Armenia Mayor, de Persia y de los tártaros, de la India y de las grandes maravillas que hay en el mundo[9]».

El título de un manuscrito —como demuestra la diversidad de formas que puede tomar— era de menor importancia o tenía menos resonancia que el de un libro impreso y sería engañoso realizar empalagosas distinciones entre esas y otras fórmulas. En lugar de ello, aunque sin intentar estructurar una imaginaria *mentalité* o *Zeitgeist* por la que todos piensen y crean las mismas cosas[10], tal vez sería más provechoso considerar esos aspectos del libro que probablemente provocaron más escepticismo a finales de la Edad Media, que, claro está, no tenían por qué ser los mismos que sorprendieran al lector actual. Y aquí pienso en Leonardo Olschki, quien, creyendo que el libro sólo tuvo una pequeña influencia en el pensamiento geográfico y cosmográfico, argumentaba que se debía, por encima de todo, al carácter de sus capítulos iniciales (XX-LII), en los que se describe Oriente Medio y Asia occidental. Aquí se pueden encontrar cuatro de los cinco milagros cristianos del libro, todas sus referencias a las historias de Alejandro, las de los Magos, menciones del líder de los asesinos, el Viejo de la montaña y la moralizante historia del oro del califa. Es cierto que esta sección del libro cuenta con un carácter anecdótico y poco geográfico. Es como si Rustichello estuviese dorando la píldora, introduciéndonos suavemente en la formidable y nada familiar información que sigue a continuación. No obstante, para sus contemporáneos, eso no tenía por qué provocar incredulidad necesariamente. La mayoría de las historias ya se conocían y los milagros encajaban bien en el sistema de creencias donde esas cosas eran, si no tópicos, al menos no inconcebibles. En realidad, negar su posibilidad habría resultado peligroso. Marco sólo podía ser puesto en un brete cuando explica historias sobre los Magos procedentes de la tradición orien-

tal, diferentes a las que circulaban en Occidente. Sus traductores veneciano y alemán mostraron su hostilidad a las claras cuando llegaron a la parte en que se dice que los tres Reyes Magos fueron enterrados en Saveh, Persia: «*Zercha questa istoria dixeno molto huxie*» («En esta historia cuentan muchas mentiras») o «*Das alles nit war ist*[11]!» Después de todo, ellos tenían la certeza de que su último lugar de descanso no estaba en Oriente, sino en Colonia, en el Rin.

De lo milagroso pasamos a las criaturas mitológicas, que tal y como ya hemos visto, no ocupan un papel tan prominente en el libro. Están las islas de Varón y Mujer, hombres con cola, el grifo y las maravillas de Japón. Sin embargo, en comparación con la imagen aceptada que durante tanto tiempo constituyó el conocimiento general y popular sobre el tema, la Asia de Marco aparece sorprendentemente desprovista de maravillas. La auténtica dificultad para el lector occidental estribaba en la revelación de todo un nuevo mundo de poblaciones y ciudades, que parecen —eso es lo más difícil de creer— más prósperas y ricas en mercaderías que las de Occidente. ¿Era posible que existiese «el gran Señor de señores cuyo nombre es Kubilai Khan», aparentemente más poderoso que cualquier soberano occidental, que era servido por 12.000 señores y caballeros, que empleaba a 10.000 cetreros y 20.000 perreros, a cuyos banquetes acudían 40.000 invitados? ¿Era posible que desde Khanbalic[1] «se importaban lozas más preciosas y costosas que cualquier otra ciudad del mundo» y que desde su palacio, «el más grande jamás visto», gobernaba sobre Catai y los nueve reinos de Mangi con sus 1.200 ciudades? ¿Realmente existía una ciudad llamada Quinsai con 12.000 puentes de piedra, con 3.000 baños, con un palacio que ocupaba 10 millas de circunferencia y con 1.600.000 casas? ¿Existía a 1.500 millas más lejos de allí la isla de Cipango, cuyo soberano tenía un palacio techado en fino oro? Un monje francés, algo menos expuesto al significado literal de cifras tan elevadas, pue-

de que tal vez estuviese menos sorprendido que un mercader italiano, ya que tomaría, digamos «40.000» —tal y como significaba en la mayoría de las crónicas no italianas— como «un número muy elevado». También un escocés estaría menos sorprendido que el propio Marco de enterarse (CII) de que existía «una especie de piedra negra que se encuentra en las entrañas de las montañas y que extraen de allí y que quema como si fuese leña». Pero lo que debe de haber causado dudas en toda Europa es que ese mundo rebosante de actividad pudiera existir sin haber sido previamente conocido en Occidente. ¿Tal vez las leyendas acerca de las maravillosas historias del Preste Juan prepararon a las mentes europeas para esas maravillas? Y, no obstante, ¿era posible que el gran soberano de esas provincias, notablemente civilizadas, no fuese un cristiano cuyos antepasados hubieran sido convertidos por santo Tomás, sino el nieto de Gengis Khan, bien conocido en Occidente como un espantoso asesino de masas, que, sin embargo, era presentado aquí como un héroe caballeresco?

Aceptar la verdad del libro de Marco dependía de una drástica revisión de todo lo previamente sabido acerca de Oriente. Cuando, en la década de 1250, Guillaume de Rubruck entró por primera vez en las estepas mongolas, escribió que era «como si penetrase en otro mundo[12]». Los informes de ese mundo que sobrevivieron no tuvieron gran difusión, aunque eran bien conocidos en círculos misioneros y en la corte papal y no presentaban obstáculos fundamentales para ser creídos. Ese mundo extraño y remoto era, no obstante, un mundo de barbarismo tribal. Tal y como veremos cuando repasemos la reacción del papa Pío II, era mucho más difícil de creer que, allí fuera, más allá de Karakorum y de la Mongolia interior, existía no sólo el mismo nomadismo pastoril, sino una asombrosa civilización.

II

Estamos hablando de si «el libro» se tomaba por veraz. Y, no obstante, en cierto sentido resulta más fácil pensar en «los libros», ya que la transmisión y traducción del texto original, aunque nos limitemos por el momento a la versión pública «A» en lugar de a la «B», más privada, iba a dar paso a toda una serie de «libros» diferentes de Marco Polo (y a menudo comportando reinterpretaciones muy notables del texto original; un ejemplo muy interesante es el manuscrito Vaglienti, de principios del siglo XVI, de la Biblioteca Riccardiana de Florencia, una traducción toscana de una traducción latina de una traducción toscana del original francés o tal vez del texto francoitaliano[13]). Aunque no es del todo inusual que los textos medievales muestren grandes variaciones entre sí al ser sucesivamente copiados y recopilados —los escribanos solían tratar el texto ajustándolo a su propia visión de lo que creían que el autor decía[14]—, algunos de los manuscritos de Polo resultaban sorprendentemente diferentes entre sí. El traductor anónimo del texto en gaélico irlandés del siglo XV, por ejemplo, tal vez porque creía que el asunto original era demasiado tedioso, trató de insuflarle nuevo interés. Lo que tenía frente a sí era la traducción latina completada por Francesco Pipino. En su propia traducción convierte a este hombre en «el hermano de un rey vistiendo los hábitos de san Francisco, llamado Francesco», diestro en muchas lenguas, que en el año 1255 tradujo el libro del tártaro, en el que, asegura, fue escrito originalmente, al latín. Al pedírsele que trabajase en el libro, Francesco se había negado: «Temo perder esfuerzo mental al trabajar en la obra de judíos y no creyentes». Sin embargo, al volvérselo a pedir, aceptó: «Debe hacerse —dice— porque, a pesar de que se dan a conocer noticias de no cristianos, también hay maravillas del auténtico Dios… No tengo miedo de este libro de Marco porque no hay mentira en él. Mis ojos lo contemplan como si trajesen con él las reliquias de la Santa Iglesia».

Lo que sigue cuenta, al menos por lo que puede percibirse a partir de su traducción al inglés, con una gran fuerza literaria. Tomemos el pasaje (LX-XIX) en el que el ejército del líder rebelde, Nayan, es atacado de buena mañana por el de Kubilai: «Vieron los hermosos estandartes alados y los abultados escudos carmesí, los radiantes y recios cascos de los fornidos soldados de Cambalu y reconocieron el estandarte de Kubilai por encima de los cascos. Y eso fue lo que despertó a un ejército de su sueño, los sonidos de las trompetas y las gaitas y los guerreros profiriendo su grito de batalla». El texto original de Rustichello y Marco describe esa batalla de forma muy elaborada, utilizando el vocabulario y las convenciones literarias empleadas para describir batallas en las épicas artúricas en prosa. Tanto las versiones italianas como la de Pipino han recortado y abreviado ese material. Aquí, el traductor irlandés de Pipino la ha recreado por completo de una manera aceptable para su nueva audiencia. Los estandartes alados, los abultados escudos carmesí, los radiantes y recios cascos, el estandarte de Kubilai por encima de los cascos, el sonido de las gaitas y el grito de batalla de los guerreros no se encuentran en su fuente. Provienen, doy por sentado, de las tradiciones bárdicas celtas y reflejan la intención del traductor de transformar lo que le debe de haber parecido como una fantasía romántica en otra de domesticar emocionantes experiencias en Mongolia exterior transportándolas a los familiares campos de Erin[15].

Ningún otro manuscrito ha distorsionado más el contenido con respecto al original. Sin embargo, a mitad del siglo XV se pueden distinguir las tres formas principales que asume el libro. La primera fue escrita en francés y circulaba en los círculos de clase alta. Sus propietarios eran hombres como el rey Carlos V de Francia (que al principio de su reinado contaba con al menos cinco copias en su biblioteca), la familia Graville y Luis de Saboya; una copia fue realizada por el poeta-prisionero de la Torre de Londres, el duque Carlos de Orleans[16]. Podemos pensar en ese

manuscrito (AD redactado en la segunda mitad del siglo XIV y propiedad de Jean, duque de Berry, o en el *Livre de Merveilles* (A2), probablemente escrito para el duque Juan Sin Miedo, con sus ochenta y cuatro miniaturas[17], o en el de la Biblioteca Británica (Bl), con sus treinta y ocho miniaturas[18], o en el estupendo volumen de la Biblioteca Bodleian de Oxford, en otros tiempos propiedad de Richard Woodville[19],cuñado del rey Eduardo IV. Esos espléndidos libros en pergamino eran obras de arte y, en realidad, el duque de Berry no sólo encarga las ilustraciones del libro, sino que al mismo tiempo aprovecha para que le tejan seis tapices basados en él[20]. Al ojearlos no da la impresión de que fueran creados para que su contenido fuese estudiado en profundidad. Lo cierto es que los ilustradores que trabajaron en ellos apenas miraron el texto. Al echar un vistazo rápido a las rúbricas, por ejemplo, verían la palabra «hermanos» (refiriéndose al padre de Marco, Niccolò, y al tío, Maffeo Polo), llegando a la conclusión de que los Polo eran frailes, y así los representaron. Al ver la frase «*table* de oro» —que designaba la tablilla de oro, que el Gran Khan les dio como muestra de su protección—, los ilustradores dibujarían una espléndida «mesa» (de *table* en francés) de oro (**véase ilustración 5**). Cuando Marco nos habla de que los reyes de Georgia nacieren con la marca de un águila en el hombro, una rápida lectura del texto por parte del artista le haría representar a un rey con una águila posada sobre su hombro[21]. O, al darse cuenta de que se trataba de una obra que tenía que ver con Oriente, introducirían las conocidas razas monstruosas, aunque éstas no aparezcan en el libro de Marco (**véase ilustración 4**). Los miniaturistas tuvieron que representar una realidad totalmente desconocida para ellos y responder a la demanda imposible de no preocuparse demasiado o de realizar grandes saltos imaginativos, como ocurre con los tocados de estilo episcopal con los que se representa al Gran Khan y al Viejo de la montaña[22]. Al mismo tiempo, el lenguaje y el estilo del texto, muy

cercano a la versión original de Rustichello, modelado según la prosa épica artúrica, debe haber provocado que algunos lectores considerasen el relato de Marco al mismo nivel que otros relatos de ficción (se ha puesto de manifiesto que los probables efectos de encuadernar juntos libros sobre «maravillas» de las historias de Alejandro, etc. con la obra de Marco Polo no era necesariamente un intento de compararlas sino más bien una asimilación de lo verdadero y lo falso y una disolución de ambos para Eegar a conformar un vago retrato de una tierra de fantasía[23]). No obstante, en esos espléndidos manuscritos nunca surge la cuestión de la credibilidad; no fueron realizados para ser creídos o descreídos, sino para ser admirados con afecto y nostalgia.

Un segundo grupo de Marco Polo consiste en traducciones toscanas y venecianas del francés y (desde la segunda mitad del siglo XIV) de traducciones toscanas a partir del veneciano[24]. Foscolo Benedetto sugirió que, como Marco era veneciano, se creía que el texto veneciano sería más auténtico que los demás. Podría ser o podría ser que el fenómeno de un texto veneciano traducido al toscano, cuando ya existía la versión toscana del texto francés, refleje el carácter de una sociedad anterior a la aparición de la imprenta en la que los copistas aprendieran a apañárselas y a adaptar a su propio uso cualquier texto con el que topasen. Estos manuscritos del segundo grupo no están escritos en caros pergaminos, sino en papel, y carecen de ilustraciones, atenuando el carácter épico de las versiones francesas, por lo que dan la impresión de ser más populares de lo que pareciera indicar el escaso número de manuscritos sobrevivientes[25]. Los que han llegado hasta nuestros días solían pertenecer a grandes familias patricias y en raras ocasiones aparecen encuadernados junto con otras obras de geografía o viajes. Puede que su contenido fuese bastante inexacto (en el prefacio de una colección de extractos aparece el comentario: «Marco Polo es un libro que trata de partes del mar y la tierra… el libro fue realizado por un gentilhombre de

Venecia que llegó allí navegando con sus cuatro hijos, descendientes uno tras otro, siguiendo el anteriormente nombrado libro de Marco Polo[26]»). Uno de los comentarios que veremos (página 193, más adelante) expresaba un profundo escepticismo; pudiera ser que los comentarios finales de otros dos intentasen señalar lo mismo: «Si queréis conocer más, preguntad a otro, porque yo, Marco Polo, no pretendo nada más. *Yinis*» y: «Y si queréis saber más, preguntad a otro, porque yo, Marco, no pretendo nada más. *Deo gratias*. *Amen*». Aparte de eso, no hay nada más que sugiera el espíritu en que fueron acogidos[27].

Sólo cuando llegamos al tercer grupo de manuscritos de la tradición «A», nos damos cuenta de que la forma que toman contribuye activamente a persuadir al lector de que el contenido es auténtico. Unos años antes de 1314, sus superiores eclesiásticos ordenaron al fraile dominico Francesco Pipino de Boloña que tradujese la obra al latín. Fue una elección apropiada, ya que Pipino era un escritor dotado, autor de una crónica desde los orígenes de los francos hasta la muerte del emperador Enrique VII, y alguien que más tarde ofrecería un relato de su propia peregrinación a Tierra Santa en 1320[28].

La orden dominica consideró el libro con una enorme seriedad y en su introducción Pipino se enfrentó de manera directa a la cuestión de su veracidad:

> Pero aunque el lector inexperto pudiera considerar como más allá de la verdad las muchas cosas extrañas y desconocidas que se encuentran relatadas en diversos pasajes de este libro, sabed todos que maese Marco Polo, el narrador de estas maravillas, es persona de lo más respetable, veraz y devota, de muy honorable carácter y que recibe buen testimonio de ello por parte de todos aquellos que le conocen, que sus muchas virtudes son prueba cierta de lo que aquí relata. Su padre, maese Niccolò, un hombre de elevada respetabilidad, solía relatar todas estas cosas del mismo modo. Y su tío, maese Maffeo, del que se habla en el libro, es un hombre de gran sabiduría y piedad, que en familiar conversación con su confesor en el lecho de muerte mantuvo resueltamente que todo el contenido de este libro era cierto. Por lo tanto, con la conciencia tranquila, he llevado a cabo su traducción, para entretenimiento de mis lectores y en alabanza a Nuestro Señor Jesucristo, el Creador de todas las cosas visibles e invisibles[29].

Los manuscritos que sobreviven suelen ser en pergamino o en papel de buena calidad. La mayoría de ellos están encuadernados con otras obras, que son, o bien crónicas —por ejemplo, en Inglaterra, están las de Ranulf de Chester o Gerald de Gales— o de manera más general, con otros libros sobre Oriente: con el del breve compañero de viaje de Marco Polo, Guillermo de Trípoli, con el del príncipe Hetoum, con los de misioneros como Odorico da Pordenone. Típicos de este grupo son los dos manuscritos del texto que se hallan en la Biblioteca Hunterian de la Universidad de Glasgow. El primero está escrito sobre pergamino por un autor del siglo XIV, cuenta con iniciales ilustradas y forma parte de un volumen en tamaño cuatro, que también contiene el relato de Odorico da Pordenone. El segundo, del siglo XV, también en tamaño cuatro, con iniciales ilustradas, fue copiado por alguien que se llamaba a sí mismo «Ricardus plenus amoris Fframton» (Richard Lleno-de-amor Frampton). Contiene, además del libro de Marco, un relato sobre la destrucción de Troya, la obra *Journey of Charlemagne*, atribuida a Turpin, un Odorico, y los *Travels* de sir John Mandeville. Es decir, otras obras sobre Oriente (incluyendo la primera guerra entre Oriente y Occidente) para ser comparadas y cruzadas.

Hemos visto cómo, en su introducción, Pipino insiste en la verdad de lo que sigue. Al mismo tiempo, pone sobre aviso a sus lectores de que no constituye un entretenimiento de tipo ligero. Nos dice que es un fraile dominico, que trabaja siguiendo las órdenes de sus superiores eclesiásticos y que realiza esta traducción para estimular el celo religioso y fomentar la tarea de las misiones:

> Y que nadie juzgue esta tarea como vana e infructuosa porque soy de la opinión de que la lectura del libro por parte de los fieles puede ser merecedora de la abundante gracia del Señor; el contemplar la variedad, belleza e inmensidad de la Creación de Dios, tal y como aquí aparece en sus maravillosas obras, puede llevar a postrarse maravillado ante Su Poder y Sabiduría. También al considerar la profundidad de la ceguera e impureza en la que están inmersos los países gentiles, el lector se ve obligado de inmediato a dar gracias a Dios, que se ha dignado a elevar

> a su pueblo creyente de tan peligrosas oscuridades para conducirlo a su maravillosa luz y a rezar por la iluminación de los corazones paganos. A partir de ahora, la laxitud de los cristianos poco devotos será puesta de manifiesto cuando vean con qué disposición veneran a sus ídolos las naciones de los no creyentes, mucha más que la de muchos de aquellos que han sido bendecidos por Cristo para adorar al verdadero Dios. Además, los corazones de algunos miembros de las órdenes religiosas pueden quedar impresionados de manera que se esfuercen para difundir la fe cristiana y mediante la ayuda divina llevar el nombre de nuestro Señor Jesucristo, olvidado entre tan vastas multitudes, a esas ciegas naciones, entre las cuales tan grande es la cosecha y tan pocos los labradores[30].

Este propósito didáctico y religioso llevó a Pipino a realizar numerosos cambios en el carácter de la obra original. La retórica caballeresca de Rustichello fue eliminada. También desaparecieron las palabras dirigidas a «emperadores, reyes, duques», etc. y asimismo, por las características del latín, los «¿Y qué debo deciros acerca de ello?» («*Et que vos en diroie?*»), tropos de la tradición épica oral. Cuando, por ejemplo, como ya hemos visto, los tres Polo llegan a la corte del Gran Khan, la versión original de Rustichello de la escena (XV) ha sido remodelada utilizando las mismas palabras que su temprana descripción de la llegada de Tristán a la corte del rey Arturo[31]. Son recibidos en su gran palacio, rodeado por una gran cantidad de sus barones, se arrodillan y postran frente a él. El Khan les pide que se incorporen[32], les saluda con *grant joie et grant feste*, les hace numerosas preguntas sobre sus venturas. Ellos le contestan que les ha ido bien, pues han hallado al Khan sano y bien. A continuación le presentan sus credenciales papales, que mucho le placen. En la versión de Pipino (Pipino I, capítulo VII) desaparecen el gran palacio, la compañía de los barones, los parabienes cortesanos y pasamos rápidamente a la entrega de las cartas del Papa, cuyo «leal desvelo» es elogiado por el Khan. La reducción del elemento caballeresco va parejo a la atención inmediata que se concede a las cartas papales. También, como hemos visto, las lecciones eclesiásticas son reforzadas mediante añadidos que se suman a cualquier relato desapasionado de las religiones no cristianas, que ahora se convierten en «miserables», «abominables», «malvadas» o «insanas».

Al mismo tiempo, la secuencia seguida de capítulos del original es sustituida por Pipino mediante una división en tres libros (el primero trata Asia occidental y central; el segundo —de hecho, el único que lleva un título—, «Sobre el poder y la magnificencia de Kubilai, gran rey de los tártaros»; y el tercero, que trata de Japón y de los países ribereños del océano índico). Esos libros aparecen a su vez subdivididos en capítulos, dándoles la forma de una obra que pudiera hallarse sobre los escritorios de los eruditos. Esta característica, junto con la artificialidad de su latín, tiene el efecto de apartar a Marco del aura del mundo del romance y de convertir el contenido en algo mucho más insípido y, en un cierto sentido, más abstracto[33]. Aparece así una obra escrita para hombres instruidos y clérigos. Como ejemplo del contexto en el que podría encontrársela, podemos repasar el inventario de los 234 libros de la biblioteca de los franciscanos de Gubbio, en la Italia central, realizado en 1360. Cincuenta de los volúmenes consisten en Biblias y comentarios bíblicos, cuarenta son colecciones de sermones, veinte tratan de leyes, veinte son obras de frailes antiguos. Aparte de Aristóteles, no hay autores clásicos y muy pocas obras contemporáneas. Predominan las obras serias religiosas y eclesiásticas. Para nosotros, en esta biblioteca sobresale el libro de Marco Polo, encuadernado con los viajes de fray Odorico, pero no para sus contemporáneos[34]. Para ellos encaja fácilmente con el resto de los volúmenes que lo acompañan.

Aunque en esos tiempos ya existían otras traducciones al latín[35], la de Pipino era, con mucho, la más común. Aunque no fue la única que interesó a cartógrafos o serios buscadores de la verdad —la versión catalana, por ejemplo, como veremos más adelante, fue redactada por el compilador del *Atlas Catalán*—, sí fue la más utilizada cuando se discutía seriamente acerca de la geografía del mundo y la gravedad con la que Marco era presentado debió de contribuir mucho a hacer creíble su historia. Unos

veinte años después de la traducción de Pipino, el también dominico Jacopo d'Acqui, revela lo extraño que parecía el libro, cómo en ocasiones era tachado de falso y cómo, no obstante, él lo consideraba verídico:

> Este maese Marco estuvo largo tiempo en Tartaria con su padre y su tío y allí vio muchas cosas y consiguió mucha riqueza y también aprendió muchas cosas, pues era hombre de gran habilidad. Y así, estando prisionero en Génova, escribió un libro sobre las grandes maravillas del mundo, es decir, sobre las que él viera. Y lo que cuenta en el libro no es todo lo que realmente viera, a causa de las malas lenguas de los detractores que, pudiendo imponer sus propias mentiras a los demás, se apresuran a tachar de mentiras lo que en su perversidad no pueden creer o entender. Y a causa de las muchas y extrañas cosas que hay en su libro, que están más allá de toda credulidad, sus amigos le rogaron en su lecho de muerte que corrigiese y eliminase todo lo que estuviese más allá de la verdad. A lo que él contestó ¡que no había contado ni la mitad de lo que verdaderamente había visto[36]!

Dudar frente a lo que parece increíble es también la reacción de Antonio Pucci, cantante y poeta callejero de la comuna de Florencia. En su *Libro di varie storie*, escrito antes de 1362, Pucci incorpora gran parte de la traducción toscana original del libro. Finaliza diciendo que ha decidido dejar fuera otras muchas cosas maravillosas: «Recordando que Dante, el supremo poeta, dijo lo siguiente (*Inferno*, XVI, 124-126): "Incluso frente a esa verdad que tiene rostro de mentira, un hombre, mientras sea capaz de hacerlo, debe cerrar sus labios porque, aunque carezca de culpa, incurrirá en gran vergüenza[37]"». Aunque a Pucci le parecía una mentira, en realidad era la verdad. Ése no era precisamente el mejor de los respaldos. El libro sólo sería aceptado con mayor facilidad gracias a los testimonios de los mercaderes y comerciantes que marcharían tras los pasos de Marco en el siglo XIV.

Capítulo 7

Marco, mercaderes y misioneros

I

«*Quelver cha faccia dimenzogna*» (Esa verdad que tiene rostro de mentira) sólo puede hallar una total confirmación durante los ocho años que siguieron al regreso de Oriente de Marco Polo, un período en el que muchos mercaderes y misioneros europeos viajaron por Asia[1].El que así lo hicieran no fue, como veremos, de ninguna manera, resultado directo de la publicación del libro de Marco. En realidad, la impresión que daba de un periplo de entre tres y tres años y medio desde Sudak a Beijing habría desanimado a los viajeros. No obstante, la cuestión tiene su propio interés intrínseco y también es importante considerar cómo, a finales de la Edad Media, se admitió y confirmó la importancia geográfica del libro.

Nuestro conocimiento acerca de la presencia de mercaderes del sur de Europa en tierras mongolas es limitado por su obsesiva confidencialidad. Lejos de mostrar su *pratiche di mercatura* a la vista del público, incluso cuando redactaban documentos notariales solían tratar de ocultar su destino bajo declaraciones de que iban «más allá de los mares y donde Dios tenga a bien» o «a varias partes del mundo». En consecuencia, a menudo sólo de manera incidental e indirecta nos enteramos de las actividades comerciales en Oriente (como sucede por ejemplo en las tres primeras décadas del siglo XIV, donde un cronista nos habla de cómo un mercader de Chipre le ha contado al maestre del templo de Rita acerca de un país llamado Hata [Catai], regido por los mongoles, «un país grande, enorme y encantador» con una ciudad de gran

extensión llamada Hansa [¿Hangzhou?], sede del Gran Khan[2]).No obstante, se pueden apreciar algunos contornos. Para cuando los Polo regresaron, los mercaderes italianos ya estaban bien asentados en las riberas del mar Negro y en Persia, donde, en particular los genoveses, contaban con unas relaciones excelentes con el Ilkhan mongol Arghun[3].Se dice que en 1290, al menos unos 900 de ellos estaban a su servicio en Bagdad, construyendo galeras que serían botadas para acabar con el dominio del comercio del océano índico por parte de Egipto, entonces bajo control de los sultanes mamelucos[4].En el mismo período y como para equilibrar la balanza, los venecianos buscaban abarse con los enemigos del Ilkhan: los mamelucos y los tártaros kipchak. Estos primeros pasos en Asia recibieron un nuevo estímulo a partir de 1291, cuando Acre —el último bastión cristiano en Tierra Santa— cayó en manos de los mamelucos, un desastre que obligó al papado a prohibir todo comercio con las potencias musulmanas. Al principio, la mayoría de los mercaderes cristianos lo interpretaron simplemente como una prohibición de exportar materiales de guerra y durante un tiempo siguió incluso permitiéndose su venta a cambio de que se le pagase un estipendio (Bonifacio VIII fijó los términos de un cuarto o un quinto de los beneficios). No obstante, poco después, a esa orden le siguió un embargo general; el comercio ilícito se hizo más peligroso y caro y su valor declinó. Desde principios de la década de 1320, cesó virtualmente todo comercio con Egipto y Siria[5].

En esas circunstancias resultaba imperativo busca nuevas salidas al comercio. Una posibilidad era comerciar yendo por el oeste. En este contexto de avance musulmán en Oriente se enmarca la partida de los hermanos Ugolino y Vadino Vivaldi desde Génova en mayo de 1291 con dos galeras «a fin de ir por el mar Océano hasta partes de la India». No se volvió a saber nada más de ellos y no está claro si planeaban circunnavegar África o cruzar el Atlántico, pero dejaron tras de sí un recuerdo perdurable

que puede haber influenciado a un joven Colón[6].También se da la circunstancia de que a finales del siglo XIV y principios del XV genoveses y venecianos empezaron a despachar anualmente convoyes de galeras a los puertos del canal de la Mancha y los navegantes empezaron a explorar las Azores, Canarias y las costas atlánticas de África[7].Pero también Oriente seguía ofreciendo un gran abanico de posibilidades para inversores atrevidos. Los Ilkhanes de Persia eran oficialmente musulmanes desde 1295, pero seguían siendo hostiles a los sultanes mamelucos. Aquí existía un mercado prometedor. En Tabriz, Venecia se aseguró un consulado y en la ciudad también se levantaron un monasterio dominicano y otro franciscano. En julio de 1333, las actividades inquisitoriales del obispo dominico de la población (ni siquiera *in partibus infidelium* podía la Iglesia dejar de lado su sed de ortodoxia) revelaron que varios mercaderes europeos —al menos cinco genoveses, dos venecianos y otros de Asti, Milán, Pisa y Piacenza— residían en la ciudad[8].En el mismo período, los venecianos dominaban en la nueva capital de los Ilkhanes —Sultanía— y en Ormuz, el puerto insular del golfo Pérsico.

Desde Persia o desde sus asentamientos a orillas del mar Negro, otros italianos empezaron a penetrar en el Asia central y más allá. Incluso aparece registrado que algunos llegaron a la India por tierra. En 1338, Giovanni Loredan (que, tal y como se sabe, para entonces ya había comerciado en Catai), junto con su hermano Paolo, su primo Andrea y otros tres mercaderes venecianos pasaron de Tana a Astracán, para luego dirigirse al sur hasta Urganch y luego hasta el Oxus atravesando el Hindukush, llegando a Ghazni y Delhi. Allí se presentaron ante el sultán Muhammad ibn Tughluq con un reloj, una pequeña fuente y otras chucherías para hombres ricos, siendo recompensados con la enorme suma de 200.000 bezantes[9].Otros llegaron más lejos. En época tan temprana como 1291, Pietro da Lucalongo, «un fiel cristiano y gran mercader», tal vez veneciano o genovés, viajó

desde Tabriz a India y luego a China (cruzándose en el camino a los Polo de regreso a casa). En 1305 y 1306, un misionero católico envió cartas a Europa con mercaderes venecianos que habían recibido la tablilla de oro del Gran Khan y veinte años después una colonia de genoveses y otros mercaderes italianos residían en Zaiton —«uno de los dos puertos más grandes del mundo en cuanto a comercio» en el libro de Marco—, en el estrecho de Formosa[10].

Sobreviven registros de la década de 1350 acerca de venecianos que participaron en el comercio con China[11].Pero los genoveses eran los que llevaban la voz cantante. La famosa admonición del florentino Francesco di Balduccio Pegolotti: «Consejo acerca del viaje a Catai por la ruta a través de Tana para aquellos que van y vienen con mercaderías» (**véase en especial el Apéndice II**) estaba basada en información genovesa del período 1310-1330 y calculaba los pesos según medidas genovesas. Y en su relato del itinerario sale a relucir un atisbo de la despreocupación chulesca típica de los comerciantes genoveses de la época, aunque sería rápidamente modificada:

> La ruta de Tana a Catai es bastante segura tanto de día como de noche, de acuerdo con lo informado por mercaderes que la han utilizado —excepto que si el mercader muriese en la ruta, al ir o al regresar, todo se lo quedaría el señor del país en el que muriese el mercader y los oficiales del señor se lo llevarían todo— y por ello, si muriese en Catai […] Y también existe otro peligro; es el siguiente, que si el señor muere y hasta que el próximo señor que gobierne sea nombrado, en ese intervalo a veces tienen lugar desórdenes contra los francos y otros extranjeros —llaman «francos» a los cristianos de todos los países al oeste del Imperio bizantino— y la ruta no es segura hasta que es enviado el nuevo señor que reinará en lugar del que muriera[12].

La verdad es que la ruta no era ni tan «segura» ni tan fácil. Al este de Urganch, a través de Almaliq y Zhangye, el camino transcurría a lo largo de una desalentadora ruta de estepas, desiertos y elevadas montañas. No obstante, fue seguida por varios. Aunque tenían un cierto interés en el azúcar, el jengibre y el ruibarbo, todo lo cual podía comprarse a precios muy bajos, lo

que los italianos buscaban en China por encima de todo era seda, que podían cambiar por finos paños franceses, alemanes e italianos. ¿Cuál era la importancia y la escala de este comercio? Algunos han dudado de la existencia de cualquier vínculo intercontinental regular y creen que la evidencia indica únicamente la existencia de aventuras excepcionales e intermitentes. No obstante, ese comercio ha sido representado en el período 1330-1345 como «una corriente continua y considerable». La seda china era menos estimada en Occidente que la de Merv, en el Turkestán, o la de Talish, en Transcaucasia; formaba parte de *un commerce de masse*, dependiente de la cantidad más que de la calidad y precisamente por esa razón debe haber sido muy extenso[13].Ese punto de vista se alimenta del descubrimiento de dos lápidas cristianas con inscripciones en letra gótica halladas en Yangzhou. La primera de ellas de Caterina, hija de Domenico, de la familia genovesa Ilioni, fechada en julio de 1342; y la segunda es la de su hermano Antonio, fechada en noviembre de 1344. Esa era la gran ciudad que el libro afirma que durante tres años fue gobernada por Marco Polo y donde ciertamente en la década de 1320 existía un convento franciscano. Está claro que en este lugar había una colonia de mercaderes genoveses, tan bien establecida que sus miembros se sentían lo suficientemente seguros como para llevar a sus familias con ellos[14].

Sin embargo, en la década de 1340, el comercio en el mundo mongol se había hecho más difícil. Con Ozbeg (1313-1341), los khanes de la Horda de Oro se convirtieron definitivamente al Islam y a partir de entonces, a pesar de la fuerza de la tolerancia o el pragmatismo de la tradición mongol, los visitantes cristianos podían correr algunos peligros[15].En 1338, en Asia central, tuvo lugar una persecución que liquidó a todos los misioneros y comerciantes de Almaliq, capital del khanato de Chagatai. Cinco años después, el khan kipchak, Janibek, masacró a los mercaderes occidentales del mar Negro y luego puso sitio a Caffa y Tana.

Ese sitio fue seguido por (para la imaginación de algunos cronistas occidentales de la época fue la causa directa de) la llegada de la peste a Europa, tras asolar Asia. En el Mediterráneo, los mamelucos hacían progresos. Tomaron Layas, el puerto de Armenia Menor, en 1347, por lo que llegar a Persia resultó mucho más difícil. Desde la década de 1350, los patricios genoveses empezaron a bautizar a sus hijos con nombres mongoles («Tártaro», «Abaga», «Casano»)[16]y se podían encontrar aventureros ocasionales, como era el caso de Luchino Tarigo, que se dedicó a la piratería en el mar Caspio en 1374[17], pero la época dorada del comercio italiano en Asia había tocado a su fin. Durante el último cuarto del siglo XIV, esta situación se vio reforzada por el advenimiento de Timur o Tamerlán, que saqueó Sarai y destruyó Tana en 1395. Desde mediados de ese siglo, los mercaderes que pudieran testimoniar a favor de la veracidad del libro de Marco eran muy escasos.

II

En el mismo período, los misioneros católicos siguieron los pasos de los mercaderes[18]. En Persia, sus esfuerzos se vieron coronados por la creación del arzobispado de Sultanía (la nueva capital de los Ilkhanes) en 1318. En el khanato Kipchak había un monasterio franciscano en Sarai desde bastante antes de 1287 y es posible —aunque demostró ser un triunfo fugaz— que Jeroni de Cataluña bautizase al khan Toktai en 1312. Más al este, se establecieron diócesis en Matrega (un puerto en el mar Negro frente a Soldaia), en Samarcanda, Urganch y en Almaliq, donde Ricardo de Borgoña, en otro éxito efímero, convertiría al khan de Chagatai, antes de padecer martirio en 1339. En cuanto a China, es probable que lo que despertase las esperanzas papales fuesen la misión de Rabban Sauma en nombre del Ilkhan Arghun y sus conversaciones con Nicolás IV, así como las historias acerca de la fuerza de la Iglesia nestoriana en esas tierras. En julio

de 1289, Nicolás escribió a Kubilai que había escuchado de palabras de Arghun que «nos habló muy claramente de que vuestra Magnificencia alberga un sentimiento de gran estima hacia nuestra persona y la Iglesia de Roma, así como a la nación o el pueblo católico». Animado por dichas convicciones, envió al franciscano Giovanni da Montecorvino en misión a China[19].Con el dominico Niccolò de Pistoia, Montecorvino, que ya había pasado siete años en Persia, partió de Tabriz en 1291. Al enterarse de la guerra en Asia central entre Kubilai y Kaidu, decidieron ir por mar haciendo escala en India, viajando con el mercader Pietro da Lucalongo. Niccolò murió en India, pero Giovanni, tras una estancia de trece meses, siguió hacia China, llegando a Khanbalic a finales de 1293, poco antes de la muerte de Kubilai. Su sucesor, Timur, que a pesar de su fuerte inclinación hacia el budismo tibetano, creía en obtener seguridad con cualquier religión, le recibió bien y le asignó una renta anual, estimada («según los cálculos de mercaderes genoveses») en 1326 en el equivalente a 1.200 florines de oro[20].

Giovanni entró en conflicto casi de inmediato con sus compañeros cristianos nestorianos residentes en la capital. Como el clero católico solía negar que los nestorianos fuesen cristianos, el conflicto era bastante predecible[21]. El resultado fue que tuvo que retirarse de Khanbalic para residir en Tenduc, la provincia gobernada por Jorge, el príncipe onguto supuestamente descendiente del preste Juan, y bajo la soberanía del Gran Khan. Jorge también era nestoriano, pero fue persuadido para «convertirse» al rito católico. Al menos eso afirma Montecorvino (los registros chinos le consideran confucianista convencido[22]). La verdad de todo ello no tiene demasiada importancia, ya que, tras la muerte de Jorge en 1298, su pueblo regresó a su fe nestoriana. Sin embargo, de nuevo en Khanbalic, el mercader Lucalongo había progresado y ayudaría al fraile a construir una iglesia. Probablemente, también fue él quien puso el dinero para la compra de los

esclavos —cuarenta niños de entre siete y once años— que serían sus primeros conversos. Fueron instruidos en latín y canto litúrgico y se nos dice que sus voces llegaron a oídos del Gran Khan, que se encontraba en sus estancias. Los servicios eclesiásticos de Giovanni estuvieron confinados a la clase alta mongol (tradujo todo el Nuevo Testamento y los Salmos al mongol), así como a otros grupos cristianos: alanos del rito ortodoxo, armenios e italianos de paso (hemos visto que mercaderes venecianos llevaban sus cartas a Europa). Entre estos últimos estaba un cirujano lombardo que llegó en 1303 y que le perturbaría al airear opiniones desfavorables a la labor del papado romano en Europa.

Giovanni ignoró en su ministerio al pueblo nativo de China sometido a los mongoles. Con respecto a esto, resulta muy reveladora una carta de febrero de 1306, donde escribe: «Tengo seis cuadros sobre el Antiguo y el Nuevo Testamento para instruir a los iletrados y encima han escrito en latín, túrsico [mongol] y persa, de manera que puedan leerse *todas* [*sic*] las lenguas[23]»; se trata de un claro reconocimiento de que, al igual que Marco Polo, él también se olvidó de los chinos. No obstante, logró algunos éxitos en China. Un mercader armenio le construyó una iglesia en Zaiton y una segunda en Khanbalic. En 1306, cuando se le unió un franciscano alemán, aseguraba haber convertido a 10.000 almas. En 1307, el papa Clemente V le nombró arzobispo de la nueva archidiócesis de Khanbalic, con jurisdicción sobre todo el Imperio mongol. Se le enviaron seis franciscanos como obispos sufragáneos. Uno de ellos nunca fue, dos murieron en India, pero tres llegaron finalmente en 1313. De esos tres, en 1326 habían muerto dos. Como resultado de la determinación de promulgar un cristianismo con ritos exclusivamente en latín —algo que obviamente aumentaba la dificultad de ordenar sacerdotes locales—, existía una alarmante falta de misioneros.

Esta escasez se vio reforzada por el inicio de la obra misionera en India. Aquí, donde todavía existían «cristianos de santo To-

más», había católicos que llegaron incluso en el siglo XII en peregrinación a su supuesta tumba. En el siglo XIV creció el interés por el océano índico. Entre 1312 y 1317, los dominicos William de Adam y Raymond Stephen visitaron Socotra, una isla en el mar Arábigo, en aquellos días todavía habitada por cristianos coptos, predicaron durante nueve meses y desde allí marcharon a Etiopía. Impávidos ante su comprensión —bastante nueva, reveladora de los nuevos horizontes geográficos que ahora se abrían para Occidente— de que «nosotros que somos los auténticos cristianos no somos ni una décima parte, ni una vigésima parte del total de los hombres», ambos compusieron sus propios planes para atacar el comercio musulmán hacia Egipto. La contribución de fray Adam, con el sanguinario título de *De modo Saracenos extirpandi*, sugería la necesidad de una fuerza de cuarenta o cincuenta navíos, con base en Ormuz, en islas del océano índico y en los puertos de la India meridional[24]. Sin embargo, casi más por casualidad que por designio la Iglesia católica empezó a proselitizar en India[25]. En 1320, de camino hacia China, el dominico Jourdain Cathala o Catalani de Séverac, junto con cuatro franciscanos y un mercader genovés, se detuvo en Tana, en la isla de Salette, justo al norte de la actual Bombay. Allí Jos franciscanos se enzarzaron en disputas con los musulmanes, atacaron la figura de Mahoma y fueron apresados y ejecutados por blasfemia. Jourdain no estaba presente, pero la experiencia curiosamente le persuadió para quedarse en el subcontinente en lugar de seguir hacia Zaiton. Poco después se trasladó hacia el sur, a Malabar y al reino de Quilon, donde, libre de los soberanos musulmanes y con los cristianos nestorianos dominando el comercio de la pimienta, las circunstancias parecían más favorables. Sus prédicas se dirigieron principalmente a los indios nestorianos, abandonados por su Iglesia madre de Bagdad. En 1328 regresó a Occidente, escribió su *Mirabilia*, en donde relataba sus experiencias y reclutó más misioneros. Dos años después regresaba a India, como

obispo de Quilon, abriendo un campo a las misiones que rivalizaba con el de China, donde los misioneros ya escaseaban. No obstante, para finales de la década de 1340, cuando la anarquía reinante en Persia dificultó el acceso al océano índico, la empresa flaqueó. Giovanni Marignolli, enviado papal a China, visitó la iglesia de San Jorge de los católicos de Quilon de regreso a casa en 1346 y la hizo decorar con frescos. Pero poco se supo del catolicismo en India hasta el siglo XVI.

Mientras tanto, Odorico de Pordenone, otro franciscano, que pasó al menos tres años en China entre 1322 y 1328, registró la existencia de dos casas franciscanas en Zaiton y de otros conventos en Yangzhou (donde se hallaron las lápidas de la familia Ilioni) y en Hangzhou[26]. A pesar de ello, la misión era aislada y remota. En 1337, los alanos de Khanbalic, sobre todo los de la guardia imperial, sintieron la necesidad de pedir sacerdotes a Roma. Encontraron un aliado en el Gran Khan Toghon Timur, que estaba ansioso por establecer relaciones con Occidente. Por ello se despachó una misión «al país de los francos más allá de los siete mares, donde se pone el sol, a fin de abrir camino al intercambio frecuente de embajadores entre el Papa y nosotros». El Gran Khan también pedía «que traigan caballos y otras maravillas de Occidente». Con este grupo viajó de regreso a Occidente el mercader genovés Andrea «de Nasio». El papa Benedicto XII contestó en concordancia, enviando a su propio embajador, Giovanni de' Marignolli, un franciscano que enseñaba en la Universidad de Bolonia, y a otro mercader genovés, Andalo da Savignone. Llevaron consigo ricos presentes, joyas, caballos y un corcel de guerra. La embajada, que viajó con Andrea «de Nassio», que regresó para informar al Gran Khan, zarpó del puerto de Nápoles y llegó a Caffa en marzo de 1339. Tras un placentero viaje a través de Asia central, durante el que Marignolli reconstruyó la iglesia católica de Almaliq, llegó a Khanbalic en 1342. Al Gran Khan le encantó especialmente el «caballo celestial». Se

ordenó a una docena de poetas cortesanos que ensalzasen su belleza, que lo aclamasen como un buen presagio, significando que ahora las más distantes regiones mostraban, al enviar tributos, que el mandato del cielo se extendía al mundo entero. Se conservó una pintura de Chou Long al respecto hasta el saqueo del palacio de verano en 1860[27].

Marignolli permaneció tres o cuatro años en China, regresó por mar y de vuelta en Europa escribió sobre la catedral y otras iglesias de Khanbalic y de las tres iglesias franciscanas de Zaiton[28].No obstante, eran años en los que la peste arreciaba en Asia central y cuando las guerras entre khanes rivales y la emergencia de poderosas fuerzas musulmanas amenazaban los obispados de Urganch y Almaliq. Las rutas hacia China se habían hecho más difíciles, tal y como se demostró cuando musulmanes de Asia central asesinaron al último obispo de Zaiton, Jacopo de Florencia, en 1362. En 1370, la llegada de nuevas cartas persuadieron al papado para enviar a Guillaume du Prés como arzobispo de Khanbalic, junto con unos doce franciscanos[29]. Si acabaron llegando (o saliendo), debieron encontrar condiciones nada favorables. Mercaderes y misioneros llegaron a la vez al mundo mongol y ahora ambas actividades estaban de retirada. Es cierto que los genoveses continuaron comerciando desde Caffa y hubo venecianos en Urganch (1362), Astracán (1389) y en Sultanía hasta 1399[30]. No obstante, era evidente que la época dorada del comercio en Asia en general, y en el Lejano Oriente en particular, había tocado a su fin. Ocasionalmente llegaron mercaderes a China hasta 1363; a partir de entonces desaparecieron. En cuanto a las misiones, en la segunda mitad del siglo XIV, las dinastías mongolas se inclinaron definitivamente hacia el budismo o el Islam y las Iglesias no católicas resistieron con más fuerza que nunca la Hablada a reconocer la supremacía del Papa de Roma.

Respecto a China, la caída de la dinastía Yuan en 1368 y su sustitución por la Ming, es decir, el reemplazo de la dinastía

mongol extranjera por unos supuestos soberanos nativos de inclinaciones xenófobas, se ha venido interpretando como una de las causas del fin de los viajes a Oriente. Sin embargo, es dudoso que existiese una hostilidad activa por parte de los primeros Ming hacia los occidentales. Resulta significativo que en la *Historia de los Ming* china se nos diga cómo, en octubre de 1371, el emperador Hong-wou dio a un mercader occidental llamado Nie-koul-louen (¿Niccolò?) un mensaje para su rey (¿de Nápoles?, ¿Sicilia?, ¿el duque de Milán?), donde le hablaba de la accesión al trono de la nueva dinastía. Más tarde, se nos dice que los «fou-lin (los occidentales) contestaron enviando una embajada con tributos[31]».En vez de dar por sentado un desencadenamiento del odio hacia los extranjeros por parte de los nuevos soberanos de China, habría que suponer que el contacto se rompió debido a las dificultades económicas que sufrieron tanto Europa como Asia durante la segunda mitad del siglo XIV y también por causa de la separación política de China con respecto a las estepas mongolas a través de las que se llegaba a Extremo Oriente. Estos factores se unieron a otros de gran importancia para los occidentales, como fue la expansión de los turcos otomanos en el Mediterráneo, que dificultó el acceso a Mesopotamia y a las orillas del mar Negro, y por la aparición del ferviente musulmán Timur o Tamerlán en Asia central. En su *Libellus de notitia orbis* de 1410-1414, el arzobispo católico Juan III de Sultanía ofrece un deprimente informe acerca de la situación. Afirma que Timur ha destruido las iglesias de Georgia, Armenia Mayor, Daguestán (al nordeste del Caspio), Ziquie y el bajo Volga. Pero seguía habiendo católicos en Bagdad y Kurdistán y aseguraba que había estado en contacto con cristianos de Catai, a cuyo último arzobispo, «Carlos de Francia», había conocido. Pero el papado, se queja, se muestra indiferente a su suerte[32].Como escribía en la época del Gran Cisma, pudiera haber escrito mejor a «los papados»; porque

a los tres Papas rivales, obsesionados con sus propias pretensiones, Asia debe haberles parecido algo excepcionalmente remoto.

III

Si en esta coyuntura quedaban cortados ciento cincuenta años de relaciones euroasiáticas, ¿qué recuerdo quedó de esos contactos? En esa época había en Occidente un número bastante grande de testigos que habían visto Oriente —e incluso el Lejano Oriente— con sus propios ojos. Hombres como Bargadin de Mayenza, que conoció a Philippe de Mézières en Chipre, que sirvió a las órdenes del Gran Khan durante ocho años y que proporcionó información suficiente sobre el mundo mongol a Mézières como para que éste lo utilizase en su alegórico *Sueño del viejo peregrino* (aunque haciendo gala de una sorprendente inexactitud: sus nobles viajeros se supone que visitan *en Catai* «Sarai, una de las ciudades más grandes del mundo[33]»). También fray Odorico da Pordenone escribió que había conocido a «muchos» en Venecia que habían visto Quinsai. Al hablar de sus amigos o congregaciones, mercaderes y misioneros ofrecían su testimonio personal de la realidad de la esencia del mundo de Marco Polo. Sin embargo, esos testimonios orales eran, por su propia naturaleza, transitorios y temporales. ¿En cuántos casos esas evidencias tomaron forma escrita, como sucedió en el caso de Marco Polo?

De hecho, hay toda una variedad de relatos independientes, aunque sin ninguna referencia específica al libro de Marco, que darían testimonio de su veracidad esencial. El primero entre ellos sería el ofrecido por el príncipe Hetoum (también Hethum, Hayton, Haitoun), sobrino del rey Hetoum Ide Armenia Menor, soberano de esas gentes a las que Marco —en un poco característico arranque de intolerancia—, describe como «malvados cobardes, que no saben hacer nada excepto emborracharse[34]». Hábil político, en 1305 se había convertido en canónigo premonstresiano, por razones que todavía son discutidas. Dos años después,

en el convento de la orden en Poitiers, dictó su libro en francés a Nicolás Falcon. Más tarde, a petición de Clemente V, Falcon lo tradujo al latín y a su vez Jean le Long volvería a traducirlo al francés en 1357. Sobrevive en quince manuscritos medievales del texto original en francés y en treinta y uno en latín, a menudo encuadernado con obras cornada de Giovanni di Pian di Carpine, Marco Polo, Jacques de Vitry, John Marideville y las historias de Alejandro[35]. Como Armenia Menor era estado vasallo de los mongoles desde la década de 1240, Hetoum estaba en situación de conocer muchas cosas acerca de Oriente. La segunda parte de su obra ofrece una historia sucinta de los «emperadores» del continente desde el nacimiento de Cristo (persas, musulmanes, jorezmíes, mongoles). La tercera trata de manera específica sobre los mongoles desde los tiempos de Gengis Khan. La cuarta parte, añadida más tarde, consiste en otro de esos planes para una cruzada que tanto satisfacían las fantasías de Occidente en ese período.

Es en la primera parte —«Los reinos de Asia»— donde se halla el material geográfico, que consiste en breves notas sobre catorce «reinos». El primero de ellos es Catai, «el reino más noble y rico del mundo», que bordea el mar Océano con sus «innumerables» islas. Sus habitantes «son de ojos pequeños y de escaso pelo en sus barbas». En sus creencias espirituales son simples, pero mucho más listos que cualquier otro pueblo en las cosas materiales; ellos mismos dicen que otros pueblos ven con un solo ojo pero que ellos utilizan los dos. Aunque no son guerreros, sí son hábiles en la construcción de máquinas de guerra (¿catapultas?); tienen papel moneda. De vez en cuando se nota el origen de oídas del material (Hetoum cree que los chinos cuentan con un alfabeto como el latino) y no aparece ningún comentario sobre «Mangi». Otros capítulos mencionan brevemente otras tierras de Asia, como Telas, hogar de los uigures, idólatras que no matarían ningún ser vivo; Turkestán, donde los nómadas transportan sus ca-

sas a lomo de caballos de lugar en lugar; Jorezm; Comania o Kipchak, que se extiende hasta el Etyll (el Volga), el río más grande del mundo; India, que contiene Badakshán, con sus rubíes, la tumba de santo Tomás, Cambay, la isla de Ceilán y más islas del mar océano. Hetoum continúa con Persia (el Oxus —al que se compara con el Pisón, uno de los ríos del Paraíso), Bujara, Samarcanda, Isfahán, Nishapur— para pasar luego a Caldea, Armenia, Media, Mesopotamia, Turquía y Siria. La yuxtaposición que aquí aparece de un reino junto a otro habría sido de gran ayuda para los cartógrafos.

El papel de Hetoum como monje resultaba ambiguo porque hasta el final de su vida desempeñó un muy activo papel en la política. Después de él, considerando el extraordinario carácter de las misiones orientales y el interés de las órdenes de monjes en celebrar su propia contribución a ellas, resulta sorprendente comprobar —con una importante excepción que revisaremos en un momento— lo poco difundidos y fríamente recibidos que eran sus informes. De todas esas cartas, enviadas a casa a través de miles de kilómetros, que comunicaban noticias interesantes para todos los cristianos —escritas por el arzobispo Giovanni di Montecorvino, sus sufragáneos Peregrino de Vittoria[36]y fray Menentillo de Spoleto— sobreviven sólo en una, dos o tres copias, aunque esto último sólo en un caso[37]. En el *Libro de los dominios del Gran Khan*, escrito entre 1330 y 1334 y enviado al papa Juan XXII por Juan de Cori, el dominico arzobispo de Sultanía, se ofrece un interesante relato acerca de las esperanzas misioneras en Oriente (la autoridad del Gran Khan, que es absoluta, se extiende durante seis meses en línea recta y otorga grandes favores a los cristianos. En Catai hay numerosos ciudades grandes, como «Cassay» [Hangzhou] y Khanbalic, donde existen tres iglesias. Los nativos son pacíficos, disponen de gran abundancia de seda, oro y papel moneda. El arzobispo Giovanni Montecorvino se

opone a los falsos y descreídos nestorianos). Ese relato sólo sobrevive en una traducción medieval francesa[38].

La historia del viaje de ida y vuelta del enviado Giovanni Marignolli aparece sólo en la forma de unas breves y escasas reminiscencias personales insertadas, de manera un tanto impropia, en su *Historia de Bohemia*[39]. Suelen ser interesantes, a pesar del carácter bíblico de su monte (el «Pisón», uno de los cuatro grandes ríos del Paraíso, se convierte tanto en el Ganges en India como en el río Amarillo en China), pero sobreviven sólo en un manuscrito completo y en otro fragmentado y no tuvieron ninguna influencia en el desarrollo del pensamiento geográfico. *Mirabilia descripta*, de fray Jourdain Catalani de Séverac, fue escrito en 1328 en Aviñón, antes de su regreso a India. Describe, a veces con mucha intensidad, «las muchas e ilimitadas maravillas» de India y de la ruta que lleva a ella. Pero también sobrevive únicamente en un manuscrito[40].No hay muchas más crónicas occidentales que se hagan eco del tema: las crónicas franciscanas de Johannes Elemosyna (1335-1336) y de John de Winterthur dicen algo acerca de las misiones, pero son virtualmente las únicas y también subsisten sólo en un manuscrito[41].

En un caso, el martirio de los cuatro franciscanos en Tana, India, aparece ilustrado artísticamente en el fresco de Ambrogio Lorenzetti (fallecido en 1348) en la iglesia de San Francesco de Siena. También hay un reconocible rostro mongol que nos mira desde la representación de la *Iglesia triunfante* (1356), de Andrea de Florencia, en Santa María Novella de Florencia (también se ha afirmado que los Polo aparecen junto a él, pero entonces, ¿de quién era el rostro en ese populoso fresco[42]?).Todo ello no parece demasiado y en verdad uno se pregunta durante cuánto tiempo se aceptó el tema de las misiones en aquella época. ¿Hasta qué punto se aceptó la novedosa percepción acerca de que «nosotros, que somos los auténticos cristiahos, no somos ni una décima parte, ni una vigésima parte del total de los hombres» (poco después

repetido por Sourdain de Séverac: «ni una vigésima parte de toda la gente del mundo»[43])?Al llegar a un momento en que se había abandonado, al menos tácitamente, la posibilidad de convertir a los musulmanes, ¿perdía la idea de las misiones su carisma? Al recordar, por ejemplo, que Montecorvino era probablemente el único de los frailes que había en China que era capaz de predicar en mongol, ¿existía en la Europa del siglo XIV la creencia encubierta (peligrosa, claro está, si se expresaba en público) de que todo el asunto era una futilidad?

Lo que provoca la reflexión de que, por muy valerosos que fuesen los frailes que partieron hacia Oriente, el martirio que algunos de ellos experimentaron era algo que ellos mismos hubieran infringido sin vacilar a cualquiera en Europa que osase poner en causa sus propias ideas. Por toda Europa había frailes que actuaban como inquisidores. Fueron ellos, por ejemplo, los que, al enterarse de que Pietro d'Abano —un ilustrado erudito que había cuestionado la opinión de Marco acerca de la no habitabilidad de las regiones ecuatoriales— había expresado dudas sobre la posibilidad de resucitar después de la muerte, habían exhumado y quemado su cuerpo[44]. En las ciudades italianas ésa no era una de las razones de menor peso, en ciertos círculos, por las que los religiosos eran profundamente odiados. En una historia que aparece en el *Decameron* (IV, 10), Boccaccio muestra a un tal fray Cipolla dando un sermón acerca de sus viajes por tierras extrañas y distantes:

> Así que marché lejos y, después de partir de Venison, visité las Calendas griegas, luego atravesé a buen paso el reino de Álgebra y Burdel, alcanzando Algarabía y, no mucho después, casi muerto de sed, llegué a Sardintinia. Pero ¿por qué molestarse en mencionar cada país por el que pasé a causa de mi espíritu inquisidor? Tras cruzar los estrechos de Penuria, me encontré atravesando Divertilandia y Risalandia, ambos países densamente poblados, además de contener mucha gente. Luego seguí hasta Falsilandia, donde hallé un gran número de frailes pertenecientes a diversas órdenes, incluyendo la mía propia, todos los cuales volvían la espalda a una vida de incomodidades por amor a Dios y poniendo poca atención a los esfuerzos de otros mientras ellos pudieran obtener provecho. En todos

esos países, acuñé muchas frases, que fueron el único tipo de moneda que necesité[45].

Y así siguió, visitando otros países y conociendo a interesantes personajes como «el reverendo padre Besokindas Tocursemnot», todo ello como una evidencia de la veracidad de una reliquia falsa que está mostrando a su congregación. ¿Hasta qué punto, nos podemos preguntar, las noticias acerca de las supuestas conversiones de decenas de millares en el Lejano Oriente eran recibidas con grandes dosis de escepticismo? Primero debería señalar que Pastore Stocchi ha sostenido que en este pasaje, Boccaccio, como buen florentino, está simplemente poniendo de manifiesto un disgusto generalizado por los relatos de viajes que, asegura, eran popularmente asociados con el libro del veneciano Marco Polo[46]. En segundo lugar, que muchos de los más ilustrados eruditos están dispuestos a asegurar que la esencia de la historia radica en el triunfo del ingenio y la inteligencia sobre la credulidad y que Boccaccio no puede ser meramente considerado como un anticlerical.

IV

No podemos generalizar demasiado partiendo de una mentalidad sofisticada porque el relato del —de alguna manera bastante poco sofisticado— fraile franciscano Odorico da Pordenone[47]obtuvo una gran y merecida popularidad. Siguiendo las órdenes de su provincial, lo escribió en mayo de 1330 en el convento de Sant'Antonio de Padua, unos ocho meses antes de morir, y hablaba de las «muchas y grandes maravillas que escuché y vi cuando, siguiendo mi deseo, crucé el mar y visité los países de los infieles a fin de obtener una cosecha de almas». A esta primera versión, dictada a su compañero, fray Giuglielmo di Solagna, le siguió una segunda al cabo de diez años, en un latín más cuidado, realizada por Henry de Glatz, que añadió algunos recuerdos de otros religiosos. Finalmente, una traducción italiana añadió varios toques de fantasía. En sus versiones en latín, italiano, fran-

cés y alemán, es una obra que sobrevive en más de cien manuscritos medievales[48].

Nacido en Villanova, cerca de Pordenone, en Friuli, Odorico partió de Italia tras ordenarse, poco antes de 1320, en compañía de un fraile irlandés llamado hermano James. Parece haber vivido varios años en el Oriente Medio. En su itinerario escribe sobre Tabriz y Sultanía, de Bagdad y Ormuz. Desde allí se embarcó hacia la India, de donde habla del comercio de la pimienta en Malabar, de la veneración de las vacas y del *sati*, de la peregrinación penitente por la costa de Coromandel y del carro de los dioses bajo el que se arrojan los fieles. Visitó Tana y, siguiendo las rústicas convenciones de la hagiografía tradicional, ofrece un largo relato acerca del martirio sufrido allí por los cuatro franciscanos. De hecho, en esa situación se las arregla para quedarse con los huesos de las víctimas y habla entusiasmado acerba de sus propiedades mágicas (por ejemplo, le salvan de la muerte cuando los «sarracenos» queman la casa en la que permanecía) luego, de cuándo su nave se encalma en el trayecto entre la India y las Indias Orientales, y de cómo fracasan las plegarias, primero de los idólatras y luego de los musulmanes, mientras que él, lanzando un poco de hueso a las aguas, consigue que se levante el viento.

Relata acerca de Ceilán, Sumatra y Java, que, a causa de sus especias, es «la segunda mejor de todas las islas que existen», y de Champa, en la costa de Annam, con sus elefantes. Finalmente llega a lo que él denomina «India Superior» o China, a los dos conventos de Zaiton y a la gran provincia de Mangi, con sus «dos mil grandes ciudades; ciudades de tal magnitud que ni Tréviso ni Vicenza [dos pequeñas ciudades provincianas] podrían ser contadas entre ellas». Luego pasa a explicar su visita a Cantón (Guangzhou), «del tamaño de tres Venecias», Fuzhou y Quinsai, «esa ciudad que es la más grande del mundo» y que le sorprende tanto como a Marco Polo. Luego parte hacia Nanjing, Yangzhou, donde había otro convento franciscano, y a otras pobla-

ciones y ciudades. Luego va a Khanbalic, «una antigua ciudad de esa famosa provincia de Catai», con el palacio y la corte del Gran Khan —y el esplendor de su estado— ocupando el centro del relato. Aquí —«donde los hermanos ocupamos un lugar en la corte del Gran Khan y siempre debemos acudir y darle nuestra bendición»— Odorico permanecería tres años. A continuación nos cuenta de su viaje a Tenduc y (aunque parece improbable) al Tíbet, «donde vive el Papa de los idólatras». Finalmente, en una vivida pieza narrativa, habla acerca de «un cierto valle donde vio cosas terribles», lleno de cadáveres, extrañas músicas y montones de plata que resultaba fatal tratar de llevarse.

La obra de Odorico fue diseñada como aderezo de la de Marco Polo. Es la diferencia entre un diario de viaje y un texto geográfico. Si Marco es notorio por la abstracción e impersonalidad y da la impresión de ser deficiente en cuanto a percepción visual, Odorico es intenso y ofrece repentinas y entusiastas impresiones de lo que ve: las fiestas de las bodas musulmanas, la apariencia física de los hindúes, de los habitantes de Sumatra y de los chinos («bastante bien parecidos, pero sin color, con barbas de largos y desordenados bigotes de gato. ¡Y las mujeres son las más hermosas del mundo!»). Es, pues, normal que reparase y registrase, al contrario que Marco, en los pies vendados de las damas chinas. Y él está continuamente presente en el relato. El siguiente pasaje es típico y en él describe la pesca con cormoranes en la provincia de Zhejiang:

> En la cabecera del puente había un hostal en el que fui atendido. Y el posadero, queriendo agradarme, dijo: «Si queréis ver buena pesca, venid conmigo». Y así me condujo por el puente y miré y vi algunos de sus barcos con aves acuáticas atadas sobre percas. Y luego las ató con un cordel alrededor del cuello para que no pudieran tragar el pescado que atrapaban. A continuación colocó tres grandes cestas en una barca, una a cada extremo y la tercera en el centro, y luego dejó sueltas a las aves. Enseguida empezaron a sumergirse en el agua, atrapando un gran número de peces e incluso, cuando los cogían, los colocaban por sí mismos en las cestas, de manera que al cabo de poco tiempo las tres cestas estuvieron llenas. Y mi posadero les quitó la cuerda del cuello y les permitió sumergirse de nuevo para atrapar peces con los que se alimentaron. Y una vez lo hubieron he-

cho regresaron a las percas y los ató como antes estuvieran. Y algunos de esos pescados tuve para cenar[49].

La descripción presenta una viñeta —nunca hallada en la obra de Marco Polo— de inmediatez, un momento del pasado atrapado para siempre.

Odorico murió en enero de 1331 y fue enterrado en la iglesia franciscana de Udine bajo una lápida que mostraba a un fraile con lo que el coronel Yule ha descrito muy bien como «un semblante franco, benevolente y socrático», asiendo un libro y predicando a unas figuras arrodilladas a sus pies que representan, se supone, a aquellos que convirtiera recientemente. Yule ha sugerido, acerca de la fuerza de su libro, que el interés de Odorico o al menos su participación en la obra misionera era poco entusiasta y Reichert incluso señala que parece tener más interés en observar a las gentes que en su conversión[50]. Eso sería leer demasiado entre líneas. Cinco meses después de su muerte, el patriarca de Aquileia ordenó que se recogiese toda la información acerca de sus milagros[51].Eso puede que sólo refleje las ventajas económicas que puedan haberse percibido al contar con las reliquias de un nuevo santo en la diócesis (Odorico sólo fue beatificado en el siglo XVIII). No obstante, algún tipo de santidad debe haber transpirado de él al morir porque se le dedicaron biografías en el siglo XIV. Una era de Johannes von Viktring (fallecido en 1345/1347): *Liber certarum historiarum*. La segunda era una *Vita* de un franciscano desconocido, escrita en 1369, que sobrevive en trece manuscritos y en la que se afirma (aunque él, en su libro, nunca lo dice) que bautizó a 20.000 paganos[52].

En la Edad Media, el manuscrito se encuadernó con diversos textos: con el de Marco Polo, con la obra de Giovanni di Pian di Carpine, con itinerarios por Tierra Santa, con crónicas como *Polychronicon* de Ranulph Higden, con las historias orientales de Alejandro, con geografía académica como el trabajo —del siglo XII— de Honorius Augustodunensis o con la historia de *El*

viaje al Paraíso de tres monjes (en algunos manuscritos italianos Odorico acaba su vida realizando un viaje final al Paraíso[53]). La conexión está en la geografía, sobre todo en la geografía misionera, y en Oriente. En estas circunstancias, y aunque fuese más pequeño y amplio, su libro proporcionó un poderoso refuerzo acerca de la veracidad de lo escrito por Marco Polo.

No obstante, además de cualquier mérito que pudiera poseer en sí mismo, la importancia de Odorico al ofrecer una ratificación de Polo se vio incrementada por el uso de su contenido en otra obra que empezó a circular a partir de 1366. Era el celebrado *Book of Sir John Mandeville*[54] en el que el autor, en la persona de un caballero inglés, se propone explicar la historia de sus viajes por el mundo. De hecho, no se ha encontrado ningún rastro genuino acerca de la existencia de ese hombre y claramente se trata de una obra construida enteramente a partir de fuentes anteriores. Entre ellas, en particular, están Hetoum y Odorico para el Lejano Oriente y una guía de peregrinos de Guilielmi da Boldensele para Tierra Santa[55], todas traducidas al francés por Jean le Long, un monje benedictino que desde 1365 fue abad' del monasterio de Saint Bertin en Saint-Omer. En 1351, este Jean le Long había traducido seis obras geográficas del latín. Además de las ya mencionadas, estaban la de Marco Polo, el informe del arzobispo de Sultanía de entre 1330 y 1334 y otra narración de peregrinaje a Tierra Santa, obra del dominico Ricoldo da Montecroce[56]. En esas circunstancia y en ausencia de cualquier otro candidato claro como autor, uno se pregunta si «sir John Mandeville» no es el mismo Jean le Long. Ciertamente, al recordar que Jean estaba tan gordo que le resultaba difícil caminar, existe un cierto encanto en la idea de que podría haber protagonizado por escrito el papel de un gran viajero, de que, viviendo como vivía en un monasterio a unas veinticinco millas del Calais inglés, el abad Jean se hubiera metamorfoseado imaginariamente en uno

de esos sir Johns que a menudo habría visto pavonearse por los alrededores.

Eso sólo son conjeturas. No obstante, sea quien fuere el autor, el desprecio con el que se le ha tratado al considerarle un «impostor» está totalmente fuera de lugar. Lo que tenemos aquí es una obra de geografía o de romance geográfico brillantemente construida, en la que un personaje imaginario nos conduce con gran habilidad literaria en un viaje escrito con refinamiento a través de lo que se concibe como el mundo real, una obra maravillosa de *haute vulgarisation* cuya legibilidad contrasta con gran parte de los textos «auténticos» de geografía de su época. Como resultado de todo ello, alcanzó una inmensa popularidad, sobreviviendo en unos doscientos cincuenta manuscritos medievales (versiones en francés, latín, inglés, italiano y alemán, del siglo XIV; en holandés, gaélico, danés, checo y aragonés, en el XV); para luego ser impreso entre 1478 y 1499 en alemán, francés, latín, italiano e inglés; y alcanzando las ochenta ediciones en ocho idiomas entre 1478 y 1592[57].

Diez de los manuscritos están encuadernados con las historias de Alejandro, diez con poesía de Chaucer y diez con la obra de Marco Polo. Aunque Jean le Long también tradujo a Marco Polo del latín, el autor de *Sir John Mandeville* no utilizó su libro (tal vez sintió instintivamente que la densidad de datos del veneciano destruiría su propio intento por crear una obra de arte y lo cierto es que hay que decir que esa densidad destruyó cualquier intento de Rustichello al respecto). No obstante, esta historia sobre Oriente, que no solamente fue considerada como una narración didáctica, sino como el relato de un auténtico viajero, añadió autoridad al libro de Marco y hasta la segunda mitad del siglo XVI fue por lo general aceptado como verídico[58].

V

No obstante, antes de la década de 1380 se tiene la impresión de que el atractivo tanto de Mandeville como de Polo era sobre todo literario en lugar de ilustrador. El cronista florentino Giovanni Villani (que leyó acerca de Gengis Khan y de los mongoles en la crónica de Hetoum y que como mercader bien pudiera contar con otros testimonios acerca de Catai) acepta la realidad descrita en «el libro llamado Milione, realizado por maese Marco Polo de Venecia y que tanto nos cuenta de su poder y señorío, ya que estuvo largo tiempo entre ellos[59]». Pero ningún historiador del siglo XIV, además de Pipino, el traductor de Marco en su propia crónica sobre el mundo, utiliza su material[60]. No obstante, aunque las informaciones sobre el mundo mongol no aparecieron en las secciones históricas de las enciclopedias hasta finales de la Edad Media, todavía era más raro ver cualquier cosa acerca de geografía. Tal y como escribió Reichert, «la representación histórica» y «la descripción de la naturaleza» tomaron caminos diferentes[61].

Si lo que Rustichello fraguó era una combinación de romance y corografía, para sus contemporáneos predominaba el romance. En el *Liber de introductione loquendi* de fray Filippo di Ferrara, un manual de conversación para los dominicos para tratar de cambiar las mentes de aquellos a los que hablasen de religión, aparecen numerosas historias sacadas del libro de Marco; y también puede hallarse el mismo uso anecdótico de Marco y Odorico en una recopilación del Rhineland «Sobre el Oriente», que data de entre 1350 y 1361[62]. Con su aroma exótico, el libro de Marco apelaba a ese «orientalismo medieval» del que ha hablado Richard[63]. Congeniaba con —tal vez fuera su inspiración— las cabalgatas como la que tuvo lugar en Londres en septiembre de 1331, cuando en la víspera de un torneo en Cheapside, el rey Eduardo III junto con muchos caballeros, «se vistieron y disfrazaron de tártaros», cabalgaron la víspera de dos en dos por la ciudad, cada uno llevando a su derecha, mediante una cadena de

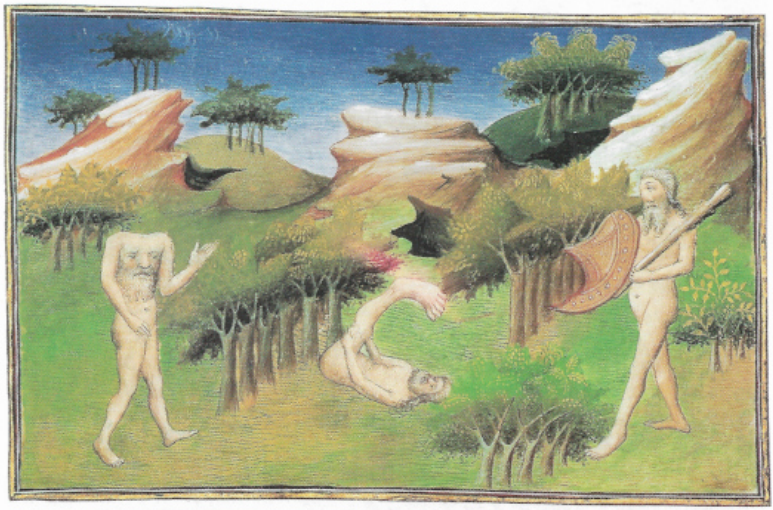
plata, a damas de entre las familias más nobles del reino, ataviadas con túnicas rojas y capas de camelina[64].

En esto el libro se combinaba con —a la vez que ayudaba a su creación— el gusto de la época y ciertamente fue una de las fuentes de elementos orientales en las épicas en francés, francoitaliano e italiano de la baja Edad Media: *Badouin de Sebourc*, la *Entrée d'Espagne* y el *Guerin Meschino* de Andrea da Barberino[65]. La moda continuaría en la Italia del Renacimiento, con el *Margante* de Luigi Pulci, el *Orlando innamorato* de Boiardo y el *Orlando furioso* de Ariosto, en el que Rolando se enamora de Angélica, la hermosa hija de nada menos que el rey de Catai. Sin embargo, eso no implica, claro está, ninguna credulidad en la veracidad del libro. Para Jean d'Outremeuse de Lieja, en su *Myreur des Histoires*, en el que el héroe carolingio, Ogier el danés, conquista Catai y Mangi, el libro es básicamente una fuente romántica para la invención de todavía más romances[66]. Al observar el exotismo oriental del siglo XIV también resulta difícil aislar lo que deriva de Marco y lo que es atribuible a sus sucesores. Cuando en su *Libre du chemin de large estude*, Christine de Pisan viaja a la «rica isla de Catai», parece estar yendo tras los pasos de Mandeville y de Philippe de Mézières en lugar de los de Marco[67], mientras que la localización de «La historia de la ardilla» en Sarai, por parte de Chaucer, seguramente no tiene nada que ver con el libro de Marco[64]. Y siempre lo que predominó abrumadoramente de su popular visión de «Oriente» fue el recuerdo de los mongoles, algo que no iba a cambiar hasta el renacimiento geográfico, que llegó a Europa con el desarrollo del humanismo.

1. Los Polo parten de Venecia
De *Li Livres du Graunt Caam*, por el artista Johannes, *ca.* 1400. Biblioteca Bodleian, Oxford.

2. El mapa TO
El primer mapa del mundo impreso (65 mm de diámetro), aparece en las *Etimologiae* (Augsburgo, 1472) de Isidoro de Sevilla y muestra la típica forma de un mapa TO. Dentro de la O del mundo, Asia se encuentra en la parte superior del mapa. Los brazos de la T están separados por los ríos Don y Nilo y el tronco está formado por el Mediterráneo, que separa África de Europa. Agregados al texto aparecen los nombres de los tres hijos de Noé, de quien se creía que descendían los habitantes de los tres continentes: Set, Cam y Jafet. Alrededor del círculo interior de tierra firme fluye «el mar Océano». Biblioteca Británica, Londres.

3. Oriente, *ca.* 1290
Una representación occidental de Oriente realizada cuando los Polo todavía seguían en China. En la parte superior está el Juicio Final, con aquellos que se han salvado a la diestra de Dios. Se halla rodeado por el Paraíso Terrenal o Jardín del Edén, donde Adán y Eva comen la fruta prohibida y donde tienen su origen los cuatro grandes ríos del mundo. Dentro de la O del mundo que hay por debajo se ve una amplia variedad de ilustraciones sobre la historia y los mitos de la región: «los "seres", que confeccionan prendas de vestir a partir de la seda»; extrañas criaturas como (a la izquierda) el *sciopode* que se protege del sol con su propio pie, (por debajo) los hombres que sólo se alimentan del aroma de las manzanas, el Ganges apareciendo por las montañas y otros más. Muchas de las ilustraciones hacen referencia a la invasión de Alejandro de la India. En la mitad inferior de la ilustración, Abrahán, en Ur, Caldea, mira por una ventana almenada; a su izquierda se puede ver una enorme torre de Babel, cerca de Babilonia. Catedral de Hereford.



4. Las razas monstruosas
Un *blemmya*, un *sciopodo* y un «hombre salvaje». Estas criaturas no aparecen en el libro de Marco. Pero los miniaturistas encargados de ilustrarlo a menudo solían incluirlas, creyendo que cualquier escrito acerca de Oriente debía tratar sobre ese tipo de cosas. Del *Libre des merveilles* de Marco Polo, Biblioteca Nacional de Francia, París, *ca.* 1400.

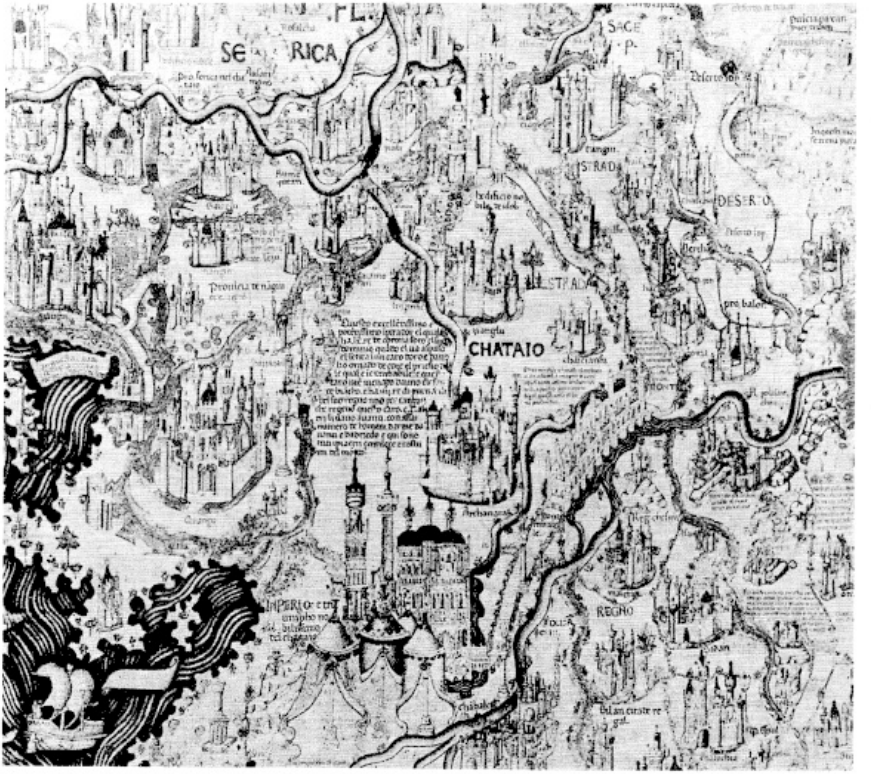
5. Dificultades a la hora de ilustrar
Al echar una rápida mirada a las firmas, el miniaturista ha visto la palabra «hermanos» (refiriéndose al padre y al tío de Marco, Maffeo y Niccolò Polo) y ha llegado a la conclusión de que los Polo eran frailes. De la misma manera, la palabra «tabla de oro» —que es la pequeña tablilla de oro que el Gran Khan les ofreció como marca de su protección— le ha llevado a pintar una enorme y espléndida mesa (*table* en el franco-italiano de la obra) de oro. De un manuscrito del libro de Marco Polo, *ca.* 1400. Biblioteca Británica, Londres.

6. Mapamundi de Pietro Vesconte
Data de alrededor de 1320 y es uno de los primeros *mappaemundi* en los que se aplicaron las técnicas de los trazadores de los portolanos de las cartas de navegación (con una red de loxodromias). Oriente está en la parte superior; Irlanda, «Yhernias», en la parte inferior. El libro de Marco Polo es ignorado en su realización y hay muy pocas entradas orientales. Biblioteca Británica, Londres.

7. *El atlas catalán* (Los cuatro paneles orientales), *ca.* 1380
El mar Negro y Asia occidental aparecen en el primer panel. En el segundo, en la parte superior se puede apreciar (al revés) la representación de una caravana que parte del imperio de Sareas (es decir, Sarai o el khanato Kipchak). «Esta caravana ha dejado el imperio

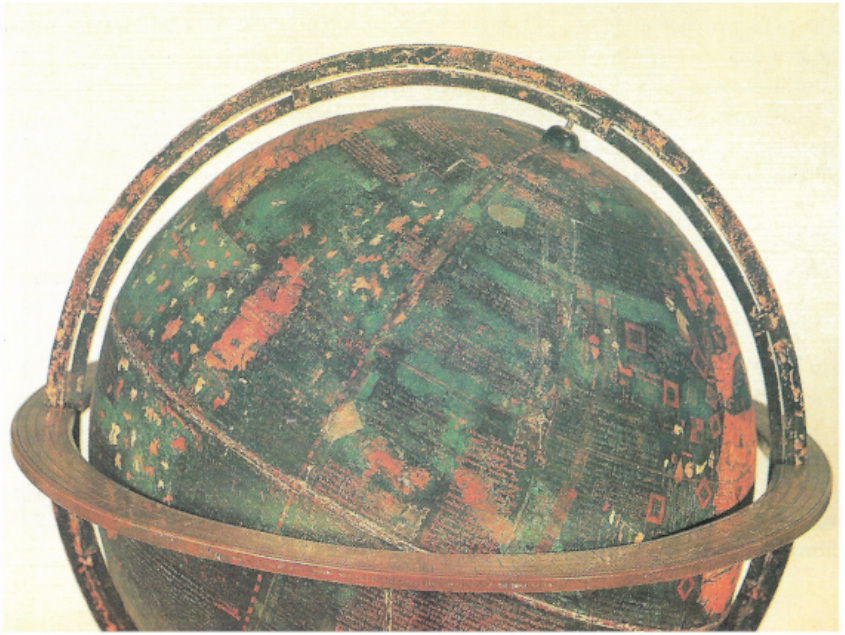
de Sareas para dirigirse a Catai». En el tercer panel está el khan del «imperio de Media (Chagatai), el soberano de Gog y Magog (a caballo; arriba, derecha), Lop, Tenduc, dos hombres cazando diamantes con águilas (centro) y (abajo) India. El cuarto panel aparece detallado en la ilustración 8. Biblioteca Nacional, París.

8. *El atlas catalán* (Sudeste asiático)
En la parte superior, casi en el centro, está Khanbalic (con una extensión de dos millas), y a su izquierda (al revés) el Gran Khan, al que se dice que protegen 12.000 jinetes. Se ve Quinsai, Fugu y Zaiton como un gran puerto. En el mar de Chin están Java y 7.458 islas con la promesa de «oro, plata, especias, piedras preciosas». «Trapobana» o Taprabona (a menudo considerada en Occidente como Ceilán, pero que aquí tal vez sea Java) cuenta con un impresionante soberano y un elefante indio y a la izquierda (que no aparece en el libro de Marco), una sirena. Biblioteca Nacional, París.

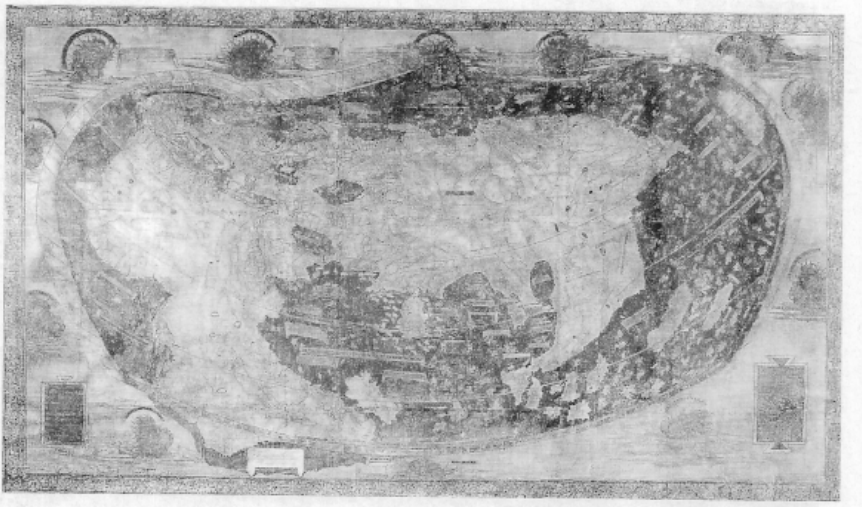


9. La China de fray Mauro, detalle

En este mapa de 1459, de la Biblioteca Nacional Marciana de Venecia, resulta muy aparente la influencia de Marco Polo en su paisano cartógrafo. El sur está en la parte superior del mapa, donde se puede ver al Yangtze y sus afluentes. El río de la parte inferior es el Amarillo, con una sugerencia acerca de su gran recodo superior. En el centro, también en la zona inferior, en el interior del «noble imperio de Catai», está la ciudad de «Chanbalec» (Khanbalic o Beijing), «Quançu» (Quinsai, o Hangzhou) está colocada en la costa, con una leyenda acerca de que su circunferencia es de 100 millas y que cuenta con 12.000 puentes. Más al sur está el «Regno Magno» (Mangi o las provincias del sur de China), que se dice contiene 12.000 poblaciones. Al este, en la parte superior, está el desierto de Lop. Las ilustraciones de las poblaciones siguen confiriendo un carácter «medieval» al mapa, pero a la vez ofrecen la impresión de ser un país rico y muy poblado.



10. Martin Behaim. Globo terráqueo
Una vez más, triunfa la fe en Marco Polo. Cipango aparece de manera prominente en el Atlántico oriental, frente al Mangi continental y entre las 7.448 islas de que habla Marco en el mar de Chin. Germanisches Nationalmuseum, Nuremberg.



11. Henricus Martellus Germanicus. Mapa del mundo
En esa época la única fuente de conocimiento en Europa acerca de Cipango o Japón seguía siendo Marco Polo. En el *mappamondo* de Martellus de alrededor de 1489, Cipango no aparece. Pero en este mapa de Yale, que se dice se realizó por las mismas fechas, puede verse en la esquina superior derecha. Para el Sudeste asiático, el cartógrafo también se ha inspirado en Conti. Biblioteca Beinecke, Universidad de Yale.

12. Los cuatro héroes del conocimiento geográfico
En este grabado en madera de *circa* 1550, el mapa del mundo de Matteo Pagano, basado en un planisferio anterior de Giacomo Gastaldi, coloca en su cuatro esquinas las figuras de Tolomeo, Estrabón, Colón y, en la esquina inferior izquierda, a Marco Polo. Sobrevive en una única copia ahora en la Sala de mapas de la Biblioteca Británica.

13. Ortelius. Tartaria

Como Marco sólo ofreció los topónimos de China en su forma mongol o persa, los primeros europeos que llegaron por mar a las costas chinas no cayeron en la cuenta de que era el mismo país por él descrito. El resultado de ello es que los cartógrafos situaron un país llamado Chin o China entre 25° y 40° de latitud y por encima de los Mangi y Catai de Marco Polo. Así pues, en este gran atlas de Ortelius, el *Theatrum orbis terrarum* de 1587, a 25° hay un puerto llamado Chincheo, es decir, Ch'üan-chou (Quanzhou en pinyin), mientras que a 40° aparece otro puerto llamado Zaiton, que era el nombre mongol de Ch'üan-chou. Biblioteca Huntington, San Marino, California.

14. Ortelius. Mitad oriental del planisferio
Aquí Ortelius se deja llevar por la interpretación de Mercator del relato de Marco Polo sobre los reinos de Lucach, Beach y Maletur, que están situados en la cúspide de un promontorio que se eleva de la gran *Terra Australis* o *Tierra austral sin descubrir*, al sudeste de Java. Una nota bajo Maletur hace referencia a los viajes de Marcus Paulus Venetus y de Ludovico Varthema como testimonios de «las inmensas y vastas regiones» que aquí aparecen. Biblioteca Huntington, San Marino, California.

Capítulo 8

Marco entre los humanistas

I

Parece que la época en la que se puso más en duda el libro de Marco fue en los años entre finales del siglo XIV y principios del XV. Al decaer los contactos occidentales con el Lejano Oriente y con la muerte de aquellos que visitaron China, en Europa cada vez eran menos los que podían testimoniar personalmente acerca de su veracidad. No es, pues, sorprendente que precisamente en ese período encontremos el único ejemplo de los siglos XIV y XV acerca de una explícita declaración de incredulidad sobre la obra. En el invierno de 1392, el patricio florentino Amelio Bonaguisi servía como *podestà* en la pedanía de la población de Cerreto Guidi. En este lejano exilio (pues el escrupuloso *podestà* se aisló a sí mismo de la vida social de aquellos sometidos a su disciplina) pasó parte de su tiempo libre en escribir versos y en copiar un libro. Transcribiría muchas obras en el curso de su vida: *Un tratado moral, Los libros y sentencias de los filósofos*, «un catálogo de ciudades famosas antes y después del Diluvio» y una traducción al italiano de las *Epístolas* de Ovidio[1]. En esta ocasión copió la versión toscana del libro de Marco Polo. Y cuando la hubo finalizado, en un lenguaje que refleja maravillosamente la guerra entre las dudas y las creencias que tenía lugar en su mente, explicó:

> para pasar el tiempo y alejar la melancolía. Como me parecen cosas increíbles y todo lo que dice me parecen no tanto mentiras como milagros. Y no obstante, puede que sea verdad todo acerca de lo que habla, pero yo no lo creo, aunque en el mundo uno encuentra cosas muy diferentes de país en país. Pero ésas, me pare-

ce a mí —aunque he disfrutado al copiarlas—, son cosas que no deben creerse ni dar fe de ellas, me parece a mí[2].

Como prejuicio instintivo, dados los conocimientos de que disponía, no resulta irracional. No se trataba, por supuesto, de un juicio informado realizado por un cosmógrafo y no tuvo ningún eco explícito (aunque sí alguno no explícito) en años posteriores. En realidad, y con gran justicia, Folker Reichert ha ofrecido una explicación según la cual, el libro, considerado en el siglo XIV como una simple narración de *mirabilia* y leído sobre todo como entretenimiento literario, pasa, a principios del siglo XV, a ser considerado como una fuente de genuinos conocimientos geográficos[3].

Es verdad que hacía algún tiempo que los cartógrafos lo utilizaban como fuente[4]. Los primeros *mappaemundi* «transicionales» —como Woodward los ha definido[5]—, los primeros mapas que aplicaron las sofisticadas y realistas técnicas de los cartógrafos de las cartas marinas contemporáneas para trazar mapas del mundo, datan de principios del siglo XV. Sin embargo, Marco es ignorado en todo lo que ha sobrevivido. Podemos pensar en el mapa del mundo de fray Paolino Minorita, que incluyó en su tratado, el *De mapa mundi* (*ca*. 1320). En él, fray Paolino señala algunos breves detalles acerca de Oriente y en ciertos casos parecen provenir de la lectura de Hetoum: «Aquí está el Gran Khan», «Comienzo del reino de Catai». Otros, como los topónimos Gazaria y Valari, pueden encontrarse en la crónica de Rubruck; y junto con Rubruck (en contra de la sabiduría tradicional de Isidoro de Sevilla), Paolo sostiene que el Caspio es un mar cerrado[6]. A pesar de ello, ésta es una obra que, a causa de que pasa por alto a Marco, ofrece muy pocos detalles sobre gran parte de Asia.

Poco después de Paolino, Pietro Vesconte, responsable de muchas cartas de navegación y de cabotaje, trazó un mapa del mundo (**véase ilustración 6**) que acompañaría el *Liber secretorum fidelium crucis* de Sañudo, una de esas obras, numerosas en la época,

que ofrecían elaborados planes para llevar a cabo cruzadas[7]. El mapa de Vesconte es una versión algo mejorada de la de Paolino y añade gran parte de sus notas junto con algunos de los comentarios de *De mapa mundi* sobre las fronteras de Catai. Aparte de eso, lo que muestra de Asia es escaso y generalizado: «Aquí nacen elefantes», etc., mientras que aquí también están «los castillos de Gog y Magog» que Hetoum menciona, pero que Marco ya ha explicado que eran dos pueblos bastante diferentes, Ung y Mugul. Se ha sugerido que Vesconte y Sañudo (que en su libro menciona a Hetoum pero no a Marco) ignoraron el libro de Marco porque su cruzada implicaba el Oriente Medio. No obstante, en ese caso, ¿para qué intentar adentrarse en el Extremo Oriente? Sospecho que para esos hombres intentar incluir el material de Marco hubiera representado una ruptura demasiado radical con la idea aceptada de lo que eran los *mappaemundi*. Tanto Paolino como Vesconte pueden haber abandonado la idea dada la inmensa dificultad de traducir el libro en una representación cartográfica. Aunque se ofrecen indicaciones acerca de situaciones y distancias, tanto en millas o en días de viaje, no ofrece, claro, grados de latitud —algo por lo cual sería extrañamente criticado en el siglo XVII— por no hablar de longitudes. Podríamos decir que sólo la buena disposición a creer en Marco podía hacer que uno estuviese dispuesto a enfrentarse con todas esas descripciones tipo: «Y ahora marcharemos de Suju y nos dirigiremos a otra ciudad llamada Viju, a un día de distancia»; unos pasajes a partir de los que se hacía muy difícil poder trazar un mapa geográfico del mundo.

No obstante, debe quedar claro —al igual que al libro de Marco le siguieron los de Odorico y Mandeville— que, sin hacer ningún esfuerzo por llegar a un acuerdo con esa nueva información, no era posible realizar ningún *mappaemundi* verdadero. Se ha sugerido que el primero en intentarlo fue Angelino Dulcert, cartógrafo de Mallorca. Ha sobrevivido uno de sus mapas

del año 1339, donde aparece Europa desde las Canarias hasta el mar Negro. El carácter irregular del margen derecho ha sugerido a algunos eruditos que la obra con la que contamos sería sólo la mitad que ha sobrevivido. Como lo que queda cuenta con un gran parecido con la imagen de Europa que aparece en el celebrado *Atlas Catalán*, una obra producida unos cuarenta años antes, y como el *Atlas Catalán* ofrece una imagen de Oriente basada en el libro de Marco Polo, se ha aducido que las hojas perdidas de Dulcert eran las mismas[8]. Pero una de las objeciones principales a esta teoría es que los topónimos que aparecen en el *Atlas Catalán* parecen haber sido tomados de una versión del libro de Marco posterior a 1377, es decir, casi cuarenta años después del mapa de Dulcert. En definitiva, resulta un tanto temerario especular acerca de lo que pudiera contener la obra perdida de Dulcert. Sin embargo, las pretensiones acerca de eso mismo nos demuestran la cantidad de nuestros conocimientos que se hallan limitados por los azares de lo perdido y de lo que ha sobrevivido. Y también —deberíamos añadir— por las arbitrarias interferencias entre los documentos con que contamos. En la última de las ocho hojas del *Atlas Medici*, que data del tercer cuarto del siglo XIV, encontramos una isla señalada «Sipango» y el topónimo Madagascar, entradas que sólo pueden provenir de haber leído a Marco Polo. No obstante, si observamos más de cerca el estilo de presentación, resulta evidente que se trata de añadidos posteriores que «con toda seguridad no son anteriores al siglo XVI[9]».

La verdad es que los primeros mapas que conocemos y que parecen estar fuertemente influenciados por el libro de Marco son los del *Atlas Catalán* (véanse ilustraciones 7 y 8). Probablemente fueron trazados por el judío mallorquín Abraham Cresques en las proximidades de 138O[10]. Pintado sobre ocho paneles de madera, cada uno de 69 cm por 39 cm, entrecruzados por las loxodromias de las cartas de navegación, el contenido oriental proviene tanto de leyendas tradicionales como de relatos de

viajeros. Entre éstos está Odorico: por ejemplo, el mapa muestra «Zincolan» (Cantón, Guangzhou) y «Mingio» (Ningbo), de los que habló él, pero no Marco Polo. Pero su fuente principal acerca del material oriental es, sin duda, el libro de Marco, tal vez en la versión preparada unos pocos años antes —aunque no está claro si con la idea de una cruzada en mente— para el cardenal Juan Fernández de Heredia[11]. En él aparece el «imperio de Sareas» (de Sarai, el khanato Kipchak), y una imagen de una caravana que parte de él («Esta caravana ha dejado el imperio de Sareas para dirigirse a Catai»). Aquí también están «el imperio de Media» (el khanato Chagatai), Karakorum y el Gran Khan con 12.000 caballos y también las tierras del Gran Khan: «Chancio» (Zhangye), Khanbalic (que se extiende dos millas), Quinsai, Fugu, Zaiton, Quienfu, Shangdu y un total de veintinueve poblaciones chinas. En el mar de Chin están Java y 7.458 islas (el texto de Rustichello contaba con 7.448 islas) con la promesa de «oro, plata, especias, piedras preciosas». En Taprabona aparece un elefante indio. India, que por primera vez aparece en un mapa en forma de península, cuenta con un *sati* ilustrado. También hay mucho material mítico: Gog y Magog están encerrados tras una gran muralla por Alejandro y diamantes que se cazan con águilas y da la impresión de estar a siglos vista de un mapa moderno. Pero por primera vez la China occidental asume en un mapa una forma reconocible y —podríamos decir— racional[12].

La influencia de Marco Polo, tanto a través del *Atlas Catalán* o de cualquier otro mapa dependiente del Atlas, queda también demostrada, aunque de manera no tan clara, en *Libro del conosqimiento de todos los reynos e señoríos*, que fue escrito probablemente en las dos últimas décadas del siglo XIV. En esta obra escrita en español, a fin de instruir al lector en el conocimiento geográfico, el autor pretende ser un fraile franciscano que ha viajado por el mundo. Podría decirse que su propósito es similar al libro de Mandeville. Sin embargo, es mucho menos elaborado y artístico,

ya que sólo contiene una recopilación de nombres al margen del mapa. No obstante, se nos ofrecen —aunque de manera muy confusa— los diversos topónimos de un viaje entre Arabia y Java y el imperio de Catai[13].

Aunque los cartógrafos empezaron a prestar atención al texto de Marco a partir de la década de 1380, todavía tendrían que pasar veinte años antes de que los eruditos literarios lo tomasen en consideración. Sorprendentemente, el libro de Marco Polo ganó importancia con los humanistas. Con el Humanismo de los tiempos de Petrarca y Boccaccio —y sobre todo con el aumento del estudio del griego a partir del siglo XV— el estudio de la geografía empezó a adquirir dignidad y contenido. En cuanto a Marco, las primeras indicaciones al respecto aparecen a finales del siglo XV, en las secciones geográficas del *Fons memorabilium universi*, una enciclopedia en treinta y cinco volúmenes recopilada por el profesor y humanista Domenico di Bandino, de Arezzo. Bandino describe a Marco como «el investigador más diligente de las costas orientales» y en su obra incluye abundantes citas de la de Marco. En la sección biográfica del *Fons*, que detalla a los *viri clari* u «hombres famosos», Marco vuelve a ser mencionado, junto con otros escritores y geógrafos como Plinio, Isidoro y Brunetto Latini (mientras que Solino, Orosio y Alberto Magno son ignorados). Se le dedican sólo tres líneas, pero en ellas es aclamado como el autor del «delectable libro que trata del emplazamiento, costumbres y condiciones de las provincias orientales». Se ha sugerido que esa palabra, «delectable» (*delectabilem*), debería hacer que nos lo tomásemos con calma, pues cuenta con un tono de disfrute alejado de otras obras dedicadas a informaciones serias (una reacción académica arquetípica[14]). Por supuesto, el logro de Rustichello fue arropar hechos severos de manera «delectable» para la época.

Dicho lo cual, puede que se alcanzase una etapa importante en el desarrollo de un interés real por Oriente con la obrita del con-

temporáneo de Bandino, el político florentino Domenico Silvestri. En su *De insulis et earum proprietatibus*, escrita alrededor de 1400, Silvestri parece realizar serios intentos por descubrir la verdad geográfica. Al hablar sobre las islas del océano índico y del mar de la China, señala que el veneciano Marco Polo escribió que en India (en Oriente)[15] existían tantas islas que sería muy difícil hablar de ellas. ¿Es cierto? Silvestri nos dice que se halla bastante preparado para rebatir algunas aseveraciones acerca de Oriente. Su intención es exponer únicamente lo que ha sido atestiguado por la autoridad de la antigüedad (aquí habla el humanista), por testimonios de *viva voce* o por conjeturas probables. Por ejemplo, rehúsa aceptar la afirmación de Odorico de que hay 5.000 islas bajo la soberanía del rey de los tártaros. Es una de esas afirmaciones que considera mentira y que desafortunadamente debilita la fuerza de las cosas veraces relatadas por Odorico. Y de ninguna manera aceptaría lo que Marco Polo escribió excepto por el hecho de que conoció a un veneciano que había estado en «India» y declarado que él mismo vio muchas de las cosas relatadas en el libro. Marco, vuelve a señalar (aunque aquí es culpable de una malinterpretación bastante común[16]), habla de los hombres con cabeza de perro. Bien, lo mismo hizo Isidoro «y, si le creemos, ¿por qué no íbamos a creer a Marco Polo?»[17].

Aunque todo ello representa un nuevo realismo a la hora de considerar el libro, también implica la urgente necesidad de verificar personalmente lo que cuenta. Era algo que no podía hacerse a finales de ese siglo, pues era la época en la que Timur dominaba Asia central. Ruy González de Clavijo, que encabezó una embajada en nombre del rey de Castilla para encontrarse con él en 1403, cuenta en sus memorias un poco acerca de las tierras de más allá. En Samarcanda conoció a un mercader que llegó en caravana desde Khanbalic y que le habló de «la gran riqueza y la cantidad de habitantes de Catai», para pasar luego a describir su ciudad como veinte veces el tamaño de Tabriz. Y a requerimien-

to de Timur, el grupo de Ruy gozó de precedencia sobre los emisarios de Catai. Pero está hablando de un mundo que considera muy remoto. También Johannes Schiltberger, que durante muchos años fue cautivo de Timur, supo de China sólo como una tierra atacada por Timur. Las narraciones de los viajes de Bertrand de la Broquière (1432-1433) y de Pero Tafur (1435-1439) demuestran sólo un conocimiento superficial de los tártaros rusos y en ninguna de ellas aparece conocimiento alguno sobre el Extremo Oriente[18]. En 1410 o 1414, Juan III, arzobispo de Sultania, en Persia, envió —siguiendo órdenes de Timur— un *Libelus de notitia orbis* a los gobernantes de Venecia, Genova, Milán, París, Londres y Praga, pidiéndoles que se aliasen con su señor. Pero este panfleto, que demostraba un buen conocimiento del Oriente Medio, se muestra vago y circunstancial acerca de las tierras que hay más allá[19]. La embajada de Pietro Rombulo al rey Jorge «de Catai» (¿tal vez Tangut?) en 1444-1448 fue llevada a cabo desde Etiopía y pasó desapercibida en Europa occidental[20]. Fue necesario que otro veneciano —Niccolò Conti— regresase a Italia, tras pasar veinticinco años en Oriente, para que pudiesen convalidarse como veraces los relatos de Marco Polo y Odorico.

Como mercader, Conti viajó a Persia y luego pasó por etapas —vía el mar Rojo— por India, Malaysia, Sumatra, Java y Vietnam. Regresó por Bengala, Abisinia y Egipto. En Egipto, y a fin de salvar su vida y la de su esposa e hijos, adoptó la fe musulmana. Regresó a Italia entre 1439 y 1442 y se dirigió al papa Eugenio IV, entonces en Florencia, para conseguir la absolución por su apostasía. En la corte papal escribió su historia el secretario papal Poggio Bracciolini, en una prosa narrativa en latín que tendría gran influencia sobre el pensamiento geográfico acerca de Asia[21]. Conti no llegó a China pero habló de mercaderes chinos de inmensa riqueza y, como Marco, se mostró muy impresionado por los juncos chinos. La extrañeza del mundo descrito por

Conti volvió a reflejar, y de alguna manera validar, lo que ya explicase Marco. A este material, Poggio le añadió un relato que le contó —o más bien (existían dificultades de traducción) lo que creyó que le decía— un representante del patriarca de un reino cristiano nestoriano «de India Superior hacia el norte, a veinte días de viaje de China[22]». Todos estos contenidos los incluyó en ese clásico humanista, *De varietate fortunae*. Publicada en 1448, fue una obra que apareció en varias versiones manuscritas y que fue traducida, unos veinte años después, al italiano. El Libro IV, que contiene la historia de Conti, empezó a circular por separado y en 1492 esta cuarta sección fue impresa por el humanista milanés Cristoforo da Bollate, con el título *India recognita*[23].

El relato de Asia de Conti tiene un interés propio y pronto saltó a la vista que parecía testimoniar la veracidad del de Marco. Poco antes de 1458, una copia del libro de Marco —copiada unos veinte años antes por uno de los burócratas de Eugenio IV — llegó a manos de un patricio veneciano. Cuando la leyó escribió lo siguiente: «Yo, Jacomo Barbarigo, he leído este libro de Marco Polo y he hallado que mucho de lo que dice es cierto y doy testimonio de ello a través de la revelación de maese Niccolò Conti, veneciano, que ha pasado largo tiempo en esa parte de India, y de forma similar a través de los numerosos mercaderes moriscos con los que he hablado[24]». De igual manera, el transcriptor de un manuscrito Wolfenbüttel del siglo XV señala la validez del libro de Marco a partir de las narraciones de Hetoum, Odorico, Mandeville y Conti[25]. La cuestión adquiere más importancia en 1502. Los portugueses ya conocían y utilizaban el libro de Marco desde hacía muchos años[26]. Pero sólo entonces fue traducido en su idioma junto con el cuarto libro de la *Historia* de Poggio. En su introducción y dedicatoria al rey Manuel I el Afortunado, el traductor Valentín Fernandes explica que

> en el viaje de Niccolò Conti se habla de otras ciudades de India, aparte de Calicut y Cochin, que nosotros ya hemos descubierto… Esta obra es un testimonio del libro de Marco Polo, que viajó a las tierras orientales yendo de poniente a le-

vante en tiempos de Gregorio X. Y este Niccolò más tarde, en tiempos de Eugenio IV, se adentró por el sur y halló las mismas tierras descritas por el mencionado Marco Polo. Y ésa es la causa principal de que yo haya emprendido la labor de esta traducción por mandato vuestro[27].

II

En el siglo XV, la búsqueda del conocimiento empírico fue de la mano con una expansión del número de textos manuscritos del libro y finalmente con su aparición en forma impresa. El libro fue impreso por primera vez en su versión alemana (Nuremberg, 1477; reimpreso en Augsburgo en 1481). A continuación le siguió la traducción latina de Francesco Pipino, el *Liber de consuetudinibus et condicionibus orientalium regionum*, publicado por Gerard de Leeu en Amberes entre 1485 y 1490, y luego el texto en dialecto veneciano de Venecia en 1496[28].

Al mismo tiempo, el siglo fue testigo de una vasta expansión de los horizontes intelectuales de la geografía[29]. En su desarrollo tuvo una gran importancia la llegada a Occidente de las obras de los principales geógrafos griegos; la *Geografía* de Tolomeo, que fue traducida primeramente al latín en 1406, dio paso a sofisticadas consideraciones acerca del tamaño y la forma del mundo conocido y al problema que representaba plasmarlo en un mapa[30]. La obra de Estrabón, que circuló en Italia a partir de 1423, fue finalmente publicada en una traducción en 1469. Ofrecía diferentes interpretaciones de esos problemas, junto con —y eso fue lo que la diferenciaba claramente del estudio ptolemaico— un elaborado estudio corográfico, el tipo de material que Tolomeo descartó como mera «cháchara». Estos autores introdujeron en la Europa del siglo XV dos conceptos diferentes de lo que en la antigüedad constituía la auténtica disciplina de la geografía, unos temas dados a la investigación y el debate. Ese debate, en lo que todavía seguía siendo una cultura manuscrita donde los nuevos conocimientos pasaban lentamente a ser de dominio público y donde las viejas actitudes y creencias seguían

fuertemente arraigadas, tardó algún tiempo en desarrollarse. Es algo que se aprecia claramente en el *Ymago Mundi*, del futuro cardenal Pierre d'Ailly, completado en agosto de 1410. En su prefacio, d'Ailly ofrece la explicación convencional del mundo ilustrado de la Edad Media acerca de la geografía: «Parece que la imagen del mundo al ser representada como en un espejo no carece de utilidad para comprender las Sagradas Escrituras, que con frecuencia mencionan las zonas del mundo, especialmente aquellas que están habitadas[31]». De hecho, se confina a sí mismo a presentar lo que ya ha sido establecido por las autoridades académicas convencionales: Plinio, Solino, Isidoro, Sacrobosco, Roger Bacon, Oresme, sin realizar esfuerzo alguno por reconciliar las diferencias entre ellos. Además, mientras escribía, d'Ailly permanecía ajeno a la circulación de la versión latina de la *Geografía* de Tolomeo. Unos dos años más tarde se le señaló tan embarazosa circunstancia. Ante lo cual, imperturbable se puso no a descartar o reeditar su obra, sino a escribir dos *Compendia* de la *Geografía* —«esta gran y útil obra recientemente traducida del griego al latín[32]»— que mantendrá cara a cara con su tratado original inalterado.

Aunque d'Ailly se cruzó tardíamente con Tolomeo, nunca, en ningún ocasión, mencionó a Marco Polo. En ese detalle se estaría tentado a ver su rechazo silencioso. Sin embargo, d'Ailly no tiene en consideración las obra de ningún viajero: ni la de Rubruck (conocida por Roger Bacon), ni las de los misioneros entre los mongoles que pueden hallarse en la *Encyclopaedia* de Beauvais, ni ninguno de los escritos de los frailes que estuvieron en Asia en el siglo XIV. El resultado es una obra que disfruta de esa claridad que proviene de no estar cargada de demasiados conocimientos eruditos y, por ello se convertiría en un útil libro de texto para Cristóbal Colón. De ello se desprende que el estudio de la cosmografía en la Universidad de París tenía que ver únicamente con referencias al conocimiento adquirido en las universidades,

sin tener en cuenta lo que sucedía fuera de ellas. Ésta es una forma de estudio que sería repudiada por la mayor parte de los humanistas, porque juntar los conocimientos de Tolomeo con la experiencia de Marco es un mi rito suyo. El manuscrito de una traducción alemana de Marco Polo encontrado en Múnich, transcrito entre 1469 y 1486, llega incluso a hacer que Marco recomiende a Tolomeo como «lectura adicional». En este manuscrito a Marco se le hace caer en el error —tan común en la Edad Media— de confundir al cosmógrafo con el rey Tolomeo Filadelfio II: «No os hablaré más de tierras extranjeras. Pero aquel que desee conocer más lo hallará en el gran erudito y rey de Egipto, que no sólo ha escrito del mundo sino también de los cielos, con sus estrellas y todo el firmamento. *Deo gratias*[33]».

A menudo se ha dicho que los humanistas consideraban los textos clásicos con tal reverencia que para ellos estaban por encima de toda posible crítica. En lo que respecta a la geografía, esa actitud —aunque pronto hallaremos un ejemplo de ello— era rara. Durante el siglo XV tuvo lugar una lucha continua para distinguir la verdad de la falsedad en los textos recién descubiertos y para aplicar lo que era cierto a las necesidades modernas. En esta búsqueda por verificar o aumentar la información de los antiguos, los contemporáneos buscaban el conocimiento alejándose tanto del pasado clásico como del reciente. Ello resulta evidente en el Concilio General de la Iglesia reunido en Florencia entre 1439 y 1443. Entre los principales objetivos del concilio estaba la unión de la Iglesia ortodoxa griega y otras iglesias cristianas orientales bajo la autoridad del Papa de Roma. En esa época, llena de delegados de todo el orbe cristiano, de Constantinopla, Rusia y muchas partes de Oriente, la ciudad debía de estar casi tan atestada e invadida y resultar tan cosmopolita como en la actualidad. Fue entonces cuando Poggio conoció a su cristiano nestoriano «de "la India Superior"». También entonces, «presa de un deseo de conocer las cosas que parecían ser desconocidas para

los escritores y filósofos antiguos e incluso para Tolomeo, que fue el primero en escribir sobre la materia», preguntó a los delegados de la Iglesia etíope acerca de las tierras de las que provenían y de las fuentes del Nilo[34].

Al mismo tiempo nos llegan noticias de Parentucelli, el futuro Nicolás V, que negocia con cristianos etíopes, armenios y jacobitas a través de un intérprete veneciano que —se nos dice— sabía más de veinte lenguas[35]. Los cristianos «etíopes» —es decir, «coptos»— atraían mucho interés en la Florencia de esa época. Cuatro monjes de Egipto y cuatro monjas de un convento copio de Jerusalén fueron preguntados por otro secretario papal, Flavio Biondo, que puso gran interés en demostrar los errores de Tolomeo que le habían revelado. No sin hacer gala de un cierto orgullo a cuenta de su saber, nos advierte que «Tolomeo ignoraba muchas cosas[36]». Otro personaje que también habló con los extranjeros —y en esta ocasión es cuando encontramos a alguien de gran importancia al considerar la influencia de Marco Polo— era el astrólogo y médico florentino Paolo dal Pozzo Toscanelli. Le encontramos en la celda de Ambrogio Traversari, en el monasterio de Santa María degli Angelí, discutiendo el estado de la Iglesia copta con un monje abisinio y, de nuevo, preguntando al cardenal de Kiev acerca de la geografía de Rusia[37]. También le hallamos con el brillante escolar bizantino Gemistos Pletho examinando un *Mapa del norte*, un mapa de Noruega, Islandia y Groenlandia que Toscanelli obtuvo de un danés, un tal Clausson Swart, que visitara Florencia unos cuantos años antes[38]. Aquí, cincuenta y cuatro años antes del primer viaje de Colón, estos dos hombres miraban un mapa en el que aparecía una parte del Nuevo Mundo.

En este concibo, el mismo Toscanelli se reunió con un amigo de sus días de estudiante en la Universidad de Padua, el cardenal Niccolò de Cusa, notable como teólogo y filósofo, también interesado en los principios de la cartografía. El fue quien trazó o

mandó trazar uno de los primeros mapas que sobreviven de Europa central y poseía manuscritos de los viajes de Marco Polo y de los de Niccolò Conti, transcritos estos últimos por Poggio[39]. Más tarde, este mismo Cusa tendría junto a él a un clérigo portugués llamado Fernão Martins. Y en junio de 1474 a este mismo Martins, ahora canónigo de Lisboa y consejero del rey Alfonso V de Portugal, Toscanelli, a petición del rey, enviaría un mapa junto con una carta en la que le explicaba su fundamento. En ella, Toscanelli sostiene que el camino más corto hacia las Indias se extendía hacia el oeste, a través del Atlántico:

> Ya he hablado con vos en alguna otra parte acerca de un camino más corto, en travesía por el mar, hacia las tierras de las especias que el que tomáis por Guinea. Vuestro serenísimo rey requiere de mí algunas explicación acerca de esto o más bien algún tipo de dibujo que pudiera ser llevado y comprendido incluso por aquéllos de poca cultura… [eso significa que Toscanelli envía un mapa]… Se dice que en un noble puerto llamado Zaiton abundan los navegantes con mercaderías que no pueden hallarse en tanta cantidad en ninguna otra parte del mundo. Se dice que cien grandes naves al año descargan pimienta aquí, por no mencionar las naves con otras especias. El país está muy poblado, con una multitud de provincias y reinos y ciudades sin número, bajo un príncipe llamado el Gran Khan, cuyo nombre en latín significa «Rey de reyes» y cuyos palacios y residencias están en su mayoría en la provincia de Catai.
>
> Sus antepasados desearon la amistad de los cristianos y a lo largo de los últimos doscientos años enviaron embajadores al Papa pidiendo les enviasen muchos hombres instruidos en nuestra fe que pudieran predicar; pero los enviados, impedidos por las dificultades del viaje, regresaron. En tiempos del papa Eugenio llegó un embajador que le habló de su gran amistad con los cristianos y tuve una larga charla con él sobre muchas cosas: sobre la magnitud de los edificios reales, del gran tamaño de los ríos en largura y anchura, de la multitud de poblaciones en sus riberas…
>
> Desde la ciudad de Lisboa hacia el oeste hay [marcados en el mapa] veintiséis espacios, cada uno de ellos conteniendo doscientas cincuenta millas, hasta la noble y gran ciudad de Quinsai. Esta ciudad tiene cien millas de perímetro y diez puentes y su nombre significa Ciudad del Cielo y muchas cosas maravillosas se cuentan de ella, acerca de su arte y sus rentas… Esta ciudad está en la provincia de Mangi, cerca de la provincia de Catai, en la que se encuentra el palacio real. Y desde la isla de Antillia [una isla imaginada que se suponía existía en el centro del Atlántico], conocida de vos, hasta la muy noble isla de Cipango, hay diez espacios. Esta tierra es muy rica en oro, perlas y piedras preciosas y los templos y los palacios reales están recubiertos de oro[40].

Se duda de la autenticidad de esta carta. Si fue realmente escrita por Toscanelli demuestra que en el círculo Cusa-Martins-Toscanelli se tomaba a Marco Polo con mucha seriedad. Aparte del visitante de Eugenio IV del que habla Toscanelli y tal vez de Niccolò Conti (aunque Conti nunca visitó China), la fuente de la caracterización general de Zaiton debe ser Marco (libro II, capítulo LXX, de la versión en latín de Pipino). Odorico o Marco (libro II, capítulo LXIII) deben ser los responsables de las supuestas 100 millas de circunferencia de Quinsai. Toda la información sobre Cipango debe provenir de lo que puede hallarse en la versión de Pipino, en el libro III, capítulo II[41]. Finalmente, los embajadores enviados al Papa por el Gran Khan pidiendo misioneros deben de haber sido el padre y el tío de Marco y los misioneros que se volvieron atrás, los breves compañeros de viaje de Marco, los dos dominicos Guillermo de Trípoli y Niccolò de Vicenza.

¿Es una carta auténtica? Desde el primer ataque a su autenticidad realizado por Henry Vignaud en 1901, se han venido discutiendo de manera exhaustiva dos preguntas. La primera, ¿escribió y envió la carta Toscanelli, junto con un mapa, a la corte portuguesa? La segunda pregunta —que trata un tema bien diferente— sería: ¿oyó Colón hablar en alguna ocasión del mapa, intercambió correspondencia con Toscanelli y recibió de él una copia de la carta y el mapa[42]? Sean cuales fueren las dudas existentes acerca de una relación epistolar entre Toscanelli y Colón, la mayoría de los eruditos aceptan que la carta de Martins es auténtica. Se suelen preguntar ¿cuál sería el motivo para falsificarla? Desgraciadamente no hay nada acerca de los estudios sobre Colón que pueda resolverse tan lisa y llanamente. Cioranescu, por ejemplo, ofrece un motivo junto con una explicación acerca de cómo consiguió Colón una copia. Su argumento dice que la carta es producto de diplomáticos portugueses, que en sus negociaciones con España la víspera del Tratado de Tordesillas, en ju-

nio de 1494, intentaron establecer su prioridad sobre Castilla para viajar por el Atlántico. A su regreso a España en 1496, a Colón le mostraron la falsificación, que él copió en sus documentos[43]. En fecha más reciente, y contra todo escepticismo, Parronchi ha editado un tratado italiano del siglo XV afirmando que en parte es debido a Toscanelli, basándose en la similitud del tono entre la conclusión de la obra y el final de la carta de Martins[44]. Para mí resulta más concluyente el testimonio de Fernán Yáñez de Manilla, en los *Pleitos* del siglo XVII, para determinar el verdadero descubrimiento de las Indias. En ellos, Fernán recuerda cómo en Palos, en 1492, el patrón Martín Yáñez Pinzón reclutó a la tripulación de las naves de Colón: «¡Amigos, venid, venid con nosotros en este viaje! Aquí os estáis pudriendo en la pobreza; ¡venid y navegad con nosotros! Porque con la ayuda de Dios vamos a descubrir una tierra en la que dicen que hay casas techadas en oro y todos regresaremos ricos y afortunados[45]». Si, como a mí me parece, Colón no leyó a Marco antes de su primer viaje —una cuestión que consideraremos en el siguiente capítulo — esas palabras, «casas techadas de oro» (inspiradas, hay que pensar, por lo que el mismo Colón le dijera a Pinzón), sólo pueden provenir de la carta de Toscanelli.

III

Aunque Marco era aceptado como una autoridad en el círculo de Toscanelli, no disfrutaba de una confianza universal entre los humanistas. En 1461, el papa Pío II, el primero, y tal vez el último, de los ocupantes de la Sede de Roma en escribir sobre geografía mientras desempeñaba su cargo, redactó su Ajm[46]. A pesar del título, la obra empieza considerando la forma de toda la tierra, exponiendo —en general sin decidir entre ellas— las diversas opiniones de los antiguos sobre cuestiones tan debatidas como la habitabilidad de las regiones ecuatoriales. Sigue ofreciendo una descripción de lo que Pío denomina «las cuatro par-

tes de Oriente». La primera de ellas considera de forma bastante breve India y China y aquí se pone de manifiesto de inmediato el silencio acerca de los Polo o de cualquier cosa que pudiera haber aprendido de ellos. Resulta tanto más significativo por cuanto, aunque la obra se inspira, por encima de todo, en autoridades clásicas —Tolomeo, el recién traducido Estrabón, Polibio e incluso Homero—, además, hace mención de los hallazgos de autoridades medievales como Alberto Magno. No se puede explicar esa omisión como producto de cualquier repulsión que un humanista tan consumado pudiera haber sentido al serle pedido que leyese el latín medieval de Pipino. El rechazo implícito de Marco por parte de Pío debe, seguramente, provenir de un escepticismo activo.

No obstante, el mismo Pío siempre alimentó una arraigada tendencia hacia el escepticismo respecto a casi todas las cosas. Sólo hay que leer su *Commentarii*, para ver lo que tiene que decir, por ejemplo, acerca de los milagros de Juana de Arco (completándolo con una burla ante la credulidad de los franceses que pudieran creer en ellos[47]), para obtener una sensación de ese enarcar de cejas metafórico con el que normalmente contemplaba la vida. Lo que no podía hacer —ya que fue escrito en un latín humanista y también porque era mucho más reciente— era ignorar el relato de Poggio acerca de los viajes de Niccolò Conti. Pero en la descripción de Pío la información se trata fríamente y con cautela. En esa época Conti había llegado a lo más lejano de Asia, «si esas cosas que se dice que él ha explicado son ciertas» (una duda doble, no simplemente acerca de si son ciertas, sino también si en realidad así lo ha relatado Conti[48]). Pero resulta difícil creer que exista un río más largo que el Ganges «que los antiguos consideraban que superaba a todos los ríos». ¿Era posible que allí existiesen ciudades, palacios y templos similares a los de Italia? Eso suena muy diferente de lo que los antiguos dijeron sobre Escitia. Es difícil de creer, «pero con las distancias existentes tam-

poco se las puede refutar fácilmente[49]». El escepticismo de Pío se ampara en algo muy obvio frente a cualquier intento de contradecir o añadir algo respecto a la sabiduría de los antiguos.

IV

Hay otros que dudan de manera diferente. Sus puntos de vista toman la forma no de un escepticismo expresado abiertamente, sino de afirmaciones de convicción que son tan torturadas que parecen inverosímiles. Eso es lo que sucede al final de una serie de extractos del libro de Marco en una miscelánea de escritos sobre todo piadosos del monasterio de Tegernsee, en el sur de Alemania, donde el escribano dice lo siguiente: «En esta historia se puede ver cuán maravilloso es Dios Todopoderoso en sus obras, pues para los hombres sin experiencia apenas parece creíble. Y no obstante llevan a creer en las cosas difíciles de la fe católica que la razón humana no puede penetrar. Ha sido finalizada por mí, el hermano Osvald Nott, monje de Tegernsee[50]». Lo que el hermano Osvald parece estar diciendo es que al realizar el esfuerzo de creer a Marco Polo, descubriremos que aumentará nuestra capacidad de creer en doctrinas difíciles como la de la Trinidad. Si así fuese, no sería la mejor de las recomendaciones. También puede hallarse algo de tipo parecido en un elegante manuscrito del libro de Marco, del siglo XV, probablemente de Nuremberg. Aquí el escribano ofrece su comentario:

> Por mor de que la monstruosidad de las cosas y la aparente imposibilidad de lo que Marco Polo relata pudiera inducir alguna reserva o renuencia a creer en lo que dice, os referiré al bendito Agustín en su *Ciudad de Dios*, en especial al libro dieciséis, pero también a otras partes; también a Isidoro en su *Libro de etimologías*, libros XV y XVI; asimismo a *Acerca de las maravillas del mundo*, de Solino… En esos libros hallaréis muchas cosas maravillosas y apenas creíbles sobre la variedad de las criaturas y la multiplicidad de las variadas formas y especies humanas. Alabado sea Dios, que crea lo que desea y cuya voluntad es poder. El es poderoso en todas las cosas[51].

Sigue citando los relatos de Pietro d'Abano acerca de sus conversaciones con Marco. Pero está claro que está pensando en otra

cosa. En el capítulo 7 del libro XVI de la *Ciudad de Dios*, san Agustín argumenta que, si las razas monstruosas —*cynocephali, sciopods* y demás— existiesen (porque se muestra agnóstico al respecto), tendrían que ser consideradas como descendientes de Adán. Esas criaturas vuelven a aparecer, aunque sin las dudas, en los escritos de Isidoro de Sevilla y de Solino. De hecho, como hemos visto, aparecen con cuentagotas en la obra de Marco Polo. El argumento subyacente creo que es el siguiente: que como contamos con testimonios válidos acerca de la existencia de esas razas, no tenemos por qué no creer en otras maravillas menos familiares, como la del Gran Khan.^1 que san Agustín sea invocado aquí respecto a las maravillas —al igual que lo fuera dos siglos antes por Gerald de Gales y Gervase de Tilbury[52]— es un interesante testimonio de la perdurabilidad de su influencia.

A fin de equilibrar esas dudas podrían señalarse otras muchas fuentes de la segunda mitad del siglo XVI que creen firmemente en el relato de Marco. Algunas ofrecen respaldos marginales al escribir sus propios relatos de viajes. Anselmo Adorno, mercader de Brujas y Génova y consejero del rey Jaime III de Escocia, le ensalza como «Marco Polo, hombre excelente y prudente de noble alma, quien entre todos los viajeros merece la gloria más elevada coronada por el triunfo[53]». También John Capgrave, prior de King's Lynn, a su regreso de su peregrinación a Roma alrededor de 1450, compuso una *Solace of Pilgrimes* en la que, así lo declara, desea imitar a Pitágoras, Platón, san Jerónimo, John Mandeville y «también… a un hombre de Venecia al que llaman Marcus Paulos; recorrió todas las tierras de Sultanía y describió para nosotros la naturaleza del país, las condiciones de los hombres y la magnificencia de la casa del Gran Khan». Al llegar ahí asoma una cierta modestia y Capgrave anuncia que «después de todas esas maravillosas cosas continuaré con un pequeño relato de las ciudades extranjeras que he visto[54]». Tampoco faltan testimonios con más fundamento acerca de su creencia en el libro.

Por ejemplo, el español Luis de Angulo, en su libro *De imagine seu figura mundi*, escrito en 1456 para *le bon roi René*, el rey René Ide Anjou, cita extensos pasajes[55]. También en una enciclopedia escrita a principios del siglo XV por el ingeniero hidráulico y militar Giovanni da Fontana, de Venecia, aparece un amplio relato acerca del «emperador de los tártaros que es llamado el Gran Khan, los esplendores de sus celebraciones y los recursos de sus reinos[56]». Como fuentes aparecen frecuentemente citados Marco, Odorico, Conti y sir John Mandeville, junto con «Constantino de Venecia, mi fiel amigo, que vagó durante muchos años por los reinos del Gran Khan y que me dijo que había visto muchas cosas similares[57]». De hecho, claro está, China había dejado de ser gobernada por los khanes tras la caída de la dinastía mongol en 1368. Tanto Juan III, arzobispo de Sultanía, como Jacopo de Sanseverino en su *Libro piccolo di meraviglie*, escrito en la primera mitad del siglo XV, distinguen entre el «Gran Khan» y el «emperador de China». O Constantino creyó —como Poggio, Toscanelli y Colón— que China seguía bajo dominio mongol o su interlocutor le confundió o tal vez se tratase de una convención para describir al emperador como «Gran Khan[58]».

V

La mayoría de los escritores de ese período consideraron que el libro de Marco era auténtico. ¿Pero eso qué significaba? ¿Lo aclaran los cartógrafos contemporáneos? Aquí también aparecen evidencias de forma poco clara, sobre todo porque los diferentes mapas que trazaron estaban destinados a propósitos distintos. Incluso a principios del siglo XVI, los *mappaemundi* más comunes eran los viejos mapas de zonas de Macrobio y, por encima de todo, los mapas TO de Isidoro de Sevilla, que fueron impresos tempranamente, en 1478. En ellos aparecían las representaciones tradicionales con las que el lector común se sentía cómodo y que los impresores consideraban más apropiadas para los textos de

consagrada antigüedad que normalmente los acompañaban. Volviendo al humanismo de vanguardia, los primeros mapamundis de los atlas tolemaicos —que buscaban, por encima de todo, una correspondencia con el texto de Tolomeo— simplemente reproducían los mapamundis que se hallaron en los manuscritos bizantinos de la obra, que —es una larga controversia— pudieran o no remontarse a la época clásica, pero que ciertamente no mostraban interés por las informaciones modernas sobre Asia.

De hecho, de los 330 *mappaemundi* que han sobrevivido de entre 1400 y 1492, casi todos eran de tipo macrobiano o isidórico o bien formaban parte de los nuevos atlas tolemaicos[59]. Aparte de eso, sólo existieron doce cartógrafos de importancia y un artífice de globos terráqueos que intentasen representar todo el mundo entre 1400 y 1492 y cuya obra ha sobrevivido, aunque sólo en parte. En el Apéndice III se nombran los quince mapas y el globo que nos han legado. De los nueve primeros, tres de sus cartógrafos ignoran el libro de Marco: Andreas Walsperger, el anónimo que viene a continuación y el diseñador del llamado *Mapamundi «genovés»* (que, sin embargo, no incluye ningún contenido de Niccolò Conti). Los otros seis incluyen información del libro, aunque limitada y superficial, a veces dando a entender, como ocurre con el planisferio Borgia, que se trata de un intento de realizar no un trabajo científico sino simplemente una agradable y decorativa representación, en ocasiones demasiado rápida en sus prisas por resumir contenidos muy difíciles. No obstante, en uno de esos primeros nueve mapas —incluso en el de Walsperger y en el que viene a continuación de éste— me da la impresión de que el tratamiento del material de Marco representa necesariamente incredulidad. Había una gran dificultad al intentar conceder a su historia el lugar adecuado entre las demás —las de Ptolomeo y la tradición eclesiástica— que también existían. Para un escritor era fácil liquidar el tema en unas pocas líneas, tratándolo de «observador excelente y prudente». Pero un

cartógrafo se veía continuamente enfrentado al problema de realizar elecciones activas. Si Quinsai existe, ¿dónde está situada? ¿Y en qué relación respecto a Cipango, si es que existe? ¿Qué forma hay que darle a Cipango? ¿En quién debemos confiar a la hora de localizar al Preste Juan? Y otras más. Los cartógrafos del siglo XV (aparte de esos pioneros ocupados con Tolomeo) han sido a menudo tachados de conservadores[60]. Tal vez sea una exageración. Pero cuando es cierto, su causa seguramente radica en la tentación —junto con las dificultades a la hora de elegir— de copiar lo más accesible y menos antagónico respecto a lo anterior.

Un ejemplo obvio es nuestro décimo mapamundi del período, el anónimo *Mappaemundi* (*ca*. 1450-1460) catalán, que está basado casi por entero en el *Atlas Catalán* compuesto setenta y ochenta años antes[61] y que, como resultado de ello, muestra una gran influencia de Marco Polo. Serían raros los momentos en los que un cartógrafo dedicaría gran paciencia y dedicación a una intensa búsqueda de la verdad, releyendo el libro en un esfuerzo dirigido a añadir todo lo que pudiera entender. Un hombre así, que debería ser ensalzado como una gran héroe del Renacimiento italiano, fue el monje camaldulense veneciano fray Mauro, «*cosmographus incomparabilis*», en su *Mappamundi* de 1457-1459[62]. Esta excelsa autoridad, en su búsqueda para reconciliar a Tolomeo, el conocimiento tradicional y la experiencia, consultó entre otros muchos a marinos musulmanes y de ellos extrajo lo suficiente como para negar las creencias tolemaicas de la no habitabilidad de la zona ecuatorial y del carácter cerrado del océano Indico. ¿Puede que fuesen esos testimonios los que le permitieron depositar dicha confianza en la obra de Marco? En China (**véase ilustración 9**), donde se ven claramente los dos ríos principales, el Yangtze y el Huang He, ha tomado casi todos los topónimos de Marco. Aparecen con elegante caligrafía gótica en rojo, azul y verde y con anotaciones en gran parte tomadas del

libro de Marco. Todo el nordeste es llamado «Chataio» (Catai) y aparece «Cambalech». Chausay (Quinsai) está situada en la costa, con una leyenda que afirma que tiene 100 millas de circunferencia y 12.000 puentes. Más abajo está el «Regno Magno» (Mangi), que se dice contiene 12.000 poblaciones. Al este emerge una larga península llamada «Reino de Zaiton», con un «*magnifico porto* de Zaiton».

Frente al puerto está la «ixola de Zimpagu» (Cipango) —tal vez la primera representación de Japón, aunque inexacta y graciosa, que aparece en la cartografía europea— al norte de «Java Mayor[63]». En contra del texto de Marco, el Preste Juan ha sido enviado a Abisinia. En los mares orientales, fray Mauro, que saca los nombres de sus islas sobre todo de Conti, sigue con Marco al escribir que la falta de espacio le ha forzado a omitir muchas islas. Aunque el mapa sigue teniendo un carácter «medieval», con ocasionales referencias a acontecimientos históricos y a mitos, también —al igual que Marco— rechaza Gog y Magog en favor de las tribus «hung e mongul» y también como él, aunque de forma más específica, rechaza las razas monstruosas de costumbre («*quasi incredibili*»).

En definitiva, el mapa representa un triunfo para la enjundia del libro de Marco y tal vez tuvo cierta influencia en hacer que otros dos importantes cartógrafos de la época avalaran el libro. El primero de ellos es el enigmático Henricus Martellus Germanicus, de quien sabemos bien poco, pero que trabajó en Florencia, en el taller de cartografía de Francesco Roselli. En su *Mappamundi*, que se encuentra en la Biblioteca Británica y que se ha datado de 1489 o 1490, encontramos Ciamba (Champa) y algunos ligeros pero claros detalles sobre China: Mangi y «Quinsey». «Cataio» aparece no como provincia sino como ciudad, si bien lo que muestra del sudeste de Asia parece provenir de Marco y Conti. Cipango no está[64]. Pero en el mapa de Yale, que data de alrededor de 1489, ejecutado según la segunda proyección del

Tolomeo, Cipango aparece 90 ° al oeste de las Canarias (**véase ilustración 11**). Siguiendo la teoría de Toscanelli, Lisboa está a 105 ° de Cipango y a 135 ° de Quinsai[65]. Si la fecha es correcta, Martellus creía explícitamente en la existencia de Japón —y de ahí en la veracidad de Marco Polo— antes del primer viaje de Colón[66].

Igualmente notable es el globo terráqueo cuya cartografía es obra de Martin Behaim (Nuremberg, 1492) (**véase ilustración 10**). Es la primera representación que menciona a Marco: «Todo el mundo a lo largo y lo ancho conforme al arte de la geometría», es decir, la parte descrita por Tolomeo es su libro llamado «Cosmographia Ptolemaei» y el resto a partir de lo que el caballero Marco Polo de Venecia escribió en 1250 [*sic*]». Muestra Conchim (Anan), «Thebet», los reinos de Catai y Mangi, Quinsai y Zaiton, Tartaria, junto con Cipango a 25 ° al este de China («la isla más noble y rica de Oriente… [aquí] se encuentra oro y arbustos cuajados de especias») y la imaginaria isla de Antillia de la que escribió Toscanelli. De Europa a Asia, Behaim señala un espacio oceánico de 130 °. Tanto Quinsai (que tan importante es para Marco Polo) como el gran puerto de Zaiton están ausentes. Sobre el Preste Juan, Behaim apuesta por colocarlo tanto en India como en África. El estudio del mapa de Ravenstein concluyó, a partir de muchos ejemplos en los que el mismo lugar era situado en regiones bastante diferentes (como por ejemplo «Bangala», que aparece en el centro de Catai y luego una segunda vez al este del Indo), que el globo se construyó a partir de dos mapas basados en traducciones diferentes del libro de Marco. En los topónimos puede apreciarse la influencia tanto del texto latino de Pipino como del italiano[67].

Esta evidencia demuestra que entre los cartógrafos no existía una respuesta uniforme frente a Marco Polo. Incluso entre los que confiaban en su veracidad optaban por aspectos diferentes del libro. Está, por ejemplo, el gran contraste en su aproxima-

ción a Oriente entre estos dos eminentes cartógrafos, fray Mauro, con todos sus adornos y detalles, y Henricus Martellus, que cultiva una austeridad tolemaica y que se concentra en lo esencial. Pero ambos, al igual que Behaim, aceptan finalmente la existencia de Japón. Que así lo hicieran es notable. La mayoría de lo que Marco escribió acerca de ese país eran tonterías extravagantes y ningún otro viajero habló de él. Al aceptar su existencia los cartógrafos, igual que el teórico Toscanelli, demostraban confiar enormemente en Marco Polo. También deberíamos preguntarnos, ¿hasta qué punto el mismo Colón, en sus cuatro viajes, dependió de manera similar de un acto de fe en el veneciano?

Capítulo 9

Colón y después

I

Aquí tenemos un libro que reveló algo acerca de nuevas tierras, de sus nombres, de sus riquezas y que habló especialmente del reino del Gran Khan, de su gobierno, riqueza y esplendor. ¿Podía todo ese material, combinado con la ilustración del Humanismo, haber influido en los intentos portugueses por llegar a Asia, la «Empresa de las Indias» de Colón y todas las demás aventuras europeas de la época de la exploración?

Se ha hablado mucho de este tema. Es cierto que los portugueses sabían de Marco desde al menos principios del siglo XV. Hay una historia que dice que el Senado veneciano le regaló el libro al príncipe Pedro, hermano del príncipe Enrique, a veces conocido como «Enrique el Navegante». Así al menos lo asegura Valentín Fernandes en la dedicatoria al rey Manuel el Afortunado en su traducción portuguesa de 1502:

> Respecto a este asunto escuché en esta vuestra ciudad [Lisboa], príncipe prudente, que los venecianos tuvieron el presente libro escondido durante muchos años en su hacienda. Y en la época en que el infante Dom Pedro, de gloriosa memoria, vuestro tío, llegó a Venecia y, tras las grandes fiestas y honores que le dedicaron por los privilegios de que disfrutan en vuestro reino, así como por el hecho de que lo merecía, le ofrecieron un valioso presente, el referido libro acerca de Marco Polo, por el que pudiera haberse guiado, ya que estaba deseoso de ver y viajar por el mundo. Se dice que este libro está en la torre de Tumbo [los archivos reales]. Si así fuese, ¿quién pudiera saberlo mejor que vuestra alteza real[1]?

Pedro visitó Venecia en abril de 1428. Pero la historia acerca de que el libro estaba «escondido» y que los venecianos lo sacaron de su «hacienda», sea eso lo que fuere, parece algo mítico, ya que el testimonio es de fecha posterior y la pregunta final da a

entender ciertas dudas del traductor acerca de la cuestión. Podría no ser más que un intento de provocar el interés del rey al asociar la obra con su pariente.

Pero sí que es cierto que una versión en latín aparece en el catálogo de la biblioteca del rey Duarte (1433-1438), mientras que Gomes Eannes da Zurara, en su *Crónica do descolorimiento e conquista da Guiné*, de 1453, demuestra que él también la conoce[2]. Y Jafuda Cresques, hijo del hombre que compuso el *Atlas Catalán* que tanto se apoyó en el libro de Marco, se dice que fue emplazado a trasladarse —aunque aquí también la evidencia que aparece es posterior— de Mallorca a Portugal por el príncipe Enrique[3]. No obstante, el libro puede haber tenido una escasa relevancia en las primeras etapas de la exploración portuguesa, que no tenían nada que ver con Asia sino con islas del Atlántico y con el litoral africano[4]. Las referencias a «las Indias» sólo aparecen con las bulas papales concedidas a la casa real portuguesa, ya en la década de 1450 (y tal vez entonces sólo se refiriesen a Abisinia). Desde esa década se puede seguir el rastro al menos a la influencia indirecta del libro. Como ya hemos visto, está presente en el mapa trazado por fray Mauro para el rey Alfonso V y en la carta de consejo (que no fue tenido en cuenta) que Paolo dal Pozzo Toscanelli envió a la corte portuguesa en junio de 1474.

Se ha tomado en consideración una referencia que parece sugerir que después de eso el libro de Marco no fue tenido en consideración por los portugueses. En la primera *Decade* de su *Asia*, Joam de Barros escribió que, cuando Colón llegó a la corte para ofrecer su proyecto a Juan II (que debió ser en 1484), había «leído mucho de Marco Polo, que hablaba de regiones orientales, del reino de Catai y de la poderosa isla de Cipango» y que el rey rechazó la propuesta porque, entre otras cosas, se mostró escéptico acerca de alguien cuyas ideas se «basaban en imaginaciones e ideas acerca de la isla de Cipango[5]». Pero Barros, que escribió

eso en la década de 1540 (tal vez incluso a principios de la de 1550), es una fuente tardía. Puede que se sintiese inclinado a excusar patrióticamente el rechazo por parte del rey de la que resultó ser una oferta extraordinaria. La historia de que Colón se basaba en la descripción de Marco Polo acerca de Japón y del Extremo Oriente sirvió bien a este propósito en desmentidos. En primer lugar, en la década de 1540 se consideraba que con toda probabilidad no se podía llegar a Japón navegando a través del Atlántico. En segundo lugar, los portugueses tenían dificultades a la hora de encajar la China que habían descubierto con los Mangi y Catai del Gran Khan. Pero es improbable que los portugueses se mostrasen escépticos en el XV (o que el libro hubiera sido leído por Colón en la década de 1480). Pero lo cierto es que su escepticismo, o tal vez indiferencia, aumentaría. En 1502 Valentín Fernandes presentó su traducción portuguesa de Marco y Conti como textos que iluminaban esas islas «que han sido descubiertas en el presente»; no obstante, esa confiada afirmación despertó escaso interés en años posteriores.

Volviendo a Colón y a su «Empresa de las Indias», el punto de vista que lo consideraba en deuda con Marco Polo de manera directa fue apoyado de manera casi unánime y los más distinguidos biógrafos de Colón —Ballesteros, Morison, Fernández-Armesto— asumieron que la lectura de la obra de Marco Polo desempeñó un importante papel en la formulación de sus planes antes de 1492[6]. Esa aseveración empezó a circular en vida del almirante y fue atribuida a su hijo Fernando. Presenta una imagen de un sabio erudito y de formación universitaria que planea su expedición sólo después de estudiar en profundidad un amplio abanico de fuentes geográficas. Fernando menciona a Aristóteles, Estrabón, Solino, Mandeville, Julius Capitolinus y otros, junto con, por supuesto, Marco Polo[7]. Pero es muy cuestionable el que esa biografía fuese escrita por Fernando[8] y, aparte de eso, hay varias cosas en ella que pueden demostrarse

falsas. Sin embargo, eso no ha debilitado el punto de vista de quienes ven una íntima conexión entre Polo y Colón Después de todo, ahí está el testimonio en la *Asia* de Barros (aunque, come ya hemos visto, es bastante posterior) y sobre todo está la biblioteca de Colón. La Biblioteca Colombina de Sevilla todavía conserva varios libros im presos propiedad de Colón en los que aparece su firma. Entre los más im portantes está la *Cosmografía* de Tolomeo; *Historia natural*, de Plinio; *Ymago Mundi*, junto con otros textos de Pierre d'Ailly; la *Asia* de Pío II, y el libre de Marco Polo.

Varios de ellos aparecen anotados con notas al margen; en total hay una: 2.000. En algunas ocasiones sólo repiten una palabra del texto, pero en otra: aparecen extensos comentarios. Su nivel de latín es bastante malo; la letra e generalmente excelente, de considerable belleza, sin tachaduras, como si es tuviese copiada de borradores. Algunos paleógrafos, siguiendo su vocación arcana, han detectado cuatro manos, otros tres, algunos dos y otros una sol: (un erudito afirmó que Colón marcó sus propias contribuciones con un; cruz, supuestamente con el propósito de permitir a los estudiosos del tem poder realizar su identificación en el futuro[9]). Me inclino a pensar que 1 cuestión de cuántas personas escribieron las notas y cuáles de ellas represen tan la contribución propia de Colón no tiene tanta importancia, ya que e improbable que fuesen realizadas en el curso de una lectura solitaria y privada. Lo que podría imaginarse es un grupo: Colón, su hermano Bartolomé, tal vez un sacerdote amigo, alguien que conociese el latín, reunidos, descifrando laboriosamente los textos y comentándolos. Lo que tiene realmente importancia es cuándo fueron escritos. La suposición normal, claro está, es que la mayoría de ellos se realizaron antes de 1492, que es el rastro que muestra los estudios de Colón al prepararse para su gran empresa. Si así fuese, lo normal sería que al examinarlos pudiera descu-

brirse cómo trabajó la mente de Colón antes de zarpar en su primer viaje, cuáles eran sus planes y qué era lo que buscaba.

La versión del libro de Marco Polo que sobrevive en la Biblioteca Colombina es la traducción latina de Francesco Pipino, *Liber de consuetudinibus et condicionibus orientalium regionum*, publicada entre 1485 y 1490, por —al menos así se cree— Gerard de Leeu en Amberes. Este ejemplar cuenta con 366 comentarios: bastantes menos que los que aparecen en las obras de Pierre d'Ailly (898) o de Pío II (853). La mayoría de los lectores que han consultado el original o la excelente versión en facsímil editada por Juan Gil, estarán de acuerdo en ver tres manos diferentes como autoras[10]. Entre ellas, Gil identifica la primera como «el amanuense anónimo», tal vez Gaspar de Gorricio, un monje de la Cartuja de Sevilla, nacido en el norte de Italia[11]. A la segunda la denomina «el lector curioso», que piensa corresponde probablemente al hijo de Colón, Fernando, que las habría escrito bastante después. El «lector curioso» se supone que es el autor de todas las anotaciones que hacen referencia a astrólogos (*iudicium astrologiae*), magos (*incantatores*), maravillas (el «Paraíso» del Viejo de la montaña) e interesantes prácticas sexuales y domésticas (por ejemplo, que en Camul los maridos prestan a sus mujeres a los huéspedes —«*ospitandi peregrinos modus mirabilis*»— como lo señala el comentarista). El propio Colón sería el escritor de las notas sobre oro, joyas, especias, la tumba de santo Tomás en la India y halcones[12]. Como ya he sugerido, el asunto de las manos no es de gran importancia. Mi interpretación es que las notas junto a los milagros cristianos («*Nota, magnum miraculum*», etc.) provienen directamente del interés de Colón. Pero la mayor parte de ellas son simples anotaciones de topónimos y productos. Hay muchas entradas mundanas como «arroz, vino de palma» o acerca del aceite mineral de Armenia, pero otras muchas dan la impresión de ser miserables y avaros registros de una cueva de Aladino, hablando sobre metales preciosos y de los productos del

comercio de las especias: «grandes tesoros», «pimienta, canela, nueces», «mucho incienso», «minas de plata», «aquí se encuentran rubíes, topacios, zafiros, perlas en abundancia, plata». Junto a las descripciones de la riqueza del Gran Khan: «oro, plata, piedras preciosas», junto a Cipango están las notas: «oro en abundancias», «perlas rojas» y, junto a la historia acerca de la joya insertada en la carne de los guerreros que les confería invulnerabilidad, «piedras de maravillosa virtud»; en las islas, «infinitas especias, pimienta blanca», «pimienta, nuez moscada, clavos y otras especias en abundancia», «perfumes en abundancia». También aparecen marcadas las menciones de naves: «naves de India», «naves en gran abundancia», «muchos navíos», «enorme multitud de naves» y —una conexión interesante— en el relato sobre Adén «*naves multas cum aromatibus*».

Pero como es natural —como ese tipo de comentario está ausente del libro de Marco—, hay pocas notas acerca de geografía teórica. Unos cuantos pasajes hacen referencia al ecuador. En «Samara» (Sumatra), junto al texto (Pipino III, XVI) «en este reino no se ve el polo ártico»), aparece la glosa «*ultra equinocialem*» y de nuevo en Comarin (Pipino III, XXXII) «*ultra equinocialem*», luego 30 millas norte, «*sub equinociales*». Pero no hay notas sobre distancias entre poblaciones y no hay evidencia de ningún intento a partir de las descripciones de los viajes de los tres Polo, por trazar la extensión terrestre de Asia (cuyas descripciones, como ya hemos visto, eran de hecho bastante confusas). El principal valor del libro de Marco para Colón radicaba en la descripción de las riquezas orientales, en todas esas cosas capaces de persuadir a un patrocinador de que viajar hacia el oeste podía ser provechoso. Pero es cierto que en el XV abundaban las historias acerca de las riquezas de Asia, tanto derivadas de la obra de Marco como de otros escritos o del conocimiento de la riqueza del comercio de las especias y, por lo tanto, no era necesario un conocimiento directo de su obra. Lo cierto es que, si aceptamos la au-

tenticidad^ de la carta de Toscanelli y estamos de acuerdo en que Colón la vio y copió durante su estancia en Lisboa, entonces podría decirse que Colón tenía un entendimiento, si bien de segunda mano, de casi todo lo que era importante en el libro de Polo para sus propósitos. En esa carta se habría enterado de lo referente al Gran Khan, de su petición, doscientos años antes, de misioneros cristianos, de la importancia del puerto de Zaiton a causa de su tráfico de pimienta, de las poblaciones en las riberas del Yangtze, de Quinsai, de la Ciudad del Cielo. También se habría enterado de la historia de que en «la noble isla de Japón» las casas estaban techadas en oro.

De hecho, existen evidencias de que Colón conoció directamente el libro bastante después de su primer viaje. Esa evidencia aparece en una carta enviada entre diciembre de 1497 y principios de la primavera de 1498 por el comerciante de Bristol John Day al Almirante Mayor (Colón en persona). Junto con otros mercaderes ingleses, Day se hallaba establecido en Sanlúcar de Barrameda, en la desembocadura del Guadalquivir, donde se dedicaba a vender paños a mercaderes genoveses. En su misiva le cuenta a Colón acerca del reciente viaje de John Cabot (Giovanni Caboto), proveniente de Bristol, y dice que (tal y como yo lo leo) a petición de Colón le envía una copia del libro de Marco Polo[13]. Frente a esa carta, aquellos que creen que Colón y sus compañeros anotaron la versión latina del libro de Marco Polo —que ahora se encuentra en la Biblioteca Colombina— antes de 1492 dirán que lo que Day envió a Colón era una versión diferente, tal vez mejorada. Pero si nos circunscribimos a los textos impresos, en 1498 sólo existían dos posibilidades: la traducción alemana de 1477 y la veneciana de 1496-1497. No obstante, no aparecen, como el texto en latín, en el inventario de la Colombina, a la vez que parece del todo improbable que el texto veneciano se comercializase en Inglaterra (o en cualquier otro sitio aparte de la propia Venecia y el Véneto). Y sospecho que, a pesar

del escaso dominio del latín por parte de Colón, le seguiría siendo más fácil leer la versión latina que la veneciana[14]. También es poco probable que ésta resultase más satisfactoria que la versión «corta» de Pipino —nada abreviado sería del interés de Colón—, ya que en esos tiempos cualquier obra en latín era tomada más en serio que una en veneciano.

También está el hecho de que dos de los comentarios (ambos, casualidad, señalados con una cruz) datan de después del segundo viaje. El primero está en libro III, capítulo 8, que identifica el puerto de Zaiton con el cabo Alfa y Omega (Alfabeto), es decir, con la punta más oriental de Cuba (la punta de Maisí en la actualidad). Eso sólo puede haber sido escrito después de que Colón descubriese el promontorio y declarase que era el fin de Oriente y el principio de Occidente, tal y como hizo en ese viaje[15]. Asimismo, en el capítulo 31 del libro III, «el reino de Coilum» (Quilon, en la costa Malabar), empieza con la frase: «Siguiendo en llano desde el reino de Moabar [Maabar, en la costa de Coromandel] hacia el sudoeste a lo largo de 500 millas, se llega a Coilum, donde viven muchos cristianos, judíos e idólatras». En el encabezamiento del capítulo y en la frase aparecen la cruz y las palabras «*vide Colocut*». Calicut, cuyo zamorín o rajá, gobernaba Quilon a finales del XV, no aparece en el libro de Marco. No obstante, sí que lo hace en el relato de Poggio sobre los viajes de Conti. Pero, qué casualidad, en la primera publicación de esta obra en 1492, el nombre no aparece. Es probable que esta nota se deba a informaciones proporcionadas por Vasco da Gama desde la costa Malabar a finales de 1499[16].

Estos dos pasajes no pueden por sí mismos, claro está, probar que el grueso de las notas no fuesen escritas antes del primer viaje. Pero aunque Colón no recibiese antes de 1498 esa copia del libro en particular que aparece en la Colombina, podría decirse que tal vez leyese otra copia o alguna otra versión de Marco antes de 1492. Como la reina Isabel poseía un manuscrito de la

versión aragonesa[17], es razonable pensar que tal vez la consultase en los cuatro meses que transcurrieron entre las Capitulaciones de Santa Fe (cuando la Corona aceptó su proyecto) y su partida del puerto de Palos. Por ello, ahora deberíamos dirigirnos a la fuente principal del primer viaje para descubrir cualquier conocimiento directo del libro de Marco que pudiera hallarse allí. Esta fuente es el *Diario*, una paráfrasis del diario de Colón realizado por el historiador y evangelizador Bartolomé de Las Casas[18]. Aunque no pueda considerárselo una autoridad total sobre el tema, porque es un resumen de alguien que quería ajustar cuentas, debe reconocerse que no revela ninguna evidencia decisiva de que Colón leyese a Marco Polo, ni tampoco se sugiere que no lo hiciese (en realidad, ofrece muy pocas referencias de cualquier lectura; la única obra que se cita, y muy vagamente, es de Plinio, en la entrada del 12 de noviembre[19]). En el prólogo, que Las Casas dice que ofrece al completo, Colón declara que ha enviado un informe a los monarcas (a partir de ahora cito la traducción de O. Dunn y J. E. Kelley): «Acerca de las tierras de India y sobre un príncipe llamado "Gran Khan", que en nuestra lengua española significa "Rey de reyes"; en cuántas ocasiones él y sus predecesores han enviado mensajeros a Roma para pedir hombres instruidos en nuestra Santa Fe a fin de que pudieran instruirle a él y sobre cómo el Santo Padre nunca se los ha proporcionado[20]…». Este pasaje podría considerarse como una exagerada elaboración de la descripción que aparece en el libro de Marco acerca de que Kubilai envió a los Polo al papado para pedir «hombres instruidos en las artes liberales». Pero también podría tomarse fácilmente como un comentario ampliado de lo que aparece en la carta de Toscanelli.

El Gran Khan ocupa un lugar importante en el *Diario* y en la época de la partida de Colón estaba en las mentes de todos. Antes de embarcarse, Isabel y Fernando dieron a Colón tres cartas de credenciales que empezaban con las palabras: «Al más se-

reno…» con un espacio para que se añadiese el nombre. Las Casas dice que eran «cartas reales de recomendación para el Gran Khan y para todos los reyes y señores de India y de cualquier otra región que encontrase en las tierras que pudiera descubrir» (por un momento podría creerse que esas cartas, fechadas en Granada el 17 de abril de 1492, beben de la misma retórica que se encuentra al inicio de la versión Rustichello del libro de Marco: «A los reyes y a los primeros de su sangre y amigos [empiezan] y a los ilustres y notables nobles y hombres majestuosos, a los duques y marqueses, condes, vizcondes, barones, señores y damas de la tierra, a las comunidades y personas singulares[21]…»). Lo cierto es que en todo el *Diario* de Colón aparecen numerosos pensamientos sobre Cipango y Catai. El 6 de octubre, tras cuatro semanas sin ver tierra, Colón decide que ha navegado más allá de Cipango y que sería mejor dirigirse «al continente», es decir, a Catai. El 13 de octubre —el día después de tocar tierra en San Salvador— planea dirigirse al «sudoeste para buscar oro y piedras preciosas… Quiero ir a ver si puedo hallar la isla de Cipango». En 21 de octubre, en Isabel, los nativos señalan una isla que llaman «Coiba» que «creo que debe ser Cipango… Ya he decidido ir al continente y a la ciudad de Quinsai y ofrecer las cartas de vuestras Altezas al Gran Khan y pedir una contestación con la que regresar». Dos días después tienen pensado partir hacia la isla de Cuba «que creo que debe ser Cipango». Frente a la costa de Cuba, a principios de noviembre de 1492, envía a su embajador Rodrigo de Jerez, con su intérprete Luis de Torres y dos indios, a fin de hallar al Gran Khan. Y éstos parten por el valle de Cacoyuguin para presentar las cartas de sus soberanos al gran potentado[22].

No obstante, existen muchas indicaciones que señalan que estas nociones no provienen de una lectura de Marco Polo. El día 24, Colón zarpa hacia Cuba:

> Que he escuchado de estas gentes que es muy grande y de gran comercio y que allí había oro y especias y grandes naves y mercaderes. Creo que así es de acuerdo con las señas que hacen todos los indios de estas islas y de aquellos que tengo conmigo (porque no les entiendo la parla) y que ésa es la isla de Cipango, de la que se cuentan maravillas. Y en las esferas que vi y en los mapamundis está en esta región.

Aquí no hay referencia alguna a Marco Polo, sólo a «esferas» y «mapamundis». Cuando llega a Cuba, Colón decide que forma parte del continente chino. Allí se entera de la existencia de un río más allá del cabo de Palmas:

> El almirante decidió llegar hasta el río y enviar un regalo al rey de las tierras, junto con la carta de los monarcas. En opinión del almirante estaba a 42 grados N de la línea de ecuador, si el texto del que transcribo no está equivocado[23], y dice que se afanará por llegar hasta el Gran Khan, a quien creía en esta región o a la ciudad de Catai, que es posesión del Gran Khan, que dice es muy grande *según se le dijo* antes de partir (la cursiva es del autor).

Gil señala que si Colón hubiese leído a Polo no podría pensar en Catai como en una ciudad[24]. Las notas de Colón que se guardan en la Colombina dejan claro que no podía ser[25]. Gil también señala que uno de los capitanes de Colón, Vicente Yáñez Pinzón, seguía creyendo que era una ciudad incluso en 1499. Pero entonces, ¿que significado tiene el pasaje que he puesto en cursiva? ¿Sugiere un conocimiento de Oriente basado en esa época en la discusión en lugar de la lectura?

El 1 de noviembre Colón envía a un indio a tierra para asegurar a los nativos que sus hombres no les harán daño alguno y que no son súbditos del Gran Khan, con quien entonces los creía en guerra. El *Diario* continúa: «Es seguro, dice el almirante, que estoy en el continente, ante Zaitun y Quinsai, más o menos a cien leguas de una u otra…». Ningún lector del libro podría creer que el litoral cubano se pareciese lo más mínimo al mundo de grandes ciudades existentes entre ambos centros y el mismo libro no ofrece ninguna base para calcular la distancia existente. Colón ha llegado a la conclusión de sus «cien leguas» simplemente marcando una posición con compás en un mapa. Este mapa sería uno de «los mapas del mundo» que mostraban las «innume-

rables» islas al este, que menciona la entrada del *Diario* del 14 de noviembre, tal vez también (como en el mapa de fray Mauro) con alguna representación gráfica del Gran Khan. Todas las evidencias parecen sugerir que la visión de Colón proviene de mapas en lugar de la lectura de Marco Polo. Por supuesto, debía existir algún mapa que, al igual que el planisferio Borgia o el *mappamundi* de Martello de 1488-1490, mostrase a Catai como una ciudad[26]. El error cartográfico es debido, creo, a una lectura demasiado apresurada de algunos textos de sir John Mandeville, que describen la provincia de Catai, para luego pasar repentinamente a nombrar las principales ciudades, tanto las antiguas (sin nombre) como las nuevas (con él). Por ello, al lector le resultaría fácil pensar que la ciudad antigua también se llamaría Catai[27].

La verdad es que, aunque, claro está, la influencia indirecta y a largo plazo de Marco Polo siempre está presente, a partir del *Diario* resulta imposible señalar cualquier evidencia acerca de que Colón leyese personal y directamente el libro de Marco[28]. Resulta muy convincente el argumento de Gil acerca de que en 1492 Colón era un hombre que en realidad, y sin falsa modestia, era tal y como él se describió: «*Non doto en letra… lego marinero*», un simple e inculto marinero, alguien que consulta libros no a fin de hallar contenidos que pudiera persuadir a un patrocinador, sino más bien —cinco años después de regresar de su primer viaje— a fin de descubrir qué es lo que él ha descubierto. El Colón «libresco» también está ausente de los informes del segundo viaje. Andrés Bernáldez, sacerdote de la diócesis de Los Palacios, con quien se hospedó Colón a su regreso, le dijo haber estado buscando «la provincia y ciudad [otra vez] de Catayo, que está bajo el dominio del Gran Khan». Para Bernáldez, la única fuente referida no es Polo, sino *El libro de Sir John Mandeville*, donde «cualquiera que desee conocer la verdad de todo ello… verá que la ciudad de Catayo es muy rica y que su distrito cuenta con el nombre de la ciudad[29]».

Habría que añadir que los informes del tercer y el cuarto viaje, realizados después de que Colón leyese el libro enviado por John Day, parecen reflejar curiosamente menos de su influencia que los dos primeros, en los que dicha influencia le llegó sólo de manera indirecta. Queda muy poco de ellos. El 16 de agosto de 1498, nada más zarpar de Paria y de las costas perleras de Margarita, Colón escribió acerca de haber visto «perlas muy hermosas y brillantes, perlas rojas, que Marco Polo dice que valen más que las blancas[30]». La versión en latín —pero no la de Rustichello— así lo dice al tratar de Cipangu (III, 11), donde en la copia de Colón aparece la anotación al margen «rubí de Margarita». Este es el único pasaje en todos sus libros en el que Colón menciona a Marco Polo. En el cuarto viaje se hacen más evidentes las falsas ilusiones de Colón, nacidas de una remota influencia por parte de la obra de Marco Polo. «El 13 de mayo llegué a la provincia de Mago, que está junto a la de Catai…» (en realidad la costa meridional de Cuba[31]). En la isla un arquero alcanzó a un animal que «parecía ser un *gato paulo*, excepto que era mucho más grande y tenía el rostro de un hombre». Colón había leído acerca de ellos (tal vez algún tipo de oso) en la versión en latín del libro de Marco, señalándolos «gatti pauli[32]». Antes, en la costa de los Mosquitos, frente a Panamá, se preparaba para partir en busca de «las minas de oro de la provincia de Ciamba». Puede que esto fuese también resultado de leer a Marco Polo, que enumera los productos de Ciamba (Champa, un reino indochino del sur y el centro de Vietnam), o más bien —como ninguna versión del libro habla de oro entre ellos— de confundir haberlo leído[33]. Esos pocos comentarios comprenden la suma total de sus referencias al texto de Marco Polo.

II

Con todo, y como resultado parcial de los descubrimientos de Colón y de los que le siguieron, y en parte gracias a la difusión

de la imprenta, el libro empezó a ser mucho más popular que antes. En el XVI se publicaron unas veinticuatro ediciones. La traducción portuguesa de 1502 fue seguida al año siguiente por una versión castellana de manos de Rodrigo Fernández de Santaella, archidiácono de Sevilla y confesor de Isabel y Fernando[34]. Aunque el objetivo principal de estas traducciones era ofrecer conocimientos a los dos países más implicados en exploraciones, también vieron la luz otras para satisfacer una curiosidad más desinteresada. Entre ellas se encuentra una obra publicada por primera vez en Basilea en 1532, *Novus orbis regionum ac insularum veteribus incognitarum* (Las regiones e islas del Nuevo Mundo desconocidas para los antiguos), una recopilación de narraciones de viajes que incluían los viajes de Cadamosto, Colón, Vespucci y Hetoum. Recopiladas por Johann Huttich, la introducción corría a cargo de Simón Grynaeus, un humanista muy conocido en su época y profesor de griego en Heidelberg, y fue publicada de forma simultánea en Basilea y en París. Marco aparece aquí en un texto en latín tomado no de la traducción de Pipino, sino de una realizada especialmente para la ocasión a partir de la versión portuguesa de 1502. A pesar de esta desventaja, *Novus orbis*— sin duda porque descansaba en el lenguaje de la sabiduría y estaba escrito por un humanista— fue tomada por muchos como la recopilación de viajes estándar del período y fue reimpresa en 1537, 1555 y 1585, con ulteriores traducciones al alemán y el francés (el texto original en francés o francoitaliano fue traducido al italiano; a partir de esa lengua Pipino la tradujo al latín, de donde pasó al portugués, que Huttich volvería a traducir al latín. Esta versión en latín fue luego vuelta a traducir al francés; un circuito muy curioso). Grynaeus ensalza a Marco como uno de los pocos autores medievales de valor para los cartógrafos y adjuntó a su obra un mapa de Sebastian Münster que mostraba México (Temistitán), luego, a corta distancia hacia el oeste, a «Zipango» y

luego, más al oeste, un «archipiélago de 7.448 islas» y finalmente un continente con Catai, Quinsai y Tangut[35].

La tradición del *Novus orbis* fue continuada por Raynerius Reineck, que en 1585 publicó su *Historia orientalis* en dos volúmenes, una colección de crónicas —incluyendo la de Marco y Hetoum— (eso fue sólo catorce años después de la victoria cristiana sobre los turcos en Lepanto) junto con material diverso acerca de cruzadas. Pero los principales responsables de mantener viva la fama de Marco son los propios venecianos. Del texto en veneciano de 1496 se editaron seis reimpresiones hasta 1597 y unas nueve más hasta 1672. Sin embargo, el desconocimiento de la lengua veneciana impidió que esa versión tuviera una audiencia europea más generalizada. Fue algo que entendió perfectamente Giambattista Ramusio (1485-1557), el más distinguido de entre los hombres de su siglo, quien hizo pública la magnitud y el significado de los descubrimientos en Asia y las Américas, y el hombre que primero presentó a Marco como un héroe veneciano[36]. No siendo patricio sino miembro de la clase ciudadana, Ramusio siguió una carrera en la administración pública veneciana. Acompañó embajadas a París y a otros lugares de Europa y en Venecia fue empleado como secretario del Senado y luego del Consejo de los Diez. Contaba con toda la enérgica eficacia que era de esperar en alguien que ocupaba esos puestos y con todos los instintos ilustrados de quien al mismo tiempo era conservador de la Biblioteca Marciana. Entre sus múltiples intereses estaba la literatura griega, las inscripciones latinas y la medicina; y «hablando francés como si hubiera nacido en París» tradujo la *Crónica de la conquista de Constantinnpla*, de Villehardouin, al italiano. Entre sus amigos estaban Girolamo Fracastoro (un científico, médico notable, inventor de la palabra *syphilis*), el *cosmógrafo* de la República veneciana, Jacopo Gastaldi, los impresores Aldo Manuzio y los Giunti, el diplomático humanista Andrea Nava-

gero y el poeta veneciano que escribió en toscano y en el más puro y clásico latín, Pietro Bembo.

Puede que los primeros viajes de Ramusio acompañando a los embajadores despertasen su interés por la geografía. Lo cierto es que el servicio diplomático veneciano fue uno de los principales medios gracias a los cuales Ramusio empezó a acrecentar su colección de contenidos y fuentes, que le permitiría llegar a comprender los cambios sucedidos tan reciente y rápidamente en el conocimiento europeo del mundo. Ya en 1520 un amigo le escribe desde Buda con información obtenida de un cosmólogo alemán acerca de Moscú y los tártaros. Cuando cuatro años más tarde Andrea Navagero fue nombrado embajador de Su Serenissima antes Carlos V de España, Ramusio aprovechó la oportunidad para conseguir que le enviase información sobre las exploraciones españolas. En ese campo, Navagero cosechó un gran éxito. Conoció a Pietro Martyr, cronista italiano de los descubrimientos españoles, y envió a Ramusio una versión italiana del relato de Martyr sobre sus logros, junto con información que él mismo había recopilado sobre Colón. Además, adquirió una copia de *Historia natural de las Indias*, escrita por un colonizador español, antiguo residente en Italia e italianófilo, Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés. A consecuencia de ello, en 1534, Ramusio publicó un volumen compuesto de una traducción italiana, que contenía estos trabajos, junto con una narración acerca de la conquista de Perú. Pero aun antes de eso, encantado con el trabajo de Ovidio, Ramusio, Membo y Fracastoro empezaron una correspondencia transcontinental con su autor, que en ese momento ya había vuelto a las Indias, y que se mantendría durante largo tiempo.

Al cabo de casi dos décadas después Ramusio empezó a publicar los tres volúmenes de *Navigazioni e viaggi*, su recopilación de relatos de viajes en su traducción toscana (que no veneciana). Estos fueron diseñados siguiendo un coherente esquema diseñado

para producir una «Reforma» (una palabra que circulaba mucho en la época) de la geografía y cartografía. No sería hasta 1559, es decir, hasta dos años después de su muerte, cuando aparecería publicado el segundo volumen (el último de los tres en ser editado). Fue en este volumen, reimpreso en 1574, 1583 y 1606, en el que se publicó su edición del libro de Marco. En él convergían la versión en latín de Pipino y un manuscrito ahora perdido que contenía un material proveniente de una tradición que hasta entonces había permanecido sumergida, pero que era incuestionablemente auténtica (que se encuentra en lo que se denomina el texto Z). A todo ello le añadió un prefacio en el que, a partir de leyendas y chismorreos venecianos, proporcionó un relato sobre los Polo. Es él quien explica la famosa historia de los tres hombres que regresan vestidos a la mongola, con la lengua veneciana casi olvidada, cuyos parientes no pueden reconocerlos hasta que muestran las joyas que llevan consigo. Hay poco de verdad en todo ello y en parte (como por ejemplo el comentario de que el colaborador de Marco era un genovés que escribía en latín) resulta claramente falso. No obstante, en lo que Ramusio sale airoso (claramente pensando en la fama del *genovés* Colón —a quien admiraba mucho—) es en mostrar a Marco como un gran explorador.

En ese sentido Ramusio cambió el tema del libro de Marco, para pasar de Asia a, tal y como avanza el título, «Los viajes (*viaggi*) de Marco Polo». ¡Qué maravillosos, cavila para sí, el alcance de esos viajes por regiones que los antiguos consideraron como *terra incógnita*! Y si las cosas que se cuentan dan la impresión de ser fábulas, también hay cosas extraordinarias en Estrabón, Plinio y Herodoto. Si nos pasmamos ante las riquezas de Quinsai, no hay más que pensar en Hernán Cortés y en el Temistitán (es decir, el Tenochtitlán-México de los aztecas). ¿Es probable —sugiere— que los Polo fuesen más grandes que Colón?

> Muchas veces he considerado en mi interior la cuestión de cuál fue el viaje más maravilloso, el realizado por tierra por esos nuestros gentilhombres venecianos o el llevado a cabo por mar por el mencionado don Cristóforo y, si no me engaña el cariño que siento por mi tierra, me parece que el realizado por tierra debe ir delante del marítimo, pues es necesario percatarse de la enorme grandeza de alma con la que se cumplió y concluyó por una ruta tan extraordinariamente larga y dura y por la falta de alimento no durante días, sino meses[37]…

En comparación, señala (desafortunadamente cayendo en el sentimentalismo), al fin y al cabo, a Colón le habían llevado los vientos. Y ningún europeo se había atrevido a seguir los pasos de Marco Polo, mientras que «al año siguiente del descubrimiento de esas Indias Orientales [es decir, Occidentales] empezaron a regresar muchas naves y cada día hasta el de hoy un número infinito de ellas van a esas zonas como si fuese lo más natural y esas zonas son tan conocidas y tienen tanto comercio que su cantidad es ahora mayor que el existente entre Italia, España e Inglaterra». Es curioso que a Ramusio le pase desapercibido el trajín comercial y misionero en Oriente durante el XIV. Y también resulta curioso que, en esta circunstancia, un hombre cuya visión incluía Europa y todo el resto del mundo, alguien que no era un nacionalista baladí, haya fracasado al comprender que cualesquiera que fuesen los méritos de Marco Polo, era precisamente el hecho de que los hombres del XVI siguiesen la estela de Colón, lo que lo convertía en una figura tan importante.

También un similar «cariño que siento por mi tierra» fue lo que persuadió a un inglés a estar de acuerdo con él:

> Sé que Marco Polo el veneciano, Ludovico Varthema, Cristóbal Colón, Amerigo Vespucci, Pinzón, Alvise Cadamosto, Alfonso di Negro y Fernando Cortés y muchos otros a los que omito fueron los más grandes viajeros de la tierra… Sin embargo, de todos los que he mencionado, sólo uno, Polo el veneciano, que estuvo un poco antes que él y nuestro Mandeville, es el más ilustre y más digno de alabanza, por haber abierto el mundo a las siguientes generaciones[38].

Como el escritor inglés fue, o se supone que fue, por tierra, entonces claro está, éste es el que merecerá mayores honores y gloria. Es cierto que el país que aceptó la interpretación de John Cabot acerca del libro de Marco siguió confiando en él. En su

Brief Summe of Geographie, escrito en 1540-1541, Roger Barlow describió Oriente según Marco[39]. John Frampton, que lo tradujo de la versión española de Santaella unos cuarenta años después, nos dice que se embarcó en la labor, «convencido de que podría arrojar nueva luz para ser aprovechada por nuestros marinos si en alguna ocasión esta nación consiguiese encontrar un paso de las zonas heladas a los mares del Sur[40]». Y también fue un inglés el que empezó todo el asunto de la «acumulación de hechos maravillosos» de los que se responsabilizaría a Marco (que él había traído a Europa los espaguetis, la imprenta, la pólvora y otras cosas por el estilo). El doctor William Gilbert (de quien se escribiría —nada menos que por Dryden—: «Gilbert debería vivir hasta que los imanes dejen de atraer metales») afirmó en su *De magnete* (Londres 1600)[41] que fue Marco, tras su estancia en China, el que introdujo la brújula en Europa: «El veneciano Polo conoció la brújula alrededor de 1260 y la trajo a Europa»; un ejemplo del magnetismo de un *nombre* para atraer todo lo que pueda asociarse a él.

Venecia, claro está, siguió siendo el principal centro de su glorificación. Ya en 1553, el Consejo de los Diez especificó que Giacomo Gastaldi debía basar sus mapas murales de Asia para el palacio del Dogo según el libro. No necesitaron insistir mucho; en su planisferio, producido tres años antes, Gastaldi llenó las cuatro esquinas con cuatro héroes del conocimiento geográfico, los antiguos Tolomeo y Estrabón y los modernos Colón y Marco Polo. Sus tres grandes mapas de Asia compuestos en 1561 incluyen todos los nombres mencionados en la edición Ramusio del libro de Marco Polo[42]. Y los italianos en general parecen haber adoptado la posición veneciana. En 1563, Ignazio Danti, el famoso cartógrafo que diseñó los mapas en la galería de mapas del Vaticano, decoró parte del Palazzo Vecchio de Florencia con una serie de mapas. Dos de ellos, «Giapan overo Cipangu isola» y «Las zonas más remotas conocidas como Indias Occidentales»

(*sic*), se inspiraron enormemente en Marco, aunque en esos días existía material más exacto[43].

III

El argumento de Ramusio para creer en la sustancia del libro de Marco (si se duda de Quinsai, sólo hay que pensar en México), aunque no es especialmente lógico, debe haber tenido un gran peso a mediados del XVI e incluso en el XVII, cuando se estaban revelando tantas y nuevas cosas maravillosas. Pero el libro todavía podía ser tratado con cierto escepticismo por los no geógrafos. El quinto libro de *Pantagruel*, capítulo 31, trata de *Cómo en la tierra de Satén vimos a Habladurías, que mantiene una escuela de refrendos*. Aquí encontramos «a un tipo diminuto, monstruoso y deforme llamado Habladurías», rodeado de innumerables hombres y mujeres que «pueden hablarnos con fluidez de cosas prodigiosas», como por ejemplo, de las pirámides de Egipto, los troglodytas, los *blemmyae*, del Hiperbóreo y demás, «con cada una de las palabras de Habladurías». Entre los más devotos seguidores de Habladurías están escritores sobre geografía como Herodoto, Plinio, Solino, Pomponio Mela, Estrabón, el papa Pio II, Jacques Cartier, Hetoum el Armenio, Ludovico Varthema y, claro está, el veneciano Marco Polo[44].

También sir Robert Burton en *The Anatomy of Melancholy* (1621) escribe sobre los espíritus del desierto de Lop y de las estrechas calles de Cambalu, pero después, de manera caprichosa, planea un imaginario viaje aéreo en el que descubrirá

> si la narración del *veneciano Marcus Polus* es verdadera o falsa, de esa gran Ciudad de *Quinsay* y *Cambalu*, si en realidad existen tales ciudades o si, como ha escrito el jesuita *Matth Riccius, China* y *Cataia* son una; si el gran *Cham* de *Tartaria* y el rey de *China* son el mismo; si *Xuntaine* y *Quinsay* y la ciudad de *Cambalu* son esa nueva Pacquin o si esa muralla de 400 leguas de largo separa *China* de *Tartaria*; si el *Preste Juan* está en *Asia* o *África*, porque *M. Polus* el *veneciano* lo sitúa en *Asia*, siendo la mayoría de las opiniones que es emperador de los abisinios, que antaño fuera *Etiopía*, ahora *Nubia* bajo el *Ecuador* en *Africa*[45].

En su máquina voladora nos dice: «Censuraré todas las mentiras de *Plinios, Solinos, Estrabones, Sir John Mandevilles, Olaus Magnus, Marcus Polus…*»

Los no interesados en la geografía podrían simplemente ignorarle. En su *De la vicissitude ou variété des choses en l'univers* (París, 1577[46]), Louis Le Roy habla del «Gran Cham» de Catai y de la magnificencia de sus dominios. Toma de Hetoum un relato sobre la historia temprana de la dinastía e informa, también tomando el material de Hetoum, de la sorprendente observación de que los cataicos creen que sólo ellos ven con los dos ojos. A partir de las opiniones de alguna autoridad contemporánea, Le Roy escribe de la estima en que tienen a las artes y de que los puestos en la administración pública no son adjudicados por nacimiento o riqueza sino basándose en la sapiencia, la sabiduría y la virtud.

Los geógrafos se tomarían el libro de Marco con más seriedad. Una de las primeras preguntas que provocó el descubrimiento de Colón fue: «¿Es este "Nuevo Mundo" que ha descubierto, tal y como él cree, el Asia de Marco Polo?»[47], una pregunta que llevaba a otra: «¿Qué credibilidad merece lo que escribió Marco Polo?». En cuanto a la opinión española al respecto está claro que eran pocos los que estaban de acuerdo con la afirmación del almirante de que había llegado a las tierras del Gran Khan[48]. El mapa de 1500, obra de Juan de la Cosa, que fue el piloto de Colón, no incluye ningún topónimo de Polo; ni tampoco los bosquejos de mapas de Alessandro Zorzi, en los que se intentó unir los nuevos conocimientos con las ideas de Tolomeo, y que se suponía que ilustraban las opiniones del propio hermano de Colón, Bartolomé, en 1503[49]. En su introducción a *De situ orbis*, de Pomponio Mela, publicado en Salamanca en 1498, Francisco Núñez de la Yerva declara rotundamente que Colón no ha encontrado la India (es decir, Asia)[50]. Cuando cinco años más tarde Santaella traduce a Marco al castellano, no es del todo impo-

sible que su principal propósito fuese publicar la opinión de que Asia era una cosa y los nuevos descubrimientos otra. En su prefacio, Santaella así lo defiende frente al lector haciendo gala de una notable confianza. Tampoco, añade con cierta aspereza —poniendo en duda otra de las nociones más queridas de Colón—, las nuevas islas de las Antillas e Hispaniola son las bíblicas Tarsis y Orfir[51]. Tras lo cual, tampoco resulta sorprendente el silencio acerca del libro de Marco en las cartas de Vespucci, ni el altisonante ataque que recibe en la *Suma de Geographia* (1519) de Martín Fernández de Enciso. Este utiliza a Plinio, Estrabón y Tolomeo, pero (al reflexionar sobre los capítulos sobre Tangur en el libro de Marco Polo, aunque sin mencionar su nombre) señala:

> Desde el Ganges a esa parte de Oriente que está más alejada de India y que es llamada Catai, donde estuvieron las tierras del Preste Juan y de Gog y Magog, no hay nada escrito que sea auténtico… porque, aunque algunos mercaderes han pasado por allí, ha sido poco lo que vieron y lo que escribieron sobre ello es dudoso y desordenado, así que de poca fe en definitiva.

Al mismo tiempo —y es un interesante ejemplo de cuán selectivo es nuestro escepticismo—, aunque se rechaza el grueso del libro de Marco, da el máximo y más respetuoso crédito a la historia de Marco (XIII) sobre una montaña que se mueve en respuesta a las oraciones de un hombre santo cristiano[52]. Marco continuaría siendo leído por algunos en España. Cuando en el Pacífico, durante el viaje de circunnavegación de Magallanes/El Cano, se realizó un inventario de los bienes del *contador* fallecido Iñigo Ortiz de Perea, se encontró entre ellos «un libro de Marco Polo», valorado en 1,5 ducados —un marinero podía cobrar unos 3 ducados al mes—,[53] Pero no es un ejemplo típico. Está claro que las Casas, gran misionero e historiador del descubrimiento del Nuevo Mundo, parecía no saber nada acerca de los exploradores de su época, ni de Marco Polo, a quien confundía con Paolo dal Pozzo Toscanelli[54].

Lo mismo sucedía con los portugueses. Hay indicios que señalan que al principio se creía que Colón había alcanzado el Asia de

Marco Polo. Al regresar por primera vez desde India en 1499, Vasco da Gama pasó por «once mil islas… que deben ser las que fueron descubiertas [por Colón] para el rey de Castilla[55]». En la dedicatoria de la traducción portuguesa de 1502, Valentín Fernandes observa que India fue descubierta por Vasco da Gama, mientras que «el muy honorable hidalgo Gaspar Corterreal, en sus navegaciones por el norte, había alcanzado el señorío del Gran Khan [de hecho era Terranova]». Pero estos refrendos se evaporaron al cabo de nada y con ellos desapareció cualquier interés por Marco Polo (la traducción portuguesa de 1502 sobrevive en la actualidad en sólo cinco copias, que sugiere una pequeña tirada). Como veremos, los portugueses confiaron en el libro durante un tiempo por su información sobre los puertos de Catai. En su *Descubrimientos del mundo desde el primer original hasta el año de nuestro Señor de 1555*, de Antonio Galvano, se le ensalza por descubrir la ruta terrestre hacia Oriente, en términos muy entusiastas:

> Y aunque al principio su libro fue tomado como cosa fabulada, ahora se le da gran crédito; porque a juzgar por las últimas experiencias de viajeros y mercaderes en estos días y en esas partes, los nombres de los países, ciudades y pueblos, fondeaderos y sus situaciones, latitudes [que por supuesto no aparecen en el libro] y mercancías, se descubren ahora ciertos, como él y otros historiógrafos de esa época dijeron[56].

Pero el profesor Cortesão afirma que en Portugal, desde el *Mappamundi* de Cantino (1502) hasta el *Atlas* de Homem-Reineless (1519), se nota la influencia de Tolomeo, pero no de Marco; y es verdad. En general prevaleció la cautela. Por ejemplo, Diego Homem no reconoce la existencia de Japón en sus mapas de 1558, 1561 y 1568 (aunque el mapa de 1568 no acepta poblaciones llamadas Quinsai, Cambalu, Tangut y Catai[57]).

Por contra, los geógrafos italianos y del norte de Europa refrendan el libro. En ello destacan italianos e ingleses. En 1497, John Cabot regresó de su expedición en nombre de Enrique VII

En agosto de ese año, el mercader veneciano Lorenzo Pasqualigo escribió a su familia en Venecia: «Ese veneciano nuestro que fue con una pequeña nave desde Bristol para hallar nuevas islas ha regresado y dice que ha descubierto tierra firme a 700 leguas, que es el país del Gran Khan». Cuatro meses después, el embajador del duque de Milán escribía cómo el rey Enrique «había ganado parte de Asia sin desenfundar la espada». «Zoane» Cabot encontró pescado, alcanfor y seda y más al sur «propuso navegar junto a la costa desde el lugar en que la alcanzaron, más o menos hacia la costa, hasta que alcanzaron una isla que denomina Cipango, situada en la región ecuatorial, donde creen que tienen su origen todas las especias del mundo, así como las joyas»[58]. A Marco no se le menciona, pero no necesita estar, porque forma parte del ambiente.

Finalmente —aunque tal vez con más lentitud de lo que suele aceptarse— fue desvaneciéndose la convicción de que el Nuevo Mundo era un afloramiento de Asia. Pero sobrevivió el interés italiano por el libro de Marco. Entre los cartógrafos italianos, Giovanni Matteo Contarini (1506) muestra Cuba, al oeste de ésta aparece «Zipangu» y luego un continente con la provincia y ciudad de Catai, Quinsai, Tangut y Ciamba. En su *Mappamundi* (Roma, 1507 o 1508), Johannes Ruysch sigue de cerca las indicaciones de Marco, aceptando Java Menor, Java Mayor, Campiciou, el desierto de Lop, Cataya (como ciudad), Ciangu, Quinsai, Tíbet, Tangut, Mangi, Ciandu, Zaito, Ciamba y Loac. Y sigue tras la estela de las conclusiones finales de Colón al identificar «Cipango»: «Marco Polo dice que existe una isla muy grande llamada Sipango… Hay gran abundancia de oro y de todo tipo de gemas. Pero como las islas descubiertas por los españoles ocupan este lugar, no lo situamos en India, siendo de la opinión de que lo que los españoles llaman Spagnola [Hispaniola] es en realidad Sipango»[59].

Un mapa de 1507, de Martin Waldseemüller de Estrasburgo, rompe una lanza en favor de la novedad y muestra un nuevo continente, América y al oeste Sipangu y luego finalmente el continente asiático[60]. No obstante, Waldseemüller se echó atrás y una gran confusión rodeó la identidad del Nuevo Mundo todavía durante un tiempo. En su *Opusculum geographicum* de 1533, Johannes Schóner escribe: «Detrás de Sina y Seres… muchos países fueron descubiertos por un Marco Polo veneciano y otros y las costas de esos países han sido recientemente exploradas por Colón y Vespucci navegando por el océano Indico»[61]. Las riquezas de Tenochtitlán-México saqueadas por Cortés hizo que muchos (entre 1520 y 1530 —en un caso incluso hasta la década de 1590—) pensasen que esta ciudad, con sus puentes y canales, su masa de población y el esplendor de sus riquezas, debía ser la Quinsai de Marco Polo, mientras otros se aferraron a las similitudes de los topónimos, sosteniendo que «Messigo» debía ser Mansi; Tamago, Tíbet y otros más[62].

IV

Debería añadirse que los intentos de ciertos cartógrafos al interpretar el libro de Marco provocaron frecuentes errores. Como Marco sólo proporcionó los topónimos persas de lugares chinos, los primeros europeos que llegaron por mar a la costa china no comprendieron que ése era el país que describió. Tanto las cartas de navegación portuguesas como francesas de la década de 1540 sitúan un país llamado Cin o China entre 25° y 40° de latitud y por encima el Catai y el Mangi de Marco Polo. Aquí, a 25 °, aparece un puerto llamado Chincheo, es decir, Ch'üan-chou (Quanzhou en pinyin), mientras que a 25° está un puerto llamado Zaiton, el nombre mongol de Ch'üan-chou[63]. De esta interpretación equívoca se contagiaron rápidamente los cartógrafos del norte de Europa (**véase ilustración 13**) y también la literatura. En el libro XI (11.385-391) del *Paraíso perdido*

(publicado por primera vez en 1667), Milton sitúa a Adán ascendiendo la elevada montaña del Paraíso a fin de mirar el emplazamiento de futuros reinos:

> Su mirada dominaba cualquier cosa en cualquier sitio,
> ciudades de fama antigua o moderna, la sede
> del poderoso imperio, desde los muros
> de Cambalu, sede del Khan de Catai,
> y Samarcanda junto al Oxus, el trono de Timur,
> hasta el Faquín de los reyes de Sina, y de allí
> a Agra y Lahore del Gran Mogol.

Recordando tal vez un mapamundi de Ortelius, el poeta, al igual que el cartógrafo, no comprende que la Cambalu de Catai y Pekín son un único lugar.

El libro da paso a un segundo y profundo error (**véase ilustración 14**)[64].En los capítulos CLXIV-CLXV, Marco declara que, al dejar la isla de Java y navegar 700 millas entre el mediodía y el sudeste, se llega a dos islas llamadas Sondur y Condur. Partiendo de éstas durante 500 millas se alcanza la provincia de Locac. En la versión de Ramusio este Locac se dice que está en un continente. Es un buen país, rico y con rey propio; la población es idólatra y cuenta con su propia lengua. Cultivan alcanfor, hay oro «en cantidades increíbles» y también elefantes y se utilizan conchas de porcelana como moneda. El rey no gusta de las visitas de extranjeros que puedan conocer sus tesoros y bienes. Al dejar Locac y tomar dirección sur durante otras 500 millas se llega a una isla de nombre Pentan, «un lugar muy salvaje». A otras 60 millas y luego torciendo otras 30 millas más hacia el sudeste, está el reino insular de Malaiur, donde «cuentan con gran cantidad de mercaderías de todo tipo y con especias, que de ésas tienen gran abundancia».

Tal y como aparecen, en la actualidad resulta bastante difícil dar sentido a esos capítulos. Lo más probable —en el capítulo CLXIII inmediatamente anterior se trata de Ciamba— es que, tal y como sugirió el coronel Yule, cuando Marco escribió acerca

de partir de la isla de Java, se trató de una equivocación, queriendo en realidad decir «cuando se deja Ciampa» (es decir, el actual sur y centro de Vietnam). De esta manera es posible identificar «Locac» con sus idólatras, oro, rey poco aficionado a las visitas y demás, como Siam. Si así fuese, «Pentan» sería una isla en el extremo del estrecho de Malaca y —teniendo en cuenta una «gran confusión»— el supuesto reino insular sería la península malaya. Al carecer de los conocimientos geográficos actuales de Yule sobre Asia, los primeros cartógrafos modernos se limitaron a aceptar lo que leyeron, es decir, una descripción de lo que había en las 1.790 millas por debajo de Java y no de Ciampa. El primero en hacerlo fue Gerard Mercator en su globo terráqueo de 1541 (que muestra setenta y tres topónimos del libro[65]). Para complicar más el asunto, Mercator consultó dos versiones de la obra de Marco. En la primera leyó el nombre Lucach (*sic*). En el segundo, que halló en la colección *Nuevo Mundo* de Grynaeus-Huttich, ese nombre se había convertido en Boëach[66]. El caso es que señaló un elevado promontorio que se elevaba hacia Java desde la Terra Australis, la gran masa de tierra meridional. En su extremo está «Beach» (una corrupción posterior del nombre), con la leyenda «Provincia rica poco visitada por gentes de otras regiones a causa de lo incivilizado de su pueblo». Al sudoeste aparece lo que conocemos como la otra forma no corrupta de Beach, el reino de Lucach. Debajo está Maletur (el Malaiur de Marco), con la inscripción «Reino en que se hallan grande cantidades de especias». Enfrente de Maletur está la isla de «Petan» y al oeste de Petan, la isla de Java Menor (Sumatra). En la extensa inscripción que aparece sobre el promontorio, Mercator escribe que el libro III d Marcus Paulus Venetus, cotejado con el Libro IV de Ludovico Vartherm son los testimonios de «las inmensas y vastas regiones» que allí existe (Varthema fue un mercader boloñés cuyo relato sobre viajes orientales es crito en 1510, habla de un viaje a Java,

aunque de ninguna manera justificando las suposiciones de Mercator).

Éste fue el esquema seguido en el extremadamente influyente Mapa de Mundo de Mercator, aparecido en 1569 y que de ahí pasaría a la mayoría d los cartógrafos de la Europa del norte. Se encuentra en *mappeemundi* de Ortelius (1564, 1571 y 1587), de Cornelius Wytfliet (1605) y de Hondius (1630) —por citar sólo unos pocos—. El reino de Beach empezaría a desaparece de los atlas a partir de la segunda mitad del XVI. Incluso en 1664 Thévenot, el editor francés que en su *Relation des divers voyages curieux* trataba tardíamente de hacer por Francia lo que Hakluyt y Purchas hiciera por Inglaterra, apostaba por la existencia de este gran mundo austral al sudeste de Java, basándose en que Marco Polo se había enterado por fuentes chinas[67].

El resultado de todo ello es una distorsión considerable. ¿Podría haber sido una distorsión fructífera? En julio de 1619, el comandante Frederick de Houtman con rumbo a Batavia con dos naves «de repente llegó a la tierra meridional de Beach, a 32 ° 20'», es decir al sur del actual Perth en la costa occidental de Australia, una zona que un mapa holandés de veinte años después identifica con «Beach Provincia aurífera[68]». Eso sugiere que los mapas de Mercator y los que siguieron su tradición podía haber guiado a los marinos holandeses, nunca hostiles a la idea de una «una provincia llena de oro», para que mantuviesen los ojos bien abiertos buscándola. Por supuesto, esta posibilidad está muy alejada de la ofrecida por ese colosal esnob y ferviente patriota veneciano de adopción, Vitale Terrarossa, que en la década de 1680 afirmaba que fue Marco —«un patricio veneciano»— quien descubrió Australia, al igual que afirma que los hermanos Zeni —«unos patricios venecianos»— descubrieron América en el siglo XIV y que sus escritos inspiraron a Colón para llegar allí. Se pone énfasis en el aspecto «patricio» de acuerdo con el fervor de los propios sentimientos de Terrarossa[69]. El patriotismo por

sí mismo puede persuadirnos de muchas cosas; cuando se combina con los prejuicios de clase entonces puede convencernos de casi todo.

Capítulo 10

Jesuitas, imperialistas y una conclusión

I

A partir del XVII el libro perdió gran parte de su influencia como obra de geografía y a menudo se leyó como una curiosidad, por entretenimiento o por otras razones (por ejemplo, en Florencia hubo mucha gente que, inspirada por la visión de Lionardo Salviati acerca de una lengua italiana ideal, que debía crearse a partir de una selección de textos del siglo XIV— *il buon secolo delta lingua*— se inspiró en la que Salviati describió como la *ottimo* o «mejor» traducción toscana (TA[1]). A pesar de esta distinción, esta versión no fue impresa hasta 1827). En cierta manera, cualquier discusión sobre el libro en este último período tiene que ser desigual y poco sistemática, ya que su presencia en la conciencia del público lector fue intermitente y casual. No obstante, existe una cierta fascinación en comprobar la fortuna de la obra en su devenir hasta los tiempos Victorianos y después.

En el siglo XVII aparecieron nuevas ediciones que testimonian la popularidad del libro. Fue reeditado en latín en dos ocasiones, ocho veces en el texto en veneciano de 1496 y una en alemán, holandés, español e inglés. La edición en latín publicada en Berlín en 1671 por el orientalista Andreas Müller de Greiffenhagen tiene un cierto interés como representante de un primer ejemplo de la laboriosidad erudita sobre Polo. Müller comparó dos textos (el de *Novus orbis* y un manuscrito de la traducción latina de Pipino, de hecho un ejercicio sin sentido, ya que la primera derivaba en última instancia de la segunda), proporcionó un elaborado índice y lo acompañó con una *Disquisitio geographica et historica de*

Chataja, donde hablaba de temas del tipo de si Catai era lo mismo que China[2]. Müller ignoró —o no era consciente de ella— la versión italiana de Ramusio con la que la comparación habría resultado más apropiada. De hecho, unos cincuenta años antes, Samuel Purchas, en su celebrado *Hakluytus Posthumus or Purchas his Pilgrimes*[3], ofrecía una traducción libre resumida de la traducción italiana de Ramusio junto con una intensa defensa de ésta como el mejor texto del libro. Afirma que él poseía una traducción al inglés realizada por Hakluyt a partir del latín (esa traducción parece haber desaparecido; seguramente fue tomada del *Novus orbis*). Pero:

> El latín es «latón» comparado con el oro de Ramusio. Y aquel que tuviere el latín no tiene sino el esqueleto de Marco Polo y ni siquiera tanto, sino unos pocos huesos y a veces sólo piedras en lugar de huesos, cosas diversas, contrarias, adversas, pervertidas en su forma, dislocadas en modo, más allá de toda creencia. He visto mutilar a otros autores, pero nunca tan magullados y tan entreverados, tan presentes y tan ausentes, como este vulgar latín de Marco Polo… muchos de los que han leído a M. Paulus nunca vieron a M. Polo ni conocieron la buenaventura del más honorable viaje, tal vez escrito por hombre alguno[4].

En el *De originibus Americanis libri quattuor*, de Georg Horn, publicado en La Haya en 1652, las dudas acerca del texto en latín se ven acompañadas de lamentos por «la interpolación» (¿es puramente un eufemismo?) o falsedad de todas las versiones disponibles:

Es una pena que un impostor haya intercalado tantas falsedades en *Los viajes* de Marco Polo. Porque ¿quién puede creerse lo que escribe sobre Quinsai, sobre que cuenta con 12.000 puentes de piedra, construidos con arcos tan altos que las naves de elevados mástiles pueden navegar bajo ellos? ¿Y cuántos errores aparecen en la lista de los emperadores de Tartaria? Porque, si exceptuamos a Gengis, Mongke y Kubilai, el resto están muy corrompidos… Purchas se dio cuenta del defecto escribiendo: «He visto muchos autores depravados, pero ninguno tanto como el de la edición en latín de Polo el veneciano[5]».

Horn también nos advierte de una sorprendente omisión del libro: «Que la Gran Muralla es de fecha posterior a 1200 es algo que queda demostrado en el hecho de que Polo el veneciano nunca hace ninguna referencia a ella, pues tendría que haberla atravesado si hubiera estado allí». Puede que eso hubiera bastado para que triunfase el escepticismo acerca de la veracidad del libro si no hubiera sido porque en los escritos de los misioneros católicos de los siglos XVI y XVII —escritos que obviamente sobrepasan su autoridad— Marco sigue siendo tratado con gran respeto. En su *Relación de las cosas de China*, escrito en 1575-1576, el fraile agustino Martín de Rada fue el primero en darse cuenta (al contrario que los jesuitas residentes en la corte de Akbar) de que «el país al que llamamos China era el reino de Catai de Marco Polo el veneciano, tal vez porque entonces así era llamado, porque, cuando él llegó allí sobre el año 1312, estaba gobernado por los tártaros[6]». Este reconocimiento hizo merecedor a Marco de los elogios de otro fraile agustino: Juan González de Mendoza, en su *Historia de las cosas más notables del gran Reyno de la China* (Roma, 1585). El brillante misionero jesuita Matteo Ricci llegó independientemente a la misma conclusión. En 1605, Ricci oyó hablar de hombres de la provincia de Shaanxi que eran descendientes de cristianos (a los que Marco se había referido) y que sabían algo, aunque poco, de la fe cristiana. «A partir de ello comprendí que no había duda de que China era la Catai de Marco Polo el veneciano y de que lo que explica es muy verdadero y de que entonces los cristianos de Catai debían ser muy numerosos[7]».

Entre los más influyentes de los autores jesuitas está Martino Martini, que en su *Novus atlas Sinensis*, publicado en Ámsterdam en 1655, proporcionaba muchos y valiosos mapas y una información geográfica muy completa proveniente de fuentes chinas. Además de su conocimiento de dichas fuentes, Martini también leyó a Odorico y a Hetoum y con frecuencia expresa opiniones

muy positivas acerca de Marco, identificando los topónimos que ofreciese en su libro y justificando sus descripciones. «Considero un deber —escribe— liberar a ese noble patricio de las acusaciones de mendacidad y otras calumnias que pesan sobre él; sobre todo porque sus acusadores le han condenado a la ligera por explicar cosas que ellos no pueden comprender ni comprobar.» La obra de Martini cobró rápidamente una gran autoridad en el tema. Fue reimpresa en francés en el volumen XI de *L'Asie* de la obra *Le gran atlas ou cosmographie Blaviane* de Johan Blaeu (Ámsterdam, 1664). También se convirtió en la base de la popular obra ilustrada de otro jesuita, la *China Illustrata* de Athanasius Kircher (Ámsterdam, 1667; y traducida *La Chine*, Ámsterdam, 1670). Este mismo autor hace varias referencias a ese *oculatus inspector Paulus Marcus Venetus*; «Entre los autores antiguos no hay nadie que haya hablado de los reinos de Oriente y que haya tratado tan ampliamente esos temas, ni nadie que los haya descrito tan perfectamente como él». Sin embargo, los halagos de Kircher se vieron ensombrecidos por su queja, bastante anacrónica, de que Marco ignoró latitudes y longitudes y se lanzó a la ardua tarea de ser el primero en tratar de descubrir su ruta a y desde China[8]. Otro miembro de la orden, el portugués Gabriel de Magalhães, cuyos escritos sobre China fueron finalmente publicados en 1688, criticó (de hecho equivocadamente) a Polo por proclamar que en tiempos de los mongoles en China había papel moneda, pero fue el primero en identificar el puente «Pulisanghin» del que escribió en el capítulo CV[9]. Sesenta años después, otro erudito jesuita, J.B. du Halde, aunque ignorando el libro de Marco como fuente, también afirmó su credibilidad[10].

No obstante, a pesar de cualquier cosa que pudieran decir los miembros más antiguos de la orden, los más jóvenes lo rechazaban en privado. Domingo Navarrete, que estuvo en China entre 1658 y 1670, explica que escuchó una conversación entre dos jesuitas en Cantón que discutían sobre cuál era el libro más fan-

tasioso, el de Marco o el de Martini[11]. A principios del XVIII, cuando tenía lugar una gran rivalidad colonial entre Francia, España y Gran Bretaña y cuando el comercio mundial empezó a cobrar una importancia cada vez mayor, lo cual hizo que muchos editores se sintieran inclinados a publicar numerosas colecciones de viajes —en las que la obra de Marco Polo ocupó un lugar muy destacado[12]—, apareció la primera denuncia escrita del libro. Se trata de un anexo al texto del volumen decimocuarto de *The New Collection of Voyages and Travels*, conocida popularmente por el nombre de su editor, Thomas Astley, como *Astley's Voyages*[13] El anónimo redactor vierte varias críticas acerca del libro: las ciudades chinas aparecen con sus nombres mongoles, no se ofrecen las latitudes de los sitios, las distancias y orientaciones no son de fiar, por lo que resulta difícil ordenar las localidades sobre un mapa. Gran parte del material, afirma, es superficial; apenas aparece ningún relato sobre la capital mongola de Karakorum. El contenido histórico está «plagado de errores y fábulas», como la de que los magos tártaros pueden provocar tormentas y alejarlas del palacio del Khan. Y, además, apestaba a papismo. (Esto fue escrito en Londres dos años después de que el príncipe católico Carlos hubiera llegado al trono gracias a una insurrección de espantosos escoceses). Centrándose en la historia del hombre santo que movió una montaña, el escritor señala que, al igual que los frailes, Marco «no tuvo escrúpulos como ellos, para decir mentiras que pudieran servir a su religión».

Además, Marco se equivocó al detallar la sucesión de los khanes. Todo ello en conjunto hacía aflorar graves dudas:

> ¿No es posible que nuestro *veneciano* hubiera podido ofrecernos un relato de las cosas más exacto de haber comprendido las lenguas y de haber disfrutado del favor de la corte tal y como pretende? Por ello existen sospechas de que tal vez ni siquiera haya estado nunca en *Tartaria* o *Katay*. Porque ¿no es posible que haya recopilado todo lo por él escrito acerca de esos países a partir de los informes de otros, así como la mayor parte de lo que relata sobre países e islas, que conforman la mayor parte de lo que explica y que en general cuentan con una mayor exactitud? Su relato de las diversas partes de *India* y de las costas de *África* parece estar

tomado de los libros de los mahometanos; la mayoría de los nombres son los que utilizan los autores *árabes* y *persas*.

Si nuestro *veneciano* hubiera estado realmente en el lugar indicado, gozando de esas ventajas de que nos informa, ¿cómo es entonces posible que no mencione la Gran Muralla, lo más descollante de toda *China* o tal vez de todo el mundo? No vale decir, como *Martini*, que entró en China por las provincias del sur. Después de todo, suponiendo que no hubiese visto esta Maravilla de China, ¿no podría al menos haber oído hablar de ella? En definitiva, lo máximo que podemos hacer en favor de Polo es suponer que, en caso de que haya estado en esos países, que describe como testigo presencial, nunca mantuvo un diario de sus viajes, tal y como pretende, sino que cuando regresó a *Venecia*, redactó su relato gracias a su memoria, que en muchas ocasiones le traicionó, y que añadió, como si fuesen de su mano, los informes de otros, a los que creyó sin más. No sería cosa difícil para alguien que hubiese mantenido largas conversaciones con viajeros que hubieran estado en esas partes del mundo, sentarse y escribir una relación mucho mejor que la de Polo: no obstante, debe admitirse que él es el padre de los descubrimientos modernos y que abrió camino a todo el resto.

La *New Collection* de Astley gozó de un considerable éxito internacional. Fue traducida (junto con sus prefacios) al francés como *L'Histoire genérale des voyages* (París, 1746-1770), de cuya edición se hizo cargo nada menos que el abate Prévost, autor de *Manon Lescaut*, y al alemán (*Allgemeine Historie der Reisen*, Leipzig, 1750). Sus opiniones de Marco, junto con sus comentarios anticatólicos, se recogieron en una obra general de historia medieval publicada en 1829 por K. D. Hüllmann. Este creía que la obra de Marco era «una ficción eclesiástica, disfrazada de libro de viajes», escrita «para crear entusiasmo por la conversión de los mongoles y así facilitar el comercio a través de sus dominios»; que lo que Marco escribió eran «recopilaciones de mercado y de manuales de viaje de mercaderes por esos países[14]». No obstante, y a pesar de la actitud seria del XVIII, los comentarios del compilador de los *Astley's Voyages* parecen haber tenido escasa resonancia. La actitud de la Ilustración se puede resumir a través de uno de sus historiadores más eminentes: la de William Robertson en su *An Historical Disquisition concerning the Knowledge which the Ancients had of India* (Londres, 1791). Robertson considera el libro de Marco como «el examen más completo realizado sobre

Oriente hasta el presente y la descripción más completa ofrecida nunca por un europeo» y se enfrenta a las diversas objeciones con las que tuvo que lidiar el libro. Marco no podía (pensando tal vez menos en las críticas de Astley que en las de Athanasius Kircher), como mercader que era, dedicarse a tomar latitudes y longitudes y resultaba bastante natural que utilizase los topónimos mongoles para lugares chinos. Además: «Colón, al igual que los hombres de ciencia con los que mantenía correspondencia, depositó tanta confianza en la veracidad de sus relatos, que en gran medida basó en ellos las especulaciones y teorías que serían en gran parte las responsables del descubrimiento del Nuevo Mundo. La vida de Colón según su hijo, capítulos 7 y 8[15]».

Los comentarios de Robertson se publicaron un año antes de la exitosa embajada de lord Macartney a Pekín, por la que el gobierno británico se aseguraría el intercambio de embajadores y el inicio de sus relaciones comerciales con China. Macartney llevó consigo a su gran amigo y compañero angloirlandés, George Staunton. El hijo de éste, George Thomas Staunton, que entonces tenía doce años de edad y era el único miembro de la delegación que hablaba chino (como resultado de un curso acelerado con una orden misionera en Italia) les acompañó como ayudante. En 1797, George Staunton padre publicó *An Authentic Account of an Embassy from the King of Great Britain to the Emperor of China*, en el que, además de relatar los acontecimientos inherentes a la embajada, se tomó la molestia de identificar la Quinsai de Marco y de explicar que el veneciano no mencionó la Gran Muralla (al igual que Martini, decidió que Marco llegó a China a través del Tíbet).

La misión de Macartney, junto con un aumento de la injerencia británica en Oriente, fue la responsable del renovado interés por la obra de Polo que tuvo lugar en este país. Sería otro angloirlandés, William Marsden, cuya mentalidad fue formada en gran parte por la experiencia del imperio, quien publicaría la

primera edición erudita del texto. Marsden sirvió durante ocho años en un puesto de dirección en la Compañía de las Indias Orientales en Sumatra. A su regreso fue segundo secretario y entre 1804 y 1807 —un período álgido para la historia naval británica— primer secretario del Almirantazgo. Con alma de erudito, tomó parte en los «desayunos filosóficos» de sir Joseph Banks, escribió una *History of Sumatra* (1783), un *Dictionary and Grammar of the Malayan Lenguage* (1812) y una *Numismata orientalia illustrata* (1823-1825). Su *The Travels of Marco Polo* (Londres, 1818) consistió en una traducción al inglés del texto de Ramusio, junto con una introducción de ochenta páginas. Marsden siguió las observaciones editoriales de Ramusio con demasiada facilidad e insufló nueva vida a la interpretación equivocada de Kircher, que consideraba la obra como un itinerario. No obstante, Marsden enfocó su trabajo con una apasionada determinación por ilustrar su veracidad y elucidar sus dificultades. Examinó las diferentes tradiciones del manuscrito y, en notas al final de cada capítulo, ofreció interesantes ilustraciones del texto, a menudo producto de su propia red de contactos en Oriente. Así, por ejemplo, tras la sección en la que Marco habla de «las perlas de enorme tamaño» que encontrara en Quinsai, señala: «Henry Browne que durante muchos años ocupó el puesto de jefe de la factoría de la Compañía en Cantón, me asegura que ha visto perlas, supuestamente producidas en la provincia de Fokien, cuyo tamaño iguala al de una jarrita de vino».

La profunda simpatía que sentía por el libro se vio precipitada por la embajada de Macartney y por los sueños británicos de penetrar en China. Al comentar la presentación de Marco al Gran Khan realizada por Niccolò Polo, señala: «Es imposible que quienes hayan leído el relato sobre la embajada de lord Macartney no sientan asombro por el parecido existente entre esta escena y la sucedida en Johol en 1703 cuando sir George Staunton

presentó a su hijo, el actual sir George Thomas Staunton, al venerable Kien Long[16]».

Marsden consideraba que el libro de Marco sufría de «una falta de capacidad, por parte del autor, a la hora de darle composición literaria». No obstante, su mérito radicaba en su veracidad esencial:

> Entre todos los que en el presente declaran su falta de fe y convierten el personaje de Marco Polo en objeto de chanzas, es probable que sean muy pocos los que hayan leído el libro de manera profunda; y también existen numerosas razones para creer que tampoco son muchos los que, tras estudiarlo atentamente, continúen creyendo que la narración es ficticia[17].

II

Es probable que el libro nunca se haya dejado de editar desde la época de Marsden. También desde esa misma época ha sido objeto constante de estudios eruditos[18]. En 1865, el distinguido sinólogo, M. G. Pauthier, editó *Le Livre de Marco Polo citoyen de Venise, conseiller privé et commissaire impérial de Khoubilai-Khaân*, una obra cuyo título —que subraya él supuesto estatus de Marco como oficial imperial— marca la pauta para una gran masa de valiosas citas a partir de fuentes oficiales chinas. Esta visión de Marco como un oficial de alto rango de una dinastía extranjera imperialista fue seguida por una interpretación muy parecida a cargo de Henry Yule (Londres, 1871; segunda edición, 1875; tercera edición, póstuma, 1903). Yule provenía de una de esas numerosas familias escocesas victorianas cuyas considerables capacidades y autoconfianza fueron dedicadas al servicio del Imperio británico. Su padre fue oficial del ejército de Bengala, sirvió como secretario del residente en Lucknow y Oudh y recopiló (y estudió) una amplia biblioteca de manuscritos árabes y persas. Su tío, coronel con la Compañía de las Indias Orientales, sirvió como residente en Java, cuando la isla estuvo bajo ocupación británica. Uno de sus primos fue general en el cuerpo de ingenieros reales; el padre de su primera esposa fue general en el ejército de

Bengala y su segunda esposa era hija de un miembro de la administración pública en Bengala. Uno de sus hermanos murió a la cabeza del 9.° de lanceros durante el motín indio; otro fue un «civil» condecorado en Bengala que, tras cazar su tigre número cuatrocientos, decidió dejar de contar los que mataría después. El propio Yule, educado de manera clásica en la Escuela Superior de Edimburgo, se convertiría en oficial del cuerpo de ingenieros de Bengala, serviría en las guerras sijs, en el motín indio y sería secretario de una misión enviada a la corte del rey de Birmania. Haciendo gala de una infatigable energía, tradujo al inglés los versos de Schiller, dio conferencias sobre fortificación, redactó informes sobre los pasos fronterizos entre Aracan y Birmania y organizó las defensas de Singapur.

Como resultado de su amistad con el gobernador general, lord Dalhousie, también escocés, Yule fue nombrado subsecretario y más tarde secretario del gobierno de Obras Públicas, ocupándose de las áreas de regadío y ferrocarriles. Yule también fue íntimo del sucesor de Dalhousie, lord Canning. Cuando éste se retiró en 1862, Yule, que contaba con cuarenta y dos años de edad y estaba cansado de India, renunció de forma precipitada a su cargo y decidió marcharse, creyendo que a través de su amigo podría asegurarse «un trabajo agradable» de regreso a Inglaterra. Pero la muerte de su amigo unos cuantos meses más tarde echó por tierra sus esperanzas. Esas circunstancias fueron las que le empujaron a buscar una ocupación alternativa en la erudición, principalmente a través de sus ediciones para la Sociedad Hakluyt: *Travels of Friar Jordanus* y *Cathay and the Way Thither*, luego vendría su obra acerca de Marco Polo y otras como *Essay on the Geography of the Oxus Región* (1872), que el gobierno ruso se apresuraría a distribuir entre sus oficiales en Asia central. Más tarde se convertiría en miembro del Consejo Indio, del Comité Sanitario del Ejército (donde negoció con Florence Nightingale, de quien diría: «Inmediatamente descubrió todo lo que yo des-

conocía»), en un firme defensor de lord Salisbury y fue una de las voces, entre otras, que clamó por vengar la muerte del general Gordon[19].

Representante por excelencia de la era del imperialismo, resultaba muy apropiado como editor de un libro realizado por el servidor de un imperialismo anterior. Desde luego, la edición de Yule hace gala de una información extraída de una vasta red de servidores del Imperio británico: «De una muy extensa correspondencia privada con casi todas las zonas de Europa y con muchos centros de Asia». En su obra abundan comentarios como (al discutir los escritos de Marco sobre Ormuz): «Una petición al coronel Pelly, el capaz residente británico en Bushire, me proporcionó, a partir de su conocimiento personal, la información que buscaba y lo que sigue a continuación está recopilado a partir de las cartas con las que me honró». Para determinar la ruta de Marco a través de Persia, Yule extrae información «del viaje llevado a cabo por el mayor R. M. Smith R. E. en 1866» (ese «R. E.» es la muestra de la lealtad de Yule por sus compañeros de cuerpo; y para los miembros del cuerpo de ingenieros reales [Royal Engineers, «R. E.»], la geografía, claro está, tenía una consideración especial). Para obtener información sobre Kesimur, «se realizó una petición a través del coronel Maclagan al pandit Manphul C. S. I., un caballero hindú muy inteligente, que residió durante algún tiempo en Badakshán como agente del gobierno de Punjab». También están todos esos leales servidores de la reina: el mayor P. Moleswoth Sykes, el coronel Goldsmith, el teniente Kempthorne, «mi hermano de cuerpo, el mayor R. G. Montgomerie R. E.» (el modelo del coronel Creighton del *Kim* de Kipling, inventor —aunque eso no nos lo dice Yule— del sistema de los «moonchees» por el cual agentes indios eran enviados disfrazados para trazar mapas secretos de Asia central)[20], el señor E. Stack, de la administración pública de la India (Indian Civil Service), el general Cunningham y nombres famosos del

«Gran juego» como Younghusband y Bell (que era, a pesar de que Yule tampoco nos lo explica, director de la Inteligencia Militar del Ejército de India), «el señor William Johnson, del servicio indio» (el primer europeo en llegar al desierto de Taklamakán desde India) y muchos más. Y con ellos, todos esos leales servidores del zar, que jugaban al otro lado: el coronel Nikolai Prejevalski y los tenientes Roborovski y K. P. Koslovs y el general Pievtsov[21]. Y luego todos los misioneros, los colonizadores del alma: el reverendo G. E. Moule (obispo anglicano de la Quinsai de Marco), el reverendo Jaeschke, escribiendo desde Tíbet, «el reverendo D. D. Green, un misionero norteamericano en Ning po». El testimonio de esos hombres está a la altura del relato de Arriano sobre la expedición de Alejandro, los escritos de Idrisi, Odorico, Ibn Battuta y el *Yuan Shih*.

En sus viajes por Asia, da la impresión de que esos hombres siempre habían llevado a Marco Polo consigo, tanto en la mano como en la cabeza. También ellos eran exploradores de un mundo desconocido. Eran los días en que el barón Ferdinand von Richthofen acababa de inventar la expresión «ruta de la seda» (que no es, como tantos creen en la actualidad, de acuñación antigua) y cuando Sven Hedin y Aurel Stein organizaban sus primeras expediciones. En la introducción a la segunda edición de su Marco Polo, Yule reflexiona sobre el aumento del conocimiento de Asia que había tenido lugar en los cuatro años transcurridos desde la publicación de la primera:

> Karakorum, durante un corto espacio de tiempo, el centro del imperio más vasto que ha conocido el mundo, ha sido por fin visitado; las ruinas de SHANGDU, el «Xanadú de Cublay Khan», ha sido explorado; el PAMIR y TANGUT han sido penetrados de lado a lado; la famosa carretera de montaña de SHEN-SI ha sido atravesada y descrita; el misterioso CAINDU ha sido desvelado; la publicación de la gran obra de exploración francesa de Indochina, obra de mi lamentado amigo el teniente Garnier, ha proporcionado una gran masa de ilustración de ese YUN-NAN del que hasta el presente Marco Polo era la gran autoridad. Los dos últimos años han arrojado luz iluminando lo que hasta entonces parecían ser las más inverosímiles historias de Marco Polo y los huesos de un verdadero GRIFO de Nueva Zelanda se hallan sobre la mesa del profesor Owen.

En su introducción a la tercera edición, Henri Cordier escribió en el mismo tono: «Desde que se publicase la última edición, hace más de veinticinco años, se ha estudiado mucho más a fondo a Persia, se han explorado nuevas rutas en Asia central, Karakorum ha sido finalmente descrito y China occidental y sudoccidental se han abierto a nuestro conocimiento en muchas direcciones». Todavía decía más. «Cuando estamos acabando de redactar estas páginas nos enteramos de la exploración del Pamir por oficiales de la misión Forsyth», señala Yule en un pasaje de la misma edición. A lo que Henri Cordier, en la tercera, añade el comentario: «He utilizado la información recogida por ellos». El libro de Marco Polo todavía puede seguir revelando errores en la cartografía del siglo XIX. Habla, por ejemplo, del frío que se siente al descender los montes de Kerman, sobre lo que Yule menciona un comunicado que ha recibido del mayor Oliver St. John, que inspeccionó una sección de ellos en 1872: «¡Sin embargo, esa cadena es prácticamente desconocida en todos nuestros mapas!».

En su edición del libro de Marco Polo, Yule reconoce su propia limitación en el conocimiento de lenguas orientales: «Una buena familiaridad con el hindostaní durante muchos años y algunas reminiscencias de persa elemental». No obstante, la educación recibida en Edimburgo le ha proporcionado un buen conocimiento de los clásicos y una profunda curiosidad que le ha hecho adquirir un cierto conocimiento de la literatura vernácula medieval europea. Y lo que es más, poseía en abundancia lo que su editor denominó «el ardiente deseo por ser exacto», característico de un auténtico erudito; sus capacidades como profesional se plasmaron en los numerosos mapas que trazó; y pareció estar muy interesado en todo lo que encontró en el libro. Una y otra vez, sus notas se extienden hasta convertirse en auténticos ensayos: 3.000 palabras sobre el *dong* o yak salvaje (con informaciones procedentes de tres oficiales británicos y uno ruso que ha-

bían matado un yak de un disparo), 7.000 palabras sobre el Preste Juan, 1.000 palabras para identificar el «bargelac» de Marco como la especie de ganga «*Syrrhaptes pallasii*», 5.000 palabras sobre los sensin (completo con el grabado de un bacsi tibetano), 7.000 palabras sobre los astrólogos de Khanbalic, 2.000 sobre lo que quería decir exactamente Polo con «bucarán» y otras exposiciones igualmente extensas. En muchos sentidos, la edición de Yule es la más satisfactoria para leer actualmente porque da la impresión —reforzada por la reproducción de casi ciento setenta grabados asiáticos en madera tomados de contemporáneos Victorianos— de que todo lo que aparece en el libro sigue vivo y que, de alguna manera, sigue siendo contemporáneo.

III

El poder del libro nunca ha derivado, obviamente, tal y como ha sucedido con otras obras de gran influencia, de su brillantez intelectual o de su capacidad imaginativa. Más bien proviene de una cuidadosa, juiciosa y bien organizada transmisión de información desconocida hasta el momento. Este contenido, que tiene su origen en la diligente acumulación de registros y notas, se vierte en el papel con un espíritu que trata de omitir todo aquello que no es cierto. La fortuna de libros como éste depende —a menudo independientemente de sus méritos—, en mayor medida que otros cuyo texto es menos pasivo, del medio intelectual y social en los que son leídos. En su nacimiento y durante los primeros años, el libro de Marco Polo disfrutó de un extenso público. Y aunque a lo largo del XIV su veracidad pudiera ser verificada por tantos mercaderes y misioneros que viajaron hacia Oriente y que fue confirmada por los relatos de algunos de ellos acerca de lo que habían visto allí, siguió teniendo una función principalmente literaria; fue básicamente considerado, al igual que otras muchas obras geográficas de la misma época, como un libro de maravillas. Y eso a pesar del rechazo categórico de Marco ha-

cia las falsas maravillas en oposición a lo verdadero. Aunque la versión en latín fue diseñada para llegar a una audiencia cultivada, tendríamos que esperar a 1380 para que un cartógrafo extrajese información de ella. Mientras tanto, incluso como colección de maravillas geográficas, su fama se vio cuestionada en la década de 1360 con la aparición de una obra presentada de forma mucho más brillante y atribuida a sir John Mandeville.

La llegada del Humanismo, con toda su fascinación por la geografía y los geógrafos de la antigüedad, resaltó su vitalidad. El libro floreció en el XV, siendo estudiado con pasión por eruditos como Toscanelli y humanistas cartógrafos como fray Mauro y Henricus Martellus. En esta época el nombre de Marco Polo empezó a ser asociado a los de Estrabón y Tolomeo, cuando Martin Behaim anunció que en su globo terráqueo aparecía: «Todo el mundo… es decir, una parte tal y como es descrita por Tolomeo… y el resto a partir de lo que escribió el caballero Marco Polo de Venecia». Podríamos decir que ésta es la combinación que, en cuanto a lo concerniente a la ciencia de la geografía, es responsable del descubrimiento de América. Este fue el gran momento del libro. Aunque Colón no lo hubiese leído antes de su primer viaje, lo cierto es que no habría tenido necesidad de hacerlo porque su contenido ya formaba parte del clima mental, porque para Europa el Gran Khan seguía vivo y reinando ciento treinta años después de su expulsión de China. En el siglo XVI tuvo una gran difusión gracias a la imprenta y, tal y como muestra el atlas de Mercator, con el gran continente austral curvándose hacia las Indias orientales, seguía ejerciendo una gran influencia en la difusión —cuando era malinterpretado— tanto de la falsedad como de la verdad. En el siglo XVII, el mayor conocimiento existente en Europa acerca de Asia, gracias en particular a los escritos de los jesuitas radicados en China, redujo su impacto. El racionalismo agustiniano del siglo XVIII lo consideró de forma elusiva en ciertas ocasiones; no obstante, en el XIX, con

la consolidación de los imperios europeos en Oriente, se convertiría en un texto de culto, en una obra de interés erudito y romántico.

Habent sua fata libelli—, los libros, también los libros, tienen su destino. Según mi experiencia, la respuesta de si el libro de Marco Polo tiene vigencia en la actualidad depende de los lectores. Para aquellos que no sientan ninguna inclinación por la prosa épica caballeresca, el libro carecerá de mérito literario (aunque hay que confesar que esos méritos también son considerados escasos por aquellos que sí tienen esa inclinación). Y en cuanto a que la barrera de su impersonalidad limita el interés general es algo que ya ha sido ampliamente demostrado por las dificultades halladas por aquellos que han tratado de convertirlo en otra forma de expresión artística. La reserva del autor, su rechazo a mostrar su vida y obra como una aventura, ha convertido las adaptaciones en una tarea muy difícil. Existen ejemplos bien patentes de esa dificultad, como ocurre en el caso de la penosa película (con Gary Cooper de protagonista) realizada sobre el tema y más recientemente en una serie de televisión en muchos capítulos (con un reparto internacional en el que incluso aparecía John Gielguid como el Dogo de Venecia y Burt Lancaster como el papa Gregorio X). El «Kubla Khan» (1816) de Coleridge, resultado de leer el compendio de Purchas sobre la versión de Ramusio, bajo la influencia del opio, guarda una escasa relación con el texto. Las *Ciudades invisibles*, de Italo Calvino, donde Marco le explica al Gran Khan historias acerca de ciudades reales e irreales, sirve sólo como un comentario divertido acerca del lenguaje, la narración, la relación entre autor y lector, sobre las palabras empleadas por el geógrafo para describir las cosas y acerca del contraste entre lo que nos explica el historiador y la realidad que intenta comunicarnos.

¿Va el libro a ser considerado en la actualidad como algo más que «la tediosa enumeración de ciudades chinas o de historias

que todos ya conocemos[22]»? ¿Se ha convertido simplemente en un terreno abonado para las discusiones eruditas, en una fuente temática para una erudición de altos vuelos pero un tanto carente de vida, como ocurre con Paul Pelliot en los tres volúmenes (publicados tras su muerte) de sus *Notas sobre Marco Polo* (1959-1963)? La época en que vivió Pelliot, el más aventajado alumno de la *École Française d'Extrême Orient*, que inició su carrera como un joven genio lingüista, abriéndose paso por Asia en el más puro estilo de bravuconería francesa[23] y que acabó como un hombre tachado de colonialista ladrón de manuscritos o bien befado como alguien cuyo conocimiento de la vida estaba limitado a «un estudio libresco» es una muestra de los cambios sucedidos en las relaciones entre Asia y Europa a lo largo del siglo XX y de la diferencia existente entre su generación y la de Yule. Ciertamente, la obra de Marco nunca será tan poderosa como cuando fue escrita. Para nosotros, tal y como ha señalado Foscolo Benedetto, la información acerca de los mongoles no provoca ni terror ni esperanza. Para los venecianos del siglo XIII, el nombre de Batu les recordaba los días en que podían verse las hogueras de los campamentos tártaros desde el campanario de San Marco; el de Arghun habla de las esperanzas de que mediante la evangelización de los Ilkhanes todo el mundo podría llegar a ser cristiano[24]. Muchas de las *merveilles* de Marco han dejado de serlo —el carbón, el petróleo, el imán, el sagú, el papel moneda—, mientras que otras dan la impresión de ser ridículas. Pocos de nosotros tenemos algún interés en las relaciones comerciales existentes en Asia en el siglo XIII. Ni tampoco representa hoy ninguna revelación descubrir que una civilización urbana rica existió en esa época al otro lado del mundo.

Todo eso es cierto. Pero el libro, aunque en algunos aspectos sea poco serio, sigue representando un hito en la historia de la geografía y, como tal, una *merveille*. A pesar de todas sus torpezas, sigue ofreciendo, para aquellos que sienten cierta inclinación

por lo gótico, su curiosa poesía y el aroma de la enigmática personalidad del autor. Resulta bastante instructivo tratar de comparar a Marco con otro gran viajero de la siguiente generación, Abu 'Abd Allah Ibn Battuta, cuyo *Un presente para los observadores acerca de las curiosidades de las ciudades y maravillas halladas al viajar* fue escrito en cooperación con su propio Rustichello, un tal Ibn Juzayy. Ibn Battuta partió de Marruecos en 1325 y pasó los veintinueve años siguientes viajando. Tras realizar la peregrinación *haj* a través del reino mameluco de Egipto hasta Arabia y Meca, partió hacia Delhi, Ceilán, Bengala y China[25]. Y cuando regresó a su nativa Tánger en 1349, todavía le aguardaban otros viajes, al reino nazarí de Granada, en España, y luego el reino de Malí. En todo lo que hace transpira una energía insaciable: «En verdad —loado sea Dios— he alcanzado mi deseo en este mundo, que era recorrer la tierra y, por lo que sé, he logrado lo que ninguna otra persona haya nunca logrado». Podemos ver aquí un eco del ensalzamiento de Pietro d'Abano de la figura de Marco. Y en cierto sentido podemos observar ciertas similitudes. Sospecho que también en la historia de Ibn Battuta existen, como en la versión de Rustichello del relato de Marco, exageraciones acerca del papel que desempeñó en las cortes de los soberanos que visitó, sobre todo cuando, en la corte del sultán Mohammad Tughluq (una especie de rey loco musulmán de Baviera), fue nombrado *cadí* de Delhi (un título tan impresionante como el de gobernador de la ciudad de Yangzhou de Marco), para más tarde ser designado embajador en China (de la misma manera en que Marco dice haber sido enviado a India en nombre del Gran Khan).

No obstante, existen diferencias más importantes entre ambos hombres. La historia de Ibn Battuta, diseñada siguiendo la tradición de la *rihla*, o narración árabe de viajes, no es una obra geográfica como la de Marco, sino esencialmente una autobiografía, repleta de aventuras: asaltos, naufragios, ataques y capturas por

parte de los piratas, robos llevados a cabo por bandas de guerreros, cambios de posición social, de gran riqueza a gran pobreza y viceversa. Se lee como una novela picaresca. El autor nos hace partícipes de sus planes para arrebatar las islas Maldivas a su soberano y hace referencia a sus numerosos matrimonios y divorcios. Todo ello rezuma una enorme autosatisfacción. Sobreponiéndose a todo, incluso cuando se ve vencido de manera temporal, sabemos que nuestro héroe acabará deshaciéndose de sus cadenas y triunfará de nuevo. Esa característica de su obra dista enormemente de la impersonalidad, de la suprema reticencia de Marco. Sin embargo, existe todavía una diferencia más profunda entre ambos libros, que puede ser la explicación de esa disparidad. En gran parte se trata de que Ibn Battuta siempre se encuentra como en casa. Tanto si era como si se hacía pasar por un especialista en derecho islámico, en todas partes se aloja con eruditos y sufíes; vaya adonde vaya, está en la casa del Islam, entre musulmanes que han extendido su número por todo Oriente. En Alejandría, Egipto, un hombre santo le profetiza que visitará a tres sufíes que él conoce, dos en India y uno en China; y así sucede. Y luego, en Granada, encuentra a sufíes de Samarcanda. En cierta manera su obra se puede considerar como un tributo épico a la solidaridad y caridad musulmanas hacia los correligionarios de tierras extranjeras.

Se trata de una situación muy diferente respecto a la de los Polo, que no parecen haber hallado ninguna proximidad de ese tipo con los «herejes» nestorianos. En China, Marco siempre es un extraño. Y tal vez también en Venecia a su regreso. Y en un estilo propio de los extraños, elige no comunicarnos nada acerca de su propia personalidad. Esa impersonalidad que limita el acceso, al mismo tiempo nos habla de su mente. Hay algo conmovedor en todo ese estoico silencio acerca de sus propias aventuras, sufrimientos y alegrías. Lo que se alza en su lugar es una mirada seria, normalmente (cuando no se interpone su admiración por

el Gran Khan) desapasionada, objetiva. Podríamos estar tentados incluso de calificarla de «científica». No obstante, en el retrato de Marco ofrecido por Rustichello, como un caballero errante implicado en una búsqueda, existe algo que no deja de ser apropiado. Carente de la formación académica de que disfrutaron los frailes Rubruck y Giovanni di Pian di Carpine, de su facilidad de composición y sin un interés fácilmente identificable, abrió vastos horizontes para Occidente y ofreció a Europa una obra que sería un importante ingrediente en su descubrimiento del mundo en siglos posteriores.

Apéndice I

Una nota sobre manuscritos del libro

El manuscrito original del libro empezado por Marco y Rustichello en la prisión de Genova no ha sobrevivido y los textos de unos ciento cincuenta manuscritos medievales y renacentistas que lo han hecho difieren enormemente entre sí. A fin de guiar al lector a través de las diversas familias de manuscritos a los que a veces se hace necesario aludir, a continuación ofrezco una explicación simplificada y resumida de conclusiones sobre ellos, tal y como fue desarrollada en gran detalle por L. Foscolo Benedetto y Moule-Pelliot (véanse sus ediciones en las páginas 24-26).

Los manuscritos del libro se pueden clasificar en dos categorías generales, a las que me refiero respectivamente como A y B:

1. En la categoría A se encuentra el manuscrito «F», que la mayoría de los eruditos consideran como el más cercano al original y que ha sido utilizado en esta obra. Se trata de una versión del XIV escrita en francoitaliano (Biblioteca Nacional, París, ms. fr. 1116), en ocasiones llamado «el texto geográfico» (para los razonamientos —a mi entender equivocados— en contra aportados por la doctora Wehr, véanse las págs. 87-91).

A partir, no de este texto, sino de otros en fran coitaliano tnuy cercanos a él, se realizó, primero, una traducción en francés septentrional (FG) de la que derivan los tres manuscritos, B3, B4 y B5 (véanse págs. 25, 90). Junto con este grupo hay otros diez manuscritos en francés. De otros textos en francoitaliano pertenecientes a esta categoría provienen traducciones en toscano

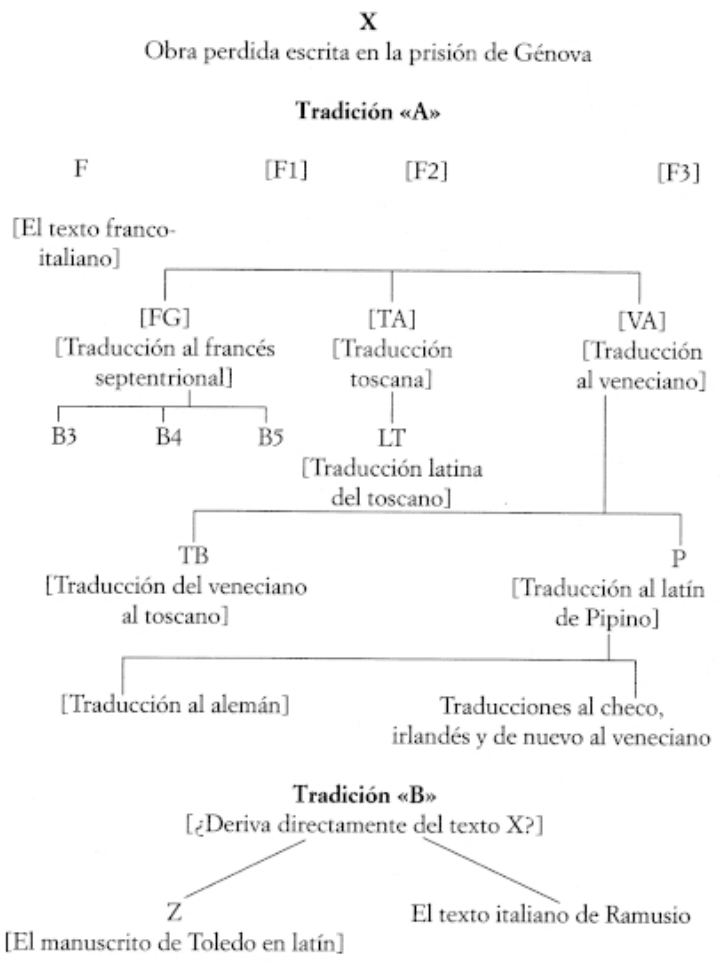
(TB, encontradas en cinco manuscritos que sobreviven) y en veneciano (VA, seis manuscritos existentes).

A partir de esta traducción veneciana, VA, se realizó la traducción al latín (P) de fray Francesco Pipino, realizada entre 1310 y 1317, otra traducción al toscano (TB, seis manuscritos) y una al alemán.

De la versión en latín de Pipino (P), que sobrevive en unos setenta manuscritos, se llevaron a cabo traducciones al checo y al gaélico irlandés, así como una traducción veneciana (del idioma de la que parte la de Pipino).

2. En la categoría B se hallan representados muy pocos manuscritos, pero son de gran importancia, ya que contienen mucho material que no aparece son los textos A, con varios fragmentos que, tal y como explico en la pág. 94, pudieran haber sido demasiado comprometidos como para difundirse en la época. El manuscrito más representativo es una versión en latín copiada en la década de 1470, que ahora se encuentra en Toledo (el texto Z). También queda claro que la versión italiana publicada en 1559 por Giambattista Ramusio proviene de un manuscrito o manuscritos en latín de esta familia.

Tal y como ya he explicado (anteriormente, en pág. 94), Foscolo Benedetto y Moule-Pellot asumen que tanto las tradiciones A como B provienen directamente de una copia perdida del manuscrito original y que puede obtenerse una aproximación del texto original al juntar materiales de ambas familias. Por otra parte, pudiera ser que Marco realizase más de una versión de su libro. La primera (A) sería la que iniciara en la prisión con Rustichello y pensada para el consumo general. La segunda (B) representaría una obra más personal, que por esa misma razón tuvo una difusión más limitada.


X
Obra perdida escrita en la prisión de Génova
Tradición «A»
F
[F1]
[F2]
[F3]
[El texto franco-italiano]
[FG]
[Traducción al francés septentrional]
[TA]
[Traducción toscana]
[VA]
[Traducción al veneciano]
B3
B4
B5
LT
[Traducción latina del toscano]
TB
[Traducción del veneciano al toscano]
P
[Traducción al latín de Pipino]
[Traducción al alemán]
Traducciones al checo, irlandés y de nuevo al veneciano
Tradición «B»
[¿Deriva directamente del texto X?]
Z
[El manuscrito de Toledo en latín]
El texto italiano de Ramusio

Apéndice II

Duración del viaje a China por tierra

Todos los períodos de tiempo que se ofrecen en el texto a propósito de los viajes por tierra realizados por los Polo a y desde China presentan problemas, sobre todo si, como parece probable, pudieron utilizar el *yam* o sistema de postas mongol. En el capítulo V, Niccolò y Maffeo, en compañía de la embajada del Ilkhan de Persia, emplean «todo un año» en viajar desde Bujara al norte de China. Su viaje desde la corte del Gran Khan hasta Layas (IX) les cuesta tres años: «Y eso porque no siempre pudieron cabalgar a causa del mal tiempo y de la nieve y los ríos crecidos». En el regreso a China (XIV) tardan tres años y medio «y eso fue por la nieve, la lluvia y las grandes inundaciones y porque no siempre pudieron cabalgar en invierno de igual manera que en verano». Estas explicaciones parecen poco sólidas, aunque también pecan de débiles las explicaciones que se han tratado de pergeñar para los lectores modernos. Se ha sugerido que parte del retraso de los Polo en su regreso a China se puede haber debido a que Gregorio X les ordenó visitar a los Ilkhanes de camino, a fin de negociar una alianza contra los mamelucos. Pero no existe evidencia que pueda sustentar esta especulación y parece del todo improbable que pudieran haber sido elegidos para dicha misión cuando ello implicaría un retraso en la contestación papal al mensaje del Gran Khan. A. J. Charignon sugirió que los «tres años y medio» se refería al tiempo que los Polo estuvieron ausentes de la corte de Kubilai, que sería de 1268 a 1272[1]. Pero eso dista mucho de lo que se dice en el libro.

Yo creo que se trata de que Rustichello está exagerando el tiempo a fin de sugerir en los lectores la impresión de grandes distancias. En su manual de mercaderes, Francesco Pegolotti, que lo escribió basándose sobre todo en material genovés que data de entre 1310 y 330, da por descontado que el tiempo normal que empleaban los mercaderes (claro está, si no utilizaban el *yam*) a lo largo de «la ruta de Tana a Catai», era de unos nueve meses. Este texto sobrevive sólo en un manuscrito del XV, pero Bautier ha descubierto una *pratica della mercatura* de alrededor de 1315 que se inspira en las mismas fuentes que Pegolotti para describir el viaje a Catai[2]. Estas fuentes ofrecen el siguiente itinerario:

De Tana a Astracán	25 días en carreta de bueyes
(*de 10 a 12 en carreta de caballos*)	
De Astracán a Sarai (por el bajo Volga)	1 por río
De Sarai a Saracanco (es decir, Saraichik, cerca de Guryev, por el río Ural)	8 por río
	[También y como alternativa… de Astracán a Saracanco (directamente) *en 8 días por río o camino]*
De Saracanco a Utrar (Utrar, en el Syr Daria, al noroeste de Tashkent)	50 días en carreta de camellos
	[También y como alternativa: de Sarai a Utrar, vía Urganch (Organdí, la antigua capital de Jorezm, al sudeste del lago Aral) en 55-60 días en carreta de camellos]
De Utrar a Almaliq («Amalecco», la capital chagatai, al noroeste de la actual Ining, donde se encuentran las rutas entre el sur de Rusia e India)	45 días con una recua de burros
De Almaliq a «Camesu» Yule [*Cathay*, 148 n. 2] la identifica como Kan-chau (en *pinyin*, Zhangye, en la región de Gansu), la «Campiciou» de los manuscritos, «la capital y el lugar desde donde se gobernaba toda la provincia de Tangut», al oeste del río Amarillo	70 días con una recua de burros
De «Camesu» al «río» (Para «el río», Yule *[Cathay,* 148 n. 3] sugiere el Gran Canal. López y Raymond [pág. 356 n. 51] dicen que el Yangtze, pero parece estar demasiado hacia el sur)	45 días a caballo
Del «río» a Quinsai (= Hangzhou)	[no aparece]

Total 274 días más el tiempo empleado
entre el Gran Canal y Quinsai.

Existen varias indicaciones que demuestran que Pegolotti no trata de reducir los tiempos requeridos.

1. Por ejemplo, se puede apreciar que calcula setenta días para la distancia existente entre Almaliq y Zhangye. Aquí Yule señala que el autor del *Masálak-al-Absár* (aparentemente escrito entre 1371 y 1374) calcula sólo cuarenta día entre ambas, «demostrando que el tiempo facilitado por Pegolotti permite mucho margen. El mismo autor calcula cuarenta días desde Kamchui [la actual Zhangye] a Khanbalic[3]».

2. También, en su carta al Papa enviada desde Khanbalic el 8 de enero de 1305, Giovanni di Montecorvino ofrece un cálculo más bien optimista de los tiempos necesarios para realizar el viaje:

> Con respecto al camino que yo tomé, es sabido que para atravesar la tierra de Toctai [el khan de Kipchak], emperador de los tártaros del norte, es el más corto y seguro, por lo que los emisarios podrán llegar [¿desde Tana?] en cinco o seis meses. Pero la otra ruta (por mar) es muy larga y peligrosa y consiste en dos viajes, de los cuales el primero cubre una distancia como entre Acre y la provincia de Provenza, pero el otro es como la distancia entre Acre e Inglaterra y pudiera suceder que apenas pudieran recorrer esa ruta ni siquiera en dos años[4].

3. Existen algunos otros ejemplos mediante los que comparar los trayectos por Asia central que forman parte del viaje. El sabio taoísta Ch'ang Chun, cuando tenía setenta y dos años inició un viaje desde la frontera china (partiendo en marzo de 1221) hasta Perwali, en Cachemira (llegando en mayo de 1222), a través del borde septentrional del desierto de Gobi, Urumqi, Tashkent, Samarcanda, en catorce meses[5]. Giovanni di Pian di Carpine tardó poco más de seis meses y tres semanas entre Kiev y el campamento del Gran Khan cerca de Karakorum (utilizando el *yam* desde el Volga) y seis meses y una semana para regresar en 1246-1247[6]. En 1253, Guillaume de Rubruck tardó siete meses

y una semana en ir desde Soldaia hasta el campamento de Mongke cerca de Karakorum (del 7 de mayo al 27 de diciembre). Partió de Karakorum en la segunda mitad de julio de 1254, llegando a Gorighos, en Armenia Menor, en 17 de mayo de 1255, y desembarcó en Chipre el 16 de junio (es decir, unos once meses de Karakorum a Chipre)[7]. El rey Hetoum I de Armenia Menor tardó ocho meses entre Karakorum y Sis, en Armenia Menor[8].

A veces, los retrasos son posibles, tal y como les sucedió, por ejemplo, a unos mercaderes venecianos que se dirigían a India en 1338 y que vieron bloqueado su paso por el hielo durante cincuenta días en Astracán[9]. Pero las cuentas de Rustichello dan la impresión de ser muy exageradas.

Apéndice III

Marco Polo y los mapamundis en el siglo XV

En esta obra aparecen excluidos (véanse las ilustraciones) la zona macrobiana y los tradicionales mapas de los atlas tolemaicos. También se ignoran el globo terráqueo de Laon (perdido) y el «mapa de Vinland», sobre el que se parece estar de acuerdo en que era una falsificación[1]. Quedan:

1. El *Mapa del mundo* de Albertin de Virga (en paradero desconocido, *ca*. 1411-1415). Muestra Catai (Catajo), Zaiton, etc., contenidos que ciertamente provienen, al menos en parte, de una lectura del libro de Marco Polo. A pesar de la equivocación en el topónimo de una isla «Capara [es decir, Cipango o Japón] sive Java Magna», revela un apresurado y descuidado intento de asimilar el libro[2].

2. El *Mapa del mundo* de Andrea Bianco (1436), un *mappamundi* circular que forma parte de un atlas obra de Bianco que ahora se encuentra en la Biblioteca Marciana de Venecia. Muestra «el imperio de Catai» y una representación del Gran Khan, junto con el océano índico, con sus numerosas islas, tal y como aparecen en el libro de Marco. El Preste Juan de Marco se ve aquí desterrado a África (en el XV circulaban noticias, aunque distorsionadas, acerca del negus cristiano de Abisinia). Pero Gog y Magog, que los Polo rechazan, están aquí reafirmados y el Paraíso Terrenal aparece situado por encima de Catai. Bianco, maestro (*ammiraglio*) y *uomo di consiglio* de las galeras venecianas para el comercio con Oriente, era sin duda un investigador serio y se dice que más adelante ayudaría en la creación del gran mapamundi de fray

Mauro (**véase más adelante, 11**). El atlas también contiene un mapamundi tolemaico. R. A. Skelton ha especulado acerca de que Bianco coloca juntas deliberadamente las dos imágenes del mundo. En conjunto, transmiten una cierta sensación acerca de las dificultades que debió experimentar al tratar de reconciliar las diversas tradiciones, incluyendo a Marco entre ellas[3].

3-5. Giovanni Leardo creó tres mapamundis: uno de ellos se encuentra ahora en Verona (1442) y está muy resumido; otro se halla en Vicenza (1448) y el tercero en Nueva York (1452 o 1453). Al igual que ocurre con Bianco, en los tres se puede apreciar una ligera influencia de Marco, pero con sus representaciones del Paraíso en Oriente esas obras siguen básicamente la tradición eclesiástica[4].

6. Andreas Walsperger (1448). En la tabla cosmográfica, ahora en la Biblioteca Vaticana, transcrita entre 1447 y 1455 por el monje Friedrich Ammann en el monasterio benedictino de San Emmeram en Baviera, las fuentes ofrecidas incluyen a Tolomeo, Honorius Augustodunensis, a «Marcum den Venediger» y a Pomponio Mela (Mandeville y Lucidario están excluidos como fuentes de poca confianza[5]). Por otra parte, Walsperger, un benedictino que aparentemente tenía ciertos vínculos con San Emmeram y que creó esta obra en Constanza en 1448 es, junto con el autor de su copia (**véase 7**), el único cartógrafo de importancia que ignoró casi por completo a Marco durante este período. Afirma que lo había creado «a partir de la cosmografía de Tolomeo», recoge Quinsai, pero lo cierto es que es el resultado de una mezcla de tradiciones diferentes, ya que también aparece el Paraíso, las razas monstruosas en las inmediaciones de la Antártida («antropófagos que comen la carne de los hombres»), un Preste Juan en India y un «imperio de Catai» con una capital llamada «Waldach» al norte del Caspio[6].

7. El mapa Zeitz (colección Bell, Minneapolis) de Anon. *ca.* 1470. Este mapa deriva casi en su totalidad de Walsperger; «Wal-

dach» vuelve a aparecer como capital de Catai, etc[7].

8. El planisferio circular «Borgia» (primera mitad del XV, ahora en la Biblioteca Vaticana). Cincelado en cobre, se trata de una obra que me hace pensar en que fue ejecutada sólo como objeto de decoración. Muestra un cierto conocimiento de Oriente, que bien podría provenir de un vago conocimiento de Marco o de otros autores («Desde Organti a Catai los camellos tardan cuatro meses»; «India inferior o Sérica», donde está «la ciudad [Ve]» de Catai «en la que el emperador Gran Khan tiene su capital»; «Cambalec»; India Superior, «donde está el cuerpo del bendito Tomás») y otros ejemplos. Pero junto con todo ello, el Caspio aparece como una prolongación del océano en lugar de un mar interior, algo que ningún investigador serio hubiera creído después del siglo XIII[8].

9. El mapamundi elíptico (llamado) «Anónimo genovés» (1457, en la Biblioteca Nacional, Florencia). «Esta es la auténtica descripción de los cosmógrafos… en la que se rechazan las historias frívolas». Como muestra a Venecia como la población más importante de Italia, el título tradicional de este mapa podría ser descartado. Se utiliza a Tolomeo para Asia meridional. La influencia de Conti es clara: con Java Maior (Borneo), Java Minor (Java), Sanday y Ban-dam, Ceilán y el delta del Ganges. Pero China aparece bastante vacía y tampoco hay rastro de Japón. Según todo ello, parece que la información proporcionada por Marco o bien no ha sido tomada en consideración o se la ha supuesto demasiado complicada de manejar[9].

10. El *Mappamundi* catalán anónimo (*ca*. 1450-1460, Biblioteca Estense, Módena). Esta obra, cuyos topónimos suelen aparecer en catalán, proviene del *Atlas Catalán*, del que es una versión menos elaborada. Es evidente que Marco es una de las fuentes principales; aunque en Enea con lo que era común creer en el XV, el Preste Juan está ahora en Africa[10].

11. El *Mappamundi* de fray Mauro (1457-1459) (**véase ilustración 9** y **la anotación sobre el mapamundi de Fray Mauro**). Fue realizado por el rey Alfonso X de Portugal y sobrevive en una copia de alrededor de 1459 en la Biblioteca Marciana de Venecia.

12. Un fragmento, de estilo veneciano (*ca*. 1460), en el palacio de Topkapi, en Estambul. En él aparecen leyendas tomadas de Marco Polo y posiblemente de fray Mauro[11].

13-14. El de Henricus Martellus Germanicus. En la Biblioteca de la Universidad de Yale (**véase ilustración 11**). Por lo que debería añadirse que, si en el existente en la Biblioteca Británica, el *Mappamundi* de Martellus (que data de 1489 o 1490), «Cataio» aparece no como una provincia, sino como una ciudad, podría ponerse en cuestión si en esa época Martellus tenía algún conocimiento directo de Marco Polo. Vietor data el mapa de Yale como de «alrededor de 1489». Pero ¿la presencia de Japón en el mapa podría de hecho significar que, entre la creación del mapa de la Biblioteca Británica y el de Yale, Martello podía haberse enterado de la pretensión de Colón de que había llegado a Cipango? ¿Podría entonces, datarse el mapa en fecha posterior a 1492?

Esa pregunta podría ser satisfactoriamente respondida si fuese posible datar con precisión los tres manuscritos de su *Insularium illustratum* (en Florencia, Leiden y Londres). En ellos, Martellus ofrece un detallado mapa de «Cinpangu Insula», mostrando ríos, montañas y varias ciudades[12]. Una leyenda que aparece en el mapa, que proviene sin lugar a dudas de Marco, dice que las naves se dirigen allí desde la provincia de Quinsai en invierno y que regresan a casa en verano. En la costa oriental está representado un bosque de árboles de nuez moscada y una de las leyendas recuerda a Marco al decir que «la isla» está a 150.000 pasos de Mangi y que es muy grande.

15. El Mapa de París (*ca*. 1490, Biblioteca Nacional, París). Charles de la Roncière asegura que esta obra fue presentada a los monarcas españoles por Colón en 1491, una afirmación que ha provocado no pocas controversias[13]. ¿Por qué motivo debía Colón mostrar a Isabel y Fernando un gran mapa de Europa y África junto con un encarte a la izquierda, diminuto en comparación, de un *mappamundí*? Sea como fuere, puede aceptarse que se trata de una obra que Colón pudiera muy bien conocer. Contiene leyendas del *Imago Mundi* de Pierre d'Ailly, una representación del Paraíso Terrenal en las proximidades de Japón y ningún elemento que pudiera provenir de Marco Polo.

16. El globo terráqueo de Martin Behaim (Nuremberg, 1492). Véase anteriormente **[xx]** en el capítulo 8, así como la **ilustración 10**. El globo (en gran parte restaurado) tiene 50 cm de diámetro, fue pintado e inscrito por Glockenthon y Gegenhart basándose en un mapa de Behaim, ciudadano de Nuremberg y durante muchos años mercader y aventurero en Portugal.

Bibliografía

VERSIONES DEL TEXTO

The Book of Ser Marco Polo the Venetian, edición a cargo de H. Yule, 3.ª ed. revisada por H. Cordier, Londres, 1903; 2 vols., Nueva York, 1993.

The Description of the World, edición a cargo de A. C. Moule y P. Pelliot, Londres, 1938.

«The Gaelic abridgement of the Book of Marco Polo», *Zeitschrift für celtische Philologie*, vol. 1, 1897.

Juan Fernández de Heredia's Aragonese Version of the «Libro de Marco Polo», edición a cargo de J. J. Nitti, Madison, 1980.

Libro de las Cosas Maravillosas de Marco Polo, introducción de R. Benítez Claros, Madrid, 1947.

El libro de Marco Polo anotado por Cristóbal Colón: El libro de Marco Polo, versión de Rodrigo de Santaella, edición a cargo de J. Gil, Madrid, 1987.

El Libro de Marco Polo: Ejemplar anotado por Cristóbal Colón y que se conserva en la Biblioteca Capitulary Colombina de Sevilla, edición a cargo de J. Gil, *Tabula Americae*, vol. 5, Madrid, Testimento Compañía Editiones, 1986.

Le livre de Marco Polo citoyen de Venise, conseiller privé et commissaire impérial de Khoubilai-Khaân, edición a cargo de M. G. Pauthier, París, 1865.

Marco Polo, edición a cargo de F. M. Esteves Pereira, Lisboa, 1922.

M. Pauli Veneti De regionibus Orientalibus libri iii, en S. Grynaeus, *Novus orbis regionum ac insularum veteribus incognitarum*, Basilea, 1532.

Marka Pavlova z Benátek, edición a cargo de J. V. Prásek, Praga, 1902.

Il Milione, edición a cargo de L. Foscolo Benedetto, Florencia, 1928.

Il Milione di Marco Polo, edición a cargo de G. Baldelli Boni, Florencia, 1827.

Milione. Le Divisament dou monde, edición a cargo de G. Ronchi, Milán, 1982.

Milione. Versione toscana del Trecento, edición a cargo de V. Bertolucci Pizzorusso, Milán, 1975.

II Milione con le postille di Cristoforo Colombo, edición a cargo de L. Giovannini, Roma, 1985.

Der mitteldeutsche Marco Polo, edición a cargo de H. von Tscharner (*Deutsche Texte des Mittelalters*, 40), Berlín, 1935.

The most noble and famous travels of Marcus Paulus, John Frampton, Londres, 1579.

Ramusio, G. B., *Navigazioni e viaggi*, edición a cargo de M. Milanesi, vol. 3, Turin, 1980.

Ramusio, G. B., *Navigazioni e viaggi*, Venecia, 1559; facsímil, Ámsterdam, 1968.

The Travels of Marco Polo, edición a cargo de William Marsden, Londres, 1818.

Viatges de Marco Polo: Versió catalana del segle XIV, edición a cargo de A. Gallina, Barcelona, 1958.

Otras obras

Los autores nacidos antes de 1500 se enumeran con sus nombres completos. En el caso de algunas obras y compilaciones, sobre todo italianas, aparece sólo el título.

1274: Année Charnière: Mutations et Continuités, París, 1977.

Abulafia, D., «Asia, Africa and the Trade of Medieval Europe», *The Cambridge Economic History*, vol. 2, 2.ªed., a cargo de M. M. Postan y E. Miller, Cambridge, 1987.

Adam of Bremen, *Gesta Hammaburgensis Ecclesiae Pontificium*, edición a cargo de B. Schmeidler, Scriptores r. Germ, in u. schol., Hanover, 1917.

Adam of Bremen, *History of the Archbishops of Hamburg-Bremen*, Nueva York, 1959.

Aerts, W. J. y otros (comps.), *Alexander the Great in the Middle Ages*, Nijmegen, 1978.

Alisen, T., «Mongolian princes and their merchant partners», *Asia Major*, 3.ª serie, vol. 2, parte 2, 1989.

Almagià, R., «I mappamondi di Enrico Martelli e alcuni concetti geografici di Cristoforo Colombo», *La Bibliofilia*, n.º 42, 1940.

Almagià, R., *Planisferi carte nautiche, e affini dal secolo XIV al XVII esistenti nella Biblioteca Apostólica Vaticana* (Monumenta Cartographica Vaticana, I), Vaticano, 1944.

Ambrosini, E., *Paesi e man ignoti: America e colonialismo europeo nella cultura veneciana (secoli XVI-XVII)*, Venecia, 1982.

Amitai-Preiss, R., *Mongols and Mamlukes: The Mamluk-Ikhanid War 1260-1281*, Cambridge, 1995.

Anastos, M. V., «Pletho, Strabo and Columbus», reimpreso de *Mélanges Henri Grégoire*, vol. 4, Bruselas, 1953, en *Studies in Byzantine Intellectual History*, Londres, 1979.

Anderson, A. R., *Alexander's Gate, Gog and Magog and the Inclosed Nations*, Cambridge, Mass., 1932.

Antoine de la Sale, *La Salade* (*Oeuvres Complètes*, vol. I), edición a cargo de F. Desonay, Liège, 1935.

Antonio Pucci, *Libro di varie storie*, edición a cargo de A. Varvaro, Palermo, 1957.

Analdi, G., «Scuole nella Marca Trevigiana e a Venezia nel secolo XIII», en *Storia della cultura veneta*, vol. I.

Ashtor, A., *Levant Trade in the Later Middle Ages*, Princeton, 1983.

Astley's Voyages [*The New Collection of Voyages and Travels*], Londres, Thomas Astley, 1747.

Atiya, A. S., *The Crusade in the Later Middle Ages*, Londres, 1938.

Atttwater, D., *The Christian Churches of the East*, Milwaukee, 1948.

Azalus, Pompilius, *De omnibus rebus naturalibus quae continentur in mundo, Venecia*, 1544.

Babinger, E., «Maestro Ruggiero delle Puglie: relatote pre-poliano sui Tartar», en *Nel VII centenario*.

Badel, P.-Y., «Lire la merveille selon Marco Polo», *Revue des Sciences humaines*, n.° 183, 1981.

Bagrow, L., *History of Cartography*, revisada y aumentada por R. A. Skelton, Londres, 1964.

Balard, M., «Les Gènois en Asie céntrale et en Extrême-Orient au XIV^e^ siècle: un cas exceptionnel», en *Economies et sociétés au Moyen Âge: Mélanges offerts à Edouard Perroy*, París, 1973.

Balard, M., *La Mer Noire et la Romanie génoise aux XIII^e^–XV^e^ siècles*, Londres, 1989.

Balard, M., «Precursori di Cristoforo Colombo: i Genovesi in Estremo Orient nel XIV secolo», *Studi Colombiani*, vol. 3.

Balazs, E., «Marco Polo and the Capital of China», *Chinese Civilisation and Buseaucracy*, Nueva Haven, 1964, en italiano en *Oriente Poliano*.

Bartlett, R., *Gerald of Wales 1146-1233*, Oxford, 1982.

Bauer, C., «Venezianische Salzhandelspolitik bis zum Ende des 14. Jahrhunderts», *Vierteljahresschrift für Wirtschaftsgeschichte*, 22, 1930.

Baumgartner, E., «Les techniques narratives dans le roman en prose», en *The Legacy of Chrétien de Troyes*, edición a cargo de N. J. Lacy, D. Kelly y K. Busby, vol. I, Ámsterdam, 1987.

Bautier, R. H., «Les relations économiques des Occident avec les pays d'Orient au Moyen Âge. Points de vue et documents», en *Sociétés et compagnies de commerce en Orient et dans l'Ocean Indien*, edición a cargo de M. Mollat, Paris, 1970.

Bautier, R. H., *Commerce méditerranéen et banquiers italiens au Moyen Âge*, Londres, 1992.

Beaglehole, J. C., *The Exploration of the Pacific*, 2.ª ed., Londres, 1947.

Beckingham, C. E., «The achievements of Prester John», *Between Islam and Christendom*, Londres, 1983, artículo I.

Benjamín de Tudela, *The Itinerary*, edición a cargo de M. N. Adler, Londres, 1907.

Bennett, J. W., *The Rediscovery of Sir John Mandeville*, Nueva York, 1954.

Bergeron, P., *Recueil de divers voyages curieux faits en Tartarie, en Perse et ailleurs*, 2 vols., Leiden, 1729.

Bergeron, P., *Voyages faits principalement en Asie*, 2 vols, La Haya, 1735.

Bertolucci, G., «Polo, Marco», *Enciclopedia Dantesca*, vol. 4, Roma, 1973.

Bertolucci Pizzorusso, V., «Enunciazione e produzione del testo nel *Milione», Studi mediolatini e volgari*, 25, 1977.

Bertolucci Pizzorusso, V., «Lingue e stili nel "Milione"», en *L'epopea delle scoperte*, edición a cargo de R. Zorzi, Venecia, 1994.

Bertrandon de la Broquière, *Le Voyage d'Outremer*, edición a cargo de C. Schefer, Paris, 1892.

Bezzola, G. A., *Die Mongolen in abendlandischer Sicht 1220-1270*, Berna y Munich, 1974.

Biblioteca Colombina, Catálogo de sus libros impresos, edición a cargo de S. Arbolí y Faraudo, con notas de S. de la Rosa y López, Sevilla, 1888-1948. Bihl, M. (con transcripciones de cartas de A. C. Motile), «De duabus epistolis Fratrum Minorum Tartariae Aquilonis an. 1323», *Archivium Franciscanum Historicum*, n.° 16, 1923.

Bingle, R. J., «Henry Yule, India and Cathay», en *Compassing the Vast Globe of the Earth*, edición a cargo de R. C. Bridges y P. E. Hair, Hakluyt, Londres, 1996.

Biondo Flavio, *Scritti ineditie rari*, edición a cargo de B. Nogara, Roma, 1927. Blaeu, J., *Le Grand Atlas ou Cosmographie Blaviane*, Ámsterdam, 1663.

Bonvesin della Riva, *De magnalibus Mediolani*, edición a cargo de M. Corti, Milán, 1974.

Book of Mac Carthaigh Riabhach Otherwise the Book of Lismore (facsimiles en de Irish manuscripts, vol. 5 [Dublin, 1950]).

Book of the Knowledge of all the Kingdoms, Lands, and Lordships that are in the World, edición a cargo de C. Markham, Londres, 1912.

Borlandi, F., «Alle origini del libro di Marco Polo», en *Studi in onore de A. Fanfani*, vol. I, Milán, 1962.

Boxer, C. R. (comp.), *South China in the Sixteenth Century*, Londres, 1953.

Boyle, J. A., «The journey of Het 'um I, King of Little Armenia, to the Court of the Great Khan Móngke», *Central Asiatic Journal*, n.° 9, 1964.

Boyle, J. A., «Marco Polo and his Description of the World», *History Today*, 1971.

Boyle, J. A., *The Mongol World Empire 1206-1370*, Londres, 1977.

Boyle J. A., «Rashid al-Din: the first world historian», en *The Mongol World Empire*, artículo XXIX.

Branca, D., *I romanzi italiani di Tristano e la 'Tavola ritonda'*, Florencia, 1968.

Bratianu, G. L., *Recherches sur le commerce génois dans la Mer Noire au XIIe siècle,* Paris, 1924.

Bretschneider, E., *Medieval Researches from Eastern Asiatic Sources*, 2 vols., Londres, 1888.

Brugnoli, E., «I toscani nel Veneto e le cerchie toscaneggianti», *Storia della cultura veneta*, vol. 2.

Brunel, C., «David Ashby, auteur méconnu des "Faites des Tartares"», *Romania*, vol. 79, 1958.

Brunetto Latini, *Li Livres dou Tresor*, edición a cargo de F. J. Carmody, Berkeley, 1948.

Budge, W., *The Monks of Kûbla Khân*, Londres, 1929.

Burnett, C. y Gautier Dalché, P., «Attitudes towards the Mongols in Medieval Literature: the XXII Kings of Gog and Magog from the court of Frederick II to Jean de Mandeville», *Viator*, n.° 22, 1991.

Burton, R., *The Anatomy of Melancholy*, edición a cargo de T. Faulkner y otros, Oxford, 1989-1990 (trad, cast.: *Anato-*

mía de la melancolía, Madrid, Asociación Española de Neuropsiquiatria, 1998).

Bynum, C. W., «Wonder», *American Historical Review*, 1997.

C. de Bridia, *Hystoria Tartarorum*, edición a cargo de A. Onnerors, Berlin, 1997.

C. de Bridia, *Hystoria Tartarorum*, con traducción y comentarios de G. D. Painter en *The Vinland Map and the Tartar Relation*.

Cambridge History of China, vol. 6: *Alien Regimes and Border States 907-1368*, edición a cargo de H. Franke y D. Twitchett, Cambridge, 1994.

Campbell, M. B., *The Witness and the Other World: Exotic European Travel Writing, 400-1600*, Ithaca, 1985.

Campbell, T., *The Earliest Printed Maps 1472-1500*, Londres, 1987.

Caraci, G., «Viaggi fra Venezia ed il Levante fino al XIV secolo e relativa produzione cartografica», en *Venezia e il Levante fino al secolo XV*, edición a cargo de A. Pertusi, vol. I, Florencia, 1973.

Carile, A., «Territorio e ambiente nel "Divisament dou Monde"», *Studi veneziani*, vol. I, 1977.

Carrington Goodrich, L., «Westerners and Central Asians in Yuan China», en *Oriente Poliano*.

Cary, G., *The Medieval Alexander*, edición a cargo de D. J. A. Ross, Cambridge, 1967.

Casella, N., «Pio II tra geografia e storia: la "Cosmographia"», *Archivio della Società Romana di Storia Patria*, serie 3, vol. 26, 1974.

Catto, J. L., «Guillaume du Pré and the Tartars», *Archivium Franciscanum Historicum*, 60, 1967.

Cecchetti, B., «Testamento di Pietro Vioni veneziano farto in Tauris [Persia] MCCLXIV [*sic*] X december», *Archivio Veneto*, n.° 26, 1883.

Chahin, M., *The Kingdom of Armenia*, Londres, 1987.

Chambers, E. K., *Arthur of Britain*, Londres, 1972.

Chao, «The Wonder of the Capital», *New China Review*, 1921.

Chau Ju-Kua, *On the Chinese and Arab Trade*, edición y traducción a cargo de F. Hirth y W. W. Rockhill, San Petersburgo, 1911.

Chiappori, M. G., «I tre Polo nella "Ecclesia militans" de Andrea Bonaiuti in S. Maria Novella a Firenze», *Quaderni Medievali*, n.° 15, 1983.

Chronica monasterii Sancti Bertini auctore lohanne Longo, MGH.SS, vol. 25, edición a cargo de O. Holder-Egger.

Chronicles of the Reigns of Edward I and Edward II, edición a cargo de W. Stubbs, vol. 76, Rolls Series, 1882.

Cioranescu, A., «Portugal y las cartas de Toscanelli», *Estudios Americanos*, n.° 14, 1957.

Cleaves, F. W., «A Chinese source bearing on Marco Polo's departure and a Persian source on his arrival in Persia», *Harvard Journal of Asiatic Studies*, vol. 15, 1952.

Cleaves, F. W., «An early Mongol version of the Alexander Romance», *Harvard Journal of Asiatic Studies*, n.° 22, 1959, págs. 1-99.

Colección Documental del Descubrimiento (1470-1506), edición a cargo de J. Pérez de Tudela, C. Secco Serrano, R. Ezquerra Abalia y E. López Oto, Bilbao, 1994.

Collis, M., *Marco Polo*, Londres, 1959 (trad, cast.: *Marco Polo*, Barcelona, Salvat, 1989).

Colombo, E., *Histoire della vita e dei fatti dell'Ammiraglio Cristoforo Colombo,* Venecia, 1571.

Colombo, E., *Histoire*, edición a cargo de R. Caddeo, Milán, 1930.

Colombo, E., *The Life of Admiral Christopher Colombus by his son Ferdinand*, trad. ingl. por B. Keen, Nueva Brunswick, 1959.

[Colón], *Libro Copiador de Cristóbal Colón*, edición a cargo de A. Rumeu de Armas, Madrid, 1989.

Cordier, H., «L'Extrême Orient dans l'atlas Catalan de Charles V», *Bulletin de geographie historique et descriptive*, 1895.

Cortelazzo, M., «La cultura mercantile e marinaresca», en *Storia della cultura veneta*.

Cortesão, A., *History of Portuguese Cartography*, Coimbra, 1969.

Creytens, R., «Le manuel de conversation de Philippe de Ferrare O. P. (†1350?)», *Archivum Fratrum Praedicatorum*, vol. 15, 1945.

Crick, J., *Historia Regum Britanniae of Geoffrey of Monmouth. A summary catalogue of the manuscripts*, Woodbridge, 1990.

Cristiani, E., *Habilita e Popolo nel comune de Pisa*, Nápoles, 1962.

Critchley, J., *Marco Polo's Book*, Aidershot, 1992.

Crone, G. R., «Fra Mauro's Representation of the Indian Ocean and the Eastern Islands», en *Studi Colombiniani*, vol. 3.

Crosland, J., *The Old French Epic*, Oxford, 1951.

Cummins, J. S., *A Question of Rites. Friar Domingo Navarrete and the Jesuits in China*, Aidershot, 1993.

Cuttino, G. P., *English Diplomatic Administration 1259-1339* , 2.ª ed., Oxford, 1971).

Daniel, N., *Islam and the West: The Making of an Image*, Edimburgo, 1960.

Dauvillier, J., *Histoire des institutions des églises orientales au Moyen Âge*, Londres, 1983.

Dauvillier, J., «Les provinces chaldéennes "de l'extérieur" au Moyen Âge», *Mélanges F. Cavallera*, Toulouse, 1948.

Dawson, C. (comp.), *The Mongol Mission*, Londres, 1955, reimpreso como *Mission to Asia*, Nueva York, 1987.

De Backer, L., *L'extrême Orient au Moyen Âge*, Paris, 1877.

De Barros, J., *Asia: dos feitos que os Portugueses fizeram no descobrimiento e conquista dos mares e terras do oriente. Da primeira década*, edición a cargo de A. Baiao, Coimbra, 1932.

De Gandillac, M., «Sur quelques voyages utopiques», *Voyages a la Renaissance*, Paris, 1987.

De la Mare, A., «The Shop of a Florentine "Cartolaio" in 1426», en *Studi offerti a Roberto Ridolfi*, edición a cargo de B. Maracchi Biagiarelli y D. E. Rhodes (Florencia, 1973).

De la Roncière, M. y Mollant du Jourdin, M., *Les Portulans Cartes marines du XII^e au XVII^e siècle*, Fribourg, 1984.

De las Casas, Bartolomé, *Historia de las Indias*, México y Buenos Aires, 1965 (trad, cast.: *Historia de las Indias*, Madrid, Alianza, 1994).

De Rachelwiltz, L., «Yeh-lü Ch'u-ts'ai (1189-1243). Buddhist idealist and Confucian Statesmen», en *Confucian Personalities*, edición a cargo de A. F. Wright y D. Twitchett, Stanford, 1962.

De Rachelwiltz, L., *Papal Envoys to the Great Khan*, Londres, 1971.

Degenhart, B. y Schnitt, A., «M. Sañudo und Paolino veneto», Römische Jahrbuch für Kunstgeschichte, n.° 14, 1973.

Della Guerra, G., *Rustichello da Pisa*, Pisa, 1955.

Deluz, C., *Le livre de Jean de Mandeville: une 'Géographie' au XIVe siècle*, Louvain-la-Neuve, 1988.

Deluz, C., «Villes et organisation de l'espacie: La Chine de Marco Polo», en *Villes, bonnes villes, cités et capitales. Études d'historie urbaine (XIIe-siècle) offertes à Bernard Chevalier*, Caen, 1993.

Demièville, P., «La situation religeuse en Chine au temps de Marco Polo», en *Oriente Poliano*.

«Der "Libellus de notitia orbis" Johannes III (de Galonifontibus?) O. P., Erzbischofs von Sultanyeh», edición a cargo de A. Kern, *Archivium Fratrum Praedicatorum*, vol. 8, 1938.

Destombes, M., «Fragments of two medieval maps at the Topkapu Saray Library» *Imago Mundi*, vol. 12, 1955.

Destombes, M., *Mappemondes AD 1200-1500*, Ámsterdam, 1964.

Diario of Christopher Columbus' First Voyage to America 1492-1493, edición a cargo de O. Dunn y J. E. Kelley Jr, Norman, 1989.

Diffie, B. W. y Winius, G. D., *Foundations of the Portuguese Empire (1415-1580)*, Minneapolis, 1970.

Dilke, O. A. W., «The culmination of Greek cartography in Ptolomey», en *The History of Cartography*, edición a cargo de J. B. Harley y D. Woodward, vol. 1, Londres, 1987.

Dilke, O. y Dilke, M., «Mapping a crusade - propaganda and war in 14th century Palestina», *History Today*, n.° 39, agosto 1989.

Diller, A., «A Geographical Treatise by George Gemistos Pletho», *Isis*, vol. 27, 1937.

Diller, A., «The autographs of George Gemistus Plethon», *Scriptorium*, vol. 27, 1956.

Domenichelli, T., *Sopra la vita e i viaggi del beato Odorico da Pordenone dell'ordine de' Minori*, Prato, 1881.

Du Halde, J. B., *Descriptions géographique de la Chine*, Paris, 1735.

Dunn, R. E., *The Adventures of Ibn Battuta: A Muslim Traveller of the Fourteenth Century*, Londres, 1986.

Durand, D. B., *The Vienna-KlosterneuburgMap Corpus of the Fifteenth Century: a Study in the Transition from Medieval to Modern Science*, Leiden, 1952.

Durazzo, P., *Il planisfero di GiovanniLeardo*, Mantua, 1885.

El atlas catalán de Cresques Abraham, Barcelona, 1977.

Fernández-Armesto, E., *Before Columbus: Exploration and Colonisation from the Mediterranean to the Atlantic 1229-1492*, Londres, 1987.

Fernández Pousa, F., «Un "Imago Mundi" español: Ludovicus de Angulo: De imagine seu figura mundi, Lion, 1456», *Revista de Indias*, vol. 2, 1941.

Folena, G., «La tradizione delle opere di Dante Alighieri», en *Atti del Congresso Internationale di Studi Danteschi*, vol. 1, Florencia, 1965.

Folena, G., «Tradizione e cultura trobadorica nelle corti e nelle città venete», en *Storia della cultura veneta*.

Foscolo Benedetto, L., «Non Rusticiano ma Rustichello», en *Domini e Tempi: Pagine varié di critica e storia*, Milán, 1953.

Foscolo Benedetto, «Grandezza di Marco Polo», en *Domini e Tempi*.

Flint, V. I. J., *The Imaginative Landscape of Christopher Columbus*, Princeton, 1992.

Francesco Balducci Pegolotti, «Avisamento del viaggio del Gattaio», *La Pratica della Mercatura*, edición a cargo de A. Evans, Cambridge, 1936.

Francesco da Barberino, *I documenti d'amore*, edición a cargo de F. Egidi, Roma, 1905.

Franke, H., *China under Mongol Rule*, Aidershot, 1994.

Franke, H., «Could the Mongol emperors read and write Chinese», *Asia Minor*, 1953.

Franke, H., «The exploration of the Yellow River sources under Emperor Qubilai in 1281», en *China under Mongol Rule*, sección 9.

Franke, H., *Geld und Wirtschaft in China unter der Mongolen-Herrschaft*, Leipzig, 1949.

Franke, H., «Das "himmlische Pferd" des Johann von Marignola», *Archiv für Kulturgeschichte*, n.° 1968.

Franke, H., «Sino-Western contacts under the Mongol Empire», secciones 53-54, en *China under Mongol Rule*.

Franke, H., «Some sinological remarks on Rashid al-Din's history of China», en *China under Mongol Rule*, sección 3, Aidershot, 1994.

Franke, H., «Some Western contacts under the Mongol Empire», *Journal of the Hong Kong Branch of the Royal Asiatic Society*, serie 6, vol. 58, 1966.

Frappier, J., *Étude sur 'La mort le roi Artu'*, Ginebra, 1968.

Fried, J., «Auf der Suche nach der Wirklichkeit. Die Mongolen und die europaische Erfahrungswissenschaft im 13. Jahrhundert», *Historische Zeitschrift*, n.° 243, 1986.

Friedman, J. B., *The Monstrous Races in Medieval Art and Thought*, Londres, 1951.

Gallo, R., «Marco Polo: la sua famiglia e il suo libro», en *Nel VII centenario*.

Gallo, R., «La mappa dell'Asia della Sala dello Scudo nel Palazzo Ducale e il Milione di Marco Polo», en *Nel VII centenario*.

Gallo, R., «Le mappe geografiche del Palazzo Ducale di Venezia», *Archivio Veneto*, 1943.

Gallo, R., «Nuovi documenti riguardanti Marco Polo e la sua familia», *Atti dell'Istituto Veneto di Scienze, lettere ed arti: Classe di scienze morali e lettere*, vol. 116, 1958.

Gardner, E. G., *The Arthurian Legend in Italian Literature*, Londres, 1938.

Garin, E., «Ritratto di Paolo dal Pozzo Toscanelli», *La cultura filosófica del Rinascimento italiano: Ricerche e documenti*, 2.ª ed., Florencia, 1979.

Gentile, S., *Firenze e la scoperta dell'America. Umanesimo e geografía nel 400 florentino. Catalogo dell'esposizione, Biblioteca Medicea Laurenziana*, Florencia, 1992.

Gerald de Gales, *The History and Topography of Ireland*, trad. ingl. de J. J. O'Meara, Harmondsworth, 1982.

Gervais de Tilbury, *Le Livre des Merveilles*, trad. fr. de A. Duchesne, París, 1992.

Gestes de Chiprois: Recueil de chroniques françoises écrites en Orient aux XII^e^ et XIV^e^ siécles, Les, edición a cargo de G. Reynaud, Ginebra, 1887.

Gil, J., *Cristóbal Colón, Textos y documentos complejos*, edición a cargo de C. Varela, Madrid, 1984.

Gill, J., *The Council of Florence*, Cambridge, 1959.

Giovanni Boccaccio, *Il comento alla Divina Comedia e gli altri scritti intorno a Dante*, edición a cargo de D. Guerri, Bari, 1918.

Giovanni Boccaccio, *The Decameron*, G. H. McWilliam, Harmondsworth, 1972 (trad, cast.: *Decameron*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1998).

Giovanni di Pian di Carpine, *Storia de Mongoli*, edición a cargo de E. Menestó, con contribuciones de P. Daffinà,

C. Leonardi, M. C. Lungarotti y L. Petech, Spoleto, 1989.

Giovanni Villani, *Crónica*, edición a cargo de F. Gherardi Dragomanni, Florencia, 1844.

Goitein, S. D., «From the Mediterranean to India», *Speculum*, n.° 29, 1954.

Goitein, S. D., «Letters and documents on the India Trade in medieval times», *Islamic Culture*, n.° 37, 1963.

Gomes Eannes da Zurara, *Crónica do Descobrimiento e Conquista da Guiné*, edición a cargo de J. de Bragança, Opporto, 1937.

Gribaudi, P., «Il P. Gaspar Gorricio de Novara», *Bolletino storico bibliográfico subalpino*, n.° 40, 1938.

Guenée, B., *Histoire et culture historique dans l'Occident médiéval*, Paris, 1980.

Guilielmus de Boldensele, «Itinerarius», edición a cargo de C. L. Grotefend, *Zeitschrift des Historischen Vereins für Niedersachsen*, 1852, reimpreso Hanover, 1855.

Guillaume de Rubruck, *Itinerarium* in *Sínica Franciscana*, vol. 1.

Guillaume de Rubruck, *The Mission of Friar William of Rubruk: His journey to the Court of the Great Khan Mönke, 1253-1255*, edición a cargo de P. Jackson y D. O. Morgan, Londres, 1990.

Guillaume de Rubruck, *Voyage dans l'Empire Mongol 1253-1255*, edición a cargo de C. Kappler y R. Kappler, Paris, 1985.

Guillaume de Rubruck, *The Texts and Versions of John de Plano Carpini and William de Rubruquis*, edición a cargo de C. R. Beazley, Londres, 1903.

Guzman, G. G., «The Encyclopedist Vincent of Beauvais and his Mongol extracts from John of Plano Carpini and Si-

mon of Saint-Quentin», *Speculum*, n.º 49, 1974.

Guzman, G. G., «European clerical envoys to the Mongols. Reports of western merchants in Eastern Europe and Central Asia 1231-1255», *Journal of Modern History*, vol. 22, 1996.

Guzman, G. G., «Simon of Saint-Quentin and the Dominican Mission to the Mongol Baiju: a reappraisal», *Speculum*, n.º 46, 1971.

Guzman, G. G., «Simon of Saint-Quentin as historian of the Mongols and Seljuk Turks», *Medievalia et Humanistica*, 1972.

Haeger, J. W., «Marco Polo in China? Problems with internal evidence», *Bulletin of Sung and Yuan Studies*, n.º 14, 1978.

Hamann, G., «Fra Mauro und die italienische Kartographie seiner Zeit als Quellen zur frühen Entdeckungsgeschichte», *Mitteilungen des Instituts für Österreichtische Geschichtsforschung*, n.º 78, 1970.

Hamilton, B., «Prester John and the Three Kings of Cologne», *Studies in Medieval History Presented to R. H. C. Davis*, edición a cargo de H. Mayr-Harting y R. I. Moore, Londres, 1985.

Hankey, A. T., «Bandini, Domenico», en *Dizionario Biografico Italiano*, vol. 5, 1903.

Hankey, A. T., «The successive revisions and surviving codices of the Fons memorabilium of Domenico di Bandino», *Rinascimento*, vol. 2, 1960.

Hanske, J. y Kuotsala, A., «Berthold von Regensburg, O.F.M. and the Mongol-Medieval Sermon as a historical source», *Archivium Franciscanum Historicum*, n.º 89, 1996.

Harley, J. B. y Woodward, D. (comps.), *Cartography in the Tradicional Islamic and South Asian Societies, The History of Car-*

tography, vol. 2 parte 1, Londres, 1992.

Harris, J., *Havigantium atque Itinerantium Bibliotheca or Collections of Voyages and Travels*, Londres, 1715.

Heers, J., «Le project de Chrisophe Columb», en *Colombeis*, vol. 1, Genova, 1986.

Heers, J., *Marco Polo*, Paris, 1983.

Heers, J. y Groer, de G. (comps.), *Itinéraire en Terre Sainte (1970-1971)*, Paris, 1978.

Henige, D., *In Search of Columbus: The Sources for the First Voyage*, Tucson, 1991.

[Hetoum/Haytoum/Hayton], *La Fleur des histories de la terre d'Orient*, edición a cargo de C. Kohler, *Recueil de Historiens des Croisades, Histoires Arméniens*, vol. 2.

Hetoum, *A Lytell Chronycle*, edición a cargo de G. Burger, Londres, 1988.

Higgins, I. M., *Writing East: the Travels of Sir John Mandeville*, Filadelfia, 1997.

Hocquet, J. C., *Le sel et la fortune de Venise*, Lille, 1978-1979.

Hodgen, M. T., *Early Anthropology in the Sixteenth and Seventeenth Centuries*, Filadelfia, 1971.

Hopkirk, P., *Foreign Devils on the Silk Road*, Newton Abbot, 1981 (trad, cast.: *Demonios extranjeros en la ruta de la seda*, Barcelona, Laltes, 1997).

Hopkirk, P., *Trespassers on the Roof of the World*, Londres, 1982.

Hopkirk, P. *The Great Game*, Londres, 1990.

Horn, G. *De originibus Americanis Libri quattuor*, La Haya, 1652.

Hourani, G. F., *Arab Seafaring in the Indian Ocean in Ancient and Early Medieval Times*, Princeton, 1951.

Humphreys, K. W., *The Book Provisions of Medieval Friars*, Ámsterdam, 1964.

Hungtington, A. M., *Catalogue of the Library of Ferdinand Columbus*, Nueva York, 1905, reimpreso en 1967.

Hyde, J. K., «Ethnographers in search of an audience», en *Literacy and its Uses: Studies on Late Medieval Italy*, edición a cargo de D. Waley, Manchester, 1993.

Hyde, J. K., «Medieval Descriptions of Cities», *Bulleting of the John Rylands Library*, n.º 48, 1986.

L'histoire merveilleuse plaisante et recreative du grand empereur de tartarie seigneur des tartares, nommé le Grand Can, Paris, 1529.

Ibn Battuta, *The Travels A. D. 1325-1354*, vols. 1-3, trad. ingl. de H.A.R. Gibb, Londres, 1958-1971; vol. 4, trad. ingl. de C. F. Beckingham, Londres, 1994.

Irwin, R., *The Arabian Hights: A Companion*, Harmondsworth, 1995.

Islam, S. M., *The Ethics of Travel from Marco Polo to Kafka*, Manchester, 1996.

Iwanczak, W., «Entre l'espace ptolémäïque et l'empirie: les cartes de fra Mauro», *Médiévales: Langue, Textes, Histoire*, vol. 18, 1990.

Jackson, P., «The Crusade against the Mongols», *Journal of Ecclesiastical History*, 42, 1991.

Jackson, P., «The dissolution of the Mongol empire», *Central Asiatic Journal*, n.º 22, 1978.

Jacopo da Sanseverino, *Libro piccolo di meraviglie*, edición a cargo de M. Guglielminetti, Milán, 1985.

Jacopo da Vorágine, *Legenda Aurea*, edición a cargo de T. Graesse, Osnabrück, 1969.

Johann Schiltberger, *The Bondage and Travels of Johann Schiltberger (1396-1427)*, edición a cargo de J. Buchan Telfer, Londres, 1879.

John Capgrave, *Ye Solace of Pilgrimes*, edición a cargo de C. A. Mills, Oxford, 1911.

Jordanus, *The Wonders of the East*, edición a cargo de H. Yule, Londres, 1863.

Joris, S., «Autour du Divisament du Monde. Rusticien de Pise et l'empereur Henri VII de Luxembourg (1310-1313)», *Le Moyen Âge*, 1994.

Jourdain Catalani de Séverac, *Mirabilia Descripta; Les Merveilles de l'Asie*, edición a cargo de H. Cordier, Paris, 1925.

Juan González de Mendoza, *Historia de las cosas más notables del gran Reyna de la China*, Roma, 1985.

Juan de Mandeville, *The Travels*, Harmondsworth, 1983.

Kammerer, A., *La découverte de la Chine par les Portugais au XV^e^ siècle et la cartographic des portulans avec des notes de toponymie chinoise par P. Pelliot*, Leiden, *T'oung Pao*, suplemento al tomo 39, 1944.

Kawwazoe Shoji, «Japan and East Asia», en *The Cambridge History of Japan*, vol. 3, *Medieval Japan*, edición a cargo de Kozo Yamamura, Cambridge, 1990.

Kedar, B. Z., «Chi era Andrea Franco», *Atti della Società Ligure di Storia Patria*, n. s., vol. 17, 1977.

Kimble, G. T. H., *Catalan World Map of Modena* (facsímil), Londres, 1934.

Kimble, G. T. H., *Geography in the Middle Ages*, Londres, 1938.

Kimble, G. T. H., «The Laurentian World Map with special reference to its portrayal of Africa», *Imago Mundi*, vol. I, 1935.

Kircher, A., *China Illustrata*, Ámsterdam, 1667.

Kish, G., «Two fifteenth-century maps of "Zipangu": Notes on the early cartography of Japan», *Yale University Library Gazette*, n.° 40, 1966.

Kish, G., «The Japan of the "Mural Atlas of the Palazzo Vecchio, Florence"», *Imago Mundi*, vol. 8, 1951.

Lach, D. E., *Asia in the Making of Europe*, Chicago, 1665-93.

Lane, F. C., *Venice: a Maritime Republic*, Baltimore, 1973.

Langlois, J. D. (comp.) *China under Mongol Rule*, Princeton, 1981.

Larner, J., «The Church and the Quattrocento Renaissance in Geography», *Renaissance Studies*, 1998.

Larner, J., «Traditions of literary biography in Boccaccio's Life of Dante», en *Towns and Towns people in Medieval and Renaissance Europe: Essays in Memory of J. K. Hyde*, edición a cargo de B. Pullan y S. Reynolds, *Bulletin of the John Rylands University Library of Manchester*, n.°72, 1990.

La lettera del Prete Gianni, edición a cargo de G. Zaganelli, Parma, 1990. Laurent, M. H., «Grégoire X et Marco Polo (1266-71)», *Melanges d'archéologie et d'histoire*, n.°38, 1941-1946.

Le Goff, J., «The Marvellous in the Medieval West», en *The Medieval Imagination*, Londres, 1988.

Le Goff, J., «L'Occident médiévale et l'océan Indien: un horizon onirique», en *Pour un autre Moyen Âge*, París, 1977.

«Le Livre du Gran Caan», edición a cargo de M. Jacquert, *Journal Asiatique*, n.° 6, 1830.

Lees, B. A., *Alfred the Great*, Londres, 1919.

Leland, J., *Commentarii de scriptoribus Britannicis*, Oxford, 1549.

Le meraviglie dell'India, edición a cargo de G. Tardiola, Rome, 1991.

Lentz, W., «War Marco Polo auf dem Pamir», *Zeitung der Deutschen Morgenländischen Gesellschaft*, n.° 86, 1933.

Letts, M., *Sir John Mandeville: the Man and His Book*, Londres, 1949.

Libro del cononsqimiento de todos los reynos e señoríos, edición a cargo de M. Jiménez de la Espada, Madrid, 1877.

Limentani, A., «Martin da Canal e "Les Estoires de Venise"», en *Storia della cultura veneta*, vol. 1.

Li Tse-fen, «Reality and myth in the Milione of Marco Polo» (en chino) *The Eastern Miscellany*, octubre-noviembre de 1977, «Un articolo d'autore ciñese su Marco Polo e la Ciña», suplemento n.° 30, *Istituto Orientale di Napoli: Annali*, vol. 42, fascículo 1.

Lo Jung-Pang, «Chinese shipping and East-West trade from the Tenth to the Forteenth Century», en *Sociétés*, edición a cargo de Mollat.

Loenertz, R. E., *La société des Frères Pérégrinants: Étude sur l'Orient Dominicain*, vol. I, Roma, 1937.

Longhena, M., «I manoscritti del quarto libro del De Varietate Fortunae di Poggio Bracciolini», *Bollettino della Società Geográfica Italiana*, serie 7, vol. 2, 1925.

Loomis, R. S., «Edward I, Arthurian Enthusiast», *Speculum*, n.° 28, 1953.

López, R., «China silk in Europe in the Yiian period», *Journal of the American Oriental Society*, n.° 72, 1952.

López, R., «European merchants in the medieval Indies», *Journal of Economic History*, vol. 3, 1942.

López, R., «L'extrême frontière de l'Europe médiévale», *Le Moyen Âge*, 1963.

López, R., «Nouveaux documents sur les marchands italiens en Chine à l'époque mongole», *Académie des Inscriptions et Belles Lettres: Comptes Rendus*, 1977.

López, R., «Nuove luci sugli italiani in Estremo Oriente prima di Colombo», *Studi Colombiani*, vol. 3, Génova, 1951.

López, R., «Venezia e le grandi linee dell'espansione commerciale nel secolo XIII», en *La civiltà veneciana del secolo di Marco Polo*, Venecia, 1955.

López, R. S., y Raymond, W. W, *Medieval Trade in the Mediterranean World*, Nueva York, 1955.

Löseth, E., *Le Roman en prose de Tristan, le roman de Palamedes et la compilation de Rusticien de Pise*, Paris, 1891, *Bibliothéque de l'École des Hautes Études*, vol. 82, 1890 [*sic*], reimpreso Nueva York, 1970.

Luttrell, A., «Greek histories translated and compiled for Juan Fernández de Heredia, Master of Rhodes, 1377-1396», en *The Hospitallers in Cyprus, Rhodes, Greece, and the West 1291-1440*, vol. 20, Londres, 1978.

Luzzana Caraci, L., *Colombo vero e falso: La costruzione delle Histoire fernandine*, Génova, 1989.

Magnaghi, A., *Precursori di Colombo? Il tentativo di viaggio transoceánico dei Genovesi fratelli Vivaldi nel 1291*, memoria de la R. Società Geográfica Italiana, vol. 18, Roma, 1935.

Major, R. H. (comp.) *Early Voyages to Terra Australis now called Australia*, Londres, 1859.

Manzano, M. y Manzano, A. M., *Los Pinzones y el Descubrimiento de América*, Madrid, 1988.

Manzoni, L., «Fra Francesco Pipino», *Atti e memorie della R. Deputazione di storia patria per la Romagna*, serie 3, vol. 13, 1895.

Mapamundi: the Catalan Atlas of the Year 1375, edición a cargo de C. Grosjean, Zurich, 1978.

Maqbul Ahmad, S., «Cartography of al-Sharif al-Idrisi», en *Cartography in the Traditional Islamic and South Asian Societies*, edición a cargo de J. B. Harley y D. Woodward.

Margarido, A., «La vision de l'autre (Africain et Indien d'Amérique) dans la Renaissance portugaise», en *L'Humanisme portugais de l'Europe*, Paris, 1984.

Martin da Canal, *Les Estoires de Venise*, edición a cargo de A. Limentani, Florencia, 1972.

Martini, M., *Novus Atlas Sinensis*, Ámsterdam, 1655.

Matthew Paris, *English History (1253-1273)*, Londres, 1852.

Mauro, Fra, *Il Mappamondo di Fran Mauro*, edición a cargo de T. Gasparrini Leporace, Roma, 1956.

Mazzatinti, G., *Firenze: Biblioteca Nazionale Centrale (Inventan dei manoscritti delle biblioteche d'ltalia),* vol. 8, Forli, 1896.

Meiss, M., *French Painting in the Time of Jean de Berry: The Boucicaut Master*, Londres, 1968.

Meiss, M., *French Painting in the Time of Jean de Berry: The Late Forteenth Century and the Patronage of the Duke*, Londres, 1967.

Menache, S., «Tartars, Jews, Saracens and the Jewish-Mongol "Plot" of 1241», *History*, n.° 263, 1996, págs. 319-342.

Ménard, P, «L'illustration du "Devisement du Monde" de Marco Polo», *Bulletin de la Société Nationale des Antiquaires de France*, 1985.

Merchant Culture in Fourteenth Century Venice: The Zibaldone da Canal, trad. ingl. e introducción de J. E. Dotson, Bin-

ghamton, 1994.

Meyer, P., *Alexandre le Grand dans la littérature française du Moyen Âge*, Ginebra, 1970.

Milanese, M., «La rinascita della geografía dell'Europa (1350-1480)», en *Atti del convegno «Europa e Mediterráneo tra Medio Evo e prima Eta moderna. Eosservatore italiano»*, edición a cargo de G. Gensini, Centro de Studi sulla Civiltà del Tardo Medioevo, San Miniato, Collana Studi e Ricerche, vol. 4, 1992.

Mirsky, J. (comp.) *The Great Chinese Travellers*, Londres, 1965.

Molmenti, P., *Venice*, Londres, 1906.

Monaco, L., «I volgarizzamenti italiani della relazione di Odorico da Pordenone», *Studi mediolatini e volgari*, n.° 26, 1978-1979.

«Mongol Atlas» of China by Chu Ssu-Pen and the Kuang-yu-t'u, The, edición a cargo de W. Fuchs, Beijing, 1946.

Monmonnier, M., *Drawing the Line: Tales of Maps and Cartocontroversy*, Nueva York, 1995.

Monneret de Villard, U., *Le leggende orientali sui Magi Evangelici*, Vaticano, 1952.

Monneret de Villard, U., *Lo studio dell'Islam in Europa nel XII e XIII secolo,* Vaticano, 1944.

Monteverdi, A., «Lingua e Letteratura a Venezia nel secolo di Marco Polo», en *Storia della civiltà veneziana*, edición V. Branca, F. Braudel, vol. 1, Florencia, 1979.

Moore, G., «La spedizione dei fratelli Vivaldi e nuovi documenti d'archivio», *Atti della Società Ligure di Storia Patria*, n. s., vol. 12, 1972.

Morgan, D., *The Mongols*, Oxford, 1986 (trad, cast.: *Los mongoles*, Madrid, Alianza, 1990).

Morgan, D., *Medieval Persia 1040-1797*, Londres, 1988.

Morison, S. E., *Columbus Admiral of the Ocean Sea*, Boston, 1942.

Morison, S. E., *The Great Explorers: the European Discovery of America*, Nueva York, 1978.

Morozzo della Rocca, R., «Catay», en *Miscellenea in onore diR. Cessi*, vol. 1, Roma, 1958.

Morozzo della Rocca, R., «Sulle orme di Polo», *L'Italia che screve*, octubre de 1954.

Mostra «L'Asia» nella Cartografia degli Occidentals edición a cargo de T. Gasparrini Leporace, Venecia, 1954.

Moule, A. C., *Christians in China before the year 1550*, Londres, 1930.

Moule, A. C., «A life of Odoric of Pordenone», *T'oung Pao*, n.° 20, 1921.

Moule, A. C., *Quinsay*, Cambridge, 1957.

Muir, E., *Civic Ritual in Renaissance Venice*, Princeton, 1981.

Müller, A., *De Sinarum Magnaeque Tartariae rebus commentation alphabetica, et commentariis super M Poli*, Berlín?, 1675?

Murray, A., «The Epicureans», en *Intellectuals and Writers in Fourteenth-Century Europe*, edición a cargo de P. Boitani y A. Torti, Cambridge, 1986.

Nebenzahl, K., *Maps from the Age of Discovery*, Londres, 1990.

Needham, J., *The Grand Titration: Science and Society in East and West*, Londres, 1969 (trad, cast.: *La gran titulación*, Madrid, Alianza, 1977).

Needham, J., con la colaboración de Wang Ling, *Science and Civilisation in China*, vol. 3 (Mathematics and the Sciences of the Heavens and the Earth), Cambridge, 1959.

Nel VII centenario della nascita di Marco Polo, edición a cargo de R. Almagià, Venecia, 1955.

Niccolò da Casola, *La Guerra d'Attila*, edición a cargo de G. Stenardo, Modena, 1941.

Nordenskiöld, A. E., «The influence of the «Travels of Marco Polo» on Jacopo Gastaldi's Maps of Asia», *Geographical Journal*, versión italiana, «Interno alla influenza dei "Viaggi di Marco Polo"», *Rivista Geografica Italiana*, 8, 1901.

Nordenskiöld, *Periplus: An Essay on the Early History of Charts and Sailing Directions*, Estocolmo, 1897.

Nowell, C. E. «The historical Prester John», *Speculum*, n.º 28, 1953.

Nowell, C. E., «The Toscanelli letter and Columbus», *Hispanic American Historical Review*, 17, 1937.

Odorico da Pordenone, *Les voyages en Asie du bienheureux frère*, edición a cargo de H. Cordier, *Recueil de voyages et documents*, vol. 10, Paris, 1891.

Odorico da Pordenone, *Relazione del Viaggio in Oriente e in Cina (1314?-1330)*, edición a cargo de Camera di Commercio, Industria, Artigianato e Agricoltura di Pordenone, Pordenone, 1982.

Olbricht, P, *Das Postwesen in China unter der Mongolenherrschaft im 13. und 14. Jahrhundert*, Wiesbaden, 1954.

Olschki, L., *L'Asia di Marco Polo: introduzione alla lettura a allo studio del Milione*, Venecia, 1957, Berkeley y Los Angeles, 1960.

Olschki, L., *Guillaume Boucher, A French Artist at the Court of the Khans*, Baltimore, 1946.

Olschki, L., «Marco Polo, Dante Alighieri e la cosmografía medieval», en *Oriente Poliano*.

Olschki, L., *Marco Polo's Precursors*, Baltimore, 1943.

Olschki, L., *Storia letteraria delle scoperte*, Florencia, 1937.

O[mant], H., *Livres des Merveilles: Reproduction des 265 miniatures du manuscript franjáis 2810 de la Bibliothéque Nationale*, París, 1907.

Oriente Poliano: Studi e conferenze tenute… in occasione del VII Centenario della nascita di Marco Polo, Roma, 1957.

Orlandini, G., «Marco Polo e la sua famiglia», *Archivio Veneto Tridentino*, vol. 9, 1926.

Otto de Freising, *Chronicon*, edición a cargo de A. Hofmeister, *S. R. G. in u. sch.*, Hanover y Leipzig, 1912, *The Two Cities*, Nueva York, 1966.

Pächt, P. y Alexander, J. G., *Illuminated Manuscripts in the Bodleian Library Oxford*, vol. 3, Oxford, 1973.

Parronchi, A., *Studi su la 'dolce' prospectiva*, Milán, 1964.

Pastore Stocci, P, «Dioneo e lorazione di fíate Cipolla», *Studi sul Boccaccio*, n.° 10, 1977-1978.

Pastore Stocci, P, *Tradizione medievale e gusto umanistico nel «De montibus» del Boccaccio*, Padua, 1962.

Patch, H. R., *The Other World*, Cambridge, Mass., 1950.

Pauli, P, *Life of Alfred the Great*, Londres, 1853.

Peers, E. Allison, *Ramon Llull: a Biography*, Londres, 1929 (trad, cast.: *La vida de Ramon Llull*, Palma de Mallorca, Moll, 1966).

Pelliot, P, «Kao-Tch'ang, Qoco, Houo-Tcheou et Qara-Khodja», *Journal Asiatique*, serie 10, vol. 19, 1912.

Pelliot, P, *Notes on Marco Polo*, edición a cargo de L. Hambis, Paris, 1959-1973.

Peng Hai, «When was Marco Polo in Yangzhou?» (en chino), *Lishi Yanjiu*, 1980.

Percoraro, C., «Domenico Silvestri, "De insulis et earum proprietatibus"», *Atti della Accademia di Scienze, lettere e arti di*

Palermo, vol. 14, 1953-1954.

Pero Tafur, *Andanças e viajes de Pero Tafurpor diversas partes del Mundo avidos (1435-39)*, edición a cargo de Jiménez de la Espada *(Collection de libros españoles raros e curiosos*, vol. 8, Madrid, 1874.

Pero Tafur, *Travels and Adventures 1435-39*, Londres, 1926.

Petech, L., «Les marchands italiens dans l'empire mongol», *Revue Asiatique*, n.º 250, 1962.

Petit, J., «Un capitaine du règne de Philippe le Bel: Thibault de Chepoy», *Le Moyen Âge*, vol. 10, 1897.

Pickford, C. E., «Miscellaneous French Prose Romances», en *Arthurian Literature in the Middle Ages*, edición a cargo de R. S. Loomis, Oxford, 1959.

Phillipe de Mézières, *Le songe du vieil pélerin*, edición a cargo de G. W. Coopland, Cambridge, 1969.

Phillips, J. R. S., *The Medieval Expansion of Europe*, Oxford, 1988.

Piccolomini, E. S., **véase Pío** II.

Pierre d'Ailly, *Ymago Mundi*, edición a cargo de E. Buron, Paris, 1930 (trad, cast.: *Ymago mundi y otros opúsculos*, Madrid, Alianza, 1992).

Pío II, *I Commentarii*, edición a cargo de L. Totaro, Milán, 1984.

Pío II, *Historia Rerum ubique Gestarum cum locorum descriptione non finita*, Venecia, John of Cologne, 1477.

Pío II, *Asia Europaeque elegantis descriptio*, Cologne, 1531.

Prester John, the Mongols and the Ten Lost Tribes, edición a cargo de C. F. Beckingham y B. Hamilton, Aidershot, 1996.

Poggio Bracciolini, *Opera Omnia*, vol. 2, Lutetiae Parisiorum, 1723; reimpreso en Turin, 1968.

Poggio Bracciolini, *Historia de varietate de Fortunae*, edición a cargo de O. Merisalo, Helsinki, 1993.

Poggio Bracciolini, «The travels of Nicolo Conti in the East», en *India in the Fifteenth Century*, edición a cargo de R. H. Major, Londres, 1857.

Poggio Bracciolini y Ludovico de Varthema, *Narratives of Eastern Travel by Poggio Bracciolini and Ludovico de Varthema*, revisado por L. D. Hammond, Cambridge, Mass., 1963.

Porcher, J., *French Miniatures from Illuminated Manuscripts*, Londres, 1960.

Portugaliae Monumenta Cartographica, edición a cargo de A. Cortesao y A. Teixeira da Mota, Lisboa, 1960.

Prati, E. V. L., «Nuove ricerche su Cristoforo Colombo nella Venezia del tardo Cinquecento: Le historic di Don Fernando», en *L'epopea delle scoperte*, edición a cargo de R. Zorzi, Florencia, 1994.

Prestwich, M., *Edward I*, Londres, 1988.

Purchas, S., *Hakluytus Posthumus or Purchas his Pilgrimes*, Londres, 1906.

Quinn, D. B., «Columbus and the North: England, Iceland, and Ireland», *William and Mary Quarterly*, vol. 59, 1992.

Quinn, D. B., *England and the Discovery of America, 1481-1620*, Londres, 1973.

Quinn, D. B., «The Italian Renaissance and Columbus», *Renaissance Studies*, n.° 6, 1967.

Quinn, D. B., «John Day and Columbus», *Geographical Journal*, n.° 133, 1967.

Rabelais, E, *Complete Works*, vol. 2, Londres, 1927.

Rabelais, E, *Oeuvres Completes*, edición a cargo de G. Demerson, París, 1973.

Raccolta di documenti e studi pubblicati dalla R. Commissione Colombiana pel quarto centenario della scoperta dell'America, Roma, 1892-1894.

Ramusio, G. B., *Navigazioni e riaggi*, edición a cargo de M. Milanesi, Turin, 1978-85.

Randles, W. G. L., *De la terreplate au globe terrestre*, París, 1980.

Ravenstein, E. G., *Martin Behaim: His Life and Globe*, Londres, 1908.

Reames, S. L., *The Legenda Aurea: A Reexamination of its Paradoxical History*, Londres, 1985.

Réau, L., *Iconographie de l'Art chrétien*, 3 vols., Paris, 1955-1959 (trad, cast.: *Iconografía del arte cristiano*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1998).

Reichert, F. E., *Begegnungen mit China: Die Entdeckung Ostasiens im Mittelalter*, Sigmaringen, 1992.

Reichert, F. E., «Columbus und Marco Polo - Asien in America zur Literaturgeschichte der Entdeckungen», *Zeitschrift für Historische Forschung*, vol. 15, 1988.

Renzi, L., «Il francese come lingua letteraria e il franco-lombardo», en *Storia della cultura veneta*.

Reynolds, S., «Social mentalities and the case of medieval scepticism», *Transactions of the Royal Historical Society*, serie 6, vol. 1, 1991.

Ricci, M. y Trigault, N., *Histoire de l'expédition chétienne au royaume de la Chine 1582-1610*, edición a cargo de J. Shis, G. Bessière, J. Dehergne, París, Desclèe de Brouwer, Bellarmin, 1978.

Richard, J., «La conversion de Berke et les débuts de l'Islamisation de la Horde d'Or», *Revue des études islamiques*, 1967.

Richard, J., *Croisés, missionnaires et voyageurs*, Londres, 1983.

Richard, J., «Le début des relations entre la papauté et les Mongols de Per-se», *Journal Asiatique*, n.° 237, 1949.

Richard, J., «Essor et déclin de l'Eglise catholique de Chine au XIVe siècle», en *Orient et Occident*.

Richard, J., «L'extrême-orient légendaire au Moyen Âge: Roi David et Prêtre Jean», *Anuales d'Ethiopie*, vol. 2, 1957.

Richard, J., «La mission en Europe de Rabbau Qume et l'union des églises», en *Orient et Occident au Moyen Âge*.

Richard, J., «Les missionaires latins dans l'Inde au XIV siècle», *Studi Veneziani*, vol. 12, 1970.

Richard, J., «Les Mongols et l'Occident: deux siècles de contacts», en 1274, *Anne charnière*.

Richard, J., «Les navigations des occidentaux sur l'Océan Indien et la Mer caspienne (XIIe-XIVe siècles)», en *Orient et Occident*.

Richard, J., «Isol le Pisan: Un aventurier franc gouverneur d'une province mongole?», en *Orient et Occident*.

Richard, J., *Orient et Occident au Moyen Âge: contacts et relations (XIIe-XIVe siècles)*, Londres, 1976.

Richard, J., *La Papauté et les missions d'Orient au Moyen Âge (XIIe-XIVe siècles),* Roma, 1977.

Richard, J., «Les premiers missionaires latins en Ethiopie (XIIe-XIVe siècles)», en *Orient et Occident*, XXIV.

Richard, J., *Les récits des voyages et des pèlerinages*, Brepols, 1981.

Richard, J., *Les relations entre l'Orient et l'Occident du Moyen Âge*,Londres, 1977.

Richard, J., «La vogue de l'Orient dans la littérature occidentale du Moyen Age», en *Les relations entre l'Orient et I'Oc-*

cident.

Richter, M., *Geraldus Cambrensis: The Growth of the Welsh Nation*, Aberystwyth, 1976.

Rieger, D., «Marco Polo und Rustichello da Pisa. Der Reisende und sein Erzähler», *Reise und Reiseliterhen Neuzeit*, edición a cargo de X. von Ertzdorff y D. Neukirch, Ámsterdam, 1992.

Ristoro d'Arezzo, *La composizione del Mondo colle sue cascioni*, edición a cargo de A. Morino, Florencia, 1976.

Rockhill, W. W., «Notes on the relations and trade of China with the Eastern Archipelago and the Coast of the Indian Ocean during the Fourteenth Century. Pt. i., *T'oungpao*», n.° 15, 1914.

Roger, B., *Brief Summe of Geographic*, edición a cargo de E. G. R. Taylor, Londres, 1932.

Roger Bacon: Essays, edición a cargo de A. G. Little, Oxford, 1914.

Roger Bacon, *The Opus Magus*, edición a cargo de J. H. Bridges, Oxford, 1897.

Rogers, F. M., *The Travels of the Infante Dom Pedro of Portugal*, Cambridge, Mass., 1961.

Romana Camaroto, E, «Odorico da Pordenone», *La Rassegna della letteratura italiana*, 1991.

Roncaglia, R., «La Letteratura franco-veneta», en *Storia di letteratura italiana*, edición a cargo de E. Cecchi y N. Sapegno, vol. 2, *Il Trecento*, Milán, 1965.

Ross, D. J. A., *Alexander historiatus: A Guide to Medieval Illustrated Alexander Literature*, Londres, 1963.

Ross, D. J. A., «Methods of Book Production in a XIVth Century French Miscellany, London B. M. Ms. Royal 19 D. 1», *Scriptorium*, n.° 6, 1952.

Rossabi, M., «The Muslims in the Early Yiian Dynasty», en *China under Mongol Rule*, edición a cargo de J. D. Langlois, Princeton, 1981.

Rossabi, M., *Khubilai Khan: His Life and Times*, Londres, 1988 (trad, cast.: *Kubilai Khan: su vida y su tiempo*, Madrid, Edaf, 1990).

Rossabi, M., «The reign of Khubilai Khan», en *The Cambridge History of China*, vol. 6: *Alien Regimes and Border States 907-1368*, edición a cargo de H. Franke y D. Twitchett, Cambridge, 1994.

Rossabi, M., *Voyager from Xanadu: Rabban Sauma and the First Journey from China to the West*, Londres, 1992.

Rouleau, F. A., «The Yangchow Latin tombstone as a landmark of medieval Christianity», *Harvard Journal of Asiatic Studies*, n.° 17, 1954.

Rubin, P., «What men saw: Vasari's Life of Leonardo da Vinci and the Image of the Renaissance Artist», *Art History*, 13, 1990.

Ruy González de Clavijo, *Embajada a Tamorlán*, edición a cargo de F. Lopes Estra, Madrid, 1943.

Ruy González de Clavijo, *Embassy to Tamberlane*, edición y traducción a cargo de G. Le Strange, Londres, 1925.

Ryan, J. D., «European travelers before Columbus: The fourteenth-century's discovery of India», *Catholic Historical Review*, n.° 79, 1993.

Said, E. W., *Orientalism*, Harmondsworth, 1995 (trad, cast.: *Orientalismo* Ediciones Libertarias-Prodhufi, 1990).

Salimbene de Adam, *Crónica*, edición a cargo de G. Scalia, Bari, 1966.

Salzmann, L. E., *Medieval Byways*, Londres, 1913.

Sanz, C., *El Libro de Marco Polo: Notas históricas y biblográficas*, Madrid, 1959.

Saunders, J. J., *The History of the Mongol Conquests*, Londres, 1971.

Saunders, J. J. «Matthew Paris and the Mongols», *Essays in Medieval History Presented to Bertie Wilkinson*, edición a cargo de T. A. Sandquist y M. R. Powicke, Toronto, 1969.

Schein, S., «Gesta Dei per Mongolos 1300: the Genesis of a non-event», *English Historical Review*, n.° 94, 1979.

Schmidt, T. C., «Die Entdeckung des Ostens und der Humanismus: Niccolò de Conti und Poggio Bracciolinis "Historia de Varietate Fortunae"», *Mitteilungen des Instituts für Österreichische Geschichtsforschung*, n.° 103, 1995.

Segre, C., «Marco Polo, Filología e industria culturale», en C. Segre, G. Ronchi, M. Milanesi, *Avventure del «Milione»*, Parma, 1983.

Semans, S. E., «Mapping the Unknown: Jesuit Cartography in China 1483-1773», tesis doctoral, Universidad de California, Berkeley, 1987.

Serrano y Sanz, M. «El Archivo Colombino de la Cartuja de las Cuevas», *Boletín de la R. Academia de la Historia*, n.°96, 1930.

Seymour, M. C., *Sir John Mandeville*, Aidershot, 1993.

Shinobu Iwamura, *Manuscripts and Printed Editions of Marco Polo's Travels*, Tokyo, 1949.

Shirley, R. W., *The Mapping of the World: Early Printed World Maps 1472-1700*, Londres, 1984.

Simon de Saint Quentin, *Histoire des Tartares*, edición a cargo de J. Richard, Paris, 1965.

Sinica Franciscana, edición a cargo de A. van den Wyngaert, Quaracchi, 1929.

Sinor, D., *Inner Asia and its Contacts with Medieval Europe*, Londres, 1977.

Sinor, D., «The Mongols and Western Europe», en *A History of the Crusades*, edición a cargo de K. M. Setton, vol. 3: *The Fourteenth and Fifteenth Centuries*, edición a cargo de H. W. Hazard, Londres, 1975.

Sinor, D., «Un voyageur du treizième siècle: le Dominicain Julien de Hongrie», *Bulletin of the School of Oriental and African Studies*, n.º 14, 1952.

Skelton, R. A., *Explorers' Maps: Chapters in the Cartographic Record of Geographical Discovery*, Londres, 1970.

Skelton, R. A., Marston, T. E. y Painter, G. D., *The Vinland Map and the Tartar Relation*, Londres, 1965.

Slessarev, V., *Prester John, the Letter and the Legend*, Minneapolis, 1959.

Smith, R. J., *Chinese Maps*, Hong Kong, 1996.

Sociétés et compagnies de commerce en Orient et dans l'Océan indien, edición a cargo de M. Mollat, Paris, 1970.

Southern, R., *Western Views of Islam in the Middle Ages*, Cambridge, Mass., 1962.

Spuler, B., «Le Christianisme chez les Mongols aux XIII^{e} et XIV^{e} siécles», en *1274: Année charniere*.

Starn, R., *Contrary Commonwealth: The Theme of Exile in Medieval and Renaissance Italy*, Londres, 1982.

Stevenson, E. L., *Genoese World Map 1457. Facsimile and Critical Text*, Nueva York, 1912.

Stinger, C. L., *Humanism and the Church Fathers: Ambrogio Traversari (1386-1439) and Christian Antiquity in the Italian Renaissance*, Albania, 1977.

Storia della cultura veneta, edición a cargo de G. Arnaldi, 2 vols. Vicenza, 1976.

Streicher, E., «Die Kolumbus-Originale. Eine paläographische Studie», *Gesammelte Aufsätze zur Kulturgeschichte Spaniens: Spanische Forschungen der Görresgesellschaft*, n.° 1, 1928.

Stussi, A., «Un testamento volgare scritto in Persia nel 1263», *L'Italia dialettale*, n. s., vol. II, 1962.

Stussi, A., *Zibaldone manoscritto mercantile del sec. XIV*, Venecia, 1967.

Surdich, E., «Gli esporatori genovesi del period medievale», *Studi di Storia della esplorazioni*, vol. 1, 1978.

Surdich, E., «Conti, Niccolò de», *Dixionario Biográfico Italiano*, vol. 25, 1983.

Terrarossa, V., *Riflessioni geografiche circa le terre incognite*, Padua, 1686.

Testa, G. C., «Bozza per un censimento dei manoscritti odoricioni», en *Odorico da Perdenone e la Cina; atti del convegno storico internazionale. Pordenone 28-29 maggio 1982*, edición a cargo de G. Melis, Pordenone, 1983.

Thiriet, E., *La Roumanie vénetienne au Moyen Âge*, París, 1959.

Thomas, A. (comp.) *Entrée d'Espagne*, París, 1913.

Thomas, E., *Chronicles of the Pathan Kings of Delhi*, Londres, 1871.

Thorau, P., *The Lion of Egypt: Sultan Bay bars I and the Near East in the Thirteenth Century*, Londres, 1992.

Thorndike, L., *A History of Magic and Experimental Science*, Nueva York, 1923-1941.

Thorndike, L., «Sanitation, baths, and street-cleaning in the Renaissance», *Speculum*, n.° 3, 1928.

Throop, P. A., *Criticism of the Crusade*, Ámsterdam, 1940.

Times Atlas of World Exploration, edición a cargo de F. Fernández-Armesto, Londres, 1991.

Tolan, J., «Anti-hagiography: Embrico o£ Mainz's Vita Mahumeti», *Journal of Medieval History*, n.º 22, 1996.

Traselli, C., «Un italiano in Etiopa nel XV secolo: Pietro Rombulo da Messina», *Rassegna di Studi Etiopici*, vol. 1, 1941.

Trauzettel, R., «Die Yüan-Dynastie», en *Die Mongolen*, edición de M. Weiers, Darmstadt, 1986.

Tucci, U., «I primi viaggiatori e Popera di Marco Polo», en *Storia della cultura veneta*, edición a cargo de G. Folena, vol. I, Vicenza, 1976.

Uzielli, G., *Paolo dal Pozzo Toscanelli: Iniziatore della scoperta d'America*, Florencia, 1892.

Uzielli, G., *La vita e i tempi di Paolo dal Pozzo Toscanelli (Raccolta di Documenti e Studi pubblicati dalla R. Commissione Colombiniana*, vol. 5, parte 1, Roma, 1894.

Vansteenberghe, E., *Le cardinal Nicholas de Cues 1401-1464* , París 1920; reimpreso en Francfort del Meno, 1965.

Vasoli, V., «Profilo di un papa umanista; Tommaso Parentucelli», *Studi sulla cultura del Rinascimento*, Manduria, 1968.

Vaughan, R., *Chronicles of Matthew Paris*, Cambridge, 1958.

Viaggi in Persia, India e Giava. Di Ciccolo Conti, Girolamo Adorno, e Girolamo da Santo Stefano, edición a cargo de M. Longhena, Milán, 1929.

Vicentini, E., «Il Milione di Marco Polo come portolano», *Itálica*, vol. 71, n.º 2, 1994.

Vietor, A. O., «A pre-Columbian map of the world, circa 1489», *Yale University Library Gazette*, n.º 37, 1963, reimpreso en *Imago Mundi*, vol. 17 [1963].

Vignaud, H., *Toscanelli and Columbus*, Londres, 1902.

Vigneras, L.-A., «New Light on the 1497 Cabot Voyage to America», *Hispanic American Historical Review*, n.º 36,

1956.

Villehardouin, Geoffroy de, *Memoirs of the Crusades by Villehardouin and de Joinville*, Londres, 1908.

Vinaver E., *The Rise of Romance*, Oxford, 1971.

The Vinland Map and the Tartar Relation, edición a cargo de R. A. Skelton, T. E. Marston, G. D. Painter, Londres, 1965.

Viscardi, A., «Arthurian influences in Italian Literature 1200-1500», en *Arthurian Literature in the Middle Ages*, edición a cargo de R. S. Loomis, Oxford, 1959.

Viscardi, A., *Letteratura Franco-Italiana*, Modena, 1941.

Von Brincken, A.-D., «Le Nestorianisme vu par l'Occident», en *1274: Année Charniére: Mutations et Continuités*, Paris, 1977.

Waldron, A. N., «The problem of the Great Wall», *Harvard Journal of Asiatic Studies*, n.° 42,1983.

Waley, A., *The Travels of an Alchemist. The Journey of the Taoist Ch'ang-ch'un*, Londres, 1931.

Wallis, H. G., «The strange case of the Vinland Map; a symposium», *Geographical Journal*, n.° 140, 1974.

Washburn, W. E., «Japan on early European maps», *Pacific Historical Review*, n.° 21,1952.

Watts, P. M., *Nicholas Cuysanus: A Fifteenth-Century Vision of Man*, Leiden, 1982.

Wehr, B., «À propos de la genése du «Devisement dou Monde» de Marco Polo», *Le passage à l'écrit des langues romanes*, edición a cargo de M. Selig, B. Frank, J. Hartmann, *Scripta Oralia*, vol. 46, Tübingen, 1993.

Weiers, M., *Die Mongolen*, Darmstadt, 1986.

Whitfield, P., *New Found Lands: Maps in the History of Exploration*, Londres, 1998.

Wieser, F. V., *Die Weltkarte des Albertin de Virga*, Innsbruck, 1912.

William de Rubruck, *véase* **Guillaume de Rubruck**.

William de Tripoli, *De Statu Saracenorum et Mahomete pseudopropheta eorum et eorum lege et fide*, en H. Prutz, *Kulturgeschichte der Kreuzzüge*, Berlin, 1883.

Williamson, J. A., *The Cabot Voyages and Bristol Discovery under Henry VII*, Cambridge, 1962.

Winter, H., «A circular map in a Ptolemaic MS», *Imago Mundi*, vol. 10, 1953.

Wittkower, R., «Marco Polo and the pictorial tradition of the marvels of the East», en *Oriente Poliano*.

Wittkower, R., «Marvels of the East: A Study in the History of Monsters», *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, n.° 5, 1942.

Wood, E., *Did Marco Polo go to China?*, Londres, 1995.

Woodhouse, C. M., *George Gemistos Plethon: The Last of the Hellenes*, Oxford, 1986.

Wright, J. K., *The Geographical Lore of the Time of the Crusades*, Nueva York, 1925, reimpreso en Londres, 1965.

Wright, J. K., *Leardo Map of the World*, Nueva York, 1928.

Yee, C. D. K., «Cartography in China», en *The History of Cartography*, vol. 2, parte 2, *Cartography in the Traditional East and Southeast Asian Societies*, edición a cargo de J. B. Harley y D. Woodward, Londres, 1994.

Yoeli, P., «Abraham and Yehuda Cresques and the Catalan Atlas», *Cartographic Journal*, n.° 7, 1970.

Yule, H., *Cathay and the Way Thither*, 2.ª ed. revisada por H. Cordier, 3 vols., Londres, Hakluyt, 1915, fotorreproducción, Nueva York, 1967.

Zaccagnini, G., «Francesco Pipino, traduttore del "Milione", cronista e viaggiatore in Oriente nel secolo XIV», *Atti e memorie della R. Deputazione di storia patria per l'Emilia e la Romagna*, vol. 1, 1935-1936.

Zarncke, E., «Der Priester Johannes», *Abhandlungen der philologisch-historischen Classe der Königlich Säschsichen Gesellschaft der Wissenschaft*, vol. 7, 1879.

Zelzer, K. (comp.) *Die ältesten lateinischen Thomasakten*, Berlin, 1977.

Zurla, P., *Di Marco Polo e degli altri viaggiatori venezianipiü illustri*, Venecia, 1818-1819.

Índice analítico y de nombres

Las personas nacidas antes de 1500 aparecen en la lista por su nombre de pila.

Abaqa, Ilkhan
Abasida, califato
Abisinia
Abraham Cresques
Abu ʻAbd Allah Ibn Batuta
véase
Ibn Battuta
Abulfeda
Acre
Achmad el Bailo
Adam de Bremen
Adén
Aeneas Sylvius Piccolomini
véase
Pío II, Papa
Afganistán
África
Al Qatif
Alanos

Albertin de Virga
Alberto Magno
Alejandría
Alejandro Magno
Alepo
Alessandro Zorzi
Alfonso V, rey de Portugal
Alfredo, rey de Inglaterra
Almaliq
Al-Sharif al-Idrisi
véase
Idrisi
Amarillo, río
Amazonas
Véase también
Mujeres, Islas de las
Ambrogio Lorenzetti
Ambrogio Traversari
Amelio Bonaguisi
Amerigo Vespucci
Anatolia, sultanato de
Andalo da Savignone
Andamán, islas de
André de Longjumeau, fray
Andrea «de Nassio»
Andrea Bianco
Andrea da Perugia
Andrea de Florencia
Andrea Navagero

Andreas Walsperger
Andrés Bernáldez
Angelino Dulcert
Anselmo Adorno
Antillia, isla de
Antioquia
Antonio Pucci
Antropófagos
véase
Caníbales
Aqsai, batalla de
Árbol seco
Arghun, Ilkhan,
Ariq-boke, khan
Armenia Mayor,
Armenia Menor
Véase también
Hetoum, Layas
Armenia
iglesia de
mercaderes de
Véanse también Armenia Mayor; Armenia Menor
Arnaud Marinier
Artúrica, literatura
Ascelino da Cremona
Asesinos
Astley's Voyages
Astracán

Astrología
Atlas Catalán
Australia
Ayas
véase
Layas
Aybak, sultán de Egipto
Ayn Jalut, batalla de
Azerbaiján

Bacsi
Badakshán
Bagdad
Baichu
Balasaghun
Balduino de Hainault
Barros, Joáo de
Bartolomé Colón
Bartolomeo da Cremona, fray
Bartolomeo Zorzi
Batu, khan
«Beach«
Beijing
véase
Khanbalic
Bembo, Pietro
Benedicto XII, papa
Benedicto, fray
Bengala

Benjamín de Tudela
Berke, khan
Bertolucci Pizzorusso, Valeria
Bertrand de la Broquière
Birmania
Bizantino, Imperio
Blaeu, Johan
Blemmyae
Boccaccio
véase
Giovanni Boccaccio
Bocharame
Bombay
Bonifacio VIII, papa
Borgia, planisferio
Borlandi, Franco
Brújula, conocimiento de la
Brunette Latini
Buda
Budismo
Bujara
Burton, sir Robert

«C. de Bridia», fray
Cachemira
Caffa
Cairo
Calicut
Calvino, Italo

Cambia
Campiciou
véase
Zhangye
Canibalismo
Cantón
véase
Guangzhou
Carlos de Anjou, rey
Carlos de Orleans, duque
Carlos de Valois, duque
Carlos V de Francia, rey
Cartógrafos
Véanse también Mapas chinos; Cartas portolanas; Mapas TO; Mapamundis
Caspio, mar
Catai
como «una ciudad»
en mapas
interpretaciones del siglo XVI de
mercaderes en
Cáucaso
Ceilán
véase
Taprabona
Cendal
Gamba
véase Champa
Cipango (Japón)

como Hispaniola
en mapas
y Colón
Clausson Swart
Clemeinfu
véase
Sangdu
Clemente IV, papa
Clemente V, papa
Coilum, reino de
véase
Quilon
Coleridge, Samuel
Colón
véase
Cristóbal Colón
Comania
Cómanos
Confucianismo
Constantino de Venecia
Constantinopla
Coptos, cristianos
Corea
Coromandel, costa de
«Cristianos de santo Tomás»
Cristóbal Colón
anotaciones de
su *Diario* del primer viaje
Véanse también

Bartolomé Colón
Fernando Colón
viajes posteriores
y Toscanelli
Cristoforo da Bollate
Critchley, John
Cruzadas
Cuba
Curzola, batalla de
Cynocephali
Chagatai, khanato
Champa
Ch'ang Chun
Chau Ju Kua
Chin, imperio
China, conocimiento árabe de
comercio de Europa con
viajar a
conocimiento temprano europeo de
conquista por parte de los mongoles
estudio de la geografía en
mapas del siglo XVI de
mercancías comerciales de
parte de las «tierras más allá del Ganges»
pueblos de
Véanse también Catai; Chin, imperio; Macartney, embajada de; Mangi; Ming; Song, imperio; Yuan

China, mar de
Chingitz, Khan
véase
Gengis Khan
Cho-Chiu
Christine de Pisan

Daidu
Damasco
Dante Alighieri
Danti, Ignazio
David Ashby
Delhi
Dhofar
Diez tribus perdidas, las
Diogo Homem
Domenico di Bandino
Domenico Silvestri
Dominicos
Véanse también André de Longjumeau; Ascelino da Cremona; David Ashley; Filippo di Ferrara; Francesco Pipino; Jacopo d'Acqui; Niccolò da Pistoia; Niccolò da Vicenza; Raymond Stephen; Riccoldo da Montecroce; Simon de San Quintín; William Adam
Duarte, rey de Portugal

Ebstorf, mapa

Eduardo I, rey de Inglaterra
Eduardo III, rey de Inglaterra
Egipto
comercio de
Véanse también Baybards; Mamelucos, sultanes
Eljigitei
Enrique VII, emperador
Enrique VII, rey de Inglaterra
Enrique, príncipe de Portugal
Erzurum
Esclavos
«Especias»
Especias, islas de las
Estrabón
Etyll
véase
Volga
Éufrates
Eugenio III, papa
Eugenio IV, papa

«Facfur»
Federico II, emperador
Felipe IV, rey de Francia
Fernao Martins
Fernán Yáñez de Manilla
Fernando Colón
Fernando, rey de Aragón

Filippo di Ferrara, fray
Flavio Biondo
Florencia
concilio General de
Foscolo Benedetto, Luigi
Frampton, John
Francesco Balduccio Pegolotti
Francesco Pipino, fray
carácter dogmático de
Francesco Rosselli
Franciscanos
Véanse también Bartolomeo da Cremona; Benedicto, fray; Giovanni da Montecorvino; Giovanni di Pian di Carpine; Guillaume de Rubruck; Odorico da Pordenone; Paolino Minorita; Roger Bacon; Salimbene de Adam
François Rabelais
Franco-italiana, literatura
«Francos»
Franco-veneciana
véase
Franco-italiana, literatura
Fugiu
véase
Fuzhou
Fuzhou

Gaindu, provincia de

Galvano, Antonio
Ganges
Gaspar de Gorricio
Gastaldi, Giacomo
Geikhatu, Ilkhan
Gemistus Pletho
Gengis Khan
Génova
mercaderes de
prisión de
Geoffrey Chaucer
Geoffrey de Langley
Geógrafos:
clásicos occidentales
véanse Pomponio Mela; Tolomeo, Estrabón, Solino
medievales árabes
véanse Abulfeda; Ibn Battuta; Idrisi
medievales occidentales
véanse Gerald of Wales; Gervase of Tilbury; Gossuin; Honorius Augustodunensis; Isidoro de Sevilla; Pierre d'Ailly; Pío II, papa
medievales chinos
véase
China, estudio de la geografía en
Georgia
georgianos
Gerald of Wales

Gervase of Tilbury
Ghazan, Ilkhan
Gilbert, Dr. William
Giongiu
véase
Cho-Chiu o Cho-chau
Giovanni Boccaccio
Giovanni da Fontana
Giovanni da Montecorvino
Giovanni di Pian di Carpine, fray
su *Historia Mongolorum*
Giovanni Leardo
Giovanni Loredan
Giovanni Marignoli
Giovanni Matteo Contarini
Giovanni Villani
Gobi, desierto de
Gog y Magog
Gomes Eannes da Zurara
González de Mendoza, Juan
Gonzalo Fernández de Oviedo
Gossuin
Gran Canal
Gran cisma
Gran Khan, título
Véanse también Guyuk; Kubilai; Mong-ke; Ogedei; Toghon; Timur
Gran Muralla china
Graville, familia

Gregorio IX, papa
Gregorio X papa
Griega, Iglesia ortodoxa
Grifo
Guangzhou (Cantón)
Guilielmo da Boldelense
Guillaume Boucher
Guillaume de Rubruck, fray
su relato sobre los mongoles
Guillaume du Pré, arzobispo
Guillermo de Trípoli, fray
Gujarat
Guyuk, Gran Khan

Haeger, John W.
Hakluyt, Richard
Hangzhou (Quinsai)
en mapas
iglesia cristiana en
y Colón
Hayton, Haytoun
véase
Hetoum, príncipe
Henricus Martellus Germanicus
Hereford, mapa de la catedral de
Hetoum I, rey
Hetoum, príncipe
su libro
su influencia

Hexaemérica, literatura
Hierro, Puertas de
Hinduismo
Hindukush
Hondius, Joducus
Hong-wou, emperador
Honorius Augustodunensis
Horda de Oro
véase
Khanato Kipchak
Horn, Georg
Hotan
Houtman, Frederich de
Huang He
véase
Amarillo, río
Hulegu, Ilkhan
Humanismo
Hungría

Ibn Batuta
Idrisi
Ilioni, familia
Ilkhanato
Véanse también Aqaba, Ilkhan; Arghun, Ilkhan; Geikhatu, Ilkhan; Ghazan, Ilkhan; Hulegu, Ilkhan
India, subcontinente
comercio con

como término para designar Asia
misiones cristianas en
Índico, océano
en mapas
Indochina
Indonesio, archipiélago
Irak
Isabel, reina de Castilla
Isfahán
Isidoro de Sevilla
Islam
Islam, Syed Manzurul

Jacobitas
Jacomo Barbarigo
Jacopo da Sanseverino
Jacopo d'Acqui, fray
Jacopo Gastaldiacques de Vitry, obispo
Jafuda Cresquesanibeg, khan Kipchak
Japón
véase
Cipango
Java Maior (Java)
como Borneo
Java Minor
véanse
Sumatra: como Java
Jazireh-ye Qeys (Kish)
Jean le Long, abate

Jean, duque de Berry
Jeroni de Cataluña
Jerusalén
en el centro del mundo
Jesuitas
véase
Misioneros
Johann Huttich
Johannes de Hildesheim
Johannes Ruysch
Johannes Schiltberger
John Cabot
John Capgrave
John Day
John Mandeville
Jorasán
Jorezm
Jorezmita, Imperio
Jorge, príncipe onguto
Jourdain Catalani de Severac
véase
Jourdain Cathala
Jourdain Cathala, fray
Joyas, comercio en
Juan de Cori, arzobispo
Juan de la Cosa
Juan II, rey de Portugal
Juan III, arzobispo de Sultana
Juan Sin Miedo, duque

Judíos
comerciantes
comunidades en Oriente
Véase también
Benjamín de Tudela
Julián de Hungría
Juncos chinos

Kangutos
Karakhitai, reino de
Karakorum
Kashgar
Keraítas
Kerman
Khanato de la Horda de Oro
véase
Kipchak, khanato
Khanbalic (Beijing)
en mapas
iglesias cristianas
Kiev
Kipchak, khanato
Kircher, Athanasius
Kish
véase
Jazireh-ye Qeys
Kitanos
Konya
Kubilai, Gran Khan

apariencia
campañas contra Champa
conquista el sur de China
esplendor de
guerra con Qaidu
ignorancia del idioma chino
interés por la geografía
palacio en Pekín
relaciones con Occidente
y Japón
y los Polo
Véase también
Achmad el Bailo
Kurdistán

Lajazzo
véase
Layas
Lambri
Las Casa, Bartolomé de
Layas
Le Roy, Louis
Li Tse-fen
Libro de Marco Polo tradiciones «A» y «B» autenticidad
véanse Marco Polo, dudas medievales; dudas contemporáneas; coautoría de

véase Rustichello da Pisa como estudio de geografía
como libro de viajes
como manual de mercaderes
composición; contenidos
fuentes de
ilustradores de
impersonalidad de
interpretaciones de, como ayuda de eclesiásticos
manuscritos de
«Maravillas» en
tapices de
texto F
texto Z
título de
versión aragonesa
versión en alemán
versión en castellano
versión en catalán
versión en francés
versión en irlandés
versión en latín
véase
Francesco Pipino
versión en portugués
versión en toscano
versión en veneciano

Véase también «Milione»; Ramusio; Giambattista; Rustichello da Pisa
Libro del conosçimiento de todos los reynos e señoríos

Lisboa
Locac
Londres
Lop
Lucidarius
Ludovico Varthema
Luis de Angulo
Luis de Saboya
Luis IX, rey de Francia
Lyon
concilios de

Macartney, embajada de
Madagascar
Maffeo Polo
véase
Polo, familia
Magallanes, vuelta al mundo de
Magog
véase
Gog y Magog
Magos, Reyes
Mahaur, condesa de Borgoña
Malabar

Malí, reino de
Mamelucos, sultanes
Mangi
en mapas
Mantikoras
Manuel Comnenus, emperador
Manuel I rey de Portugal
Mappaemund
véase
Mapamundis
Mappamundi Catalán
Maravillas
Véanse también Milagros; Monstruosas, razas
Marco Polo el Viejo
véase
Polo, familia
Marco Polo, logros de
conocimiento de lenguas
dudas contemporáneas acerca de
dudas medievales acerca de
encarcelamiento
motivos para escribir
papel en China
regreso a Europa
sentimientos religiosos
tolerancia por
última parte de su vida en Venecia
viaje a Oriente

Véanse también
Libro de Marco Polo; Polo, familia
Marco, Rabban
Marin Sañudo
Marsden, William
Martin Behaim
Martin da Canal
Martín Fernández de Enciso
Martín Yáñez Pinzón
Martini, Martino
Matrega
Matthew París
Mauro, fray
Medici Atlas
Meliadus
Meloria, batalla de
Mendoza, Juan González de
Mercaderes, manual de
Véase también
Libro de Marco Polo; Francesco di Balduccio Pegolotti
Mercator, Gerard
Merv
Mesopotamia
México
Mien
véase
Birmania

Miguel VIII Paleólogo
Milagros
Milán
«Milione» como el palacio y nombre para
Marco
como libro
Milton, John
Ming, dinastía
Mingi
véase
Ningbo
Misioneros
agustinos
dominicos
franciscanos
jesuitas
Mongke, Gran Khan
Mongol, Imperio
gobierno sobre China
invasión de Europa
Pax Mongólica
relaciones con Occidente
sistema de postas
Véanse también Gengis Khan; Ilkhanato; Mongke, Gran Khan; Nayan; Ogedei, Gran Khan; Kubilai, Gran Khan; tártaros; Toghon Timur, Gran Khan; Yuan, dinastía
Mongolia

Véanse también Keraítas; Mongol, Imperio; Ongutos, tribu de los; Syra Orda; Uigures
Monofisitas
Monstruosas, razas
Mosul
Muhammad ibn Tughluq, sultán
Mujeres, islas de las
Müller, Andreas
Münster, Sebastian
Musulmanes
en China
Mutfili

Naimanos
Nanjing
Nasir ud-Din
Navarrete, Domingo
Nayan, príncipe
Negro, mar
Véanse también
Caffa; Soldaia; Tribisonda
Nestorianos, cristianos
en China
en India
Véanse también
Sauma, Rabban; Marco, Rabban
Nicaea
Niccolò Conti

influencia de
Niccolò da Cusa, cardenal
Niccolò da Pistoia, fray
Niccolò da Vicenza, fray
Niccolò Polo
véase
Polo, familia
Nicolás IV, papa
Nicolás V, papa
Ningbo
Nishapur
Noqai, provincia de
Nuremberg

Odo, abate de St. Rémi
Odorico da Pordenone, fray,
influencia de
Ogodei, Gran Khan
Olschki, Leonardo
Ongutos, tribu de los
Orientales, cristianos
Véanse también Armenia, iglesia de; Coptos, cristianos; Jacobitas; Nestorianos, cristianos; «Cristianos de santo Tomás»
«Orientalismo» europeo
Ormuz
Ortelius, Abraham
Ortoghi

Otrar
Otto IV, emperador
Otto von Freising
Ozbeg

Paiza
Palestina
véase
Tierra Santa
Pamir
Paraíso Terrenal
París, Mapa de
«Patriarca Juan»
Pauthier, M. G.
Pedro, Infante Dom
Qekín
véase
Khambalic
Pelliot, Paul
Peregrino da Castello, fray
Pero Tafur
Persia
comercio occidental en
Véase también
Ilkhanato, Tabriz
Pesca con cormoranes
Peste
Peter Mártir
Philippe de Mézières

Piacenza
Pierre d'Ailly, cardenal
Pietro da Lucalongo
Pietro d'Abano
Pietro Rombulo
Pietro Vilione o Vioni
Pietro Visconte, mapa de
Pimienta, comercio de la
Pío II, papa
Pisa
Pisón, río
Pleitos de Colón
Plinio el Viejo
Poggio Bracciolini
Polo, familia
lecho de muerte y testamento de Maffeo
Marco el Viejo
Niccolò y Matteo (o «Mafeu», Maffeo).
Véanse también
Il Milione, palacio; Marco Polo
Polonia
Polovtsy
véase
Comanos
Pomponio Mela
Portolanas, cartas de navegación.
Portuguesas, exploraciones

Pratiche di mercatura
véase
Mercaderes, manual de
Preste Juan
carta del
Prévost, abate
Purchas, Samuel

Qaidu, khan
Quanzhou (Zaiton)
cristianos en
en mapas
Quilon
Quinsai
véase
Hangzhou
Qungrat, tribu

Rada, Martín de, fray
Ramusio, Giambattista
personalidad
su información sobre los Polo
versión del libro de Marco
Rashid al-Din
laymond Stephen, fray
Reineck, Raynerius
René I de Anjou, rey
Ricardo de Borgoña, fray
Ricci, Matteo

Riccoldo da Montecroce, fray
Richard Woodville
Ristoro d'Arezzo
Robertson, William
Rodrigo Fernández de Santaella
Roger Bacon
Roger Barlow
Ruggero II, rey de Sicilia
Rusia
Rusticiaus de Pisa
véase
Rustichello da Pisa
Rustichello da Pisa
identidad de
estilo de
retórica oral de
sobre Xianyang y Yangzhou
Véase también
Méliadus
«Ruta de la seda»
Ruy González de Clavijo

Sabe
Saianfu
véase
Xiangyang
Said, Edward W
Sal
Salamandras

Salimbene de Adam
Salviati, Lionardo
Samarcanda
San Agustín
San Bartolomé
San Francisco
San Josafat
San Mateo
Sanadu
véase
Shangdu
Santo Domingo
Santo Tomás Apóstol
Sarai
Saraichik
Sartaq
Sauma, Rabban
Saznjar, sultán
Sciopods
Seda
Véase también
Cendal
Seleúcidas
Sempad, condestable
«Sensi» o «sensin»
Shandu
Shijiazhuang
Silesia
Simón de San Quintín

Simón Grynaeus
Sinope
Siria
Sisian
Socotra
Soldaia
Solino
Song, imperio
Sudak
véase
Soldaia
Sultana
arzobispado de
Sumatra
Syra Orda

Tabriz
Taklamakán
Tamerlán
véase
Timur
Tana (en Crimea)
Tánger
Tanguto, tangutos
Taoísmo
Taprabona
Véase también
Ceilán
Tártaros

Tashkent
Té
Tedaldo Visconti
véase
Gregorio X, papa
Tenduc
Terra Australis
Terrarossa, Vitale
Thibaud de Chépoix
Tíbet
Véase también
Gaindu, provincia de
Tierra Santa
Timur
Timuyin
véase
Gengis Khan
TO, mapas
Toghon Temur, Gran Khan
Toktai, khan
Toloméica, teoría
Toloméicos, atlas
Tommaso Parentucelli
véase
Nicolás V, papa
Tordesillas, tratado de
Toscanelli
véase
Paolo dal Pozzo Toscanelli

Trabisonda
Transoxania
Tribus perdidas de Israel
Trípoli
Turkestán
Tus

Uigures
Ukek
Unicornios
Urganch
Urtar

Valentin Fernándes
Vasco da Gama
Venecia
    cultura en el siglo XIII
    magnificencia de
    mercaderes de,
    monopolio de la sal de
    S. Giovanni Crisostomo, barrio de
    San Lorenzo
    San Marco
    San Severo, parroquia de
    Santa Maria Formosa, parroquia de
Vicente Yáñez Pinzón
Vietnam
    Véase también
      Champa

Vincent de Beauvais, fray
«Vinland»
«Vinland, mapa de»
Vivaldi, hermanos
Volga

Wehr, Dra. Barbara
William Adam, fray
Wood, Dra. Frances
Wytfliet, Cornelius

Xiangyang
Yam
véanse
Mongol, Imperio
Sistema de postas

Yangtze
Yangzhou
lápidas cristianas de
Yeh-la Ta-shih
Yuan, dinastía
Yule, Coronel Henri
vida de
Yunnan, provincia de

Zaiton
véase
Quanzhou

Zangye
Zanin y Niccolò Querini
Zanzibar
Zhengzhou
Zibaldone da Canal

JOHN PATRICK LARNER (Reino Unido, 24 de marzo de 1930 - Reino Unido, 24 de febrero de 2008). He taught for many years at the University of Glasgow where he was made Professor of History (1978-1994).

Marco Polo and the Discovery of the World; *Italy in the Age of Dante and Petrarch, 1216-1380*; *Culture and society in Italy, 1290-1420* (Studies in cultural history); *Records of the Columbia Historical Society*, Vol. 27; *The lords of Romagna: Romagnol society and the origins of the Signorie;* Lords of Romagna*; Marco Polo y el descubrimiento del mundo; Culture and society in Italy 1290-1420*; *Violence and civil disorder in Italian cities, 1200-1500*.

Notas

[1] L. Olschki, *Marco Polo's Precursors* (Baltimore, 1943), pág. 14 n. 27; S. E. Morison, *The Great Explorers: the European Discovery of America* (Nueva York, 1978), pág. 370; M. Collis, *Marco Polo* (Londres, 1959), pág. 59; G. Caraci, «Viaggi fra Venezia ed il Levante fino al XIV secolo e relativa produzione cartográfica» en *Venezia e il Levante fino al secolo* XV, A. Pertusi (comp.) (Florencia, 1973), págs. 156-157; A. Margarido, «La visión de l'autre (Africain et Indien d'Amèrique) dans la Renaissance portugaise» en *L'Humanisme portugais de l'Europe* (París, 1984), p. 512-513; M. de Gandillac, «Sur quelques voyages utopiques» en *Voyager à la Renaissance* (París, 1987), pág. 548, pag. 548; E. Vicentini, «II Milione di Marco Polo come portolano», *Italica*, 71 (994), pág. 145; A. E. Nordenskiöld, *Periplus* (Estocolomo, 1897), pág. 140. <<

[2] Véase más adelante págs. 158, 161-167. <<

CAPÍTULO 1

[1] L. Réau, *Iconographie de l'Art Chrétien* (París, 1955-1959), vol. 2, págs. 236-255; U. Monneret de Villard, *Le leggende orientali sui Magi Evangelici* (Vaticano, 1952); B. Hamilton, «Prester John and the Three Kings of Cologne», *Studies in Medieval History Presented to R. H. Davis*, H. Mayr-Harting y R. I. Moore (comp.) (Londres, 1985) y ahora en *Prester John, the Mongols and the Ten Lost Tribes*, C. F. Beckingham y B. Hamilton (comp.) (Aldershot, 1996); J. B. Friedman, *The Monstruos Races in Medieval Art and Thought* (Londres, 1951), págs. 172-174. <<

[2] Yule-Cordier, *op. cit.* pág. 25, vol. 2, págs. 425-426, 431-432; J. K. Wright, *The Geographical Lore of the Time of the Crusader* (Nueva York, 1925; reimpreso en Londres, 1965), pág. 272. <<

[3] También Jacopo da Vorágine en la *Legenda Aurea*, T. Graesse (comp.) (Osnabrück, 1969), págs. 540-548; véase Réau, *Iconographie*, vol. 2, pág. 427; vol. 3, part. I, III, pág. 180. <<

[4] B. A. Lees, *Alfred the Great* (Londres, 1919), págs. 190-193. <<

[5] *Die ältesten lateinischen Thomasakten*, K. Zelzer (comp.) (Berlín, 1977); Vorágine, *Legenda Aurea*, cap. 5; F. Spadafora en *Biblioteca Sanctorum* (Roma, 1969); vol. 12, págs. 535-539. <<

[6] G. Cary, *The Medieval Alexander*, D. J. A. Ross (comp.) (Cambridge, 1967); D. J. A. Ross, *Alexander historiatus: A Guide to Medieval Illustrated Alexander Literature* (Londres, 1963); P. Meyer, *Alexandre le Grand dans la littérature française du Moyen Âge* (Ginebra, 1970); W. J. Aerts y otros, (comps.) *Alexander the Great in the Middle Ages* (Nimega, 1978). <<

[7] A. R. Anderson, *Alexander's Gate, Gog ang Magog and the Inclosed Nations* (Cambridge, Mass., 1932). <<

[8] En traducción, con textos semejantes en *Le meraviglie dell'India*, G. Tardiola (comp.) (Roma, 1991), págs. 63-91. <<

[9] R. Wittkower, «Marvels of the East: A Study in the History of Monsters», *Journal or the Warburgand Courtauldlnstitutes*, 5 (1942), págs. 159-197; J. B. Friedman, *The Monstrous Races* (Londres, 1951); J. Le Goff, «L'Occident médiévale et l'océan Indien: un horizon onirique» en sus *Pour un autre Moyen Âge* (París, 1977), págs. 280-293. <<

[10] «De adventu patriarchae Indorum ad urbem sub Callisto papa II» en *Abhandlungen der philologisch-historischen Classe der Königlich sächsischen Gesellschaft der Wissenschaften*, 7 (1879); en su te-

ma *Prester John, the Mongols and the Ten Lost Tribes*, citado anteriormente, nota 1. <<

[11] Otto von Freising, *Chronicon*, A. Hofmeister (comp.) (S. R. G. *in u. sch.*, Hanover y Leipzig, 1912), vol. 7, pág. 33; en traducción inglesa de C. C. Mierow, *The Two Cities* (Nueva York, 1966), págs. 443-444; C. F. Beckingham, «The achievements of Prester John», *Between Islam and Christendom* (Londres, 1983), artículo 1. <<

[12] *La lettera del Prete Gianni*, G. Zaganelli (comp.) (Parma, 1990); C. E. Nowell, «The historical Prester John», *Speculum*, 28 (1953), págs. 435-445; J. Richard, «L'extrême-orient légendaire au Moyen Âge: Roi David et Prêtre Jean», *Annales d'Ethiopie*, vol. 2 (1957), págs. 225-242 y en su *Orient et Occident au Moyen Âge: contacte et relations (XII^e-XV^e siècles)* (Londres, 1976), artículo XXV; V. Slessarev, *Prester John, The Letter and the Legend* (Minneápolis, 1959); Beckingham «Achievements of Prester John». <<

[13] L. Olschki, *Storia letteraria delle scoperte* (Florencia, 1937),. págs. 283-284. <<

[14] *Prester John, the Mongols and the Lost Tribes* (véase nota 1), págs. 184-197. <<

[15] G. F. Hourani, *Arab Seafaring in the Indian Ocean in Ancient and Early Medieval Times* (Princeton, 1951), págs. 66-79. <<

[16] G. T. H. Kimble, *Geography in the Middle Ages* (Londres, 1938), cap. 3. <<

[17] D. Abulafia, «Asia, Africa and the Trade of Medieval Europe», *The Cambridge Economic History*, vol. 2, 2.ª ed. de M. M. Postan y E. Miller (Cambridge, 1987), págs. 437-445. <<

[18] H. Yule, *Cathay and the Way Thither*, 2.ª ed. revisada por H. Cordier (Londres, Hakluyt, 1915; reproducción fotográfica, Nueva York, 1867), pág. 255. <<

[19] S. Maqbul Ahmad, «Cartography of al-Sharif al-Idrisi» en *Cartography in the Traditional Islamic and South Asian Societies (The History of Cartography*, vol. 2, parte. 1, J. B. Harley y D. Woodward, Londres, 1992), pág. 156. <<

[20] S. D. Goitein, «From the Mediterranean to India», *Speculum*, 29 (1954), págs. 181-197; ídem, «Letters and documents on the India Trade in medieval times», *Islamic Culture*, SI (1963), págs. 188-205. <<

[21] *The Itinerary of Benjamín of Tudela*, M. N. Adler (comp.) (Londres, 1907), págs. 62-63. Esta obra ha sido incorporada en parte en una reciente reedición de *Jewish Travellers in the Middle Ages*, E. N. Adler (comp.) (Nueva York, 1987). *The City of Light*, traducida y compilada por David Selbourne (Londres, 1997), un relato de una supuesta visita a China en la década de 1270 por un tal Jacopo, un judío de Ancona, es una falsificación (a cuenta de una divertida discusión al respecto, véase la crítica de Bernard Wasserstein y David Wasserstein, «Jacopo Spurioso», *Times Literary Supplement*, n.º 4.937, 14 de noviembre de 1997, págs. 15-16). <<

[22] Relatos útiles en *The Christian Churches of the East* (Milwaukee, 1948), de D. Attwater. <<

[23] J. Dauvillier, «Le provinces chaldléennes "de l'extérieur" au Moyen Âge», *Mélanges F. Cavallera* (Toulouse, 1948), págs. 261-316, y en su *Histoire des institutions de églises orientales au Moyen Âge* (Londres, 1983), artículo 1. <<

[24] J. Richard, *La Papauté et les missions d'Orient au Moyen Âge (XIII^e^-XV^e^ Siècle)* (Roma, 1977), págs. 19-20. <<

[25] D. Sinor, «Un voyageur du treizième siècle: le Dominicain Julien de Hongrie», *Bulletin of the School of Oriental and African Studies*, 14 (1952), págs. 589-602; y en su *Inner Asia and its Contacts with Medieval Europe* (Londres, 1977). <<

[26] A.-D. von den Brincken, «Le Nestorianisme vu par l'Occident» en 1274: *Année Charnière: Mutations et Continuités* (París, 1977), págs. 73, 84, esp. pág. 76. <<

[27] J. J. Saunders, *The History of the Mongol Conquests* (Londres, 1971); D. Morgan, *The Mongols* (Oxford, 1986); M. Weiers, *Die Mongolen* (Darmstudt, 1986). <<

[28] Sobre las relaciones entre los mongoles y Occidente, H. Franke, «Sino-Western contacts under the Mongol empire», *Journal of the Hong Kong Branch of the Roy al Asiatic Society*, 6 (1966), págs. 49-72; J. Richard, «The Mongols and the Franks», *Journal of Asian History*, 3 (1969), 45-57, y en su *Orient et Occident*, artículo XXVII; G. A. Bezzola, *Die Mongolen in ahendländischer Sicht 1220-1270* (Berna y Múnich, 1974); D. Sinor, «The Mongols and Western Europe» en *A History of the Crusades*, K. M. Setton (comp.), vol. 3: *The Fourteenth and Fifteenth Centuries*, H. W. Hazard (comp.) (Londres, 1975), págs. 513-544. <<

[29] R. Southern, *Western Views of Islam in the Middle Ages* (Cambridge, Mass., 1962), 45-47; Bezzola, *Die Mongolen*, págs. 14-28. <<

[30] Sinor, «Un voyageur du treizième siècle». <<

[31] Matthew Paris, *English History* (Londres, 1852), vol. 1, págs. 131-132. <<

[32] Bezzola, *Die Mongolen*, 34-36, y Monneret de Villard, *Le Leggende orientali*, págs. 182-236. <<

[33] Matthew Paris, *English History*, vol. 1, págs. 312, 356, 467; vol. 2, pág. 131; vol. 3, págs. 353-453. Véase J. J. Saunders, «Matthew Paris and the Mongols», *Essays in Medieval History presented to Bertie Wilkinson*, T. A. Sandquist y M. R. Powicke (comp.) (Toronto, 1969), págs. 116-132; S. Menache, «Tartars, Jews, Saracens and the Jewish-Mongol "Plot" of 1241», History, 263 (1996), págs. 319-342; C. Burnett y P. Gautier Dalché, «Altitudes towards the Mongols in Medieval Literatura: the XXII

Kings of Gog and Magog from the court of Frederick II to Jean de Mandeville», Viator, 22 (1991), págs. 153-167. <<

[34] F. Babinger, «Maestro Ruggiero delle Puglie: relatore pre-poliano sui Tartari» en *Nel VII centenario delta nascita di Marco Polo*, R. Almagià (comp.) (Venecia, 1955), págs. 53-61. <<

[35] P. Jackson, «The Crusade against the Mongols», *Journal of Ecclesiastical History*, vol. 42 (1991), págs. 1-18. <<

[36] Para lo que sigue, I. de Rachewillz, *Papal Envoys to the Great Khan* (Londres, 1971); Richard, J. *La papauté*, págs. 63-98. <<

[37] Véase Simón de Saint Quentin, *Histoire des Tartares*, J. Richard (comp.) (París, 1965); y los artículos de G. G. Guzmán, «Simón de San Quintín y la misión dominicana al mongol Baichu: nueva valoración», *Speculum*, 46 (1971), págs. 232-249; ídem, «Simón de San Quintin como historiador de los mongoles y de los turcos seléucidas», Medievalia et Humanistica, 49 n. s. 3 (1972), págs. 155-178; G. G. Guzmán, «El enciclopedista Vincent de Beauvais y sus extractos mongoles de Giovanni di Pian di Carpine y de Simón de San Quintín», *Speculum*, 49 (1974), págs. 287-307. <<

[38] Véanse mas adelante, notas 39 y 40. <<

[39] La versión benedictina más corta, que sobrevive en dos manuscritos, está en *Sinica Franciscana*, A. van den Wyngaert (comp.) (Quaracchi, 1929), vol. 1, págs. 135-141; traducida al inglés por «una monja de la abadía de Stanbrook» en *The Mongol Mission*, C. Dawson (comp.) (Londres, 1955; reed. como *Mission to Asia*, Nueva York, 1987), págs. 79-84. La versión más larga, que sólo existe en un manuscrito, fue compilada por A. Onnerors, *Hystoria Tartarorum C. de Bridia monachi* (Berlín, 1967), y con traducción y comentarios de G. D. Painter en *The Vinland Map and the Tartar Relation*, R. A. Skelton, T. E. Marston y G. D. Painter (comp.) (Londres, 1965), págs. 21-106. Las dudas expre-

sadas por F. R. Maddison acerca de su autenticidad (en su «A sceptical view of the Tartar Relation», págs. 187-191 en H. G. Wallis (comp.), «The strange case of the Vinland Map; A Symposium», *Geographical Journal*, CXL, [1974], págs. 183-211) parecen no tener seguidores. <<

[40] La más corta, en ocho capítulos, sobrevive en doce manuscritos y en una edición abreviada posterior. La segunda versión, que cuenta con un noveno capítulo que describe el itinerario, existe en tres manuscritos. Editada en *Sinica Franciscana*, vol. 1, 3-134, también está traducida en *The Mongol Mission*, págs. 3-76 (véase n. 39 anterior). Ha sido reeditada más recientemente, junto con una traducción al italiano, como *Storia dei Mongoli*, E. Menestò (comp.), con contribuciones a cargo de P. Daffiná, C. Leonardi, M. C. Lungarotti y L. Petech (comp.) (Spoleto, 1989). Para otro manuscrito de los detallados en Menestò, véase *Begegnungen mit China: Die Entdeckung Ostasiens im Mittelalter* (Sigmaringen, 1992), págs. 152, de F. E. Reichert. <<

[41] J. Fried, «Auf der Suche nach der Wirklichkeit. Die Mongolen und die europäische Erfahrungswissenschaft im 13. Jahrhundert», *Historische Zeitschrift*, págs. 243 (1986), págs. 287-332, esp. págs. 304-305, 315-316; para una valoración entusiasta véase «Ethnographers in search of an audience» de J. K. Hyde, en su *Literacy and its Uses: Studies on late medieval Italy*, D. Waley (comp.) (Manchester, 1994), págs. 162-216, esp. págs. 173-183. <<

[42] *Storia dei Mongoli*, Menestò (comp.), págs. 229, traducida en *The Mongol Mission*, 4. <<

[43] Rachelwiltz, *Papal Envoys*, 106-107; F. W. Cleaves, «An Early Mongol version of the Alexander Romance», *Harvard Journal of Asiatic Studies*, 22 (1959), págs. 1-99. <<

[44] *Storia dei Mongoli*, Menestò (comp.), 229-230, y notas de Daffinà, págs. 407-409. <<

[45] Ibíd., págs. 257-258. <<

[46] Ibíd., págs. 289-290; Painter en *The Vinland Map*, págs. 104-106, trató de dar sentido a esos nombres; pero compárese con las notas de Daffinà en Menestò, págs. 461-471. <<

[47] Salimbene de Adam, *Crónica*, G. Scalia (comp.) (Barí, 1966), págs. 197-198. El famoso predicador franciscano, Berthold von Regensburg, habló de los mongoles en sus sermones, extrayendo el material de Giovanni di Pian di Carpine y de otras fuentes, pero sin mencionar referencias geográficas y sólo para hablar de los vicios de los mongoles como un espejo de la maldad de los cristianos: J. Hanske y A. Kuotsala, «Berthold von Regensburg, O. E. M. y el sermón medieval sobre los mongoles como fuente histórica», *Archivium Franciscanum Historicum*, 89 (1996), págs. 425-445. <<

[48] Traducida del persa por A. J. Boyle en *Papal Envoys*, págs. 213-214, de Rachelwiltz. <<

[49] Más tarde sería incluida en la *Speculum Historiale* de Vincent de Beauvais. H. Yule, *Cathay*, vol. I. págs. 262-263 (donde aparece impresa la antigua traducción francesa de Guillaume de Nangis, *Vie de Saint Louis*); vol. 4, págs. 266; F. E. Reichert, *Begegnungen mit China* (Sigmaringen, 1992), pág. 72; sobre la creciente influencia del cristianismo en la corte de Mongka, B. Spuler, «Le Christianisme chez les Mongols aux XIII^e^ et XIV^e^ siècles», en *1274: Année charnière*, págs. 45-54. <<

[50] Algo relacionado aparece en la vida del rey escrita por Joinville, quien redactó siendo octogenario sucesos acaecidos cincuenta años antes, en *Memoirs of the Crusades by Villehardouin and de Joinville* (Londres, 1908), págs. 168-169, 253-259. <<

[51] Para esta misión, véase la obra de Guillaume de Rubruck, *Itinerarium* en *Sinica Franciscana*, vol. 1, págs. 147-332. Traducciones inglesas en *Mongol Mission*, págs. 89-220; y con comentario, *The Mission of Friar William of Rubruck: His journey to the Court*

of the Great Khan Möngke, 1253-1255, P. Jackson y D. O. Morgan (comps.) (Londres, Hakluyt, 1990); versión francesa y comentario, Rubruck, *Voyage dans l'Empire Mongol 1253-1255*, C. Kappler y R. Kappler (comps.) (París, 1985). <<

[52] Véase L. Olschki, *Guillaume Boucher, French Artist at the Court of the Khans* (Baltimore, 1946). <<

[53] Reichert, *Begegnungen*, pág. 112 <<

[54] Ibíd., págs. 88-111. <<

[55] R. Vaughan, *Chronicles of Matthew Paris* (Cambridge, 1958), págs. 153-154. <<

[56] Véanse las notas 40 y 41. Uno de los pocos cronistas que utiliza a Giovanni es el dominico Francesco Pipino (el traductor de Marco Polo al latín) en su *Chronicon* (Foscolo Benedetto, págs. CXXXVII-CXXXVIII). <<

[57] Véanse los artículos de Guzmán citados en la nota 38. <<

[58] Reichert, *Begegnungen*, págs. 218-219, en su *Chronicorum opus* cita a Martin de Troppau (fallecido en 1278), a Ranulf Higden (fallecido en 1364), a Henry of Hereford (fallecido en 1370), a Paulinus Minorita (fallecido en 1344), a Giovanni Colonna, a Guillaume de Nangis, al autor anónimo de *Flores temporum* (1290-1294) y a san Antonio de Florencia (fallecido en 1459). <<

[59] The Opus Majus of Roger Bacon, J. H. Bridges (comp.) (Oxford, 1987), vol. 1, págs. 303, 305, 323, 400; vol. 2, págs. 368, 383, 387-388. Véase A.-D. von de Brincken, «Le Nestorianisme vu par l'Occident», en 1274: Année charnière, pág. 78; Reichert, Begegnungen, págs. 230-231. Sobre los manuscritos del Opus Majus, véase Roger Bacon: Essays, A. G. Little (comp.) (Oxford, 1914), pág. 379. <<

[60] La lista completa de los manuscritos de Rubruck sigue estando en *The Texts and Versions of John de Plano Carpini and William de Rubruquis*, C. R. Beazley (comp.) (Londres, 1903),

págs. XVII-XIX, que hace referencia a cinco (y a un sexto probablemente perdido) manuscritos medievales, de los que cuatro provienen de Inglaterra. <<

[61] J. Heers, *Marco Polo* (París, 1983), págs. 125-128; M. Chahin, *The Kingdom of Armenia* (Londres, 1987), cap. 25. El rey Hetoum I (1226-1270) visitó la corte mongola en 1254; J. A. Boyle, «The Journey of Het'um I of Little Armenia, to the Court of the Great Khan Mongke», y en su *The Mongol World Empire 1206-1370* (Londres, 1977). G. G. Guzmán, en su «European clerical envoys to the Mongols. Reports of western merchants in Eastern Europe and Central Asia, 1231-1255», *Journal of Modern History*, vol. 22 (1996), págs. 53-67, observa, no obstante, que los mercaderes de ese período parecen haber aportado escasa información a Europa sobre los mongoles. <<

[62] B. Cecchetti, «Testamento di Pietro Vioni veneziano fatto in Tauris [Persia] MCCLXIV [*sic*] x decembre», *Archivio Veneto*, 26 (1883), págs. 161-165; para la fecha, A. Strussi, «Un testamento volgare scritto in Persia nel 1263», *L'ltalia dialettale*, n. s. 11 (1962), pág. 24; E. Ashtor, *Eevant Trade in the Later Middle Ages* (Princeton, 1984), pág. 58. El padre de Pietro, Vítale, tenía un palacio en Venecia, en S. Juan Crisóstomo, que muy bien pudiera ser el mismo «Milione» comprado por la familia Polo, Heers, *Marco Polo*, pág. 41. <<

[63] J. Richard, «Les Mongols et l'Occident: deux siècles de contacts», en *1274, Année charnière*, pág. 91 (y en su *Croisés, missionaires et voyageurs*, Londres, 1983, artículo XIV). <<

[64] Para lo que sigue véase J. A. Boyle, «The Il-Khans of Persia and the Christian West», *History Today*, y en su *The Mongol World Empire*, vol. 13; J. Richard, «Le début des relations entre la papauté et les Mongols de Perse», *Journal Asiatique*, 237 (1949), págs. 291-297, y en su *Les Relations entre l'Orient et l'Occidente du*

Moyen Âge (Londres, 1977). Para antecedentes véase D. Morgan, *Medical Persia 1040-1797* (Londres, 1988), capítulos 7 y 8. <<

[65] Véase C. Brunel, «David Ashby, auteur méconnu des "Faites des Tartares"», *Romania*, 79 (1958), págs. 39-46. El tratado de Ashby, que sobrevive en un único manuscrito, fue destruido en 1904. <<

[66] Véase W. Budge, *The Monks of Kûblä Khän* (Londres, 1929); A. C. Moule, *Christians in China before the year 1550* (Londres, 1930), cap. 4; J. Richard, «La mission en Europe de Rabbau Çauma et l'union des églises», en su *Orient et Occident au Moyen Âge: contacts et relations (XII^e-XIV^e s.)* (Londres, 1976); M. Rossabi, *Voyager from Xanadu: Rabban Sauma and the first Journey from China to the West* (Londres, 1992). <<

[67] Véase más adelante, pág. 175. Es probable que no sea una coincidencia que fuese en 1288 cuando el entusiasta misionero catalán Ramón Llull escribió su relato sobre la conversión mística de un mongol, en el *Liber Tartari et Christiani*, sobre el que habla E. Allison Peers, en su *Ramon Llull: a Biography* (Londres, 1929), págs. 197-200. <<

[68] Heers, *Marco Polo*, pág. 99; L. E Salzmann, *Medieval Byways* (Londres, 1913), págs. 45-50. <<

[69] S. Schein, «Gesta Dei per Mongoles 1300: the Genesis of a non-event», *English Historical Review*, 94 (1979), págs. 805-819. <<

CAPÍTULO II

[1] 1. La identificación de Pauthier (IX, 361) de Marco con un Po-loh que fue delegado del Consejo Privado del Gran Khan ha demostrado ser un error: Li Tse-fen, «Reality and myth in the Milione of Marco Polo» (en chino), The Eastern Miscellany, octubre/noviembre de 1977, traducido por I. N. Molinari, «Un articolo d'autore cinese su Marco Polo e la Cina», aparecido en el

suplemento n.º 30, Istituto Orientale di Napoli: Annali, 42 (1982), fase. 1, págs. 9-17, 54-60. <<

[2] Para fuentes biográficas análogas con un sentido tan «poco moderno» de la sinceridad literaria, véase J. Lamer, «Traditions of literary biography in Boccaccio's Life of Dante», *Towns and Townpeople in Medieval and Reinassance Europe: Essays in Memory of J. K. Hyde*, B. Pullan y S. Reynolds (comp.), *Bulletin of the John Rylands University Library of Manchester*, 72, (1990), págs. 107-117; P. Rubin, «What men saw: Vasari's Life of Leonardo da Vinci and the Image of the Renaissance Artist», *Art History*, 13 (1990), págs. 34-46. <<

[3] V. Bertolucci Pizzorusso, «Enunciazione e produzione del testo nel *Milione*», *Studi mediolatini e volgari*, 25 (1977), págs. 5-43 , esp. 21-22. <<

[4] G. Orlandini, «Marco Polo e la sua famiglia», *Archivo Veneto Tridentino*, 9 (1926), págs. 68. Véase también R. Gallo, «Marco Polo: la sua famiglia e il suo libro» en *Nel VII centenario della nascita de Marco Polo*, R Almagià (comp.) (Venecia, 1955), págs. 65-193. <<

[5] Heers, *Marco Polo*, págs. 124-125. <<

[6] Ibíd, págs. 60, 118-124; F. Thiriet, *La Roumanie vénetienne au Moyen Âge* (París, 1959), págs. 37, 46, 91, 341. <<

[7] Véase G. I. Bratianu, *Recherches sur le commerce génois dans la Mer Notre au XIII^e siècle* (París, 1924), y Heers, *Marco Polo, passim*. <<

[8] Yule-Cordier, vol. l, pág. 3. <<

[9] Comparar el *Marco Polo's Precursors* (Baltimore, 1943), págs. 73-74, de L. Olschki, con el relato de la expedición de 1338 en «L'extrême frontière de l'Europe médiévale», en *Le Moyen Âge* (1963), págs. 488, de R. S. López. <<

[10] Tal y como sugiere F. C. Lane, *Venice: A Maritime Republic* (Baltimore, 1973), pág. 80. <<

[11] No «en 1262»: P. Jackson, «The dissolution of the Mongol empire», *Central Asiatic Journal* 22 (1978), págs. 233-234. <<

[12] Yule-Cordier, vol. 1, 9, n. 5. En este punto se dice que Birac es «rey» de Bujara. No obstante, reinó de 1266 a 1270; Moule-Pelliot, vol. 1, págs. 22-23. <<

[13] H. Franke. «Sino-Western contacts». en su *China under Western Rule* (Aldershot, 1994), págs. 54-55. 1994), 54-5. <<

[14] Pipino, I, II, Prásek (comp.), págs. 8. <<

[15] M. Bihil (con transcripciones de cartas de A. C. Moule). «De duabus epistolis fratum tartariae aquilonis an. 1323», *Archivium Fransciscanum historicum*, 16 (1923), págs. 89-112, esp. 109. <<

[16] Olschki, *Marco Polo's Precursors*, págs. 86. <<

[17] Véase Apéndice II. <<

[18] M. H. Laurent, «Grégoire X et Marco Polo (1266-1271)», Mélanges d'archéologie et d'histoire, 58 (1941-1946), págs. 132-144; Moule-Pelliot, vol. 1, págs. 23-25. <<

[19] Boncompagno da Signa en su *De malo senectutis*, en P. Molmenti, *Venice* (Londres, 1906), pág. 45. <<

[20] Martin da Canal, *Les Estoires de Venise*, A. Limentani (comp.) (Florencia, 1972), págs. 128-130; 246-262; 288-300; 328-332; *Civic Ritual in Renaissance Venice* (Princeton, 1981), de E. Muir, es muy interesante por su discusión de las ceremonias prerrenacentistas. <<

[21] Molmenti, *Venice*, 115, de Martin da Canal. <<

[22] *Merchant Culture in Fourteenth Century Venice: the Zibaldone da Canal* (Binghamton, 1994), pág. 10; texto original de A. Stussi: *Zibaldone manoscrito mercantile del sec. XIV* (Venecia, 1967). <<

[23] *Merchant Culture*, págs. 50-51. <<

[24] Véanse los artículos de G. Arnaldi, «Scuole nella Marca Trevigiana e a Venezia nel secolo XIII»; L. Renzi, «Il francese

come lingua literaria e il franco-lombardo»; G. Folena, «Tradizione e cultura trobadorica nelle corti e nelle città venete»; M. Cortelazzo, «La cultura mecantile e marinaresca»; y A. Limentani, «Martin da Canal e "Les Estoires de Venise"», en *Storia della cultura veneta*, G. Arnaldi (comp.) (Vicenza, 1976), vol. 1; F. Brugnoli, «I toscani nel Veneto e le cerchie toscaneggianti» en ibíd., vol. 2; A. Monteverdi, «Lingua e letteratura a Venezia nel secolo di Marco Polo», en *Storia della civiltà veneciana*, V. Branca, F. Braudel, A. Tenenti (comps.) (Florencia, 1979), vol. 1; en esta obra véanse en particular págs. 360-361 para veneciano *volgare*. <<

[25] La sugerencia de Moule-Pelliot (vol. 1, págs. 25-26, n. 2) acerca de que Marco pudiera haber conocido a Rustichello, su futuro colaborador, en esa época, se basa, en primer lugar, en la creencia de la afirmación de Rustichello de que extrajo el material para su *Méliadus* de una obra de Eduardo I y, en segundo lugar, en la especulación de que Rustichello podría haber conocido a Eduardo en Tierra Santa en lugar de en Italia antes o después de esa época. <<

[26] Visconti supo de su elección el 23 de octubre de 1271; el 11 o el 18 de noviembre zarpó hacia Brindisi; Laurent, «Gregoire Xet Marco Polo», pág. 137. <<

[27] Fray Guillermo de Trípoli es presumiblemente el autor de *De statu Saracenorum et Mahomete pseudopropheta eorum et eorum lege et fide*, redactado en 1273, publicado por H. Prutz, *Kulturgeschichte der Kreuzzüge* (Berlín, 1883), págs. 572-598. Sobre esta obra véase U. Monneret de Villard, *Lo studio dell'Islam in Europa nel XII e XIII secolo* (Vaticano, 1944), pág. 70; P. A. Throop, *Criticism of the Crusade* (Ámsterdam, 1940), cap. 5, se refiere a cuatro manuscritos, tres en latín y uno en francés. Este Guillermo de Trípoli, que era un dominico, no podía ser, como se ha aventurado, el franciscano Guillaume Champenois mencionado en la

Geste des Chiprois en el año 1239 (véase Throop, *Criticism*, pág. 118, n. 19). <<

[28] R. Amitai-Preiss, *Mongols and Mamlukes: The Mamluk-Ilkhanid War 1260-1281* (Cambridge, 1995), págs. 125-127; P. Thorau, *The Lion of Egypt: Sultan Baybards Land the Near East in the Thirteenth Century* (Londres, 1992), págs. 204-210. <<

[29] Bertolucci Pizzorusso, «Enunciazione… *Milione*», *Studimediolatine e volgari*, 25 (1977), págs. 20-21. <<

[30] D. Morgan, *The Mongols* (Oxford, 1986), págs. 110-111; M. Rossabi, «The Muslims in the Early Yüan Dynasty» en China Under Mongol Rule, J. D. Langlois (comp.) (Princeton, 1981), págs. 257-295. Véase también, *Khubilai Khan: His Life and Times* (Londres, 1988), págs. 178-184, de M. Rossabi; F. E. Reichert, *Begegnungen mit China* (Sigmaringen, 1992), pág. 115, n. 315. <<

[31] Yule-Cordier, vol. 1, pág. 27, n. 1; vol. 3, pág. 74. <<

[32] Capítulo XVI; sobre las misiones de Khubilai, W. W. Rockhill, «Notes on the relations and the trade of China with Eastern Archipelago and the Coast of the Indian Ocean during the Fourteenth Century. Pt. i», *T'oung Pao*, 15 (1914), págs. 430-443. <<

[33] M. Rossabi, «The reign of Khubilai Khan» en *The Cambridge History of China*, vol. 6; *Alien Regimes and Border States 907-1368*, H. Franke y D. Twitchett (comps.) (Cambridge, 1994), págs. 416-418; J. W. Haeger, «Marco Polo in China? Problems with internal evidence», *Bulletin of Sung and Yuan Studies*, 14 (1978), pág. 27. <<

[34] F. W. Cleaves, «A Chínese source bearing on Marco Polo's departure and a Persian source on his arrival in Persia», *Harvard Journal of Asiatic Studies*, 15 (1952), págs. 419-506. Rashid al-Din menciona sólo Khwaja (a la que Marco Polo llama Coja) en la

embajada; J. A. Boyle, «Marco Polo and his Description of the World», *History Today* (1971), pág. 765 (y en su *The Mongol World Empire: 1266-1370*, Londres, 1977, artículo XV). Boyle cree que ignora a los Polo porque no eran emisarios oficiales; D. Morgan, *The Mongols*, (Oxford, 1986), pág. 193, porque unos meros francos no eran dignos de su pluma. <<

[35] Como aparece en el testamento de Maffeo del 6 de febrero de 1310, cuando sólo se habían recuperado 1.000 *hyperpyra*, Orlandini, «Marco Polo», 14. El testamento de Maffeo también hace referencia a las «tres tabletas de oro que eran del *magni chani* de los tártaros», ibíd., pág. 27, y, más tarde, menciona la *fraterna compagnia*. <<

[36] Moule-Pelliot, vol. 1, págs. 34-35. <<

[37] Yule-Cordier, vol. 1, págs. 52-53. <<

[38] Véase pág. 28. <<

[39] R. Gallo, «Nuovi documenti riguardanti *Istituto Veneto di Scienza, lettere ed arti: Classe di scienze morali e lettere*», 116 (1958), págs. 313-315. <<

[40] Foscolo Benedetto, pág. CXCIV. <<

[41] Ibíd., CCXII-CCXIV; Yule-Cordier, vol. 1, pág. 120. <<

[42] Véase pág. 90. <<

[43] Orlandini, «Marco Polo», págs. 58-62; Moule-Pelliot, vol. 1, págs. 554 y sigs. <<

[44] Moule-Pelliot, vol. l, pág. 30. <<

[45] Foscolo Benetto, CXCIV, traducido por Yule-Cordier, vol. I, pág. 54. <<

Capítulo 3

[1] C. Segre, «Marco Polo, Filología e industria culturale», en C. Segre, G. Ronchi, M. Milanesi, *Avventure del «Milione»* (Parma, 1983), págs. 10-14. <<

[2] V. Bertolucci Pizzorusso, «Lingue e stili nel "Milione"», en *L'epopea delle scoperte*, en R. Zorzi (Venecia, 1994), pág. 63. <<

[3] *Milione. Le Divisament dou monde*, 6. Ronchi (comp.) (Milán, 1982), pág. 1, línea 7. <<

[4] J. Heers, *Marco Polo* (París, 1983), pág. 277. <<

[5] G. Bertoni en una crítica (caracterizada por una singular pobreza de espíritu) de Foscolo Benedetto en *Giornale storico della letteratura italiana*, 92 (1928), abogaba por «Rusticiano». Pero véase L. Foscolo Benedetto, «Non Rusticiano ma Rustichello», en su *Idomini e Tempi: Pagine varie di critica e storia* (Milán, 1953), págs. 63-70. <<

[6] Heers, *Marco Polo*, págs. 283-284, citando a E. Cristiani en *Nobilità e Popolo nel comune de Pisa* (Nápoles, 1962), 470; F. della Guerra, *Rustichello da Pisa* (Pisa, 1955); A. Joris, «Autour du Divisament du Monde. Rusticien de Pise etl'empereur Henri VII de Luxembourg (1310-1313)», *Le Moyen Âge* (1994), págs. 353-368; R. Morozzo della Rocca, «Sulle orme di Polo», *L´Italia che scrive*, 37, n. 10 (oct. 1954), pág. 120. <<

[7] Foscolo Benedetto, XIV-XVIII; Bertolucci Pizzorusso, «Lingue e Stili», págs. 65-66; véase E. Löseth, *Le Roman en prose de Tristan, le roman de Palamedes et la compilation de Rusticien de Pise* (París, 1891, *Bihliothèque de l'École des Hautes Études*, 82, 1890 [*sic*], reimpreso en Nueva York, 1970), págs. 423-474. <<

[8] Véase E. G. Gardner, *The Arthurian Legend in Italian Literature* (Londres, 1938); A. Viscardi, «Arthurian influences in Italian Literature 1200-1500», en *Arthurian Literature in the Middle Ages*, R. S. Loomis (comp.) (Oxford, 1959), cap. 32; D. Branca, *I romanzi italiani di Tristano e la «Tavola ritonda»* (Florencia, 1968); A. Viscardi, *Letteratura Franco-Italiana* (Módena, 1941); S. Roncaglia, «La Letteratura franco-veneta», en *Storia di letteratura italiana*, E. Cecchi y N. Sapegno (comp.), *Il Trecento* (Milán, 1965), vol. 2.págs. 727-759; L. Renzi, «II francese como lingua lettera-

ria e il franco-lombardo», en *Storia della cultura veneta*, G. Arnaldi (comp.) (Vicenza, 1976), vol. 1, págs. 563-589; y J. Critchley, *Marco Polo's Book* (Aldershot, 1992), págs. 19-22. <<

[9] Compare R. S. Loomis «Edward T, Arthurian Enthusiast», *Speculum*, 28 (1953), págs. 114-127; con M. Prestwich, *Edward I* (Londres, 1988), págs. 117-120 (quien, no obstante, cree en la historia de Rustichello). Contra el préstamo o regalo del libro, Critchley, *Marco Polo's Book*, págs. 4-8. <<

[10] Para el estilo de la prosa caballeresco-épica, véase J. Frappier, *Étude sur «La mort le roi Artu»* (Ginebra, 1968), cap. 7; Limentani en Martin da Canal, *Les Estoires de Venise* (Florencia, 1972), págs. CCXLIII-CCLIII; CCII-CCIII. <<

[11] Foscolo-Benedetto, págs. XIX-XXVI. <<

[12] V. Bertolucci Pizzorusso, «Enunciazione e produzione», *Studi mediolatini e volgari* 25 (1977), pág. 8 <<

[13] Ramusio, 233; Moule-Pelliot, vol. 1, pág. 73. <<

[14] B. Wehr, «À propos de la genèse du "Devisement dou Monde" de Marco Polo», Le passage à l'ecrit des langues romanes, ed. M. Selig, B. Frank, J. Hartmann (Tubingen, 1993, *Scripta Oralta*, 46), págs. 299-326. <<

[15] G. P. Cuttino, *English Diplomatic Administration, 1259-1339* (2.ª ed., Oxford, 1971), págs. 175-176. <<

[16] Moule-Pelliot, vol. 2, CXXVIII-CXXIX; F. E. Reichert, *Begegnungen mit China* (Sigmaringen, 1992), págs. 147, 157. <<

[17] Foscolo Benedetto, XXXIX, LVI-LVIII; J. Petit, «Un capitaine du règne de Philippe le Bel: Thibault de Chepoy», *Le Moyen Âge*, 10 (1897), págs. 224-239, esp. 232-234. <<

[18] *Milione*. *Le Divisament*, caps. 223-228, Reichert, *Begegnungen*, págs. 147. <<

[19] Véase E. Vinaver, *The Rise of Romance* (Oxford, 1971), cap. V. <<

[20] Marco Polo, Milione, V. Bertolucci Pizzorusso (comp.) (Milán, 1975), págs. 468-469. Esta edición es esencial con respecto a los primeros textos toscanos. <<

[21] C. E. Pickford, «Miscellaneous French Prose Romances» en *Arthurian Literature in the Middle Ages*, R. S. Loomis (comp.) (Oxford, 1959), pág. 352. <<

[22] Yule-Cordier, vol. 2, págs. 456, 462. <<

[23] Ibíd., vol. 1, Introducción de Yule, LXXXIII. <<

[24] Heers, Marco Polo, pág. 315. <<

[25] Moule-Pelliot, vol. 1, págs. 40-41. <<

[26] Véase pág. 127. <<

[27] Reichert, *Begegnungen*, pág. 157. Critchley, *Marco Polo's Book*, págs. 173-177. <<

[28] P. Demièville, «La situation religeuse en Chine au temps de Marco Polo», en *Oriente Poliano: studi e conferenze… in occasione del VII Centenario della nascita di Marco Polo* (Roma, 1957), págs. 193-236, esp. 223-224. <<

[29] Véase A. N. Waldron, «The problem of the Great Wall», *Harvard Journal of Asiatic Studies*, 42 (1983), págs. 643-663. <<

[30] Heers, *Moule-Pelliot*, pág. 174. <<

[31] P. Pelliot, *Notes on Marco Polo*, ed. L. Hambis (París, 1959-1973), vol. 1, 366, 603-606, 803, 813, 842. <<

[32] Ibid., vol. 1, 652-661 <<

[33] Yule-Cordier, vol 1, 448, n. l; vol. 2, pág. 74; P. Pelliot, «Kao-Tch'ang, Qoco, Houo-Tcheou y Qara-Khodja», *Journal Asiatique*, s. 10, 10 (1912), pág. 592. <<

[34] H. Franke, «Sino-Western contacts under the Mongol Empire», págs. 53-54, en su *China under Mongol Rule* (Aldershot, 1994), artículo VII; R. Trauzettel, «Die Yüan-Dynastie» en *Die Mongolen*, M. Weiers (comp.) (Darmstadt, 1986), pág. 233 sospecha que Marco no ha ido más allá de Karakorum y que la mayor

parte de lo que sabe lo ha escuchado de la boca de los mercaderes que sí han estado. F. Wood, *Did Marco Polo go to China*? (London, 1995), niega que los Polo fuesen más allá de Bujara, recibiendo la tesis de *Astley's Voyages* (London, 1747), véanse págs. 174-175. <<

[35] Yule-Cordier. vol. 1, pág. 380. <<

[36] L. Olschki, *L'Asia di Marco Polo; introduzione alla lettura e allo studio del Milione* (Venecia, 1957), pág. 193, n. 47; para el cosmógrafo persa que presentó un globo terráqueo a Kubilaien 1267, véase R. J. Smith, *Chinese Maps* (Hong Kong, 1996), págs. 45-46; Yule-Cordier, vol 1, págs. 455-456. Eso no significa, por supuesto, que los chinos no creasen sus propios mapas. <<

[37] Wood, *Did Marco Polo go to China*?,págs. 130, 146, 148. Véase el testamento en la obra de G. Orlandini, «Marco Polo e la su famiglia?», *Archivio Veneto Tridentino*, vol. 9 (1926), págs. 25-31. <<

[38] Véanse págs. 161-166. [Capítulo 6, notas 20 a la 34]. <<

[39] See H. Franke, «Some sinological remarks on Rashid al-Din's history of China» en su *China under Mongol Rule* (Aldershot, 1994), vol. 3; J. A. G. Boyle, «Rashid al-Din: the first world historian», en su *The Mongol World Empire 1206-1370* (London, 1977), artículo XXIX. <<

[40] Li Tse-fen, «Reality and myth in the Milione of Marco Polo» (in Chinese) The Eastern Miscellany, octubre/noviembre 1977, traducido por I. N. Molinari, «Un articolo d'autore cinese su Marco Polo e la Cina», suplemento n.° 30, *Istituto Orientale di Napoli: Annali*, 42 (1982), fasc. II, pág. 17. A. C. Moule, *Christians in China before the year 1500* (London, 1930), pág. 139 n. 19. Por otra parte, Peng Hai, en su «¿Cuando estuvo Marco Polo en Yangzhou?» (en chino), Lishi Yanjiu (1980), acepta que ocupó el cargo de gobernador y le pone fecha: 1282 a 1285. En el caso de

Yangzhou, Wood, *Did Marco Polo go to China*?, págs. 132-133, informa a la sugerencia de un erudito chino de que en principio Rustichello tal vez escribió que Marco Polo «sejourna», es decir, residió temporalmente allí durante tres años y que tal vez fue incorrectamente copiado como «governa». Pero la frase que utiliza el texto F es «seigneurie ceste cite» que da la impresión de ser menos posible de malinterpretar de esa manera. <<

[41] Li Tse-fen, «Reality and myth», págs. 29-32, 65 y sigs. A. C. Moule, *Quinsai with other notes on Marco Polo* (Cambridge, 1957), págs. 70-78. Y antes de ésas, Yule, vol. 2, págs. 128-131. <<

[42] Critchley, *Marco Polo's Book*, págs. 38-42. <<

[43] Ibíd, págs, XII-XIII <<

[44] Li Tse-fen, «Reality and myth», *passim*. <<

[45] H. Franke, «Could the Mongol emperors read and write Chinese?», *Asia Minor* (1953), págs. 29-30 (y en su *China under Mongol Rule*, artículo V). <<

[46] Rossabi, «The Muslims», en *China under Mongol Rule*, J. D. Langlois (comp.) (Princeton, 1981), págs. 257-295. Véase también, M. Rossabi, *Khubilai Khan* (Londres, 1988), págs. 178-184. Para una bibliografía, Reichert, *Begegnungen*, pág. 115, n. 315. <<

[47] Ramusio, págs. 166-169 sobre quien escribe Moule, en *Quinsai*, págs. 79-88. <<

[48] Critchley, *Marco Polo's Book*, págs. 78-79, citando a P. H-c. Ch'en, *Chinese Legal Tradition under the Mongols* (Princeton, 1979), págs. 134-135; Olschki, *L´Asia*, págs. 172-176. <<

[49] C. Bauer, «Venezianische Salzhandelspolitik bis zum Ende des 14. Jahrhunderts», *Vierteljahrschrift für Wirtschaftsgeschichte*, 22 (1930), págs. 273-323, y ahora, por encima de todo, J. C. Hocquet, *Le sel et la fortune de Venise* (Lille, 1978-1979). <<

[50] J. W. Haeger, «Marco Polo in China? Problems with internal evidence», *Bulletin of Sung and Yuan Studies*, 14 (1978), págs. 22-30. <<

[51] Ibid., pág. 25. <<

[52] Sobre el Pekin de Marco, Wood, *Did Marco Polo go to China*?, págs. 82-88. <<

[53] Haeger, «Marco Polo in China?», pág. 28. <<

Capítulo 4

[1] Capítulo CLX, 19. Acertado en ello, D. Rieger, «Marco Polo und Rustichello da Pisa. Der Reisende und sein Erzähler», *Reise und Reiseliteratur in der Frühen Neuzeit*, X. von Ertzdorff y D. Neukirch (comp.) (Ámsterdam, 1992), págs. 289-312. <<

[2] Para otras dudas, W. Lentz, «War Marco Polo auf dem Pamir?», *Zeitung der Deutschen Morgenländischen Gesellschaft*, 86 (1933), págs. 1-32. <<

[3] U. Tucci, «I primi viaggiatori e l'opera di Marco Polo», en *Storia della cultural veneta*, G. Folena (comp.), vol. 1 (Vicenza, 1976), pág. 650. Los comentarios de Tucci sobre la ausencia de cualquier referencia en la obra sobre «i valori artistici» (pág. 649) deben ser considerados en relación al hecho de que dichos valores no se hallan en la literatura occidental del siglo XIII y solo de forma ocasional en la del XIV. <<

[4] F. Borlandi, «Alle origini del libro di Marco Polo», en *Studi in onore de A. Fanfani*, vol. 1 (Milán, 1962), págs. 105-147. Parecido en A. Carile, «Territorio e ambiente nel "Divisament don Monde"», *Studi veneziani*, (1977), págs. 13-36 y E. Vicentini, «Il Milione di Marco Polo, come portolano», *Itálica*, 71: 2 (1994), págs. 145-152. <<

[5] Foscolo, Benedetto, págs. CCX-CCXI. <<

[6] Véanse las págs. 172-173, 269-272. <<

[7] R. S. López, «Nouveaux documents sur les marchands italiens en Chine à l'époque mongole», *Académie des Inscriptions et Belles Lettres: Comptes Rendus* (1977), pág. 452; L. Petech, («Les marchands italiens das l'empire mongole», *Revue Asiatique*, 1977, pág. 250; 1962, pág. 552), afirma que en el libro de Polo se habla menos de comercio que en el de fray Odorico, lo cual es una exageración. Contra su propia tesis, Carile (nota 4, arriba) cita dos ciudades: «hi vienent maintes nes con maintes mercandies… draps d'ore et de soie… et de maintes autres couses que nos ne vos conteron eci» (CXCII) y «il hi a encore maintes autres mercandies de quelz ne firai memoire nostre livre parce que trop seroit longaine matiere a mentovoir» (CLXXXVII). De hecho, estos pasajes forman parte de la traducción en francés septentrional y no aparecen en la versión F, pero en los relatos de Marco sobre comercio siempre hay una cierta vaguedad, por lo que en este punto el traductor de estos comentarios se siente obligado a subrayar. <<

[8] J. Heers, *Marco Polo* (París, 1983), págs. 258-259. <<

[9] P. Pelliot, *Notes on Marco Polo*, L. Hambis (comp.) (París, 1959-1973), vol. 2, págs. 872-874. <<

[10] T. Allsen, «Mongolian princes and their merchant partners», *Asia Major*, 3.ª colección, col. 2, parte 2 (1989), págs. 82-126. <<

[11] Heers, *Marco Polo*, págs. 168-170, quien, no obstante, detecta una mentalidad mercantil en Marco, págs. 172-174. López, en «Nouveaux documents», pág. 452, señala la ausencia de explicaciones sobre la organización de los viajes, el volumen de negocios, las condiciones y problemas de los mercados, para concluir que Marco está «souvent trop anxieux de se montrer gentilhomme pour se pencher sur les menus détails du commerce». Sobre secretismo mercantil, Heers, *Marco Polo*, pág. 168, y F. E. Rei-

chert, *Begegnungen mit China* (Singmaringen, 1992), págs. 79-80. <<

[12] L. Olschki, *L'Asia di Marco Polo* (Venecia, 1957, [y en traducción inglesa, Berkeley y Los Angeles, 1960]), págs. 109-118, 178. Comparar la pág. 112: «i tre Veneziani si sentirano sempre come aposteli laici della fede», con la pág. 119: «Perciò Marco Polo non fu né mercante né missionario…». <<

[13] Véase pág. 165.2 <<

[14] Sobre quienes habla Yule-Cordier, vol. 1, pág. 348. <<

[15] Yule-Cordier, vol. 2, págs. 323-328. <<

[16] Ramusio, 193; Moule-Pelliot, vol. 1, págs. 254-255. <<

[17] Véase pág. 49. <<

[18] Sólo en Ramusio, II, págs. 156-157. <<

[19] Moule-Pelliot, vol. l, 96; vol. 2, pág. 21; también aparece en el sumario del libro de Jacopo d'Acqui (Foscolo Benedetto, CCII-CXCVIII). <<

[20] C. Segre, «Marco Polo» en C. Segre, G. Ronchi, M. Milanesi, *Avventure del «Milione»* (Parma, 1983), pág. 15. <<

[21] J. Heers, «De Marco Polo», 135; e ídem, *Marco Polo*, págs. 317, 322-330. <<

[22] Brunetto Latini, *Li Livres dou Tresor*, F. J. Carmody (comp.) (Berkeley, 1948), págs. 109-121; Ristoro d'Arezzo, *La composizione del Mondo colle sue cascioni*, A. Morino (comp.) (Florencia, 1976), págs. 134-137 para la geografía. <<

[23] Foscolo Benedetto, XXXVI [A2]; XXXVIII [Bl]. <<

[24] U. Monneret de Villard, *Le leggende orientali* (Vaticano, 1952), págs. 182-236. <<

[25] F. M. Rogers, *The Travels of the Infante Dom Pedro of Portugal* (Cambridge, Mass., 1961), cap. 6. <<

[26] Gerald de Gales, T*he History and Topography or Ireland* (Harmondsworth, 1982), pág. 57. <<

[27] Ibíd., págs. 57-58. <<

[28] Gervase de Tilbury, *Le Livre des Merveilles* (París, 1992), págs. 20-22. <<

[29] P.-Y. Badel, «Lire la merveille selon Marco Polo», *Revue des Sciences Humanines*, 183 (1981), págs. 7-16, esp. págs. 11-12. <<

[30] Sobre el concepto, J. LeGoff, «The Marvellous in the Medieval West», es su *The Medieval Imagination*, trad. de A. Goldhammer (Chicago, 1988), págs. 27-44. <<

[31] Yule-Cordier, vol. 2, pág. 194. <<

[32] Olschki, *L'Asia*, págs. 385-391. <<

[33] H. Yule, *Cathay and the Way Thither*, rev. H. Cordier (Londres, 1015; Nueva York, 1967), vol. 2, pág. 239. <<

[34] Aunque, tal y como señala Olschki, en *L'Asia*, pág. 342, Chau Ju-Kua sabía que no había mucho oro en Japón. <<

[35] Pelliot, *Notes*, vol. 2, págs. 671-725 (isla de las mujeres); Yule-Cordier, vol. 3, págs. 109-110 (bárbaros con cabeza de perro); págs. 120-121 (dos islas, hombre y mujer); pág. 120 (el grifo), todos se hallan en la *Descripción de los pueblos bárbaros* de Chau Ju-Kua. Para el grifo en el folclore árabe, véase R. Irwin, *The Arabian Nights; A Companion* (Harmondsworth, 1995), pág. 207. <<

[36] J. Needham, con Wang Ling, *Science and Civilisation in China*, vol. 3 (Matemáticas y las ciencias de los cielos y la tierra), (Cambridge, 1959), págs. 503 y sigs.; R. J. Smith, *Chinese Maps* (Hong Kong, 1996), págs. 16-19. <<

[37] «*tuit les bornes de ceste ysle ont chief come chien et dens et iaux come chiens; car je voç di qu'il sunt tuit senblable a chief de grant chienz mantin*»; véase Yule-Cordier, vol. 2, pág. 311. <<

[38] R. Wittkower, «Marco Polo and the pictorial tradition of the marvels of the East», *Oriente Poliano*, pág. 156. <<

[39] C. W. Bynum, «Wonder», *American Historical Review*, 10, 2 (1997), pág. 20. Me parece curiosa la afirmación de M. B. Campbell, en *The Witness and the Other World: Exotic European Travel Writing, 400-1600* (Ithaca, 1985), pág. 88, acerca de que la descripción de Oriente de Marco —refiriéndose concretamente a su descripción de los rinocerontes— «no es exactamente una rectificación» con respeto a la tradición de *mirabilia* de siglos anteriores. <<

[40] Véase, J. Richard, *Les récits des voyages et des pèlerinages* (Brepols, 1981). <<

[41] J. K. Hyde, «Medieval Descriptions of Cities», *Bulletin of the John Rylands Library*, 48 (1986), págs. 308-341. <<

[42] *Gesta Hammaburgensis Ecclesiae Pontificium*, B. Schmeidler (comp.) (Scriptores r. Germ. in u. schol., Hanover, 1917); en traducción inglesa a cargo de F. J. Tschau (Nueva York 1959). R. Bartlett, en *Gerald of Wales 1146-1233* (Oxford, 1982), pág. 174, n. 72, señala que Adam de Bremen tuvo acceso a un texto que añadía algunas secciones (4, págs. 9-11) de *Germania* de Tácito y algo, aunque escaso, de conocimiento de corografía clásica. La descripción de los mares septentrionales del rey Alfredo de Inglaterra aparece insertada en su descripción de Orosio (sólo sobrevive en un único manuscrito) y consiste en dos páginas y media de Ohthere y dos de Wulfstan. Véase la versión de R. Pauli sobre Orosio en su *Life of Alfred the Great* (Londres, 1853), 2, págs. 249-257. <<

[43] «aliis alienam nationibus et valde diversam». Cito la traducción de Richter en su *Geraldus Cambrensis: The Growth of the Welsh Nation* (Aberystwyth, 1976), pág. 64. <<

[44] Bardett, *Gerald of Wales*, págs. 213-217. <<

[45] Véanse págs. 51-54. <<

[46] Needham, *Science and Civilisation in China*, vol. 3, cap. 22; Smith, *Chinese Maps*, caps. 1 y 2. <<

[47] Chau Ju-Kuan, *On the Chinese and Arab Trade*, F. Hirth y W. W. Rockhill (comp.) (S. Petersburgo, 1911), pág. 153. <<

[48] Needham, *Sciencia and Civilisation in China*, vol. 3, pág. 519. <<

[49] «The Wonder of the Capital», traducido por A. C. Moule, *New China Review* (1921), págs. 12-17. <<

[50] E. Balazs, «Marco Polo and the Capital of China», en su *Chinese Civilisation and Bureaucracy* (New Haven, 1964) (en italiano en *Oriente Poliano*), págs. 79-100. <<

[51] Needham, *Science and Civilisation in China*, vol. 3, pág. 254; H. Franke, «The exploration of the Yellow River sources under emperor Qubilai in 1281», en su *China under Mongol Rule*, artículo IX. <<

[52] Como, por ejemplo, desde la primera mitad del siglo, la descripción del chinizado ministro kitano Yeh-lü Ch'u-ts'ai, acerca del itinerario del ejército de Gengis Khan en su marcha hacia Persia en 1219-1224 (traducción inglesa a partir de una versión fragmentada en E. Bretschneider, *Medieval Researches from Eastern Asiatic Sources*, Londres, 1888, vol. 1, págs. 9-24); el texto completo ha sido descubierto recientemente, I. de Rachelwiltz, «Yeh-lü Ch'u-ts'ai (1189-1243). Buddhist idealist and Confucian Statesman», en *Confucian Personalities*, A. E Wright y D. Twitchett (comps.) (Standford, 1962), pág. 360, n. 4. También los relatos del anónimo enviado del emperador Kin a Persia y el Hindukush en 1220 (traducidos en Bretschneider, *Medieval Researches*, vol 1, págs. 25-34) y sobre la visita del monje taoísta, Chhiu Chhang-Chhun a Genghis Khan en Afganistán (ibíd., vol. 1, págs. 35-108, y por Arthur Waley, en *The Travels of an Alchemist. The Journey of the Taoist Ch'ang-ch'un*, Londres, 1931). Más cercanas a la época que nos ocupa, existen descripciones de la embajada de Ch'ang Te, en 1259, en nombre del Gran Khan Mongka a su hermano, Hulegu en Persia, más tarde escrita por

Liu Yu y presentada a Kubilai Khan (Bretschneider, *Medieval Researches*, vol. 1, págs. 109-115), y sobre las peregrinaciones de Yeh-lü Hi-liang a Asia central entre 1260 y 1262 (ibíd., págs. 109-156). También contamos con un relato sobre Camboya escrito por Chou Ta-Kuan, redactado mientras realizaba las funciones de consejero de una embajada enviada a ese reino en 1297 (traducido por Pelliot en el *Bulletin de l'École Française d'Extrême Orient*, 1902, y a partir de ahí al inglés en *The Great Chinese Travellers*, Londres, 1965, págs. 203-233, de J. Mirsky [comp.]). Sobre las misiones de Kubilai, véase Rockhill, «Notes on the relations and trade», págs. 430-443. <<

[53] Smith, *Chinese Maps*, págs. 15-16. <<

[54] Needham, *Science and Civilisation in China*, vol. 3, pág. 533 y sigs.; Bretschneider, *Medieval Researches*, vol. 2, págs. 3-136. Para un mapa de China que excluya los países de los bárbaros, trazado entre 1311 y 1320, véase *The «Mongol Atlas» of China by Chu Ssu-Pen and the Kuan-yu-t'u*, W. Fuchs (comp.) (Pekín, 1946). «Cartography in China», de D. D. K. Yess, en *The History of Cartography*, vol. 2, pt. 2, *Cartography in the Traditional East and Southeast Asían Societies*, J. B. Harley y D. Woodward (comps.) (Londres, 1994), págs. 34-202, 228-231, pone sobre aviso acerca de tener en cuenta únicamente en los ideales y tradiciones matemáticas de Occidente al examinar las tradiciones geográficas chinas. «Mongolian Cartography» (págs. 682-685), de F. H. Herb, señala que no sobrevive ningún mapa mongol anterior al siglo XVIII. <<

[55] Guillaume de Rubruck, *Itinerarium* en *Sinica Franciscana*, vol. 1, pág. 171. <<

[56] Fray Jordanus, *The Wonders of the East*, H. Yule (comp.) (Londres, Hakluyt, 1863), pág. 55. <<

[57] No se le debe dar demasiada importancia a esta palabra. Véase J. Needham, *The Gran Titration: Science and Society in East*

and West (Londres, 1969), pág. 117: «El nivel de vida era a menudo superior en China; es bien sabido que Marco Polo consideró un paraíso a Hangchow», y pág. 171; «En los tiempos de Marco Polo, Hangchow era como un paraíso comparada con Venecia y otras sucias poblaciones de Europa». Pero el uso de esta palabra entre los italianos para describir una ciudad (occidental) no era tampoco infrecuente en esa época y por ello Rustichello debió de utilizarla con naturalidad. Véase, por ejemplo, Bonvesin della Riva, *De magnalibus Mediolani*, M. Corti (comp.) (Milán, 1974), pág. 46: «Quien mire atenta y diligentemente todo lo que aquí se halla, aunque dé la vuelta al mundo, no hallará un paraíso similar de delicias», y *Statuti di Brescia dell'anno MCC-CXII* (XVI), 1606: «Como se dice que las ciudades están hechas a semejanza del Paraíso», se atiende a las necesidades para el embellecimiento de la ciudad. Sobre la limpieza de las ciudades europeas en ese período véase el (tal vez algo optimista) estudio de L. Thorndike, «Sanidad, baños y limpieza de las calles en el Renacimiento», *Speculum*, 3 (1928), págs. 192-203. <<

[58] Ramusio, pág. 29. <<

[59] Francesco Balducci Pegolotti, «Avisamento del viaggio del Gattaio», en *La Practica della Mercatura*, A. Evans (comp.) (Cambridge, 1936), pág. 22, en R. López y W. W. Raymond, *Medieval Trade* (Nueva York, 1955), Raymond, pág. 537: «Y también existe otro peligro; es el siguiente, que si el señor muere y hasta que el próximo señor que gobierne sea nombrado, en ese intervalo a veces tienen lugar desórdenes contra los francos y otros extranjeros —llaman «francos» a los cristianos de todos los países al oeste del Imperio bizantino— y la ruta no es segura hasta que es enviado el nuevo señor que reinará en lugar del que muriera». <<

[60] Véase R. Starn, *Contrary Commonwealth: The Theme of Exile in Medieval and Renaissance Italy* (Londres, 1982). <<

[61] Moule-Pelliot, vol. 1, págs. 28, 523. <<

Capítulo 5

[1] Ramusio, pág. 68, omitiendo la carta de la reina a Bayan. <<

[2] Para esta convención, véase Bertolucci Pizzorusso, «Enunciazione… *Milione», Studi mediolatini e volgari*, 25 (1977), págs. 35-37. <<

[3] C. Deluz, «Villes et organisation de l'espace: La Chine de Marco Polo», en *Villes, botines villes, cites et capitales. Études d'historie urbaine (XIII^e-XVIII^e siècles) offertes à Bernard Chevalier* (Caen, 1993), págs. 161-168. <<

[4] Ramusio, pág. 249. <<

[5] Véase pág. 124. <<

[6] En el cap. LXVII del libro de Marco; (De la gran batalla entre el Preste Juan y Gengis Khan). Sobre ello como fórmula, véase la colaboración de E. Baumgartner, «Les techniques narratives dans le roman en prose» en *The Legacy of Chrétien de Troyes*, N. J. Lacy, D. Kelly y K. Busby (comps.), vol. 1 (Ámsterdam, 1987). <<

[7] L. Olschki, *L'Asie di Marco Polo* (Venecia, 1957; trad. inglesa Berkeley y Los Ángeles, 1960), págs. 299-301. <<

[8] L. Oslchki, «I palazzi del Gran Cañe e la reggia di Bisanzo», en su *Storia letteraria delle scoperte geografiche: Studi e ricerche* (Florencia, 1937), págs. 73-104. <<

[9] Véase el Apéndice I. <<

[10] E. E. Reichert, *Begegnungen mit China* (Sigmaringen, 1992), págs. 91-96, 114-120, para una discusión sobre la descripción de China de Marco. <<

[11] Véase, por ejemplo, P. Olbricht, *Das Postwesen in China unter der Mongolen-Herrschaft im 13. und 14. Jahrhundert* (Wiesbaden,

1954); H. Franke, *Geld und Wirtschaft in China unter den Mongolen-Herrschaft* (Leipzig, 1949), págs. 13, 44-45. <<

[12] Véase H. R. Clark, *Community, Trade, and Networks: Southern Pujian Province from the Third to the Thirteenth Century* (Cambridge, 1991), cap. 7. <<

[13] A. C. Moule, *Quinsai* (Cambridge, 1957), pág. 42. <<

[14] Reichert, en *Begegnungen*, pág. 156, señala otras cuestiones chinas en Z pero no en F: el consumo de pimienta en Quinsai, el comportamiento de las doncellas en Catai, la lengua y la escritura en Mangi, las creencias maniqueas en el sudeste de China. <<

[15] Olschki, *L'Asia*, págs. 391-408. <<

[16] *The Cambridge History of China*, vol. 6: *Alien Regimes and Border States 907-1368,* H. Franke y D. Twitchett (comps.) (Cambridge, 1994), vol. 6, pág. 704. <<

[17] Olschki, *L'Asia*, págs. 160-161; Kawazoe Shoji, «Japan and East Asia», en *The Cambridge History of Japan, Medieval Japan*, Kozo Yamamura (comp.) (Cambridge, 1990), vol. 3, pág. 411. <<

[18] Yule-Cordier, vol. 2, págs. 413-414. <<

[19] En general, J. Critchley, *Marco Polo's Book* (Aldershot, 1992), págs. 68-76. <<

[20] M. T. Hogden, *Early Antropology in the Sixteenth and Seventeenth Centuries* (Filadelfia, 1971), págs. 94-103. <<

[21] S. M. Islam, *The Ethics of Travel from Marco Polo lo Kafka* (Manchester, 1996), págs. 165-167. Como si fuese resultado de una ocurrencia tardía, la tesis aparece modificada en la página 207: «El mundo de Marco Polo todavía no es demasiado eurocéntrico». El doctor Islam suele utilizar la traducción inglesa del libro de Marco de R. Latham, de la colección Penguin Classics (Harmondsworth, 1958), sin distinguir (tal y como aparece en la obra) los diversos textos del libro de los que extrae su material. <<

[22] *The Travels of Ibn Battuta A. D. 1325-1354*, trad. de H. A. R. Gibb y C. F. Beckingham (Londres, Hakluyt, 1994), vol. 4, págs. 911-912; y véase Benjamín de Tudela, *The Itinerary*, N. M. Adler (comp.) (Londres, 1907), pág. 66. <<

[23] Véase §**91** del capítulo 4. <<

[24] Yule-Cordier, vol. 2, pág. 288. <<

[25] Ramusio, pág. 235. <<

[26] Yule-Cordier, vol. 2, pág. 76. <<

[27] Ramusio, pág. 242. <<

[28] *Milione, Le Divisament*, cap. Lxxxu, 7-10; Ramusio, págs. 159-160. <<

[29] Ramusio, pág. 249. <<

[30] Ibíd., pág. 168. <<

[31] Ibíd., págs. 193-194. Ramusio titula este capítulo «Della religione de' *Tartaria* usanze loro», pero está claro que Marco se refiere a los habitantes de Catai. <<

[32] Ibíd., págs. 235-237. Más acerca del retrato que ofrece Marco de los chinos en Critchley, *Marco Polo's Book*, págs. 125-129. <<

[33] Véase pág. 181. Capítulo 7 parte III. § xxx. <<

[34] *Islam, The Ethics of Travel, pág*. 155. <<

[35] Olschki, *L'Asia*, págs. 230-249. <<

[36] En este punto el texto de Chepoy añade esos comentarios sobre los malvados designios de Mahoma contra los cristianos, que se aplican, en el texto F, capítulo XXX y en Ramusio, pág. 100, (véase a continuación) a los musulmanes de Tabriz. <<

[37] Véase N. Daniel, *Islam and the West: The Making of an Image* (Edimburgo, 1960); R. W. Southern, *Western Views of Islam in the Middle Ages* (Cambridge, 1982); J. Tolan, «Anti-hagiography: Embrico of Mainz's *Vita Mahumeti», Journal of Medieval History*, pág. xxii (1996), págs. 25-41. <<

[38] Yule-Cordier, vol. 1, pág. 216. <<

[39] Pipino (aparecen aquí el libro y los capítulos) III, pág. 14; y véanse también págs. 12, 26, 41, 45, 60 y demás; Critchley, *Marco Polo's Book*, págs. 144-145. De forma similar, en el texto de Ramusio, pág. 191, se señala que, antes de recibir las prédicas de parte de los sacerdotes de los idólatras, los mongoles no habían practicado la caridad, a cuenta de que los pobres eran malditos por Dios. <<

Capítulo 6

[1] Véanse las págs. 19-20. <<

[2] L. Olschki, «Marco Polo, Dante Alighieri e la cosmografia medievale», *Oriente Poliano: Studi e conferenze tenute… in occasione del VIl Centenario della nascita di Marco Polo* (Roma, 1957), págs. 45-65, esp. págs. 57,70; G. Bertolucci, «Polo, Marco», *Enciclopedia Dantesca* (Roma, 1973), vol. 4, pág. 589. <<

[3] El cómputo depende de si se aceptan fragmentos y abreviaciones. Segre, en *Milione*. *Le Divisament XV*, habla de 130. A las 120 de Moule-Pelliot habría que añadir más o menos las 20 traducciones latinas identificadas por Wehr (pág. 320) a partir del *Iter Italicum* de Kristeller. <<

[4] J. W. Bennett, *The Rediscovery of Sir John Mandeville* (Nueva York, 1954), págs. 253-334. Compárese con los más de 600 manuscritos de la *Divina comedia* de Dante (F. Folena, «La tradizione delle opere di Dante Alighieri» en *Atti del Congresso Internazionale di Studi Danteschi*, Florencia, 1965), vol. 1, pág. 46, o también (aunque se trata igualmente de un género muy diferente) con la *Legenda Aurea* de Jacopo da Vorágine, escrita en la década de 1260, que ha quedado en 800 manuscritos en su texto latino (además de las traducción al francés, español, italiano, provenzal, inglés, holandés, alto y bajo alemán y bohemio), y, al menos, 156 ediciones impresas entre 1470-1500; S. L. Reames, *The Le-*

genda Aurea: A reexamination of the Paradoxical History (Londres, 1985).

En cuanto a textos históricos, véase B. Guenée, *Histoire et culture historique dan l'Occident médiévale* (París, 1980), págs. 250-252, de la que toma los siguientes ejemplos: John of Salisbury, *Historia Pontificalis*: 1; *Histoire de Guillaume le Maréchal*: 1; Saxo Gramaticus: 3; Froissart, *Chronicles*: 49; Einhard: 80; *Grandes Chroniques de Trance*: 106; Ranulph Higden, *Polychronicon*: 118; Bede, *Historia Ecclesiastica*: 164; Turpin, *Historia Karoli Magni*: 170; Justin, *Epitome*: 207; Orosio: 245; Valerius Maximus: 419. Véase también J. Crick, *Historia Regum Britanniae of Geoffrey of Monmouth III. A summary catalogue of the manuscripts* (Woodbridge, 1900), que revela 215 manuscritos. <<

[5] Foscolo Benedetto, pág. CCXIV. <<

[6] Su sirviente, tres años más tarde, Thierry d'Hirec, obispo de Arras. Foscolo Benedetto, pág. xlv. <<

[7] Para una visión contemporánea acerca de la veracidad de las historias en el estilo de prosa épica, véase en general la nota 23. <<

[8] Foscolo Benedetto, pág. XXXIV. <<

[9] Ibíd., págs. XXXVI [A2]; XXXVIII [Bl], <<

[10] Véase S. Reynolds, «Social mentalities and the case of medieval scepticism», en *Translations of the Royal Historical Society*, 6.ª serie, I (1991), págs. 21-41. <<

[11] Foscolo Benedetto, pág. CXV. <<

[12] «Tertia die invenimus Tártaros ínter quos cum intravi visum fuit mihi quod ingrederer quoddam alium seculum», *Sinica Franciscana*, 1, pág. 93. Véase Peregrino di Castello, que se describe a sí mismo como «episcopus in mundo alio constitutus»: F. E. Reichert, *Begegnungen mit China* (Singmaringen, 1992), pág. 134. <<

[13] Foscolo Benedetto, pág. CXXI. <<

[14] Para un reciente estudio sobre este fenómeno, véase I. M. Higgins, *Writing East: the «Travels» of Sir John Mandeville* (Filadelfia, 1997). <<

[15] W. Stokes, «The Gaelic abridgement of the Book of Marco Polo» en *Zeitschrift für celtische Philologie*, 1 (1897), págs. 246-247, 365 (textos págs. 245-273; 362-438). Para el manuscrito, *The Book of Mac Carthaigh Riabhach Otherwise the Book of Lismore* (facsímiles en fototipia de *Irish Manuscripts*, vol. 5, Dublín, 1950). <<

[16] Foscolo Benedetto, págs. XXXIV-XXXV. <<

[17] Ibíd., págs. XXXV-XXXVI. Véase H. O[mant], *Libres des Merveilles: Reproduction des 265 miniatures du manuscript français 2810 de la Bibliothèque Nationale* (París, 1907); J. Porcher, *French Miniatures from lluminated Manuscripts* (Londres, 1960), pág. 69 y lámina 6; M. Meiss, *French Painting in the Time of Jean de Berry: The Late Fourteenth Century and the Patronage of the Duke* (Londres, 1967), pág. 314 (adscrito a Boucicaut y colaborador), pág. 403, n. 12; ídem, *French Painting in the Time of Jean de Berry: The Boucicaut Master* (Londres, 1968), págs. 80, 85-98. Este volumen incluía todos los textos traducidos al francés por Jean le Long (véase pág. 130), junto con Mandeville. <<

[18] Foscolo Benedetto, págs. XXXVII-XXXVIII. <<

[19] Ibíd., págs. XXVIII-XXIX. O. Pächt y J. J. G. Alexander, *Illuminated Manuscripts in the Bodleian Library Oxford* (Oxford, 1973), vol. 3, págs. 792 y 793. P. Ménaud, «L'illustration du "Devisement du Monde" de Marco Polo», *Bulletin de la Société Nationale des Antiquaires de Trance* (1985), págs. 85-89, señala que de hecho sólo sobreviven cuatro manuscritos con más de unas pocas ilustraciones: Londres, Museo Británico, Ms. Royal 19 D. 1, mediados del siglo XIV, con 19 miniaturas; Oxford, The Bodleian Library, 264, *ca*. 1400, con 38 miniaturas; Biblioteca Nacional de Francia fr. 2810 realizado *ca*. 1410

para Juan Sin Miedo, duque de Borgoña, con 84 miniaturas, y Biblioteca l'Arsenal, París 5219, del siglo XVI, con 197 miniaturas. <<

[20] Reichert, *Begegnungen mit China*, pág. 252. <<

[21] Véase D. J. A. Ross, «Methods of Book Production in a XIVth Century French Miscellany, Museo Británico de Londres, Ms. Royal 10 D. 1», *Scriptorium*, 6 (1952), págs. 63-75. En su *L'Asia de Marco Polo*, pág. 115 y fig. 3, Olschki se equivocó al identificar a los Polo vistiendo hábitos de frailes en este manuscrito. En la siguiente miniatura aparecen con hábitos seglares. <<

[22] Véase R. Wittkower, «Marco Polo and the pictorial tradition of the marvels of the East», en *Orient Poliano*, págs. 155-172. <<

[23] C. Segre, «Marco Polo», 18. ¿Se consideraba la literatura artúrica como ficción? Ya en 1190, William of Newburgh criticó historias escritas sobre él como creadas a partir de «un desmesurado amor por la mentira o bien simplemente por el agrado de los británicos» y otro inglés, Ranulph of Hidgen, en la primera parte del siglo XIV, se mostró también hostil. Sin embargo, alrededor de 1314, Francesco da Barberino (*I documenti d'amore*, F. Egidi (comp.) [Roma, 1906], vol. 1, pág. 101) aconsejó a sus lectores que leyesen a Tristán, pero que ignorasen los relatos acerca de paladines porque no eran verídicos (también en la Francia del siglo XIII, Alberic des Trois Fontaines se mostraba convencido de que los poemas acerca de paladines estaban compuestos a partir de «fábulas… en su mayoría falsas»; J. Crosland, *The Old French Epic*, Oxford, 1951, pág. 100). Sin embargo, las narraciones sobre Carlomagno y los paladines serían consideradas desde otro punto de vista. En la épica en verso franco-italiano, la *Entrée d'Espagne* (A. Thomas (comp.), París, 1913, vol. 1, 2), escrita alrededor de 1320, el anónimo poeta de Padua presenta la obra asegurando que el lector hallará no «fábu-

las de Arturo» sino la verdad. Ello, a pesar del hecho de que entre las fuentes de la *Entrée* aparecen no sólo romances carolingios y —como se ha sugerido— historias de Marco Polo, sino también auténticas «fábulas de Arturo» de las que tanto se queja el autor. También en su épica total mente imaginaria, *La Guerra d'Attila* (G. Stenardo (comp.), Módena, 1941, vol. 1, págs. 3-4), Niccolò da Casola nos asegura que no hallaremos allí fábulas de Tristán e Isolda, de Genoveva y Arturo, sino *une ystoire verables*. Podría pensarse que en Italia, las historias artúricas resultaban, cuando menos, muy sospechosas, tal y como decía Boccaccio (*Il comento alla Divina Comedia e gli altri scritti intorno a Dante*, D. Guerri (comp.), Bari, 1918, vol. 2, pág. 144), «per qual ch'io creda più composte a beneplácito che seconda la verità». No obstante, cuando en el Renacimiento un italiano fue a Inglaterra y empezó a echar abajo cuidadosamente los mitos artúricos, fue atacado por patriotas ingleses que rechazaron con testarudez todos sus hallazgos al respecto (E. K. Chambees, Arthur of Britain, Londres, 1927, cap. 4). <<

[24] Foscolo Benedetto, págs. CV-CVIII. <<

[25] Aparece, junto con libros de texto, el *Filostrato, leggendari, cantari* de Boccaccio, en el inventario de un librero florentino de principios del siglo XV: A. De La Mare, «The Shop of a Florentine "Cartolaio", en 1426», en *Studi offerti a Roberto Ridolfi*, B. Maracchi Biagiarelli y D. E. Rhodes (comp.) (Florencia, 1973), págs. 237-248. <<

[26] Foscolo Benedetto, pág. CXI. Véase también «Este libro es llamado la navegación de maese Marco Polo y me pertenece a mí, Piero del Ricio y a mi hermano, 1458» (Bertolucci Pizzorusso, 328) o «en Venecia está encadenado en el Rialto, para que todos puedan leerlo» (Foscolo Benedetto, págs. CCX-CCXI). No obstante, resulta de justicia añadir que J. Heers («Le project de Chrisophe Columb», en *Colombeis*, Génova, 1986, vol. 1,

pág. 24) ha concedido una gran importancia a la forma del primero, y que F. Borlandi («Alle origini del libro» Milán, 1962, págs. 105-147) a la del último. <<

[27] Foscolo Benedetto, págs. CVI-CVII. <<

[28] L. Manzoni, «Fra Francesco Pipino», *Atti e memoire della R. Deputazione di storia patria per la Romagna*, ser. 3, vol. 13 (1895), págs. 257-334; G. Zaccagnini, «Francesco Pipino, traduttore del "Milione", cronista e viaggiatore in Oriente nel secolo XTV», *Attie memorie della R. Deputazione di storia patria per l'Emilia e la Romagna*, vol. 1 (1935-1936), págs. 61-95. De la versión de Pipino, que sobrevive en unos setenta manuscritos (B. Wehr, «A propos de la gènese…», *Le passage à l'ecrit des langues romanes*, M. Selig y otros [comp.] Tubinga, 1993, pág. 320), que fueron traducidos, antes de la invención de la imprenta, al checo, irlandés y veneciano (de nuevo, es decir, a la lengua original a partir de la que lo tradujo Pipino). Tras la aparición de la imprenta, esta versión sería la fuente de una traducción al portugués (y de ahí a una versión en latín, por parte de Grynaeus, *Novas Orbis*, Basilea, 1552; una versión alemana no publicada; dos traducciones al francés, de la que una fue impresa). <<

[29] Pipino, págs. 1-2; traducido por Yule, vol. 2, pág. 448. <<

[30] Ibíd. <<

[31] Foscolo Benedetto, págs. XX-XXI. <<

[32] Contrariamente a la opinión de la doctora Wehr sobre la prioridad del texto de Pipino respecto al de Rustichello, resulta significativo este momento, que ya había sido reflejado en el *Méliadus*: «M. Tristan s'enienoille a ses pies, mais li roi ne le souffre pas, ainz le drece haramant…» (Foscolo Benedetto, pág. XXI), se mantiene en la versión latina de Pipino (I, 7, Prásek [comp.], 130): «ingresi ad Regem procierunt cum reverencia maxima coram eo, qui alacriter eos suscipiens iussit, ut surgurent…». <<

[33] Bertolucci Pizzorusso, págs. 335-337, sugiere que el manuscrito en latín 3195 de la Biblioteca Nacional, que consiste en una fusión de la versión de Pipino con una traducción latina de la traducción toscana, fue realizada por alguien que no gustaba del carácter genérico y abstracto de la obra de Pipino. <<

[34] K. W. Humphreys, *The Book Provisions of Medieval Friars* (Ámsterdam, 1964), págs. 105-106. Aquí, para fray Odorico en lugar de Odorico Vitalis, véase Critchley, *Marco Polo's Book*, págs. 156. <<

[35] Véase Foscolo Benedetto, págs. CV, CXIX y en general su cap. VI. <<

[36] Foscolo Benedetto, CXCIV; traducido por Yule-Cordier, vol. 191, pág. 54. <<

[37] Antonio Pucci, *Libro di varie storie*, A. Varvaro (comp.) (Palermo, 1957), pág. 35. La obra sobrevive en la revisión del autógrafo del autor en cinco copias manuscritas. <<

Capítulo 7

[1] F. E. Reichert, *Begegnungen mit China* (Singmaringen, 1992), págs. 75-86. <<

[2] *Les Gestes de Chiprois: Recueil de chroniques françoises écrites en Orient aux XII^e^ et XIV^e^ siècles*, G. Reynaud (comp.) (Ginebra, 1887), pág. 294. <<

[3] J. Heers, *Marco Polo* (París, 1983). <<

[4] J. H. Richard, «Les navigations des occidentaux sur l'Océan Indien et la Mer caspienne (XII^e^-XIV^e^ siècles), en *Orient et Occident au Moyen Âge: contacts et relations (XII^e^ - XV^e^ s)*. (Londres, 1976), artículo XXXI, págs. 359-360; véase también ídem, «Isol le Pisan: Un aventurier franc gouverneur d'une province mongole?», en ibíd., artículo XXX. <<

[5] A. Ashtor, *Levant Trade in the Later Middle Ages* (Princeton, 1983), cap. 1; L. Petech, «Les marchands italiens dans l'empire

mongol», *Revue Asiatique*, 250 (1962), págs. 549-574; F. Surdich, «Gli esploratori genovesi del period medievale», *Studi di storia delle esplorazioni*, vol. 1 (1978), págs. 11-117. <<

[6] A. Magnaghi, *Precursori di Colombo? Il tentativo di viaggio transoceanico dei Genovesi fratelli Vivaldi nel 1291* (Memorie della R. Società Geográfica Italiana, 13, Roma, 1935); G. Moore, «La spedizione dei fratelli Vivaldi e nuovi documenti d'archivio», *Atti della Società Ligure di Storia Patria*, n. s. 12 (1972), págs. 387-410. <<

[7] Véase F. Fernández-Armesto, *Before Columbus; Exploration and Colonisation from The Mediterranean to the Atlantic 1229-1492* (Londres, 1987), *passim*. <<

[8] Petech, «Les merchands italiens», pág. 569. <<

[9] R. S. López, «Venezia e le grandi linee dell'expansione commerciale nel secolo XIII», en *La civiltà veneziana del secolo di Marco Polo* (Venecia, 1955), págs. 39-82 (proporciona una versión correcta de un importante documento impreso por primera vez en ídem, «Nuove luci sugli italiani in Extremo Oriente prima di Colombo», *Studi Colomhiani*, vol. 3, Génova, 1951, págs. 337-398); ídem, «L'extrême frontière du commerce de l'Europe médièvale», en *Le Moyen Age* (1963), págs. 479-490. No estoy seguro acerca de la amplitud del comercio con India; se dice que *multi mercatores latini* han presenciado la ejecución de cuatro frailes franciscanos en Tana en 1321 (véase pág. 121), aunque tal vez aquí sólo se trate de la necesidad de testimonios acerca de un martirio. <<

[10] *Sinica Franciscana*, 1, págs. 342-342, 375-376; Petech, «Les marchands italiens», págs. 555-556. <<

[11] R. Morozzo della Rocca, «Catay», en *Miscellenea in onore de R. Cessi*, vol. 1 (Roma, 1958), págs. 209-303. <<

[12] R. S. López y W. W. Raymond, *Medieval Trade in the Mediterranean World* (Nueva York, 1955), pág. 357. <<

[13] R. H. Bautier, «Les relations», en *Sociétés et compagnies de commerce…*, M. Mollar (comp.) (París, 1970), págs. 308-309, acerca del comercio intermitente. Pero véase R. López, «European merchants in the medieval Indies», *Journal of Economic History*, vol. 3 (1942), págs. 164-184; ídem, «China silk in Europe in the Yüan Period», *Journal of the American Oriental Society*, 72 (1952), págs. 72-76; ídem, «Nouveaux documents sur les marchads italiens en Cine à l'époque mongole», *Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres* (1977), págs. 445-458; M. Balard, «Precursori di Cristoforo Colombo: i Genovensi in Estremo Orient nel XIV secolo», *Studi Colombiani*, vol. 3; ídem, *La Mer Noire et la Romanie génoise XIII^e-XV^e siècles* (Londres, 1989), artículo XIV; ídem, «Les Génois en Asie céntrale et en Extrême-Orient au XIV^e siècle: un cas exceptionnel?», en *Economies et sociétés au Moyen Âge: Mélanges offerts à Edouard Perroy* (París, 1973), págs. 68, 1-89, acerca de que el número de mercaderes que iban a India y China «no era nimio». <<

[14] No perteneciente a la familia Viglioni (de Venecia), como se creyera; véase López, «Nouveaus documents», págs. 456-457. La lápida sepulcral de Caterina muestra una Virgen y al Niño en la parte superior, mientras que abajo aparece una representación del martirio de santa Catalina de Alejandría. F. A. Rouleau, «The Yangchow Latin tombstone as a Landmark of Medieval Christiany», *Harvard Journal of Asiatic Studies*, 17 (1954), págs. 346-365; Reichert, *Begegnungen*, pág. 80, n. 90. <<

[15] J. Richard, «La conversión de Berke et les débuts de l'Islamisation de la Horde d'Or», *Revue des études islamiques* (1967), págs. 173-184, y en su *Orient et Occident*, artículo XXIX. <<

[16] López, «L'extrême», pág. 482. <<

[17] Balard, *La Roumanie*, págs. 858-862. <<

[18] Sobre las misiones, A. C. Moule, *Christians in China* (Londres, 1930); J. Richard, *La papauté et les missions d'Orient* (Roma, 1997); ídem, *Orient et Occident*; R. E. Loenertz, *La société des Frères Pérégrinants: Etude sur l'Orient Dominicain*, vol. 1 (Roma, 1937). <<

[19] J. Richard, «Essor et déclin de l'Eglise catholique de Chine au XIVe siècle», en su *Orient et Occident*, XXIII. Las cartas de China de Giovanni da Monte Corvino, Paregrino da Castello y de Andrea da Parugia, se hallan compiladas en *Sínica Franciscana*, 1, págs. 340-377; traducidas en *Mission to Asia*, págs. 224-237; y en traducción con comentarios, en H. Yule, *Cathay*, vol. 3 (rev. por H. Cordier, Londres, 1915; Nueva York, 1967), págs. 1-75 y en Moule, *Christians*, cap. 7. <<

[20] *Sinica Franciscana*, vol. 1, pág. 375. <<

[21] Véase el comentario del arzobispo dominico de Sultanía en 1328: «De los nestorianos hay más de treinta mi viviendo en el llamado imperio de Catai y son un pueblo muy rico, pero sienten temor y espanto por los *cristianos*», Motile, *Christians*, pág. 250. <<

[22] L. Carrington Goodrich, «Westerners and Central Asians in Yuan China», en *Oriente Poliano*, págs. 7-8. <<

[23] Moule, *Christians*, pág. 178. <<

[24] Richard, *La Papauté*, 170; ídem, «Les premiers missionaires latins en Ethiopie (XIIIe-XIVe siècles), en su *Orient et Occident*», artículo XXIV; ídem, «Les navigations», ibíd., págs. 360-361. <<

[25] J. Richard, «Les missionaires latins dans l'Inde au XIVe siècle», *Studi Veneziani*, vol. 12 (1970), págs. 231-242, y en su *Orient et Occident*, artículo XXV; J. D. Ryan, «European Travelers before Columbus: The fourteenth-century's discovery oí India», *Catholic Historical Review*, 79 (1993), págs. 648-670. Sobre fray Jordanus, *The Wonders of the East*, trad. de H. Yule (Londres, Hakluyt, 1863); Jourdain Catalani de Séverac, *Mirabilia descripta:*

Les Merveilles de l'Asie, H. Cordier (comp.) (París, 1925, texto latín y traducción francesa); Yule, *Cathay*, vol. 3, págs. 75-80; Motile, *Christians*, págs. 210-213. <<

[26] *Sinica Franciscana*, vol. 1, págs. 413-495; traducción en Yule, *Cathay*, vol. 2. <<

[27] B. Z. Kedar, «Chi era Andrea Franco?», *Atti della Societa Ligure diStoria Patria*, n. s. 17 (1977), págs. 369-377, muestra que el mercader de la embajada de Timur no era Andalo da Savignano, sino «Andrea de Nassio». Véase también Petech, «Les marchands italiens», págs. 554-555; H. Franke, «Some western contacts under the Mongol Empire», *Journal of the Hong Kong Branch of the Royal Asiatic Society*, 6 (1966), pág. 58; ídem, «Das "himmlische Pferd" des Johann von Malignola», *Archiv für Kulturgeschichte*, 50 (1968), págs. 33-40; Reichert, *Begegnungen*, pág. 84, n. 117. <<

[28] *Sinica Franciscana*, vol. 1, págs. 524-560; traducción en Yule, *Cathay*, vol. 3, págs. 177-269. <<

[29] Richard, *La Papauté*, pág. 154, n. 133; J. I. Carro, «Guillaume du Pré y los tártaros», *Archivium Franciscanum Historicum*, 60 (1967), págs. 210-213. <<

[30] R. Morozzo della Rocca, «Sulle orme di Polo», *L'Italia che scrive* (octubre de 1954), pág. 121. <<

[31] Petech, «Les marchands italiens», págs. 557-558; sobre la actitud de los Ming hacia los extranjeros, véase J. D. Langlois (comp.), *China under Mongol Rule* (Princeton, 1981), págs. 9, 19. <<

[32] «Der "Libellus de notitia orbis" Johannes III (de Galonifontibus?) O. P. Erzbischofs von Sultanyeh», A. Kern (comp.), *Archivium fratrum praedicatorum*, 8 (1938), págs. 82-123; Richard, *La Papauté*, págs. 256-257. <<

[33] Phillipe de Mézières, *Le songe du vieil pélerin*, G. W. Coopland (comp.) (Cambridge, 1969), págs. 222-229. <<

[34] Capítulo XX, pág. 6, «cheitif et vilç et ne ont nulle bonté for qu'il sunt buen beveor». <<

[35] Hayton, *La Fleur des histories de la terre d'Orient*, C. Kohler (comp.) (*Recueil des Historiens des Croisades, Histoires Arménien*, vol. 2), introducción, págs. xxii-cxlii; texto francés, págs. 113-253; texto latín, págs. 255-363; la versión de Jean le Long de 1351 aparece en cinco manuscritos. Existen otras dos versiones del texto francés. Fue traducida al aragonés para Juan Fernández de Heredia, gran maestre de la Orden de San Juan de Jerusalén (1377-1396). Fue impresa en francés en cuatro ocasiones, seis en latín (1529, 1532 en Simón de Grynaeus, Novus Orbis, 1563). Existen traducciones en inglés a cargo de Richard Pynson (1520-1530) y de Purchas; y traducciones en alemán, holandés e italiano (Ramusio, 1559). Hetoum, *A Lytell Chronycle*, G. Burger (comp.) (Londres, 1988), reimpresa en la versión de Pynson con un valioso comentario. <<

[36] Moule, *Christians*, pág. 210, n. 68, sostiene la autenticidad de la carta de Peregrino. <<

[37] *Sinica Franciscana*, vol. 1, págs. 340-377, 501-506; traducciones inglesas en Yule, *Cathay*, vol. 3, págs. 45-75, 81-88; Moule, *Christians*, cap. VII. <<

[38] «Le Livre du Grand Caan», M. Jacquet (comp.), *Journal Asiatique*, 6 (1830), págs. 57-72; L. de Backer, *L'Extrême Orient au Moyen Âge* (París, 1877), págs. 335-346; traducciones en inglés en Yule, *Cathay*, vol. 3, págs. 89-103; Moule, *Christians*, págs. 249-251. <<

[39] *Sinica Franciscana*, vol. 1, págs. 524-650; traducción inglesa en Yule, *Cathay*, vol. 3, págs. 209-269. <<

[40] Véase nota 25 anterior. <<

[41] Moule, *Christians*, págs. 209, n. 67; Reichert, *Begegnungen*, pág. 217. <<

[42] M. G. Chiappori, «I tre Polo nella "Ecclesia militans" de Andrea Bonaiuti in S. Maria Novella a Firenze», *Quaderni Medievali*, 15 (1983), págs. 27-51. <<

[43] Citado en Richard, *La Papauté*, págs. 170, 292. <<

[44] A. Murray, «The Epicureans», en *Intellectuals and Writers in Fourteenth-Century Europe*, P. Boitani y A. Torti (Cambridge, 1986), págs. 161-162. <<

[45] Boccaccio, *The Decameron* (Harmondsworth, 1972), págs. 511. <<

[46] M. Pastore Stocchi, «Dioneo e l'orazione di frate Cipolla», *Studi sul Boccaccio*, 10 (1977-1978), págs. 201-215. En el *Decameron*, una de las historias (X, 3) está situada en China, pero no parece haber sido influenciada por el libro de Marco. El tratado de Boccaccio, *De montibus, silvis, fontibus, lacibus, fluminibus, stagnis seu paludibus et de nominibus maris*, ignora a los Polo porque es un libro de referencias clásicas cuyo interés no está centrado tanto en la geografía como tal, sino con la identificación de topónimos clásicos; véase otra vez M. Pastore Stocchi, Tradizione medievale e gusto umanistico nel «De montibus» del Boccaccio (Padua, 1962), pág. 42, n. 12. <<

[47] *Sinica Franciscana*, vol. 1, págs. 385-495; *Les voyages en Asie du bienhereux frère Odoric de Pordenone*, H. Cordier (comp.) (*Recueil de voyages et documents*, vol. 10, París, 1891); en traducción al inglés, Yule, *Cathay*, vol. 2; Odorico da Pordenone, *Relazione del Viaggio in Oriente e in Cina (1314?-1330)*, Camera di Commercio, Industria, Artigianato e Agricoltura di Pordenone (comp.) (Pordenone, 1982), con textos tomados de T. Domenichelli, *Sopra la vita e i viagi del beato Odorico da Pordenone dell'ordine de' Minori* (Prato, 1881). Véase también Reichert, *Begegnungen*, págs. 148-151. <<

[48] En los manuscritos, las conclusiones de G. C. Testa, «Bozza per un centisementro dei manoscritti odoricioni», en *Odorico*

da Pordenone e la Cina; atti del convegno storico internazionale. Pordenone 28-29 maggio 1982, G. Melis (comp.) (Pordenone, 1983), págs. 117-150, están modificadas por Reichert, *Begegnungen*, págs. 172-175. Y véase L. Monaco, «I volgarizzamenti italiani della relazione di Odorico da Pordenone», *Studi mediolatini e volgari*, 26 (1978-1979), págs. 179-220; F. Romana Camaroto, «Odorico da Pordenone», La Rassegna della letteratura italiana (1991). <<

[49] Traducido en Yule, *Cathay*, vol. 2, págs. 190. <<

[50] Reichert, *Begegnungen*, pág. 120. <<

[51] Yule, *Cathay*, vol. 2, págs. 212-213. <<

[52] Ibíd., págs. 214-215. Están traducidas al inglés con comentarios por A. C. Moule, «A life of Odoric of Pordenone», *T'oung Pao*, 20 (1921), págs. 275-290. <<

[53] Yule, *Cathay*, vol. 2, págs. 173, 176, 181-182. Sobre los tres monjes, véase, H. R. Patch, *The Other World* (Cambridge, Mass., 1950), cap. 5 «Journeys to Paradise». <<

[54] Excelente versión moderna, *The Travels of Sir John Mandeville*, traducida por D. Moseley (Harmondsworth, 1983); sobre ella, véase M. Letts, *Sir John Mandeville: the Man and His Book* (Londres, 1949); J. W. Bennett, *The Rediscovery of Sir John Mandeville* (Oxford, 1954); C. Deluz, *Le livre de Jean de Mandeville: une «Géographie» au XIV^e siècle* (Louvain-la-Neuve, 1988); M. C. Seymour, *Sir John Mandeville* (Aldershot, 1993), y véase también Higgins, pág. 208, n. 14. <<

[55] Véase «Itinerarius Guilielmi de Boldensele», C. L. Grotefend (comp.), *Zeitschrift des Historischen Vereins für Niedersachsen* (1852; reimpreso en Hanover, 1855), págs. 236-286. Sobre él, véase A. S. Atiya, *The Crusade in the Later Middle Ages* (Londres, 1938), págs. 160-161. <<

[56] Las traducciones fueron impresas en París en 1529 bajo el título, *Lhystoire merveilleuse plaisante et recreative du grand empereur*

de tartarie seigneur des tartares, nommé le Grand Can. Todos los manuscritos, excepto el de Marco Polo, están compilados en L. de Backer, *L'Extrême Orient au Moyen Âge* (París, 1877). Para Jean le Long, ibícl., págs. 7-14, y O. Holder-Egger en *Chronica monasterii Sancti Bertini auctore Iohanne Longo, MGH.SS.* 25, págs. 736-747. <<

[57] Deluz, *Le livre de Jean de Mandeville*, págs. 271-272, 309. Véase también Jacopo da Sanseverino, *Libro piccolo di meraviglie*, M. Guglielminetti (cornp.) (Milán, 1985), para otro viaje inspirado en Mandeville, que sobrevive en dos manuscritos. <<

[58] El único cosmógrafo medieval que conozco que pone en duda a Mandeville es el monje Friedrich Ammann, quien, en su tabla cosmográfica transcrita entre 1447 y 1455, da a conocer a sus fuentes: Tolomeo, Honorius Augustodunensis, «Marcum den Venediger» y Pomponio Mela, pero excluye específicamente a Mandeville y a Lucidarius; D. B. Durand, *The Vienna-Klosterneuhurg Map Corpus of the Fifteenth Century: A Study in the Transition from Medieval to Modern Science* (Leiden, 1952), págs. 176, 371-372. <<

[59] Giovanni Villani, *Crónica*, F. Gherardi Dragomanni (comp.) (Florencia, 1844), vol. 1, págs. 209-211 (libro 5, cap. 29). <<

[60] Reichert, *Begegnungen*, págs. 220-222. <<

[61] Ibíd., pág. 229; Reichert señala que Vincent de Beauvais habla de los tártaros en *Speculum historiale* pero que los ignora en *Speculum naturale*. <<

[62] Reichert, *Begegnungen*, págs. 197-199, citando a R. Creytens, «Le manuel de conversation de Philippe de Ferrare O. P. (m. 1350?)», *Archivium Fratrum Praedicatorum*, 15 (1945), págs. 107-135. El tratado de Philippe no ha sido publicado. Para el material en alemán, véase Reichert, *Begegnungen*, pág. 232. <<

[63] J. Richard, «La vogue de l'Orient dans la littérature occidentale du Moyen Âge», en su *Les relations entre l'Orient et l'Occident au Moyen Âge* (Londres, 1977), pág. 506. <<

[64] *Annales Baulini* en *Chronicles of the Reigns of Edward land Edward II*, W. Stubbs (comp.) (Rolls Series, vol. 76, 1882), vol. 1, págs. 354-355. <<

[65] Reichert, *Begegnungen*, págs. 208-212. <<

[66] Ibíd, págs. 222-224; Bennett, *Sir John*, 91-94, 97-110; véase Richard, «La vogue», 558, para la historia en verso perdida de Ogier en China. <<

[67] Reichert, *Begegnungen*, p. 207. <<

[68] Yule-Cordier, vol. l, págs. 128-129. <<

Capítulo 8

[1] G. Mazzatinti, *Firenze: Biblioteca Nazionale Céntrale* (*Inventari dei manoscriti delle biblioteche d'ltalia*), 8 (Forli, 1896), págs. 172-173. <<

[2] Marco Polo, *Milione. Versione toscana del Trecento*, pág. 333. <<

[3] F. E. Reichert, *Begegnungen mit China* (Sigmaringen, 1992), págs. 276, 232-233. <<

[4] El mapa del siglo XIV del palacio del Dogo, que se dice proviene del libro de Marco, fue destruido por el fuego en 1483 y es imposible confirmar que así fue: R. Gallo, «Le mappe geografiche del Palazzo Ducale di Venezia», *Archivio Veneto* (1943), págs. 47-89. <<

[5] Harley and Woodward, *Cartography*, págs. 295-298. <<

[6] R. Almagià, *Planisferi carte nautiche, e affini dal secolo XIV al XVII esistenti nella Biblioteca Apostólica Vaticana (Monumenta Cartographica Vaticana*, vol. 1, Vaticano, 1944), lámina 1, págs. 3-6; B. Degenhart y A. Schnitt, «M. Sañudo und Paolino veneto», *Romische Jahrbuch für Kunstgeschichte*, 14 (1973), págs. 1-137. <<

[7] Almagià, *Planisferi*, 15-17, págs. 20-23; M. Destombes, *Mappamondes AD 1200-1500* (Ámsterdam, 1964), pág. 246; O. y M. Dilke, «Mapping a crusade - propaganda and war in 14th century Palestino», *History Today*, 39 (agosto de 1989), El mapa de Vesconte sobrevive en seis copias con loxodromias y una sin; las dos copias de Paolino que sobreviven no muestran loxodromias, Degenhart y Schnitt, «M. Sanudo», pág. 105. <<

[8] A Cortesão, *Historia de la cartografía portuguesa* (Coimbra, 1969), vol. 2, págs. 39-48; M. de la Roncière y M. Mollat du Jourdin, *Les Portulans Cartes marines du XII^e au XVI^e siècle* (Friburgo, 1984), pág. 7. <<

[9] Cortesão, *Historia de la cartografía portuguesa*, vol. 2, págs. 290-291; G. T. H. Kimble, «The Laurentian World Map with special references to its portrayal of Africa», *Imago Mundi*, 1 (1935), págs. 29-33; L. Bagrow, *History of Cartography*, revisada y ampliada por R. A. Skelton (Londres, 1964), lámina 36. <<

[10] *Mapamundi: the Catalan Atlas of the Year* 1375, Grosjean (comp.) (Zúrich, 1978); *El atlas catalán de Abraham Cresques* (Barcelona, 1977); P. Yoeli, «Abraham and Yehuda Cresques and the Catalan Atlas», *Cartographic Journal*, 7 (1970), págs. 17-27; H. Cordier, «L'Extrême Orient dans l'atlas catalan de Charles V», *Bulletin de geographie historique et descriptive* (1895), págs. 19-63. Al identificar los topónimos de Cresques me ha sido de gran utilidad el primer capítulo de C. A. Semans, «Mapping the Unknown: Jesuit Cartography in China 1583-1773» (D. Diss, Universidad de California, Berkeley, 1987), una obra más completa de lo que su título sugiere. Fernández-Armesto (*Before Columbus*, Londres, 1987, pág. 159), discute la fecha de «*ca*. 1380». <<

[11] Comparar J. J. Nitti, en el prefacio de su edición de *Juan Fernández de Heredia's Aragonese Versión of the «Libro de Marco Polo»* (Madison, 1980) y A. Luttrell, «Greek histories translated and compiled for Juan Fernández de Heredia, Master of Rhodes,

1377-1396», en su *The Hospitallers in Cyprus, Rhodes, Greece, and the West 1291-1440* (Londres, 1978), artículo XX, pág. 407. <<

[12] Otros en el mismo estilo: M. Destombes, «Fragments of two medieval maps at the Topkapu Saray Library», *Imago Mundi* (1955), vol. 12, págs. 150-152, probablemente por el mismo autor. Los fragmentos que sobreviven muestran parte de Asia, con nombres de Asia central de Marco Polo en catalán. Falta China. <<

[13] *Libro del conosqimiento de todos los reynos e señoríos*, M. Jiménez de la Espada (comp.) (Madrid, 1877); y en *Sinica Franciscana*, 1, págs. 566-575; en traducción, *Book of the Knowledge of all the Kingdoms, Lands, and Lordships that are in the World*, C. Markham (comp.) (Londres, 1912). Sobrevive en cuatro manuscritos; Markham data el más antiguo entre 1350-1360, lo que resulta demasiado temprano; véase Femández-Armesto, *Before Columbus*, pág. 259, n. 4. <<

[14] Foscolo Benedetto, págs. ccxvi-ccxvii; A. T. Hankey, «Bandini, Domenico», en *Dizionario Biográfico Italiano*, V (1903); ídem, «The successive revisions and surviving codices of the Fons memorabilium universi of Domenico di Bandino», *Rinascimento* (1960), vol. 2, págs. 3-49; ídem, «The library of Domenico di Bandino», *Rinascimento*, vol. 8 (1957), págs. 177-207; Reichert, *Begegnungen*, págs. 258-259. <<

[15] China solía aparecer como parte de India. El *Book of Knowledge* la considera «India la alta»; los franciscanos solían referirse a ella como *India magna*; Marignolli como *India máxima* - Reichert, *Begegnungen*, págs. 222-227; y véase también el capítulo 1, nota 3. <<

[16] Véase pág. 124. <<

[17] C. Percoraro, «Domenico Silvestri, "De insulis et earum proprietaribus"», *Atti delta Accademia di Scienze, lettere e Arti di Pa-*

lermo, 14 (1953-1954), págs. 30-31; Reichert, *Begegnungen*, págs. 233-234. <<

[18] Véase *The Bondage and Travels of Johann Schiltberger (1396-1427)*, J. Buchan Telfer (comp.) (Londres, 1879); Ruy González de Clavijo, *Embajada a Tamorlán*, F. López Estrada (comp.) (Madrid, 1943), en traducción inglesa *Embassy to Tamerlane*, G. Le Strange (comp.) (Londres, 1925); Bertrandon de la Broquière, *Le Voyage d'Outremer*, C. Schefer (comp.) (París, 1892); Pero Tafur, *Andanzas e viajes de Pero Tafur por diversas partes del Mundo ávidos* (1435-1439), Jiménez de la Espada (comp.) (*Colección de libros raros y curiosos*, vol. 8, Madrid, 1874), en inglés, *Travels and Adventures 1435-1439*, traducido por M. Letts (Londres, 1926). Reichert, *Begegnungen*, págs. 254-256, 43. <<

[19] «Der "Libellus de notitia orbis"», Kern (comp.). <<

[20] Reichert, *Begegnungen*, pág. 257, n. 17, citando a C. Traseli en «Un italiano in Etiopia nel XV secolo: Pietro Rombulo da Messina», *Rassegna di Studi Etipici*, 1 (1941), págs. 173-202. <<

[21] Poggio Bracciolini, *Historie de varietate fortunae libri quattuor* (Lutetiae Parisiorum, 1723), reimpreso como *Opera Omnia* (Turín, 1968), vol. 2, págs. 126-152. Existe una nueva compilación editada por O. Merisalo, publicada por los *Annales Academias Scientiarum Fennicae* (Helsinki, 1993); traducciones inglesas: «The travels oí Niccolò Conti in the East», en *India in the Fifteenth Century*, R. H. Major (comp.) (Londres, Hakluyt, 1857) y *Narratives of Eastern Travel by Poggio Bracciolini and Ludovico de Varthema*, traducción de J. Winters Jones, revisada por L. D. Hammond (Cambridge, Mass., 1963); y una versión italiana en *Viaggi in Persia, India e Ciava, de Niccolò Conti, Girolamo Adorno, e Girolamo do Santo Stefano*, M. Longhena (comp.) (Milán, 1929). Para discusión sobre el tema, F. Surdich, «Conti, Niccolò de», *Dizionario Biográfico Italiano*, vol. 25 (1983); y T. C. Schmidt, «Die Entdeckung des Ostens und der Humanismus: Niccolò de' Conti und

Poggio Bracciolinis "Historia de Varietate Fortunae"», *Mitteilungen des Instituts für Österreichische Geschichtsforschung*, 103 (1995), págs. 392-415. La historia de que Conti dictó su relato como «castigo» por su apostasía proviene de una tradición posterior, «Discorso sopra il viaggio de Niccolò de Conti veneziano»; en G. B. Ramusio, *Navigazioni e viaggi*,M. Milanesi (comp.) (Turín, 1978-1985), vol. 2, págs. 785-786. <<

[22] Poggio Brancciolini, *Historia*, págs. 148-149. Pudiera muy bien ser el mismo hombre que, en tiempos de Eugenio IV, habló a Toscanelli acerca del reino del Gran Khan: «Durante mucho tiempo, sobre muchas cosas, sobre la grandeza de los edificios reales… la multitud de ciudades, sobre un río… doscientas ciudades y puentes de mármol…». Conti no habla de estos temas. <<

[23] Véase M. Longhena, «I manoscritti del quarto libro del De Varietate Fortunae di Poggio Bracciolini», *Bollettino della Società Geografica Italiana*, serie 7, vol. 2 (1925), págs. 191-215 y Schmidt, «Die Entdeckung des Ostens», págs. 409-412, con el resumen de los hallazgos de Merisalo. <<

[24] Foscolo Benedetto, pág. cxl. El clérigo alemán en Roma que copió este manuscrito en abril de 1458 también transcribió cuidadosamente el comentario de Barbarigo (ibíd., pág. cxli). A continuación sería encuadernado con otras obras relativas a Oriente, como el *Libro de Mahoma* y la *Carta del Preste Juan*. <<

[25] Reichert, *Begegnungen*, pág. 268. <<

[26] Véase la pág. 220. <<

[27] Compilado en el *Marco Polo* (Lisboa, 1922), verso 78, de F. N. Esteves Pereira. <<

[28] Véase Shinobu Iwamura, *Manuscritos y ediciones impresas de los Viajes de Marco Polo* (Tokio, 1949); C. Sanz, *El libro de Marco Polo: Notas históricas y bibliográficas* (Madrid, 1959). <<

[29] M. Milanese, «La rinascita della geografía dell'Europa (1350-1480)», en *Atti del convegno «Europa e Mediterráneo tra Medio Evo e prima Età moderna. L'osservatore italiano»*, G. Gensini (comp.) (Centro de Studi sulla Civiltà del Tardo Medioevo, San Miniato, Collana Studi e Ricerche, 4,1992), págs. 35-59; G. Uzielli, *Paolo dal Pozzo Toscanelli: Iniziatore della scoperta d'America* (Florencia, 1892); *Raccolta*, vol. 5, parte. 1; D. B. Quinn, «The Italian Renaissance and Columbas», *Reinassance Studies*, 6 (septiembre/diciembre de 1992), págs. 352-359; S. Gentile, *Firenze e la scoperta dell'America. Umanesimo e geografia nel 400 florentino. Catalogo dell'esposizione,* Biblioteca Medicea Laurenziana 992-993 (Florencia, 1992); J. Larner, «The Church and the Quattrocento Reinassance in Geography», *Reinassance Studies* (1998), págs. 26-39. <<

[30] O. A. W. Dilke, «The culmination of Greek cartography in Ptolemy» en *The History of Cartography*, vol. 1 (Londres, 1987), J. B. Harley y D. Woodward (comps.). <<

[31] Pierre d'Ailly, *Ymago Mundi*, E. Buron (comp.), vol. 1 (París, 1939), pág. 152. La primera edición apareció en una variada colección de tratados (incluyendo el propio de d'Ailly y los de su alumno, Jean Gerson), publicada en un volumen sin título, colofón, fecha, paginación o indicación acerca del impresor. Salió de la imprenta de Johannes de Westfalia, impresor de Lovaina, entre 1480 y 1483. La obra de Buron incluye, junto con la traducción en francés, el *Ymago Mundi*, el *Compendium Cosmographiae Ptolomaei*, el *Tractatus Secundus* y un *Epilogas mappae mundi*. <<

[32] *Ymago mundi*, Buron (comp.), vol. 3, pág. 620 (*Compendian Cosmographiae*, cap. 1 <<

[33] *Der mitteldeutsche Marco Polo*, H. von Tscharner (comp.) (*Deutsche Texte des Mittelalters*, vol. 40, Berlín, 1935) pág. xiv. <<

[34] Poggio Bracciolini, *Historia*, págs. 149-152. <<

[35] C. Vasoli, «Profilo di un papa umanista: Tommaso Parentucelli», en su *Studi sulla cultura del Rinascimento* (Manduria, 1968), págs. 89-90; J. Gill, *The Council of Florence* (Cambridge, 1959), págs. 321-327, para negociaciones con coptos. <<

[36] *Scriti inediti e rari di Biondo Flavio*, B. Nogara (comp.) (Roma, 1927), págs. 22-24. <<

[37] Sobre su vida y obra: G. Uzielli, *Paolo dal Pozzo Toscanelli: Iniziatore della scoperta d'America* (Florencia, 1892); ídem, *La vita e i tempi di Paolo dal Pozzo Toscanelli* (*Racolta di Documenti e Studi pubblicatidalla R. Commissione Colombiniana*, vol. 5, pt. 1, Roma, 1894); y E. Garin, «Ritratto di Paolo dal Pozzo Toscanelli» en su *La cultura filosofica del Rinascimento italiano: Ricerche e documenti* (2.ª ed., Florencia, 1979), págs. 313-314. Sobre el encuentro con el abisinio, véase C. L. Stinger, *Flumanism and the Church Fathers: Amhrogio Traversari (1386-1439) and Christian Antiquity in the Italian Renaissance* (Albania, 1977), pág. 46; con el cardenal, véase M. V. Anastos, «Pletho, Strabo and Columbus», reimpreso a partir de *Mélanges Henri Grégoire*, vol. 4 (Bruselas, 1953), en sus *Studies in Byzantine Intellectual History* (Variorum, Londres, 1979), pág. 5. <<

[38] A. Diller, «A Geographical Treatise by George Gemistos Pletho», *Isis*, 27 (1937), págs. 447-448; C. M. Woodhouse, *George Gemistos Plethon: The Last of the Hellenes* (Oxford, 1986), 183; A. Diller, «The autographs of George Gemistus Plethon», *Scriptorium*, 10 (1956), págs. 32-33. <<

[39] P. M. Watts, *Nicholas Cusanus: A Fifteenth-Century Vision of Man* (Leiden, 1982), págs. 212; D. B. Durand, The Vienna-Klosterneuburg Map Corpus…. (Leiden, 1952), págs. 525-526; T. Campbell, *Earliest PrintedMaps 1472-1500* (Londres, 1987), págs. 35-55. Para el manuscrito de Marco Polo en poder de Cusa (ahora en la Biblioteca Británica, Addit. 1952), véase Foscolo Benedetto, págs. cxxxvii. <<

[40] Para un texto y una traducción muy acertadas de la carta en latín, véase H. Vignaud, *Toscanelli and Columbus* (Londres, 1902, una ampliación de la edición en francés, París, 1901), aunque para estas secciones (desde las págs. 294-295, 198-300, 302) ofrezco mi propia traducción. Para Martins como albacea del testamento de Cusa (1464) y como interlocutor en su diálogo *De non aliue*, véase E. Vansteenberghe, *Le cardinal Nicholas de Cues 1401-1464* (París, 1920; reeditado en Francfort, 1965), pág. 252, n. 1. <<

[41] Prásek (comp.), *Manka Paulova 2 Benátek* (Praga, 1902), pág. 141 (Quinsay), pág. 153 (Cipangu), pág. 150 (Zaiton). <<

[42] Para una introducción a la «bibliografía sterminata», véase I. Luzzana Caraci, *Colombo vero e falso: La costruzione delle Historie fernandine* (Genova, 1989), págs. 153-171 y, con una compilación de los textos, *Colección documental del Descubrimiento (1470-1506)*, J. Pérez de Tudela, C. Secco Serrano, R. Ezquerra Abalia, E. López Oto (comps.) (Bilbao, 1994), vol. 1, págs. 13-20. <<

[43] A. Cioranescu, «Portugal y las cartas de Toscanelli», *Estudios Americanos*, 14 (1957), págs. 1-17. <<

[44] A. Parronchi, *Studi su la «dolce» prospectiva* (Milán, 1964), pág. 593, que cuenta con *Della prospettiva*, págs. 599-641. <<

[45] M. Manzano y A. M. Manzano, *Los Pinzones y el Descubrimiento de América* (Madrid, 1988), vol. 1, pág. 40. <<

[46] Fue editada por primera vez como *Historia rerum ubique gestarum cum locorum descriptione non finita. Asia Minor incipit* (Venecia, Juan de Colonia, 1477). Cito a partir de la edición de la obra de Pío publicada bajo el (también equívoco) título de *Asiae Europaeque elegantis descriptio*, en Colonia en 1531. Para una consideración de la obra, véase N. Casella, «Pio II tra geografia e storia: la "Cosmographia"», *Archivio della Società Romana di Storia Patria*, serie 3, vol. 26 (1974), págs. 35-112. Como observa Reichert, en *Begegnungen*, pág. 261, aquellos estudiosos que han percibido la

influencia tanto de Marco como de Odorico en esta obra han caído en un error. <<

[47] E. S. Piccolomini: Papa Pio II, *I Commentarii*, L. Totaro (comp.) (Milán, 1984), I pág. 1.110. <<

[48] *Asiae*, pág. 18. <<

[49] Ibíd., págs. 19,27-28. <<

[50] Foscolo Benedetto, pág. cxxxviii. <<

[51] Ibíd., pág. cxxxviii-cxxxix. <<

[52] Más tarde, una copia de este mismo manuscrito llegó a manos de Hartman Schedel, un humanista de Nuremberg, que le daría una sonada *Commendatio*, Foscolo Benedetto, pág. cxxxix; Reichert, *Begegnungen*, pág. 187. <<

[53] *Itinéraire d'Anselme Adorno en Yerre Sainte (1470-1471)*, J. Heers y G. de Groer (comp.) (París, 1978), pág. 28. <<

[54] John Capgrave, *Ye Solace of Pilgrimes*, C. A. Mills (comp.) (Oxford, 1911), pág. 1. <<

[55] Reichert, *Begegnungen*, pág. 261. Véase R. Fernández Pousa, «Un "Imago Mundi" español: Ludovico de Angulo: De imagine seu figura mundi, Lion, 1456», *Revista de Indias*, 2 (1941), págs. 39-65. La obra sobrevive en un único manuscrito. En *La Salade* (*Oeuvres Completes*, vol. 1) de Antoine de la Sale, F. Desonay (comp.) (Lieja, 1935), escrita poco antes de 1449 para el hijo del rey René, su autor, Antoine, para la descripción de Asia (págs. 131-163) se inspiró en Hetoum más que en Marco. <<

[56] La obra de Fontana fue publicada bajo el seudónimo «Pompilius Azalus da Piacenza» como *De omnibus rebus naturalibus quae continentur in mundo* (Venecia, 1544). Para los fragmentos orientales, véase el libro 5, capítulos 12-36. Sobre esta obra, véase L. Thorndike, *A History of Magic and Experimental Science* (Nueva York, 1923-1941), vol. 4, págs. 150-163. <<

[57] P. Azalus (= G. da Fontana), *De omnibus rebus*, pág. 119. <<

[58] Reichert, *Regegnungen*, pág. 255, n. 6. <<

[59] Harley y Woodward, *Cartography*, págs. 365-367, para una lista de mappaemundi medievales posteriores a 1469; Destombes, *Mappemondes*, para 1200-1500. Para reflexiones en general al respecto, véase (Comune de Venezia: VII Centenario della Nascita de Marco Polo), Mostra «L'Asia» nella Cartografia degli Occidentali, T. Gasparrini Leporace (comp.) (Venecia, 1954) y también G. Caraci, «Viaggi fra Venezia ed il Levante fino al XIV secolo e relativa produzione cartografica», en *Venezia e il Levante fino al secolo XV*, A. Pertusi (comp.) (Florencia, 1973), vol. 1, págs. 147-184; R. A. Skelton, *Explorers' Maps: Chapters in the Cartographic Record of Geographical Discovery* (Londres, 1970), cap. 1; P. Whitfield, *New Found Lands: Maps in the History of Exploration* (Londres, 1998), cap. 2. <<

[60] Bagrow, *History*, págs. 69-73, 91; W. I. J. Flint, *The Imaginative Landcape of Christopher Columbas* (Princeton, 1992), pág. 38. <<

[61] Aunque en su edición del texto catalán del siglo XIV, *Viatges de Marco Polo* (Barcelona, 1958, pág. 18), Anna María Gallina afirma (en lugar de demostrar y sin referencias al *Atlas Catalán* del siglo XIV) que existe un manuscrito de la familia de este texto detrás del mapa catalán de Módena. <<

[62] Véase Apéndice III. <<

[63] G. Kish, «Two Fifteenth-Century Maps of "Zipangu": Notes on the early cartography of Japan», *Yale University Library Gazette*, 40 (1966), págs. 206-214; W. F. Washburn, «Japan on early European maps», *Pacific Historical Review*, 21 (1952), págs. 222-223. <<

[64] R. Almagià, «I mappamondi di Enrico Martelli e alcuni concetti geografici di Cristoforo Colombo», *La Bibliofilia*, 42 (1940), págs. 288-311. <<

[65] Destombes, *Mappemondes*, págs. 229, 234; A. O. Vietor, «A pre-Columbian map of the world, circa 1489», *Yale University Library Gazette*, 37 (1963), págs. 8-12 (reimpreso en *Imago Mundi*, XVII [1963], págs. 95-96). <<

[66] Pero véase Apéndice II. <<

[67] E. G. Ravenstein, *Martin Behaim: His Life and Globe* (Londres, 1908); Destombes, *Mappemondes*, 234-235; H. Vignaud, *Toscanelli and Columbas* (Londres, 1902), págs. 180-182 y n. 172. <<

Capítulo 9

[1] *Marco Polo*, F. M. Esteves Pereira (comp.) (Lisboa, 1922), pág. 78. Cito la traducción de F. M. Rogers, *The Travels of the Infante Dom Pedro of Portugal* (Cambridge, Mass., 1961), pág. 47. <<

[2] Eannes da Zurara, *Crónica*, J. de Bragança (comp.) (Oporto, 1937), vol. 1, pág. 267; vol. 2, pág. 189; Esteves Pereira, *Marco Paulo*, XIX, XXX-XXXIII. <<

[3] B. W. Diffie y G. D. Winius, *Foundations of the Portuguese Empire (1415-1580)* (Minneápolis, 1970), págs. 116-117. <<

[4] F. Fernández Armesto, *Before Columbus* (Londres, 1987), págs. 175-185. <<

[5] Joam de Barros, *Asia: dos feitos que os Portugueses fizeram no descobrimiento e conquista dos mares e terras do oriente. Da primeira década*, A. Baiao (comp.) (Coimbra, 1932), libro III, cap. 11, págs. 112-113, un pasaje transcrito por Bartolomé de Las Casas en su *Historia de las Indias* (México y Buenos Aires, 1965), vol. 1, págs. 149-150; C. E. Nowell, «The Toscanelli letter and Columbas», *Hispanic American Historical Review*, 17 (1937), págs. 346-348. <<

[6] Para una reciente revisión de la evidencia, publicada tal vez antes de las discusiones de Juan Gil (véase nota 10, a continuación), estaba disponible, E. E. Reichert, «Columbus und Marco Polo - Asien in America. Zur Literaturgeschichte der Entde-

ckungen», *Zeitschrift für Historische Forschung*, 15 (1988), Heft 1, págs. 1-63. <<

[7] F. Colombo, *Historie delta vita e dei fatti dell'Ammiraglio Cristoforo Colombo* (Venecia, 1571), caps. 6 y 7. Existe una edición a cargo de R. Caddeo (Milán, 1930) y una traducción inglesa de Benjamin Keen, *The Life of Admiral Christopher Columbus by his son Ferdinad* (New Brunswick, 1959). <<

[8] I. Luzzana Caraci, *Colombo vero e falso: La costruzione delle Historie fernandine* (Genova, 1989); E. V. L. Prati, «Nuove ricerche su Cristoforo Colombo nella Venezia del tard Cinquecento: Le historie di Don Fernando», en *L'epopea delle scoperte*, R. Zorzi (comp.) (Florencia, 1994), págs. 135-161. <<

[9] El estudio completo de la escritura aparece en F. Streicher, «Die Kolumbus-Original. Eine palägraphische Studie», *Gesammelte Aufsätze zur Kulturgeschichte Spaniens: Spanische Forschungen der Görresgesellschaft*, 1 (1928), págs. 196-250; aunque sus conclusiones han generado poco entusiasmo, véase S. E. Morison, *Cristopher Columbas Admiral of the Ocean Sea*, 1 (Boston, 1942), págs. 127-128. Para una discusión sucinta a cargo de Juan Gil, véase su *Cristóbal Colón. Textos y documentos completos*, C. Varela (comp.) (Madrid, 1984), págs. Ivi-lxii. <<

[10] La versión en facsímil ha sido editada por Juan Gil, *El libro de Marco Polo: Ejemplar anotado por Cristóbal Colón y que se conserva en la Biblioteca Capitular y Colombina de Sevilla* (*Tabula Americae*, vol. 5, Madrid, Testamento, 1986), al que me refiero como Gil, *El libro*. Este volumen es diferente de *El libro de Marco Polo anotado por Cristóbal Colón: El libro de Marco Polo, versión de Rodrigo de Santaella*, J. Gil (comp.) (Madrid, Alianza, 1987), en el que Gil echa mano de una traducción que no corresponde a la primera versión impresa en latín, sino a una versión que él ha «corregido», junto con lo que considera apuntes diferentes (señalados mediante una tipografía diferente) de Colón, Fernando Colón y Gaspar de Go-

rricio. Se halla precedida por el ensayo de Gil titulado «Libros, descubridores y sabios en la Sevilla del quinientos». Me refiero a toda esta obra como a Gil, «Libros». Las anotaciones (junto con un breve extracto del texto al que hago referencia) fueron publicadas por primera vez como «Scritti di Cristoforo Colombo» y «Autografi di Cristoforo Colombo con prefazione e trascrizione diplomática», C. de Lollis (comp.), en el vol. 1, pt. 2, 2 y vol. 3 respectivamente de la *Raccolta di documenti e studi pubblicati dalla R. Commissione Colombiana del quarto centenario della scoperta dell'America* (Roma, 1892-1894). Como tanto el facsímil de 1986 (extraordinariamente caro) como las ediciones de Lollis son difíciles de conseguir, un trabajo también de mucha utilidad es Marco Polo, *Il Milione con le postille di Cristoforo Colombo*, L. Giovanni (comp.) (Roma, 1985), que traduce el (incorrecto) texto colombino impreso al latín y da, con algunas correcciones de la compilación de Lollis del volumen original, la versión original en latín de las anotaciones de Colón. <<

[11] Véase, P. Gribaudi, «Il P. Gaspar Gorricio de Novara», *Bollettino storico bibliográfico subalpino*, 40 (1938), págs. 1-87; y M. Serrano y Sanz, «El Archivo Colombino de la Cartuja de las Cuevas», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 96 (1930), págs. 157-170. <<

[12] Gil, *El libro*, págs. 116-118. <<

[13] L.-A. Vigneras, «New Light on the 1497 Cabot Voyage to America», *Hispanic American Historical Review*, 36 (1956), págs. 503-509; D. B. Quinn, «John Day and Columbus», *Geographical Journal*, 133 (1967), págs. 205-209; ídem, *England and the Discovery of America, 1481-1620* (Londres, 1973), págs. 103-111. <<

[14] *Biblioteca Colombina, Catálogo de sus libros impresos*, S. Arbolí y Faraudo (comp.), con notas de S. de la Rosa y López (Sevilla, 1888-1948); A. M. Huntington, *Catalogue of the Library of Ferdi-*

nand Columbus (Nueva York, 1905; reimpresa, 1967) - una edición en facsímil del catálogo de F. Colón de manuscritos inacabados, que consta de 4.231 libros. <<

[15] «Portus Zaizen id est caput de alpha & omega»; véase Las Casas, *Historia* (libro I cap. 50) 1, págs. 250-251; *The Four Voyages of Columbus*, C. Jane (comp.) (Londres, Hakluyt, 1930-1933), vol. 1, pág. 115 y n. 6; Reichert, «Columbus», 31. <<

[16] Reichert, «Columbus», págs. 31-32. <<

[17] *Juan Fernández de Heredia's Aragonese Versión*, pág. xxvi; Gil, «Libros», pág. vi. <<

[18] *Diario of Christopher Columbus' First Voyage to America 1492-1493*, O. Dunn y J. E. Kelley Jr. (comps.) (Norman, 1980); D. Henige, *In Search of Columbus: The Sources for the First Voyage* (Tucson, 1991). <<

[19] Gil, «Libros», pág. vil, señala que resulta tan excepcional que tal vez fue añadido más tarde. <<

[20] *Diario*, Dunn y Kelly (comps.), pág. 17. <<

[21] *Colección documental del Descubrimiento*, vol. 1, pág. 71. Pero para fórmulas similares, véase J. Critchley, *Marco Polo's Book*, (Aldershot, 1992), págs. 2-4. <<

[22] *Diario*, Dunn y Kelley (comps.), 2 de noviembre de 1492. Regresaron la noche del 5 de noviembre. <<

[23] De hecho, se hallaba a 21 grados norte; Las Casas repite esta observación en su *Historia*, 1, pág. 44. <<

[24] Gil, «Libros», pág. viii; ídem, *El libro*, págs. 16-17. <<

[25] Pipinio, II, X - «Cambalu civitas Cathay provintia»; ibíd., XVI - Cathay provincia. <<

[26] Tanto en la *Carta de Colón* de 1493 (en *The Four Voyages of Columbas*, Jane [comp.]) como en la versión de esa carta en el *Libro Copiador de Cristóbal Colón*, A. Rumeu de Armas (comp.) (Madrid, 1980), vol. 2, pág. 435, Colón se refiere a su creencia de

que La Juana (Cuba) era la «provincia del Catayo» continental. Es de suponer que había visto uno de esos mapas, como el de G. M. Contarini (véase pág. 167) donde aparece Catayo como ciudad y también como provincia. <<

[27] Véase, por ejemplo, John Mandeville, *The Travels* (Harmondsworth, 1983), pág. 141. <<

[28] Gil, *El libro*, pág. 166. El 6, 13, 15 y 16 de enero de 1493, el *Diario* registra que Colón había oído hablar acerca de «una isla donde sólo había mujeres». ¿Tal vez porque se acordaba de las «islas de hombres y mujeres» del libro de Marco? La anotación de la Colombina Pipino (III, XXXII) dice «duas insulas masculina femenina». No obstante, la leyenda es bastante antigua y se remonta a, o es contemporánea de, la de las amazonas y (se encuentra, por ejemplo, en la tradición china) estaba bastante difundida aparte del libro. Véase Yule-Cordier, vol. 2, págs. 405-406; también aparece mencionada por Jordanus y Conti. <<

[29] *The Four Voyages*, Jane (comp.), vol. 1, pág. 116. <<

[30] Las Casas, *Historia*, vol. 2 (67), libro I, cap. 148, citando las propias palabras del Almirante. <<

[31] *The Four Voyages*, Jane (comp.), págs. 94-95. <<

[32] Ibíd, págs. 100-101 y n. 3; véase Pipino, III, XXXII - «Ibi [en Comari, es decir, en el cabo Comorín, en India] sunt cati qui dicuntur pauli, valde diversi ab aliis». <<

[33] *The Four Voyages*, Jane (comp.), págs. 80-81; Pipino, III, IX, X; Yule, vol. 2, págs. 266-268. <<

[34] Reimpresión como *Libro de Las Cosas Maravillosas de Marco Polo*, introducción de R. Benítez Claros (Madrid, 1947). <<

[35] K. Nebenzahl, *Maps from the Age of Discovery* (Londres, 1990), págs. 98-99. <<

[36] Para lo que sigue, A. Gerbi, *Nature in the New World: From Christopher Columbus to Gonzalo Fernández de Oviedo*, traducción de J. Moyle (Pittsburgh, 1985), págs. 165-173; S. Grande, «Le relazione geografiche ira P. Bembo, G. Fracastoro, G. B. Ramusio, G. Gastaldi», *Memorie della Società Geográfica*, 12 (1995), págs. 93-197; A. di Piero; «Della vita e degli studi di G. B. Ramusio», *Archivio Veneto*, nueva serie 4 (1902), págs. 5-112; G. Lucchettas, «Viaggiatori e racconti di viaggi nel Cinquecento» en *Storia delta cultura veneta*, G. Arnoldi y M. P. Stocchi (comp.) (Vicenza, 1980), págs. 482-289. Y véase la introducción de Marica Milanesi al volumen 1 de la edición de Ramusio, *Navigazioni e viaggi* (Turín, 1978-1985), y su *Tolomeo sostituito: Studi di storia delle conoscenze geografiche nel XVI secolo* (Milán, 1984), cap. 1. Véase aquí capítulo 8, nota 21. <<

[37] Ramusio, *Navigazioni e viaggi*, Milanesi (comp.), vol. 3, págs. 23-24. <<

[38] John Leland, *Commentari de scriptoribus Britannicis* (Oxford, 1549), vol. 2, pág. 367. <<

[39] Roger Barlow, *Brief Summe of Geographie*, E. G. R. Taylor (comp.) (Londres, 1932), págs. 135 y sigs. <<

[40] John Frampton, *The Most Noble and famous Travels of Marcus Paulas* (Londres, 1579), citado en Skelton, *Explorers* 14. <<

[41] William Gilbert, *De magnete* (Londres, 1600), pág. 4. <<

[42] Fue producido en 1553; «rinfrescata» en 1761 por Francesco Griselini, R. Gallo, «La mappa dell'Asia della Sala dello Scudo nel Palazzo Ducale e il Milione di Marco Polo» en *Nel VII Centenario*, 195-232. A. E. Nordenskiöld, «The influence of the "Travels of Marco Polo" on Jacopo Gastaldi's Maps of Asia», *Geographical Journal* (abril de 1899), págs. 396-496 (versión italiana, «Intorno alla influenza dei "Viaggi di Marco Polo"», *Revista Geografica Italiana*, 8, (1901), págs. 496-511). Los mapas aparecen ilustrados en Nordenskiöld, *Periplus*, láminas 54-55. <<

[43] G. Kish, «The Japan of the "Mural Atlas" of the Palazzo Vecchio, Florence», *Imago Mundi*, 8 (1951), págs. 52-54. Véase A. Kammerer, *La découverte de la Chine par les Portugais au XVIe siècle et la cartographie des portulans* avec des notes de toponymie chinoise par P. Pelliot (Leiden, *T'oung Pao*, suplément Au Teme, 39, 1944), págs. 45-46. El portolano de Lopo Homen de 1554 es el primero que muestra la palabra «Japón», aunque puede que Gastaldi se le adelantase con «Giapam» en «1550». <<

[44] *The Complete Works* of Doctor Francis Rabelais, traducido por sir Thomas Urquhart, vol. 2 (Londres, 1927), págs. 634-637; *Oeuvres Completes*, G. Demerson (comp.) (París, 1973), págs. 876 (cap. 30). Si en realidad fue escrito, como cree la mayoría, por François Rabelais, entonces debería estar datado alrededor de 1551-1552. <<

[45] *The Anatomy of Melancholy*, T. Faulkner y otros (comp.) (Oxford, 1989-1990), vol. 2, págs. 34, 38. <<

[46] Louis Le Roy, *De la vicissitude…* (París, 1577), libro 9, págs. 91-93. <<

[47] En general sobre Reichert, «Columbus», págs. 46-53. <<

[48] Gil, «Libros», págs. xxix-xxxi. <<

[49] Ibíd.; Nebenzahl, *Maps from the Age of Discovery*, págs. 31-32, 38-39. <<

[50] W. G. L. Randles, *De la terre plate au globe terrestre* (París, 1980), pág. 370. <<

[51] *Libro de Las Cosas Maravillosas*, págs. 12, 15. <<

[52] Gil, «Libros», págs. xlvi, xlix. <<

[53] Gil, *El libro*, págs. 107-108; Gil, «Libros», I. <<

[54] Las Casas, *Historia*, vol. 1, págs. 62, 251, «Marco Paulo, físico florentin». <<

[55] Reichert, «Columbus», pág. 49. <<

[56] *Discoveries of the World…* (Londres, 1862) (traducción de Hakluyt de 1601 a partir de la obra en portugués de Galvano, publicada en 1563), págs. 48-49. <<

[57] *Portugaliae Monumenta Cartographica*, A. Cortesão y A. Teixeira da Mota (comp.) (Lisboa, 1960), vol. 1, págs. 294-295 y sigs. <<

[58] J. A. Williamson, *The Cabot Voyages and Bristol Discovery under Henry VII* (Cambridge, 1962), págs. 207-210. <<

[59] Nebenzahl, *Maps from the Age of Discovery*, págs. 45-51. <<

[60] Ibíd., págs. 52-55. <<

[61] Citado en Skelton, *Explorers*, págs. 16-17; para otros cartógrafos con influencia de Polo: Pietro Apiano (1520), Oronce Fine (1531), Giuliu de Musis (1554), véase Almagià, «Marco». Pero también podrían señalarse otros muchos ejemplos. <<

[62] Reichert, «Columbus», págs. 53-55. <<

[63] Kammerer, *La découverte de la Chine, Explorers*, págs. 103-104. <<

[64] Yule-Cordier, vol. 2, págs. 277-280; Skelton, *La découverte de la Chine, Explorers*, pág. 13. <<

[65] R. W. Shirley, *The Mapping of the World: Early Printed World Maps 1472-1700* (Londres, 1984), págs. 88-89, lámina 68; el gran promontorio de Beach no aparece en el mapamundi doble cordiforme de Mercator de 1538. <<

[66] M. Pauli Veneti, *De regionibus orientalibus libri iii*, en *Novus orbis regionum ac insularum veteribus incognitarum* (Basilea, 1532), libro 3, cap. 11 - De provincia Boëach. <<

[67] *Early Voyages to Terra Australis now called Australia*, R. H. Major (comp.) (Londres, 1859), págs. xiv-xviii. <<

[68] J. C. Beaglehole, *The Exploration of the Pacific*, 2.ª ed. (Londres, 1947), págs. 13 139. <<

[69] Vitale Terrarossa, *Riflessioni geografiche circa le terre incognite distese in ossequio perpetuo delta nobiltà veneziana… nella quali… si pruova che i Patrizi di Venezia prima d'ogni altro hanno all' Italia & all'Europa, discoperte tutte le terre anticamente incognite, anco l'America e la Terra Australis…* (Padua, 1686). Fue vuelto a publicar al año siguiente, F. Ambrosini, *Paesi e mari ignoti: America e colonialismo europeo nella cultura veneziana (secoli XVI-XVII)* (Venecia, 1982), págs. 178-179. <<

Capítulo 10

[1] Debo dar las gracias al profesor J. R. Woodhouse por habérmelo sugerido. Sobre la edición del texto Ottimo de Baldelli Boni de 1827, véase la «Enunciazione», pag. 340, de Bertolucci Pizzorusso. <<

[2] El material suplementario fue aparentemente vuelto a publicar más tarde como *De Sinarum Magnaeque Tartariae rehus commentatio alphabetica, ex auctoris commentariis super M. Poli* (sin fecha ni lugar de publicación, pero probablemente Berlín, 1675). <<

[3] Samuel Purchas, *Hakluytus Posthumus…*, vol. 11 (Londres, 1906; original Londres, 1625), págs. 188-308. <<

[4] Ibíd., págs. 187, 306. <<

[5] Georg Horn, *De originibus Americanis libri quattuor* (La Haya, 1652), pág. 23. <<

[6] *South China in the Sixteenth Century*, C. R. Boxer (comp.) (Londres, 1953), pág. 260; D. F. Lach, *Asia in the Making of Europe (1965-1993)*, vol. 3, pt. 5, págs. 1.575-1.578. <<

[7] A. C. Moule, *Christians in China* (Londres, 1930), págs. 9-10; Matteo Ricci y Nicolás Trigault, *Histoire de l'expédition chrétienne au royaume de la Chine 1582-1610*, J. Shis, G. Bessière, J. Dehergne (comp.) (sin lugar de publicación, 1978), pág. 71 (libro 1, cap. 2); pág. 181 libro 4, cap. 3). Véase también Diego de Pantoja en el libro copiador de Pekín de 1602, Lach, *Asia in the Making of Europe*, vol. 3, pt. 1, págs. 319-320. <<

[8] Segunda parte, cap. 6, págs. 87-90. <<

[9] Lach, *Asia in the Making of Europe*, vol. 3, pág. 424; vol. 4, 1693, 1729, citando su vol. *Nouvelle Relation de la Chine* (París, 1688, 1689), traducido por John Ogilby como *A New History of China* (Londres, 1688). <<

[10] *Description géographique de la Chine*; 4 vol. (París, 1735), vol. 1, págs. 435, 437-438; vol. 4, págs. 581-582. Fue traducido poco después al inglés por el irlandés Green y el escocés Guthrie; «Green decía de Guthrie que éste no sabía inglés y Guthrie de Green que no sabía francés» —*Boswell's Life of Johnson*, G. B. Hill y L. F. Powell (comps.) (Oxford, 1934), vol. 4, págs. 30. <<

[11] J. S. Cummins, *A Question of Rites. Friar Domingo Navarrete and the Jesuits in China* (Aldershot, 1993), págs. 211. <<

[12] Véase J. Harris, *Navigantium atque Itinerantium Bihliotheca or Collections of Voyages and Travels* (2.ª ed. de 1715 y 3.ª de 1744), dice ser de Ramusio, de hecho es del resumen de Purchas; Pierre Bergeron, *Recueil de divers voyages curieux faits en Tartarie, en Perse et ailleurs*, 2 vols. (Leiden, 1729) y *Voyages faits principalement en Asie*, vol. 2 (La Haya, 1735), basado en Müller. <<

[13] Publicado en Londres en 1747, págs. 582-583. <<

[14] K. D. Hüllmann en *Städtewesen des Mittelalters* (Bonn, 1829), aparece en Yule-Cordier, vol. 1, págs. 115-116. <<

[15] W. Robertson, *An Historical Disquisition* (Londres, 1791), págs. 122, 237. <<

[16] *The Travels of Marco Polo*, W. Marsden (comp.) (Londres, 1818), pág. ix. <<

[17] Ibíd., pág. xxv. <<

[18] De particular interés antes de Pauthier, es *Di Marco Polo e degli altrei viaggiatori veneziani più illustri* (Venecia, 181-1819), de Placido Zuda; la publicación por parte de M. Roux bajo los auspicios de la Société de Géographie de París de la versión del texto de Rustichello (la llamada *Géographie Edition*) en 1824; la edi-

ción «Crusca» de una versión italiana de *Il Milione di Marco Polo*, con un comentario muy influyente de G. Baldelli Boni (Florencia, 1827) <<

[19] El prefacio de su hija a la tercera edición de Yule-Cordier es de considerable interés para el período. Véase también Coutts-Trotter en el *Dictionary of National Biography*, y R. J. Bingle, «Henry Yule, India and Cathay» en *Compassing the Vast Globe of the Earth*, R. C. Bridges y P. E. Hair (comp.) (Londres, 1996), págs. 143-163. <<

[20] Véase P. Hopkirk, *Trespassers on the Roof of the World* (Londres, 1982), caps. 2 y 3. <<

[21] Sobre los antecedentes, véase P. Hopkirk, *Foreign Devils on the Silk Road* (Newton Abbot, 1981); e ídem, *The Great Game* (Londres, 1990). <<

[22] J. Critchley, *Marco Polo's Book* (Aldershot, 1992), pág. 179. <<

[23] Véase Hopkirk, *Foreing Devils*, cap. 13. <<

[24] Foscolo Benedetto, «Grandezza di Marco Polo», en su *Uomini e Tempi*, pág. 73. <<

[25] *The Travels of Ibn Battuta, A. D. 1325-1354*, traducido por H. A. R. Gibb, 3 vols. (Londres, 1938, 1971) y C. F. Beckingham (1994); y Ross E. Dunn, *The Adventures of Ibn Battuta: A Muslim Traveler of the 14th Century* (Londres, 1986). <<

Apéndice II

[1] J. Critchley, *Marco Polo's Book* (Aidershot, 1992), pág. 67, se refiere a la carta (a A. C. Motile) escrita por A. J. Charignon. Aunque el libro dice (capítulo LXII) que los Polo pasaron tres años en «Campiciou», no especifica cuándo y es improbable que fuese mientras realizaban una labor de emisarios de Occidente, para ver al Gran Khan. <<

[2] Francesco Balducci Pegolotti, «Avisamento del viaggio del Gattaio», *La pratica della mercatura*, A. Evans (comp.) (Cambridge, 1936), págs. 21-23 (en traducción, R. S. Lopez y W. W. Raymond, *Medieval Trade in the Mediterranean World*, Nueva York, 1955, págs. 355-358 y H. Yule, *Cathay*, rev. de H. Cordier (Londres, 1915; Nueva York, 1967), vol. 3, págs. 137-173); R. H. Bautier, «Les relations économiques des Occidents avec les pays d'Orient au Moyen Âge. Points de vue et documents» en *Sociétés et compagnies de commerce en Orient et dans l'Ocean Indien*, M. Mollat (comp.) (Paris, 1970), págs. 311-316 (y en Bautier, *Commerce méditeranéen et banquiers italiens au Moyen Âge*, Londres, 1992, IV). <<

[3] H. Yule, *Cathay*, vol. 3, pág. 148, n. 2; E. Thomas, *Chronicles of the Pathan Kings of Delhi* (Londres, 1871), págs. 203-204, n. 1. <<

[4] En traducción de A. C. Moule, *Christians in China* (Londres, 1930), pág. 195. <<

[5] *The Times Atlas of World Exploration*, F. Fernández-Armesto (comp.) (Londres, 1991), pág. 19. <<

[6] *Storia dei Mongoli*, E. Menestò (comp.), cap. 9. <<

[7] *The Mission of Triar William of Rubruck*, Jackson y Morgan (comps.), págs. xi-xv. <<

[8] J. A. Boyle, «The Journey of Het'um I», *Central Asiatic Journal*, 9 (1964), págs. 175-189. <<

[9] R. S. López, «Nuove Luci», *Studi Colombiani*, vol. 3 (Génova, 1951), pág. 395. <<

Apéndice III

[1] M. Monmonnier, «The Vinland Map, Columbus, and Italian-American Pride», en su *Drawing the Line: Tales of Maps and Cartocontroversy* (Nueva York, 1995), cap. 3. <<

[2] M. Destombes, *Mappemondes* (Ámsterdam, 1964), págs. 205-207; F. V. Wieser, *Die Weltkarte des Albertin de Virga*

(Innsbruck, 1912). <<

[3] Destombes, *Mappemondes*, págs. 246-247; R. A. Skelton, T. E. Marston, G. D. Painter, *The Vinland Map and the Tartar Relation* (Londres, 1965), págs. 124-127; A. E. Nordenskiöld, *Periplus: An Essay on the Early History of Charts and Sailing Directions* (Estocolmo, 1897), pág. 19; V. I. J. Flint, *The Imaginative Landscape of Christopher Columbus* (Princeton, 1992), págs. 10-21, 163-164. <<

[4] Destombes, *Mappemondes*, págs. 208-211; J. K. Wright, *Leardo Map of the World* (Nueva York, 1928); P. Durazzo, *Il Planisferio di Giovanni Leardo* (Mantua, 1885); Nordenskiöld, *Periplus*, pág. 61. Gasparrini Leporace en *Mostra Id Asia*, pág. 19, cree que Leardo utilizó el libro de Marco para el mapa de 1453 pero no para los de 1442 o 1448. <<

[5] D. B. Durand, *The Vienna-Klosterneuburg Map Corpus*… (Leiden, 1952), págs. 176, 371-372. <<

[6] Destombes, *Mappemondes*, págs. 211-214; Durand, *Map Corpus*, págs. 209-213; J. B. Friedman, *The Monstruous Races*… (Londres, 1951), págs. 56-58; Almagià, *Planisferi*, págs. 30-31, lámina 12. <<

[7] Destombes, *Mappemondes*, págs. 214-217; H. Winter, «A circular map in a Ptolemaic MS», *Imago Mundi*, 10 (1953), págs. 15-22. <<

[8] Destombes, *Mappemondes*, págs. 239-241; Almagià, *Planisferi*, págs. 27-29, lámina 11. <<

[9] Destombes, *Mappemondes*, págs. 222-223; E. L. Stevenson, *Genoese World Map 1457. Facsimile and Critical Text* (Nueva York, 1912). El Apéndice II de la edición de Merisalo de Baracciolini, *De varietate fortunae*, reproduce en el mapa las citas verbales de Conti. <<

[10] Destombes, *Mappemondes*, págs. 217-221; G. T. H. Kimble, *Catalan World Map of Modena* (facsímil, (Londres, 1934). <<

[11] Destombes, *Mappemondes*, págs. 228-229; ídem, «Fragments», págs. 151-152. <<

[12] R. Almagià, «I mappamondi»; G. Kish, «Two fifteenth-century maps of "Zipangu"…», *Yale University Library Gazette*, 40 (1996), pág. 224. <<

[13] Destombes, *Mappemondes*, pág. 185; De la Roncière y Mollat du Jourdin, pág. 21; Flint, págs. 164-168; D. B. Quinn, «Columbus and the North: England, Iceland, and Ireland», *William and Mary Quarterly* (1992), págs. 289-291. <<

ÍNDICE

Marco Polo y el descubrimiento del mundo	2
Ilustraciones	5
Cubierta	9
Prefacio	10
Introducción	12
Capítulo 1. Imágenes de Asia y la llegada de los mongoles	21
Capítulo 2. Los Polo	55
Capítulo 3. Marco Polo y Rustichello	77
Capítulo 4. La realización del libro	109
Capítulo 5. La descripción del mundo	137
Capítulo 6. Diversidad del libro	158
Capítulo 7. Marco, mercaderes y misioneros	173
Lámina1: Los Polo parten de Venecia	198
Lámina 2: El mapa TO	199
Lámina 3: Orienta ca. 1290	200
Lámina 4: Las razas monstruosas	201
Lámina 5: Dificultades a la hora de ilustrar	202
Lámina 6: Mapamundi de Pietro Vesconti	203
Lámina 7a: El atlas catalán	204
Lámina 7b: El atlas catalán	205
Lámina 8: El atlas catalán (Sudeste asiático)	206
Lámina 9: La China de Fray Mauro, detalle	207

Lámina 10: Martin Behaim. Globo terráqueo 208
Lámina 11: Henricus Martellus Germanicus, Mapa del mundo 209
Lámina 12: Los cuatro héroes del conocimiento geográfico 210
Lámina 13: Ortelius. Tartaria 211
Lámina 14: Ortelius. Mitad oriental del planisferio 212
Capítulo 8. Marco entre los humanistas 213
Capítulo 9. Colón y después 238
Capítulo 10. Jesuitas, imperialistas y una conclusión 267
Apéndice I. Una nota sobre manuscritos del libro 287
Apéndice II. Duración del viaje a China por tierra 290
Apéndice III. Marco Polo y los mapamundis en el siglo XV 294
Bibliografía 299
Índice analítico y de nombres 340
Sobre el autor 376
Notas 377